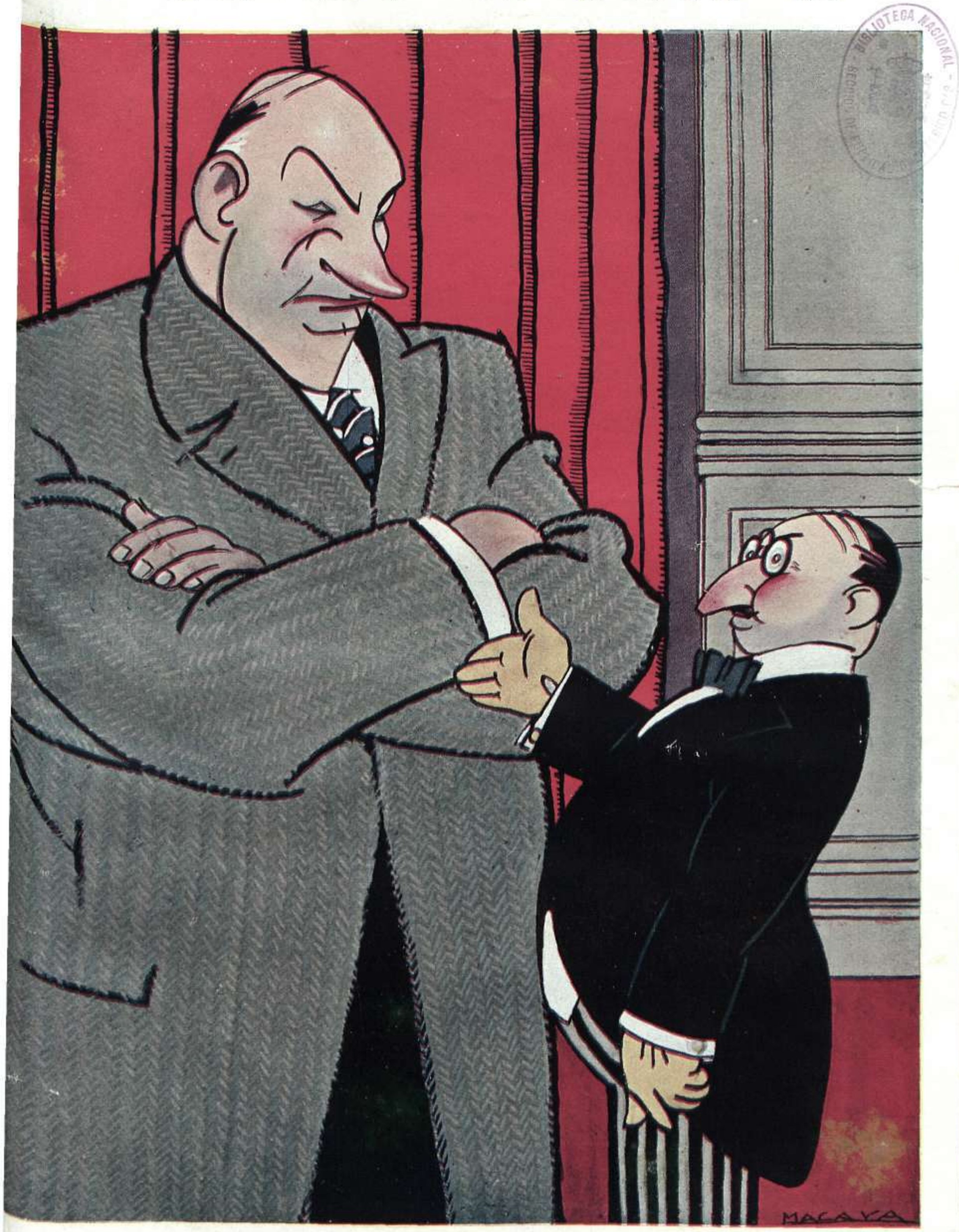
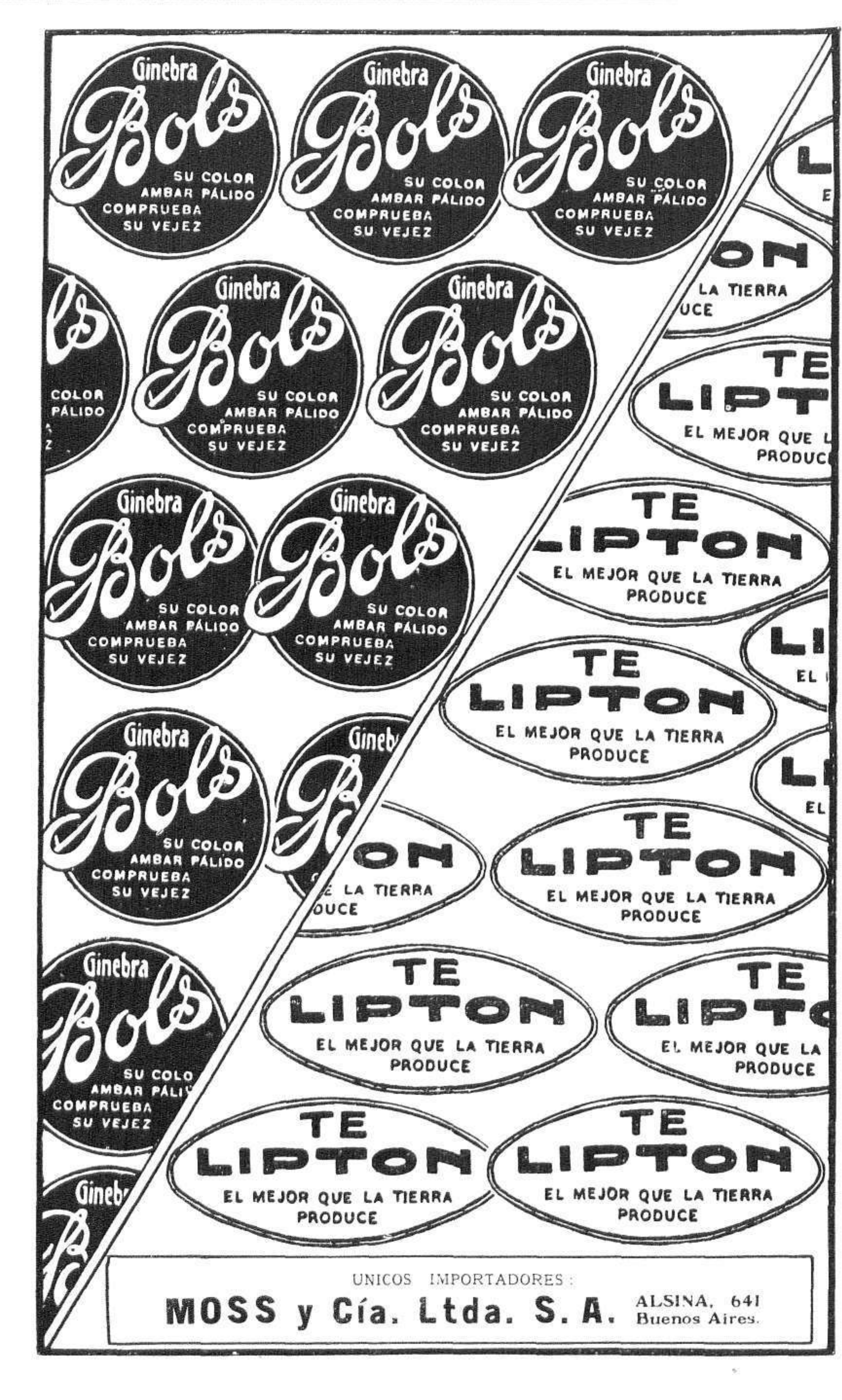
CARAS Y CARETAS

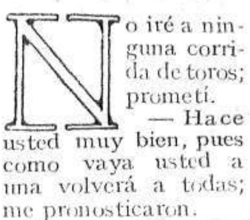


Alvear. — Desde que se fué el príncipe, me parece que estoy desocupado del todo. No sé qué hacer.

Gallo. — ¿Por qué no visita a don Hipólito? ¡Se va a entretener mucho!


Ginebra
Bols
SU COLOR AMBAR PÁLIDO COMPRUEBA SU VEJEZ
TE LIPTON
EL MEJOR QUE LA TIERRA PRODUCE
UNICOS IMPORTADORES:
MOSS y Cía. Ltda. S. A.
ALSINA, 641
Buenos Aires.

CORRIDA DE TOROS



o iré a ninguna corrida de toros; prometí.

— Hace usted muy bien, pues como vaya usted a una volverá a todas; me pronosticaron.

Y me quedé en lo dicho.

Pero estando en Madrid, en la flor de la temporada taurina, y supuesto que los buenos y gentiles amigos nos instan y obligan, ¿cómo no ir? Concluímos por acceder, y a las cuatro y media puntuales de una tarde calurosa de domingo, echamos como todos por la calle de Alcalá, en dirección a la Plaza.

Vamos encontrando en el trayecto la pintoresca farándula de la corrida: picadores y monos sabios (que es como llaman a los ayudantes de aquellos), montados en flacos jamelgos; toreros garridos, ya no en calesa como el de la canción, sino en magníficos automóviles, que mejores no tiene el rey. No falta en los carruajes algún mantón de Manila, ni tal cual enorme sombrero cordobés. Brilla de fiesta la calle de Alcalá, desde la Puerta del Sol hasta la plaza de Cibeles; desde la plaza de Cibeles hasta el Arco de triunfo; desde el Arco de triunfo hasta el límite del páramo. Uno en pos de otro, pasan los repletos ómnibus. Un coro de bocinas de automóviles, de autobús, de motocicletas trae confuso al aire. Van que derraman gente los tranvías. Da grandes tajos de pronto la luz violenta de la siesta y revienta a cada instante el estridor de cien ruidos y voces. Entretanto, según se va llegando a la Plaza, chillan las vendedoras y roncan los mercachifles inacabables ofertas, corriente arriba en medio de la abigarrada procesión de las aceras.



¿Y esta inmensa, parda y redonda mole arquitectónica en el amarillo descampado? ¡El circo de toros! Una particular emoción se adueña luego de nosotros. No podemos olvidar que vamos a asistir a un combate, cuyo final no será otro que una muerte injusta. Hay además una antinomia que se nos ha fijado, áspera, en el pensamiento, para trastorno de cuanto consideremos: esta es una fiesta trágica. Ha de producirse dolor y ha de verterse sangre, y será regocijo de turbas. Duelo alegre... fiesta lúgubre... Algo que no acertamos a entender.

De todas maneras, otra emoción se nos mezcla a la del impreciso malestar. Frente a los altos y redondos muros sentimos la presencia de la antigüedad. Entramos. Desde nuestro asiento de sombra con que la pericia del amigo taurófilo nos ha favorecido, vemos el Circo; el Circo histórico. Tendidos, gradas y palcos están repletos. Comprendemos que al pasar el portal hemos retrocedidos siglos. Fuera, quedó *la vida como sentimiento*, que es nuestra vida moderna. Aquí no hay más que *la vida como espectáculo*, que fué la vida de los antiguos.

Al malestar se añade, con sobradas razones, la inquietud.

Llega la hora. El redondel, por donde circulaba un público impaciente y entrometido, se queda muy pronto limpio y desierto. Hay, concéntrico, un ancho círculo de sangre, de pasadas corridas, color de polvo de ladrillo. Llega la hora, y se posa vacía y sedienta sobre el ruedo, como ella sediento y vacío. Nada. Nadie... Plaza y cielo.

El escenario está listo y va a comenzar el drama. Drama, no; el espectáculo. El drama habla a la inteligencia y al corazón; el mero espectáculo se dirige solamente a los ojos. Este espectáculo empero alcanza valor de drama, apenas se comprende el conflicto que presupone el Pasado invadiendo el Presente. Así lo hemos interpretado. Por eso no dijimos Plaza de Toros, sino Circo; y aun nos sentimos dispuestos a decir claramente Taurilias y Circo Romano.

El puro espectáculo suele carecer de lógica. Véase, por ejemplo, cómo el Pasado, aquí, nos muestra sin mayor motivo otra de sus caras, pasándonos, brusco, de lo romano a lo medioeval. Por el ruedo imponente dan la vuelta a caballo, dos veces anacrónicos, alguaciles vestidos de negro, en cumplimiento de doble formalidad ficticia: el despejo del picadero, donde ya no hay un alma, y la entrega de las llaves del toril, que de seguro está abierto.

Y sale la cuadrilla, al compás de la resuelta marcha, en tanto que atruena los aires el aplauso de la muchedumbre. Lleva razón. Vistosos y gallardos son los toreros, «vestidos de luces»; apuestos los banderilleros; interesantes, en sus rocines, los picadores de aludo castoreño y burdas espinilleras; caso de ver, los caballos blancos de los rejoneadores, caracoleando adelante; corceles de tan linda estampa que pintados parecen.

Rejoneadores son los que deben iniciar la corrida. Pero antes del rejoneo, (crueldad que consiste en dejarle clavada al animal en la nuca, la moharra o rejón de la lanza), los jinetes saludan al palco de las autoridades, la montera en la mano. Saludan ellos (portugueses tan cumplidos) y saludan los caballos, que van retrocediendo elegantísimos, con el cuello recogido y las patas elásticas, entre filigranas de cortesía y de danza. Resuena ensordecedora aclamación, festejando el donaire.

Ahora, silencio. El toro está ahí. ¿Qué cosa? El Toro. De nuevo nos domina la sombra de la Antigüedad; esta vez una más remota: aquella Antigüedad sabeísta de los comienzos del sabeísmo, de cuando el signo de Taurus hubo de dar la clave de la religión y del año. Parecería que fuéramos a presenciar una solemnidad heliosística.

Recio, hermoso, negra la piel, encarnado el ojo, valiente desde los cuernos soberanos hasta la hendida uña que escarba el suelo, entró el toro en el ruedo y se ha plantado a mirar sin comprender. El lomo se le estremece un poco de vago dolor: que ya trae clavada una banderilla con la divisa de su ganadería. Pero mira y no embiste.

Los rejoneadores se le aproximan, montados a perfección, y le dan vueltas, y le amagan alancearlo, y de todas maneras le acosan y hostigan. La bestia preferiría rumiar el salitroso pasto de que se nutre, pero abrumado, ataca. Ha empezado la lidia. Corre en pos de los caballos el toro; y el uno al otro, los jinetes se lo van quitando y así se libran. Así se libran, y en el instante mismo en que el cuerno iba a alcanzar la grupa del bridón, la lanza del rejoneador, que hiere vuelto hacia atrás, se hunde en el morrillo del toro y le deja la moharra.

La primera burla ha sido consumada, y la muchedumbre aplaude ufana. Los rejoneadores recorren la pista, gloriosos, al trote bailarín de las cabalgaduras.

Pero ved otro toro y considerad otra suerte. Los picadores, que montan unas infelices jacas, entran a lidiar alanceando. Con ciega furia, el toro herido se revuelve y acomete. El picador debe aguantar de firme. Pero qué ímpetu el de su acometedor. Pierde la silla el hombre de la garrocha y tambalea el caballo, abierto el vientre, con toda la bolsa intestinal, colgada en masa horrible. Que se asome Moloch a mirar. La sangre del caballo y la del toro se mezclan en la arena bajo la misma obscura maldición.

Pasó esto. Extienden unas lonas sobre los caballos muertos, y reaparece el torero: el chulo de la muleta y de la capa, el vanidoso matador. La última burla se consuma y el toro balancea la cabeza, y nublados de muerte los ojos, dobla al fin la rodilla y rueda y cae.

Toro recio, toro lustroso, toro magnífico, toro que sabes reconocer y agradecer al que te cuida, te llamaron a combatir, y esto no fué siquiera combate sino trampa y ardid. No hallaste ni una vez quien te hiciera frente. Ya cogías merecidamente a tu enemigo cuando su cómplice te echó la capa y te desvió. Te burlaron. Se rieron de todas maneras de ti. Tomaron para diversión tu dolor y tu agonía. ¿Qué les habías hecho? Tú eras la Inocencia Fuerte y la Fuerza Inocente, dos rarezas que los hombres maldicen. Todos estamos manchados. El mundo no quiere nada parecido a la Inocencia, ni débil ni fuerte; quiere la Maldad astuta. Quiere el Torero. Quiere la Complicidad. Quiere cuatro capas a la vez.

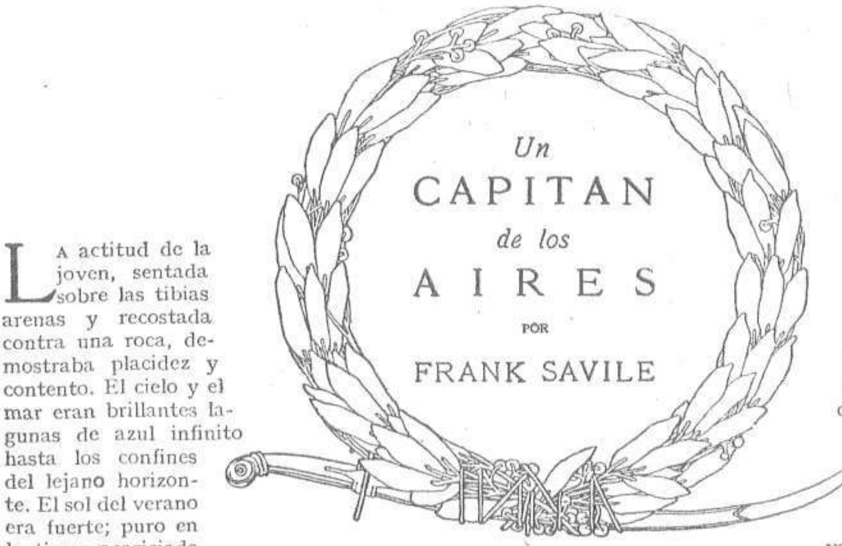
¡Pobre toro... Inocencia Fuerte!... Ahí te llaman de nuevo. Se creería que para coronarte de rosas los cuernos soberbios. ¡No es para eso! Es para clavarte banderillas. Anda, que te las claven y que te maten luego y que te arrastren mulas, y que caiga tu sangre sobre Roma y también sobre Babilonia: mitad y mitad. Espera... Ya semejas un zarzal de banderillas. Ahora ese tío vestido de luces, de chaquetilla y de calzón, que se está ahí, roja la capa, te atravesará con su espada — que quien sabe se cruzará con otra — y si lo hace bien, saldrá sacado en hombros y por la puerta grande, en medio de escandaloso aplauso...

No soy nadie, nadie soy, y tanto mal como cualquiera hice de seguro en el mundo; pero esta monotonía de la crueldad, esta seis veces reiterada maldición del toro (rey de la Pampa en mi tierra) y del caballo (el grande amigo del gaucho); este espectáculo de Circo romano, parte bajo el César de una política envilecedora, nos obliga a salir repugnados, sin aguardar el fin.

DESQUITE: Frente por frente de la Plaza, desde hace años, vive el cultísimo escritor José Francés, que nunca asiste a los toros. Como él, hay millares y millares de españoles.

Desquite — digo con ellos, — ¡vieja Roma del Circo! En la Argentina, esto, no; en nuestra Argentina, no. ¡Ni ahora, ni nunca jamás!

ARTURO CAPDEVILA



Un CAPITAN de los AIRES

POR

FRANK SAVILE

La actitud de la joven, sentada sobre las tibias arenas y recostada contra una roca, demostraba placidez y contento. El cielo y el mar eran brillantes lagunas de azul infinito hasta los confines del lejano horizonte. El sol del verano era fuerte; puro en la tierra acariciada por el vaivén de las olas que lamían las playas alcanzando a las rocas, había un delicioso fresco. La marea estaba baja, y el reflejo del sol plateaba la superficie hasta la desembocadura del río.

Aquí una línea blanca marcaba el incesante duelo entre las aguas saladas y la dulce. En ninguna otra parte se podía distinguir oleaje; el mar estaba silencioso.

Sin embargo, con intermitencias, aumentando y disminuyendo, se percibía una voz no distinta a la de una embravecida mar, y la joven levantaba los ojos que atentos y ansiosos, entrelazando los dedos y retorciendo las manos.

De vez en cuando su aliento entrecortado casi era un sollozo.

Un inmenso pájaro desplegaba sus alas por encima de las arenas, descendiendo, resbalando, remontando, deslizándose a través de la atmósfera, cruzando ora hacia la playa ora hacia el mar.

El sol blanqueaba las inmensas alas del avión, cuya sombra juguetona, iba saltando de marisma en marisma.

En el corazón del andamiaje, bajo los blancos alones, hallábase un hombre, increíblemente pequeño, comparado con la anchurosa envergadura. Sus manos asían las palancas; delicadamente y sin prisas las retiraba hacia atrás, luego hacia adelante, equilibrando su peso en una dirección y en otra.

Y el gran pájaro artificial respondía con pomposas curvas ascendentes y luego descendía menospreciando el espacio, elevándose con la triunfante maestría de un águila en busca de su presa.

Cuando el vuelo era bajo y seguido, calmábase la tensión nerviosa de la niña y sus manos permanecían quietas. Cuando giraba con repentinas violencias abalanzándose hacia la tierra en un brinco aparente, o se lanzaba cara el cielo, ella languidecía, presa de inmensa inquietud.

De pronto, la sombra la envolvió al pasar por encima de su cabeza el aeroplano; oyóse una carcajada y un pequeño objeto cayó a sus pies.

Lo levantó; era un ramillete de violetas frescas y fragantes. Antes de prendérselas en su talle, las llevó con fruición a sus labios.

El pájaro blanco hizo un doble círculo y de pronto todo el ruido cesó. Como una gaviota deslizose silenciosamente hacia el mar. Luego voló a una altura inapreciable, y al fin aterrizó calladamente.

La joven suspiró; sus facciones evidenciaban un éxtasis de alivio. Dejó su asiento y caminó hacia el cercado por donde había desaparecido el aparato.

Un inmenso galpón de madera levantábase allí. En cada esquina había un aviso en cinco idiomas, prohibiéndose la entrada a la Escuela Militar de Aviación sin previo permiso de la Comandancia.

En el centro, dominándolo todo, se hallaba el gran mástil de la instalación de la telegrafía inalámbrica.

Aun antes de llegar la joven, la puerta se abrió saliendo un hombre revestido con uniforme de aviador; fué hacia ella con pasos presurosos.

Sus ojos brillaban. Al encontrarse los dos sus manos se unieron estrechamente con ademán de orgullosa a la par que tímida bienvenida.

Los ojos de él respondieron al mensaje. Sus dedos se cerraron apretados sobre la mano de ella.

— Hay dos centinelas que concentran su atención en nosotros. Así es, cariño, que tengo que aplazar mi saludo por unos minutos.

Ella sonrió ruborizándose ligeramente. La presencia de él disipó la expresión de ansia que expresaba su rostro.

— ¿Y tu padre? — interrogó él.

— Vendrá directamente con Juan. ¿Tú lo viste anoche, Lorenzo?

— Lo vi — respondió gravemente, y sus labios se cerraron en línea severa.

Titubeó, aumentando con esto la ansiedad de la niña.

— ¿Y? — interrogó.

El joven la tomó del brazo y se dirigieron hacia la playa.

— Tu padre no ha querido escucharme. — Díjome que un compromiso entre tú y yo era un absurdo inadmisible, que no consentía oir, y añadió, (desde un punto de vista bastante justificado) que un oficial de ingenieros, sin ninguna perspectiva fuera de su posición, no era marido digno de la hija de Arturo Winslow. Me dió a comprender que había dicho su última palabra sobre el particular.

— ¡Tú, con tus records, indigno de mí, que no tengo ningún título!

— Las fojas de servicio militares no influyen en la perspectiva civil. Yo creo que él desea oir, algún día el nombre de Violet Winslow, unido al tratamiento de Excelencia o Señoría, y tener que dirigirse a su yerno diciendo simplemente: Capitán Reyner: no llena sus ambiciones. Además...

Vaciló nuevamente.

— ¿Además, qué — exclamó ella casi con terror. —

— ¿Tú no me vas a abandonar Lorenzo?

Un montículo de arena se alzaba discreto, ocultándolos de las miradas escudriñantes. La acercó a sí, y sin palabras le dió una respuesta convincente en uso entre los enamorados desde el tiempo de Adán.

— Si tu corazón conserva siempre los mismos sentimientos, no me importa nada.

— Pero, ¿además qué? ¿Qué es? ¡Dímelo, dímelo sin rodeos!

El se encogió de hombros.

— Tu padre dijo que yo no era un soldado, sino *simplemente un acróbata; que mi vida estaba a diario a merced de los vientos o la suerte.* Y creo, hablando con sinceridad, que así es.

— Lo sé — respondió ella gravemente. — Cada vez que emprendes un vuelo mi corazón parece que quisiera salirse, Lorenzo. Pero, como se trata del cumplimiento de tu deber, no lo olvido. Tendré que tener siempre presente, si me caso contigo, que soy la esposa de un soldado. Y si yo lo puedo resistir, ¿qué le debe importar a mi padre.

Lorenzo meneó la cabeza...

— No — yo creo que eso es justo; cualquier padre se opondría. Pero ocurre que eso no tiene aplicación al caso actual.

Ella quedó sorprendida.

— ¿Cómo? — interrogó. — ¿No eres tú quién tiene que arriesgarse en las experiencias? De ti depende el perfeccionamiento de las máquinas y sistemas.

— Sí, pero ahora no haré más experiencias en el aire. Estas son las noticias; he recibido la noticia de mi ascenso. Por los reglamentos vigentes, a los superiores a la categoría de capitán, no se les permite volar. En lo sucesivo yo teorizaré, otros practicarán.

Ella se incorporó incrédula.

— ¿Pero tú dejarás de volar? — ¡Tú!

El asintió, besándola nuevamente.

— ¿Te complace?

— ¡Qué indecible alegría! Esto me recompensará de todo.

— Quizá tengamos que aguardar a que yo sea mayor de edad, si es que mi padre se niega a darme su consentimiento. Pero ahora con facilidad puedo esperar, con alegría casi. No creo que jamás hayas adivinado lo que significaba para mí, saber los riesgos que arrostrabas.

— Quizá entonces no debamos inculpar demasiado a tu padre. Quizá él adivinará.

— No — dijo ella de pronto. — La oposición de mi padre está fundada en un solo motivo, uno solo: Juan.



Lorenzo se sobrecogió, plenamente asombrado.

— ¡Juan! Si somos los mejores amigos. Desde que le facilité la visita a la Escuela de Aviadores me ha demostrado adoración.

— No lo dudo, aunque es bastante presuntuoso de tu parte decirlo. Pero no lo interpretes mal. Toda la existencia de mi padre está concentrada en Juan. El es su orgullo. Ve en Juan toda la representación del ilustre apellido Winslow, y en mí ve la hermana de ese representante, ni más ni menos. Quiere que mi marido sea digno de la gran posición que significa ser el cuñado de Juan. ¡Alguien con título! — ¡Alguien famoso! Ah, puedes sonreírte, pero no exagero.

El meneó nuevamente la cabeza.

— ¿No es quizá aventurarse demasiado? — casi no lo puedo concebir.

— Pero tendrás que creerlo, Lorenzo. Tal vez dentro de poco, cuando llegues al límite de tus talentos militares, tú y papá os reconciliéis. Por el momento tienes que contentarte conmigo solamente, nada más que conmigo.

La súplica en sus ojos era tal, que no cabía más que una respuesta. Por tercera vez se inclinó él y la besó con todo el respetuoso fervor de su alma.

Percibieron el ruido de pisadas cercanas y rápidamente giraron, pudiendo notar la presencia de dos figuras que se aproximaban. Uno de ellos era un hombre alto, de cabellos entrecanos; el otro un joven en la edad más risueña, en la que se evidencia el mayor contento.

— ¡Oh, hermanita! — exclamó el joven tapándose la cara con burlona mueca. — ¡Oh, hermanita! — prorrumpió lleno de júbilo.

El viejo hizo un impaciente ademán de silencio, encaminándose en derechura a la pareja.

Sus ojos grises se tornaron torvos.

El joven, hubiese estrechado la mano de Rayner, pero el viejo lo empujó hacia atrás.

— Capitán Rayner: anoche tuvimos una conversación. — ¿No fuí acaso suficientemente explícito?

Lorenzo se inclinó.

— Perfectamente explícito — asintió; pero no estoy de acuerdo con sus conclusiones.

El recién llegado hizo otro ademán de impaciencia, como si intentase desviar algo tangible, pero invisible.

— Si usted persiste en su persecución, daré parte a la Comandancia. — ¡Yo, yo, te arruinaré!

Rayner se enderezó.

— Mi foja de servicios puede contrarrestar todo falso informe. Yo no persigo a nadie. La hija de usted y yo nos amamos; eso es todo.

— ¡Amor! — exclamó Winslow irónico. — En beneficio de ella, rehuso lo que usted gusta llamar amor. De mi parte, en nombre de mi hija y de mi hijo, declino su amistad. Ellos están atentos a mis órdenes de no volverle a hablar.

El más joven dió un repentino salto:

— ¿Qué? — ¿Qué no le tengo que volver a hablar!

— No — dijo su padre tranquilamente. — Yo no quiero que entremezcles tus futuros proyectos intimando con un juglar militar. Puedes irte al balneario. Tu hermana y yo te encontraremos cuando el capitán Rayner considere oportuno marcharse.

La cara del joven se tornó hosca y obstinada.

— Yo quería que Lorenzo viniese a bañarse conmigo a la desembocadura del río, — insistió.

Rayner giró rápidamente hacia él:

— Allí no, Juan; la marea en ese sitio va en aumento, y el agua pronto llegará a las rocas.

Winslow con enfado se adelantó y dijo:

— Soy perfectamente capaz de velar por la seguridad de mi hijo. Así es que no intente proseguir una conversación con el pretexto de solicitud. Y, téngalo usted bien entendido, que son esas las últimas palabras entre usted, mis hijos y yo.

— ¡No! — dijo Violeta sin miedo. Mientras sea menor seguiré obedeciéndote; pero me casaré con Lorenzo. Es también mi última palabra.

Winslow permaneció mirando a Rayner en severa y silenciosa expectativa.

Rayner miró a Violeta. Ninguno hablaba, pero el mensaje que se enviaban era visible, y sonrieron confiados.

Con ademán que expresaba su amistad hacia el muchacho se retiró.

Sin proferir una palabra más, Winslow instó a sus hijos a que marchasen.

Rayner les observó al pasar por las arenas y se encogió de hombros. Luego sonrió contento, pues al pasar el último montículo que le obstruía la vista, uno de los del grupo retrocedió y agitó un blanco pañuelo.

Se quitó la gorra contestando al saludo.

Luego los tres se perdieron a su vista.

Rayner se dirigió al cobertizo y atravesó la entrada, encaminándose hacia un grupo de hombres ocupados en el arreglo de un aparato.

El centinela lo saludó con tal seriedad que le hizo sospechar la traza de una mueca irónica que no existía.

En las arenas los tres caminaban silenciosos. Tras las espaldas de su padre, Juan ofrecía a su hermana mudas señales de su simpatía.

Ella sonreía, ¡pero con tanta amargura!

La luz parecía haber huído del cielo. El porvenir obscurecía con el inmenso nubarrón de los dos años de espera, hasta que Lorenzo pudiese llamarla suya.

¡Dos años tendría que aguardar!

Aguardar, aguardar, la palabra corría por su cerebro monótona y desgarradora.

Un suspiro fué el eco de su melancolía.

El padre la miró.

— Si estás cansada puedes descansar aquí. Yo iré con Juan hasta las rocas.

Ella asintió.

— Muy bien — dijo, — y dejándoles pasar, se sentó en el césped, que era el límite que marcaba la marea.

Miraba a los baluartes de la Estación de Aviación y, al contemplarlos, hallaba un rayo de alivio que animaba la depresión de su ánimo.

Lorenzo estaba allí, y su carrera en lo futuro no era peligrosa. Ya no tendría que hacer experimentos arriesgados; las terroríficas visiones que incesantemente agobiaron su imaginación, serían cosas pretéritas. En lo venidero podría ella tomar el diario sin esa sensación de congoja que experimentaba todas las mañanas desde hacía seis meses.

Era un paso ganado, que embargó su corazón de ventura.



¡Pero dos años! Le parecían una eternidad, miles de horas en que Lorenzo no tomaría parte. Muchas horas sin oir su voz ni ver su sonrisa, ni tocar su mano.

Un sollozo escapó de su pecho. Su cara se hundió entre sus manos.

Repentinamente un ruido interrumpió su meditación, traído por la brisa desde el promontorio. A pesar de la distancia le pareció reconocer un acento de agonía o de temor.

Se alzó con rapidez; escuchó intensamente. El sonido se oyó de nuevo, y esta vez no cabía duda. Era la voz de un hombre acometido por un repentino terror: La voz de su padre, clamando auxilio desesperadamente, viva, estridente, como el grito de una bestia atrapada e imposibilitada ante la mueca de la muerte.

Ella corrió contestando a gritos, sus pies vacilantes bajo el peso del terror.

Pasó por un recodo de las rocas, e hizo un alto. Otro grito se le escapó. Unió sus manos en ademán de agonía, ¡impotente, desesperada!

El flujo de la marea avanzaba y la blanca línea de la espuma en las rompientes a la boca del río, cubrían las rocas.

A no poco trecho del rompeolas, casi a un cuarto de milla de la costa, un objeto obscuro se movía en la superficie. Sin embargo, no aparentaba adelantar ni retroceder. Se agitaba en la superficie del agua, pero quedando enclavado en el mismo lugar. Y los gritos que venían de allí, laceraban su corazón, pues la voz era la de su hermano. Pero los gritos que al principio oyera no fueron aquéllos: provenían de otros labios que estaban acosados, si posible era, de otra desesperación aun mayor. A unos veinte metros de la costa, como inmovilizado por tentáculos poderosos e invisibles, se hallaba su padre, en lucha titánica para desasirse; pero tan infructuosamente como su hijo.

Había algo espantoso, inverosímil, en el misterio de su impotencia: era como si el poder de una pesadilla hubiese encarnado sobre esta tranquila extensión de tierra.

Veloz corría Violeta hacia la playa, como si ella también quisiera arrojarse a las ondas.

Vociferando insistentemente, su padre le advertía:

— ¡Tú no, tú no — gritaba, — las arenas son movedizas; me han atrapapado y a Juan, ¡a Juan! ¡Corre por auxilio, corre a la Escuela, corre!



Ella vaciló, asombrada por la vehemencia de su padre y por su propio temor.

— ¡Pero usted, usted! — gritaba ella. — ¡Déjeme acercarme, déjeme probar!

— ¡No! — rugió, ¡no! — El agua no me cubrirá aún durante algunas horas. ¡Por Dios, corre!

Agitaba sus brazos frenéticamente hacia el mástil de la inalámbrica que coronaba el médano.

Jadeante, Violeta corrió hacia allí. Corría atravesando las arenas, pero la distancia parecíale acrecentarse en lugar de disminuir.

La hierba húmeda la hizo resbalar; cayó. Incorporóse vacilante, llenos los zapatos de arena, su boca seca, su respiración agitada, difícil. El mundo entero se había llenado de partículas arenosas que impedían llegar al edificio, que allá, muy lejos, apenas divisaba.

Intentó gritar; se le apagaba la voz. No veía, no oía.

Y rompiendo eso que parecía un conconjuro, rompiendo el velo de su desesperación, como un rayo brillante a través de un nubarrón, oyó la voz de su amado, sintió sus manos entre las de él. Muda se abandonó en el abrazo que le brindaba protector.

— Te vi desde el terrado del «hangar» — ¿Qué ocurre? — ¿Qué es lo qué sucede?

Ella pudo al fin articular.

— ¡Las arenas... las arenas!... ¡Un bote... un bote!

El dió un salto; su voz era tensa con nueva ansiedad.

— ¿Las arenas? — repetía. — ¿Han aprisionado a Juan o a tu padre?

Ella hizo un vehemente ademán de asentimiento.

— Sí — susurró. — ¡Un bote... un bote!

Se separó de ella y, corriendo vertiginosamente, se dirigió hacia el cerco.

— ¡Vuelve a donde están ellos! — le gritaba. Yo iré al momento.

Desapareció tras el cerco de madera, dejando oir su voz potente repartiendo órdenes a sus hombres.

Repentinamente, como surgiendo de la tierra (así le pareció a ella) comparecieron como doce oficiales llevando cuerdas e interrogándola con interés. Su voz había desaparecido. Solamente podía señalar en dirección de la playa, urgiéndoles con ademanes temblorosos que por silenciosos que fueran, revelaban elocuentes el apuro. No titubeaban. Dos de ellos la alzaron en peso, los demás disponían presurosos, alerta, tratando de interpretar la dirección que ella vagamente indicaba.

¿Era acaso en un sueño que la transportaban por el camino que a saltos y tumbos recién había atravesao? ¿Era en un sueño, quizás, que ella veía a su escolta en el borde seguro, largar una cuerda a los brazos expectantes que se agitaban para asirla?

Con la fuerza de doce brazos su padre fué arrastrado hasta sus pies.

El se incorporó, gesticulando con violencia; su voz chillaba con feroz vehemencia cuando se rasgó la pasión de su desesperación.

— La mitad de mi fortuna para el hombre que salve a mi hijo —vociferó, señalando a la obscura figura que se retorcía aun en las garras de las arenas y la marea creciente. — ¡Es a él a quién debíais haber salvado y no a mí, idiotas, idiotas! ¿Qué esperáis? ¿A dónde está el bote?

Con ademán autoritorio uno de los oficiales pasó su mano sobre el brazo del gesticulante.

— No hay bote, señor Winslow, y aunque hubiese no podría llegar hasta su hijo. Ninguna fuerza que empleásemos podría servirnos para atravesar aquéllo — dijo señalando las arenas movedizas que subían y temblaban con la marejada.

— ¡Escuchen! — gritó repentinamente. — Eso significa salvación, si humanamente hay salvación.

Winslow lo miraba con faz descompuesta y desfigurada, sin comprender. Repentinamente se alzó rígido. El, y quién con él estaban, dirigieron sus miradas hacia el cielo.

Soberbio, en contraste con el azul del cielo, en una vasta curva y recto a la desembocadura del río, volaba un aeroplano. Pasó gallardamente sobre la costa, cayendo su sombra sobre la figura que aun se debatía valientemente contra los avances de la muerte.

El rugido tempestuoso del rompeolas había ensordecido a Juan Winslow. El ruido del aeroplano no había llegado a su precepción hasta que la

sombra pasó por su cara. Un repentino vislumbre de esperanza llenó su vista desesperada. Y la voz de Lorenzo era firme; hizo estremecer con confianza el agobiado corazón del muchacho.

La máquina giró en su rededor. Del armazón central una soga pendía.

— ¡Agárrala, Juan! — vociferaba el soldado. — No puedo ir despacio; tengo que mantener el movimiento. Cuando vuelva agárrala.

El zumbido del motor cesó para luego vibrar con más ímpetu. La soga caía chapoteando el agua, al alcance del muchacho.

Sus ávidas manos desesperadas intentaron asirla; resbalaban, volvieron a intentar, hasta que al fin tenazmente se afianzaron de un nudo.

Un suspiro convulsivo se escapó de los labios del espectador, pues el inmenso pájaro blanco se tambaleaba peligrosamente.

Luego, serenándose, ganó el espacio y voló hacia el grupo, con las alas desplegadas, sin vacilar, arrastrando como a un ancla levada a Juan, sacado de entre las arenas movedizas.

Winslow, lívido, los dientes apretados, dominado aun por el pasmo de la aventura que el mar le ofreciera atenazador, volvía a la realidad de la vida.

Un extraño alarido se escapó de sus labios en el momento que la soga y su fardo se agitaron por los últimos metros del banco de arena.

Saltó inmediatamente y se abalanzó con los brazos extendidos.

Un coro de voces lo llamaron precavidos, una docena de brazos se lanzaron a detenerle, pero, ¡ya tarde! El hombre no tenía más vista que para su tesoro reconquistado, ni oídos para otra voz que la que había sido amenazada por el eterno silencio de la muerte. ..

Sus brazos atajaron en estrecho abrazo a su hijo.

De arriba se oyó un ruido estrepitoso.

Por el repentino arranque gran cantidad de cabos se rompieron. Los inmensos alones se inclinaron hacia arriba por el peso descendiente del aparato; la popa se empinó.

Con una repentina y dura caída el aparato herido se hundió sobre la cresta de las rocas.

. . . ¿Y el piloto?

Lo hallaron tirado al borde mismo del naufragio.

. . . .

A Lorenzo le pareció una noche muy larga de la que recién despertaba; una noche llena de sueños admirables. No estaba muy seguro, sin embargo, si era realidad o visión lo que le sucedía, tan inmensurable era la vista que sus ojos incrédulos tenían delante. Era Winslow quien lo escudriñaba ansioso, Winslow por cuyas mejillas fluían lágrimas y cuyos ojos expresaban la tribulación más patente.

El soldado parpadeaba y se movía inquieto. Intentó levantarse, estiró las manos para hallar sostén y notó con atónita sorpresa que sus dedos estaban ensangrentados.

— Permanezca acostado — le decía una voz suave, persuasiva. ¡Por favor quédese quieto!

Giró su vista y vió la cara de Violeta inclinada sobre la suya la mano de ella suavemente sobré su hombro.

Estupefacto se sobrecogió. A pesar de la mano que lo detenía, forcejeó y, de rodillas, miró a su alrededor. Inmediato a él yacía una maraña de lonas, radios y aceros.

Repentinamente recordó todo.

— ¡Por Dios! — deploró amargamente. — ¡Nuestro mejor aparato!

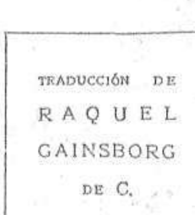
Winslow hizo un gesto alentador. La ansiedad que embargaba antes sus facciones dejó lugar a una expresión de intenso alivio.

— Eso puede pagarse fácilmente. Algunos actos, el riesgo de la vida, la abnegación, el valor . . . nunca son bastante recompensados.

Unicamente puede uno intentar, ofreciendo lo mejor que tiene.

Tomó la mano de Violeta y con suavidad cerró sobre ella los dedos lastimados de Lorenzo.

— Para comenzar, ¿acepta usted ésto?



TRADUCCIÓN DE RAQUEL GAINSBORG DE C.



A BORDO DEL «ZEELANDIA», DON MIGUEL DE UNAMUNO, RODRIGO SORIANO, SU COMPAÑERO DE DESTIERRO, EL DOCTOR LAVALLE, EL SEÑOR SÁENZ BENAVENTE Y LA SEÑORITA DE DEBENEDETTI.

EN VIAJE DE LAS PALMAS A CHERBURGO SE ENCONTRARON A BORDO DEL «ZEELANDIA» NUESTRO EMINENTE HOMBRE DE CIENCIA, DOCTOR LAVALLE, Y DON MIGUEL DE UNAMUNO, QUE LEVANTADO SU DESTIERRO SE DIRIGÍA A FRANCIA. CAMBIADAS IMPRESIONES Y TRABADA AMISTAD, COMO UN RECUERDO DE LOS BUENOS MOMENTOS PASADOS UNAMUNO, ENVIÓ A LA ESPOSA DE NUESTRO COMPATRIOTA LOS HERMOSOS VERSOS QUE PUBLICAMOS Y QUE DICEN DE LA FRESCURA DE ESPÍRITU Y BELLEZA DE ALMA DEL RÍGIDO FILÓSOFO SALAMANQUINO.

Recuerdo al doctor Francisco P. Lavalle de nuestro mutuo conocimiento a bordo del «Zeelandia», de Canarias a Cherburgo, y de la grata amistad que aquí ha nacido. Y con ello un saludo de un español a su patria argentina.

MIGUEL DE UNAMUNO.

26 - VII - 1924, FRENTE A LAS COSTAS DE FRANCIA.

HAY OJOS QUE MIRAN — HAY OJOS QUE SUEÑAN,
HAY OJOS QUE LLAMAN, — HAY OJOS QUE ESPERAN,
HAY OJOS QUE RÍEN, — RISA PLACENTERA,
HAY OJOS QUE LLORAN — CON LLANTO DE PENA,
UNOS HACIA DENTRO — OTROS HACIA FUERA.
SON COMO LAS FLORES QUE CRÍA LA TIERRA.
MAS TUS OJOS VERDES — MI ETERNA TERESA,
LOS QUE ESTÁN HACIENDO — TU MANTO DE YERBA,
ME MIRAN, ME SUEÑAN, — ME LLAMAN, ME ESPERAN,
ME RÍEN RIENTES — RISA PLACENTERA,
ME LLORAN LLOROSOS — CON LLANTO DE PENA,
DESDE TIERRA ADENTRO — DESDE TIERRA AFUERA.
EN TUS OJOS NAZCO; — TUS OJOS ME CREAN;
VIVO YO EN TUS OJOS, — EL SOL DE MI ESFERA;
EN TUS OJOS MUERO, — MI VIDA SE ANEGA,
TUS OJOS MI CUNA — MI CASA Y VEREDA,
TUS OJOS MI TUMBA, — TUS OJOS MI TIERRA.

Miguel de Unamuno

DICHO Y HECHO, POR ALVAREZ

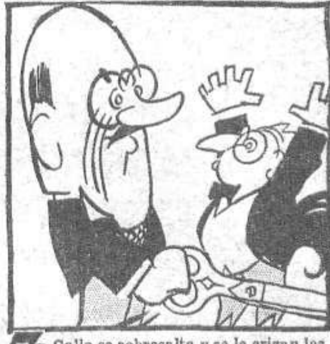
RECONCILIACION, NOVEDAD CINEMATOGRAFICA



1 Decidido a hacer economías, Molina, agarra las tijeras.



2 Y ¡zás! empieza a cortar del presupuesto.



3 Gallo se sobresalta y se le erizan las plumas.



4 Molina da otro tijerazo.



5 Loza produce un ruido extraño como si se cayese del aparador.



6 Molina, impasible, continúa en su labor destructora.



7 Loza pone el grito en el cielo y escribe una protesta sin faltas de ortografía.



8 Incansable, Molina da otro tijeretazo al presupuesto.

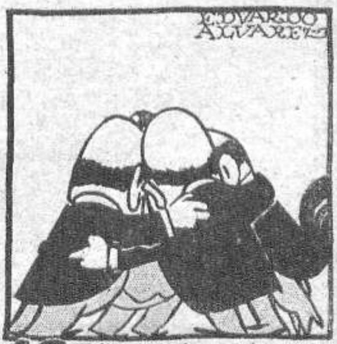


9 Sagarna lo siente en carne viva

10 Gallo canta con suavidad, Loza se muestra intransigente y Sagarna se enoja con decoro pedagógico.



11 Parece que ha llegado el fin del mundo. Pero don Marcelo reune a sus amados ministros y los reconcilia.



12 Molina promete no meter sus nefastas tijeras en el presupuesto y todo termina abrazándose a estilo de cinta cinematográfica.

Homenaje a un prócer



Artístico monumento erigido en Mendoza al ilustre prócer "apóstol de la libertad humana y forjador del carácter nacional, Agustín Alvarez".

AMBICIONES, SÍ; VANIDADES, NO

Ha dicho un poeta: "Todos tenemos sed de dominación", y es cierto; todos tenemos ansia, muchas veces no sólo inconfesada, sino desconocida por nosotros mismos, de influir en las vidas de otros. Parece que nuestra propia vida no está completa si no sale del círculo egoísta de nuestro interés personal. Es inútil vivir — nos dice un instinto hondamente arraigado en la misma entraña de nuestro ser — si nuestra vida no es el centro de otras, si el movimiento que hacemos no repercute fuera de nosotros, si la piedra que arrojamos al pozo no forma, respondiendo a nuestra voluntad, círculos concéntricos al de nuestro destino, que le agranden y le generalicen. El corazón pide corazones; la inteligencia, otras inteligencias; la voluntad, voluntades ajenas que dominar. Esta ambición es el estímulo primordial de toda vida humana. Hombres y mujeres la sentimos por igual. Y, aunque pudiera parecer egoísta, es noble. El que no la sintiera no sería capaz de nada grande, porque de esa raíz de egoísmo nacen los altruísmos más heroicos; de esa ansia inextinguible de poseer ajenos corazones brotan las abnegaciones y los renunciamientos más sublimes; todo el amor al prójimo, toda la ciencia, todo el arte, toda la caridad, todas las leyes buenas, han venido de ahí. Porque el hombre más fuerte, que siente por modo poderoso el ansia de dominación, si al mismo tiempo es bueno, en cuanto vence, ama, y en cuanto posee, se renuncia a sí mismo, y da y se da — el todo por el todo — y olvida su interés personal en la marea arrolladora que él mismo ha suscitado.

El ansia de poder es, pues, instinto universal y humano; pero entendámonos: como todos los instintos, puede cultivarse para bien o para mal. Su ejercicio es lícito, más para que lo sea necesita reunir las mismas condiciones que el ejercicio de cualquier otra actividad humana. Es preciso que quien quiere ejercer dominación tenga mental moral de exquisito temple, que quiera bien, que sepa querer, que sepa lo que quiere, que elija buenas armas para la pelea, que pelee generosamente y por algo que valga la pena. Porque las gentes necias o malintencionadas pecan hasta en la santidad y deshacen hasta cuando edifican. — G. MARTÍNEZ SIERRA.

LO QUE IMPORTA, ES ECONOMIZAR

Un avaro llevó a su hijo al teatro y en un entreacto el chico se asomó al antepecho para ver la sala.

—Ten cuidado, pequeño, no te caigas abajo.

—¿Por qué, padre?

—Porque las localidades de abajo pagan el doble.

Cinematográfica



La celebrada artista Lilian Gish en el papel de "La Monjita", superproducción cinematográfica filmada en Italia, cuyo argumento se basa en una de las novelas más difundidas de los países sajones, debida a la pluma de la conocida escritora inglesa F. Marion Grawford. Esta película, llamada a constituír uno de los mejores éxitos del año, permite a Lilian Gish poner una vez más de relieve sus delicados y singulares dotes de artista.

MINA DE DIAMANTES

Miles de toneladas de tierra mineral de la región de Sud Africa donde se recogen diamantes han sido transportadas a Londres, donde se las deposita en la sección sudafricana de la Exposición del Imperio, próxima a inaugurarse. De esa tierra se espera sacar diamantes por valor de muchos miles de libras esterlinas, a fin de cortarlos y pulirlos a la vista del público.

La salida y destino de los buques que acarrean la preciosa tierra se han mantenido secretos, y la "mina" será custodiada día y noche hasta la fecha de la apertura de la exposición, el próximo abril.

AUTÓGRAFO DE CRISTÓBAL COLÓN

Recientemente se ha descubierto, en la colección de 26.000 volúmenes antiguos, pertenecientes a la Biblioteca de Brown University, América del Norte, un manuscrito autógrafo de Cristóbal Colón, el único en su género de que se tenga noticia. Este manuscrito permaneció por siglos en un ejemplar de la "Sphera Mundi", obra que los geógrafos consultan rara vez. Se trata de una petición que Colón dirigió en 1494, desde la Española, a Fernando e Isabel. La misma biblioteca conserva también una carta importante del "inventor" de la América, fechada en Roma, 1493, y que consta de alrededor de ocho páginas.



Acosta del poema del Cid

(POR UN ERUDITO ESCRIBIENTE DE LA CASA ROSADA)

A Gallo contemplaba y, así, un hombre decía:
— Es cosa sorprendente que en tal palacio more.
Si a Elpidio respetara, ¡qué bien se portaría!
¡Oh, *Dios, qué buen vassallo, si oviese, buen señore!*

Como un personalista buscaba un alto puesto,
vió a tirios y troyanos. ¿Y qué resultó? Nada.
No pudo el desgraciado vivir del presupuesto;
non se abre la puerta, ca bien era cerrada.

A. Alvear, un entusiasta que se lo debe todo,
como es agradecido, le dice de este modo:
— *Ya señor glorioso, padre que en cielo estase,*
fezist çiclo e tierra, el terçero el mare.
A ti adoro e credo de toda voluntad.
¡Y con el que lo niegue haré una atrocidad!

¿Los marcos valen mucho? ¿Los marcos valen poco?
¿Podrá haber individuos de tal manera parcos,
que como el Cid prometen (¿el Cid estaba loco?):
— *A cada una dellas daré dozientos marcos?*

Como el que manda, manda, su séquito se agranda
y todos juzgan bueno lo que hace aquel que manda.
Los mismos que a Marcelo miraban torvamente,
hoy dicen con asombro:—¡Será un gran presidente!
En él tienen apoyo las ciencias y las artes,
y *vánssele acogiendo yentes de todas partes.*

Los acaparadores están llenos de gozo.
Les vemos satisfechos, del mar hasta los Andes.
Y ríe el hombre anciano y ríe el hombre mozo,
y todos son alegres: ganancias traen grandes.

Logró lo que quería lograr del Vaticano
cuando, con alborozo, gritaba un ciudadano:
— *¡Dios, qué alegre era todo cristianismo*
que en tierras de Valençia, señor avie obispo!

Siempre muy importantes han sido los porteros
y siempre se les quiso y se les respetó.
Por algo aconsejaban a algunos caballeros:
— *Levades un portero, tengo que vos avrá pro.*

Radiante se halla Lébreton, porque hay un diplomático
que elogia del ministro la ciencia singular.
Y Lébreton, nervioso, diciendo:—¡Qué simpático!—
sonrisándose de la boca, hívalo abraçar.

De un senador ya viejo, más bien un vejestorio,
que sueña todavía con ser algo tenorio,
afirman sus amigos que, mientras dormitaba
las noches e los días las dueñas aguarduva.

Molina gime: — ¡Basta de bromas e ironías!
Yo quise hacer lo mismo que hicieron otros tantos;
pero, aunque trabajaba por las economías,
esto Dios no lo quiso, con todos los sus santos.

¿Quién es el diputado de quien dijeron:
— ¡Oh!
Ese *es largo de lengua, mas en lo ál no es tan pro?*

A la infeliz que pueden robar los asaltantes
le quitan el dinero de modos diferentes,
le dicen (¡sinvergüenzas!) palabras malsonantes
y le hacen mucho daño rompiéndole los dientes.
Allí les tuellen los mantos e los pelliçones,
páranlos en cuerpos y en camisas y en çiclatones.

Le gritan a un ministro, que es algo temeroso
y juzga que es un mérito tener pocas agallas:
— Aquí los diputados te esperan. ¡Vanidoso!
Y fabla, Pero Mudo, varón que tanto callas.

No puede saber nadie ni cómo acabaremos,
ni si hay personalismo, ni si hay jubilación.
Que espere todo el mundo. Se impone que esperemos.
Y, aquí, *en este lugar se acaba esta razón.*

L U I S   G A R C I A

D I B U J O   D E   M A C A Y A

DISCOS DOBLES NACIONAL

LAS NOVEDADES DE LA SEMANA


R. FIRPO


C. GARDEL


J. RAZZANO


F. CANARO

F. LOMUTO


PACHO (J. MAGLIO)


E. YRIBARREN


I. CORSINI


R. RUIZ


A. ACUÑA


AZUCENA MAIZANI


JOSE BOHR

Discos Dobles "Nacional" de 25 cm. $ 3.25

DUO GARDEL-RAZZANO
Con acomp. de 4 guitarras RICARDO-BARBIERI

18106
- La cabeza del italiano. Tango. Solo Gardel. Bastardi-Scatasso.
- Poupée de Stambul. Shimmy. Solo Gardel. Silver-Cohn-Numa Córdoba.

Discos Dobles "Nacional" de 25 cm. $ 3.00

ROBERTO FIRPO. — Orquesta Típica.

6281
- Tristeza criolla. Vals. Ignacio Corsini.
- Guamini. Tango Guillermo Barbieri.

FRANCISCO CANARO. — Jazz-Band.

4002
- Sunset. Shimmy. F. Pracánico.
- Mister Frank. Shimmy. J. Barbaglio.

ORQUESTA TIPICA PACHO (Juan Maglio)

7428
- Ofelita. Tango. S. Lombardo.
- La carreta. Tango. José Servidio.

FRANCISCO LOMUTO. — Orquesta Típica.

7607
- Desde ese día. Tango. P. Muñoz.
- Perla fina. Tango. E. Armani.

ELEUTERIO YRIBARREN.—American Jazz-Band

8038
- La danza de Menfis. (The Menphis Blues). Fox-Trot. W. C. Handy.
- Ututo. Shimmy. C. Gomcar.

DUO RUIZ-ACUÑA
Con acomp. de guitarra I. GOMEZ

10287
- Ay mi negrita. Chacarera. Ruiz-Acuña.
- En Mendoza. Cueca mendocina. A. Pelaia.

Discos Dobles "Nacional" de 25 cm. $ 3.25

IGNACIO CORSINI (Con acomp. de 3 guitarras)

18416
- El olivo. Tango. Trongé-Scatasso.
- La mina del Ford. Tango. Contursi-Scatasso.

AZUCENA MAIZANI
(Con acomp. de ORQUESTA F. CANARO)

11006
- Pobre francesita. Tango. Flores-Jovés.
- La sulamita. Shimmy. Caruso. Canaro.

JOSE BOHR
(Con acomp. de ORQUESTA F. CANARO)

16105
- ¡Oh París! Shimmy. Bohr-Caruso.
- Quiero dinero. Shimmy cómico. Bohr-Silberman.

Es la púa perfecta, por su sonoridad y construcción.

CONDOR

EL MILLAR $ 5.— m/n.
CAJAS de 200 PUAS $ 1.— m/n.

MAX GLÜCKSMANN



CALLAO y Bmé MITRE · BUENOS AIRES · FLORIDA y LAVALLE

ROSARIO
CORDOBA 1048



MONTEVIDEO
18 de JULIO 966



Grupo de marinos italianos que en compañía de sus oficiales y capellán respectivos, visitaron el Colegio Salesiano local, donde fueron debidamente agasajados.

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838

SOLICITEN CATALOGOS



MODELO N.° 196
Botín gum metal color o negro, caña de gabardina marrón, beige claro, beige obscuro, liso o picado, con cordones o botones.

$ 14.90

MODELO N.° 194
Botín gum metal color o negro, caña de gabardina marrón, beige claro, beige obscuro, liso o picado, con cordones o botones.

$ 14.90



MODELO N.° 244
En cabritilla charolada, negra, marrón, gris, beige. En piel de seda marrón y blanca. En gamuza negra, marrón, gris, blanca, verde y azul. En tela metálica plateada lisa.

$ 14.90

MODELO N.° 200
En cabritilla charolada, negra, marrón, sangre y beige. En gamuza negra, marrón y blanca. En piel de seda negra, marrón y marrón floreada. En piel de seda azul floreada y tela metálica lisa plateada.

$ 14.90





MODELO N.° 232
En cabritilla negra o marrón. En gamuza negra.

$ 14.90

MODELO N.° 230
En cabritilla negra, charolada o marrón. En gamuza negra o marrón.

$ 14.90





MODELO N.° 231
En cabritilla negra o marrón. En gamuza negra.

$ 14.90

MODELO N.° 229
En cabritilla charolada, marrón o negra. En gamuza negra.

$ 14.90



Botines y zapatos para varón, en todos los cueros, números 26 al 37, a $ 8.—

El artista lírico señor Redondo del Castillo, presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por los socios de "Círculo de Aragón", en homenaje a su brillante actuación artística.

Socios del "Club Coral Eintracht" que conmemoraron con una fiesta de camaradería el 30.º aniversario de la fundación de dicha entidad.

CONSEJOS PRACTICOS
PARA CONSERVAR LA BELLEZA
Por CHARLOTTE ROUVIER



El vello.—Un enemigo de la belleza.

Una hermosa y abundante cabellera, digno marco de pobladas cejas y largas pestañas, es lo más admirable en una dama, que puede sentirse orgullosa de tan seductores atractivos, pero en numerosos casos esa riqueza capilar paga su tributo con exceso, apareciendo también en forma de abundante vello superfluo en diversas partes del rostro, cuello, brazos, etc., lo cual desfigura totalmente una faz agraciada. Ya las mujeres de la antigua Grecia tenían el mismo criterio al respecto y se preocupaban de combatir el vello, empleando depilatorios en forma de pastas. En la actualidad, los métodos para extirparlo son numerosos y en la mayor parte de los casos poco satisfactorios. El tratamiento eléctrico, tan recomendado, es hoy muy costoso, lento y doloroso. En cambio, el sistema de más resultado parece ser el antiguo, teniendo en cuenta que su adopción elimina los tres inconvenientes del tratamiento eléctrico, pues es económico, sin dolor y rápido, es decir, cuestión de minutos. Se prepara la pasta a base de porlac puro pulverizado, mezclado con un poco de agua, y se aplica a la parte afectada por el vello superfluo, dejándola secarse encima, y cuando al lavarse se saca la pasta ya seca, con ella desaparece tambien el vello, quedando el cutis completamente alisado y libre de inflamación. Este sencillo procedimiento tiene, entre sus grandes ventajas, la propiedad de matar el vello en su misma raíz.

¿Puede colorearse el rostro sin rouge?

Indudablemente, un poco de color en las mejillas sienta bien a casi todas las mujeres. Pero el color natural es raro y fácilmente desaparece por cualquier indisposición o a la menor fatiga. El rouge daña al cutis, y además siempre se nota. Si sus mejillas no son naturalmente rosadas pruebe el efecto que les produce el rubinol en polvo: pone en un rostro pálido un delicado toque de color que no puede distinguirse del natural. Es absolutamente inofensivo para el cutis. Casi todas las famacias y perfumerías pueden venderle un poco de rubinol en polvo.

Es dolorosamente necesario reconocer los defectos del rostro.

Las damas que mediante un detenido examen ante un espejo no tienen la valentía de reconocer los defectos de su cutis, se limitan solamente a una ligera mirada e ingenuamente creen que con el auxilio de un prolijo acicalamiento, los defectos no serán visibles a la luz del día. Pocas mujeres conservan en perfecto estado el cutis de su juventud, y éstas mismas, si se disponen a revisar detenidamente su rostro, encontrarán, a pesar suyo, algunos defectos, como grasitud, dilatación de los poros, etcétera, que lentamente van produciendo su acción deplorable sobre una faz hermosa, pues los poros dilatados permiten el paso de esa substancia grasosa que precede a la brillantez y el acumulamiento de aquélla trae como consecuencia la aparición de los detestables barrillos, que nadie quiere ostentar. Para preparar una ablución astringente que simultáneamente contraiga los poros dilatados y extirpe la brillantez y los barrillos, basta conseguir algunas tabletas de stymol y disolver una en un vaso de agua caliente. Lavando el rostro con esta sencilla preparación, se nota inmediatamente su efecto maravilloso, pues el cutis queda limpio y alisado por la desaparición de los barrillos que se desprenden fácilmente lo mismo que la grasitud, y los poros dilatados se contraen, presentando su rostro un aspecto encantador

Rejuvenecer diez años en una sola noche.

Las arrugas prematuras en el rostro de una dama aun joven, son una injusticia y constituyen por eso su diaria pesadilla. ¡Cuántos sacrificios se impondrían con tal de restaurar la lozanía y frescura de su cutis envejecido por el empleo de materias nocivas en el tocado! Se conocen casos de cantidades fabulosas pagadas con el fin de someter las arrugas a tratamientos por demás costosos y que al fin no han dado resultado. En la actualidad no hay necesidad de tales extravagancias, porque si usted siente su espíritu deprimido por la temprana aparición de arrugas en el rostro, no tiene más que obtener cera mercolizada en cualquier farmacia seria, y, al acostarse, previa ablución con agua templada, extender la cera en todo el rostro hasta el cuello, sin hacer masaje, volviendo por la mañana a lavarse con agua caliente. Sometidas las arrugas a este tratamiento por espacio de una semana, desaparecen paulatinamente, y el cutis recobra la frescura y lozanía propias de la juventud. Por medio de este económico y sencillo remedio, puede usted parecer mucho más joven y mantener en su apogeo la belleza de su rostro.

Para desarrollar la hermosura oculta del cabello.

No hay nada tan encantador en una dama como la ostentación de una hermosa cabellera, que para parecer tal, debe ser brillante, sedosa y ondulada. Una mujer que une a sus encantos este complemento indiscutible de su gracia natural, es sencillamente seductora. En la conservación del cabello y su mejoramiento, interviene en primer lugar la calidad del shampoo que se emplea, pues si éste no produce buena espuma, lo higieniza relativamente, y en consecuencia nunca ostenta ese brillo que debe tener. En cambio, un shampoo preparado con granulados stallax y agua caliente, produce una abundante espuma perfumada y limpia eficazmente el cabello. Después de enjuagarlo, se seca con toallas calientes, y el resultado obtenido es admirable. Toda la brillantez oculta del cabello es revelada y queda sedoso, ondulado y fácil para peinar. En los casos de persistente grasitud en el cuero cabelludo, el stallax es un correctivo irreemplazable, y a las personas que tienen el cabello quebradizo y seco, se les recomienda, antes de cada shampoo, un masaje en la cabeza con aceite de oliva.

EL 25

POR ROBERTO ORTELLI

Ya son quince días que estoy así, compañero!

— ¿Quince días que está de espaldas?

— ¡Eso es: quince días, hermano!

— Y bueno, compañero: hay que tener coraje. La suerte no es para todos... ¡Vaya! ¡Quién sabe lo que ha de tocarme a mí con este maldito dolor de estómago!

— Y lo peor es que aquí son una punta de animales, ¿sabe? Ayer no más me sucedió un caso: el doctor me dijo que podía comer cualquier cosa; y entonces, como la comida de aquí es mala, mi señora me trajo unos huevos pasados por agua y una tortillita de verdura. ¿Quiere creer, mi amigo, que porque me traía eso no la dejaron entrar a visitarme? ¡Son unos animales, compañero, unos animales!

— ¿Y de qué sufre usted, che?

— ¡Cosas de la vida, amigo! Enfermedades de allá...

— ¿No me dijo que era casado?

— Sí, pero... ¡cosas de cuando uno era muchacho!...

— En fin, compañero: ¡hay que sufrirla!

— ¡Hay que sufrirla, amigo! — subrayó el 24 — que ocupaba esa cama desde veinte días antes — y volvió el rostro con una cierta satisfacción por haber charlado de sus cosas con el enfermo que recién entraba a esa sala de operaciones y al que le tocara en suerte la cama número 25.

A su vez, el 25 sintióse muy apenado por lo que le ocurría a su compañero. Permaneció triste durante un largo rato, mientras paseaba su mirada por la sala escrupulosamente blanca. Nunca había tenido oportunidad de conocer tan de cerca un hospital, y la impresión que ahora le causaba recordábale la confusión infantil de su primer día escolar. Sentíase extraño entre extraños, un tanto cohibido y temeroso. No obstante, el relato de su compañero persistía en su cerebro y le obligaba a pensar en él. Y tanto le absorbía, al fin, ese pensamiento, que hasta olvidó su propio dolor. No, no: su dolor era insignificante frente al suplicio de ese pobre compañero, de ese hermano que desde quince días antes permanecía de espaldas en el lecho. No: no, eso era demasiado para un hombre. Por lo menos, así lo comprendía él. Y por eso buscaba la forma de exteriorizar su solidaridad dolorosa, su consideración y su afecto por el compañero de la cama número 24. Sus claros ojos tuvieron como nunca expresión de tristeza. Y sus brazos delgados se alargaron junto al cuerpo, sobre la cobija blanca del lecho, dejando a las manos que se perdieran a lo largo en su desdibujada palidez. Estaba triste, muy triste. Y junto con su tristeza, en su garganta había ahogado una protesta, porque tenía la íntima convicción de que se estaba cometiendo una injusticia, una gran injusticia, cerca de él. Su religión le hizo implorar cuando su conciencia le aconsejaba maldecir.

Los médicos lo habían revisado prolijamente. Eran ya diez días que estaba en observación. Resultado de eso, el señor médico le dijo aquella mañana:

— Bueno, compadre: aquí hay que hacer tres operaciones... — y ante el asombro del enfermo, el señor médico detalló someramente el carácter de las operaciones que creía necesarias.

El 25 habíase quedado perplejo. Sus ojos se abrían desmesuradamente y su boca permanecía entreabierta como en un estereotipado gesto de estupor. En un momento, por su cerebro pasaron mil ideas distintas y tuvo visiones pavorosas. Sintióse pequeño y deprimido, y dudó entre invocar el humilde espíritu de su pobre madre, ya muerta, o al Dios Omnipotente. Como nunca, sintió la frialdad de su aislamiento y la necesidad de un afecto en qué cobijarse. No repuesto aún, aventuróse a preguntar, estúpidamente:

— ¿Y será grave, señor doctor?

El señor doctor le miró con algo de sorna. Luego le contestó, entre risueño y malhumorado:

— Aquí damos el pasaje de ida; el de vuelta podés pedírselo al Padre Eterno... — y se alejó balanceando su cuerpo voluminoso, en torno al cual sonreía la blancura impecable de su delantal.

El 25 permaneció un largo rato recostado en el respaldo de su cama, meditando sobre las palabras que el señor médico había pronunciado. Tuvo la intuición, la íntima certeza de que esa operación lo llevaría a la muerte. Pero no era esto lo que lo llenaba de pavor, sino la soledad miserable en que se hallaba. Tenía la impresión del viajero que al llegar a un miserable pueblito de campaña donde no conoce a nadie visita un cementerio trágico en su pobreza y advierte que ha de morirse allí y que será enterrado en una fosa fríamente extraña.

mientras su nombre aparecerá grabado en una cruz de palo entre nombres que nunca modularon sus labios, era la impresión de crudo aislamiento que torna pavorosa la idea de la muerte. Había en él un arrepentimiento, sí, un grande arrepentimiento; pero era por lo que no había hecho y por lo que pudo hacer. La vaciedad de su vida, transcurrida en la tragedia de un inconsciente egoísmo, se le aparecía ahora como un fantasma.

Lo sacó de su recogimiento el grito de un enfermo que le decía:

— ¡Te vas a morir, che, 25!

Al 25 le dió mucha rabia. Sin embargo, en los diez días que llevaba en la Sala, había aprendido a perdonar las burlas con que parecían engañar el propio dolor algunos enfermos.

Levantóse y comenzó a pasearse por la sala, sin atender los reclamos hipócritas de algunos enfermos que lo llamaban para hablar de su dolencia. En su metódico paseo, el 25 maquinaba lentamente sus ideas, y medía la conveniencia de someterse a la operación. Pidióle consejo a un muchacho triste y acabado que yacía en un lecho de la sala, y éste le indicó que se fuera del hospital, «porque lo matarían despiadadamente como a esos siete que *despacharon* durante la semana transcurrida».

Si; ya lo había resuelto definitivamente: no se dejaría operar. Morir por morir, prefería reventar en cualquier cuartucho y no terminar destripado por unos carniceros. Ese mismo día, en cuanto viniera el practicante mayor, le pediría permiso para dejar el hospital. Ya encontraría un remedio para calmar el dolor, y con él tiraría adelante algún tiempo aún. Y cuando el Señor dispusiera poner fin a su vida miserable, acataría el juicio con toda la resignación posible; porque eso de que él mismo precipitara el fin de su vida, en una forma tan monstruosa, le parecía estúpido.

Todo esto lo había pensado pacientemente el 25, en aquella mañana risueña en que el sol entraba en la sala a poner un poco de alegría sobre todas las cosas. Y por haberlo pensado, sentía también una rara satisfacción. Era como si se hubiese librado de una pesadilla.

— ¿Sabe usted? — díjole al 24. — No me dejaré operar.

— Hace bien, compañero.

— De todas maneras... ¿No es cierto?...

— ¡Claro! ¿Usted no tiene familia?

— No; nadie. Estoy solo. Mi pobre vieja murió hace un par de años...

— ¡Debe ser muy triste, caray!...

— Sí; muy triste. Le aseguro. Por ejemplo, ahora, ¿ve?, si yo tuviera a mi vieja o a una mujercita... ¿se da cuenta?, yo le preguntaría... Pero no tengo a nadie, compañero, a nadie... Es muy triste, che...

— ¡Es inútil que te quejes: lo mismo te vas a morir, che 25! — gritó alguien en el extremo de la sala. Y por otro lado se sintió la burla de uno que imitaba el quejido doloroso del 25 y una carcajada soez festejando la ocurrencia.

— Si éstos se encontraran en mi pellejo... ¡Son muy malos, che, 24!...

— ¡Quién sabe!...

Y la duda que aventuró el 24 hizo renacer la bondad en el enfermo de la cama número 25, quien, comprendió la tragedia de quienes se burlaban de él en esa sala donde todos eran despojos de la miseria dolorosa y dramática de la ciudad.

— Casi todos son como usted — dijo el 24. — Son completamente solos. A ellos los trajo aquí la marejada que lleva la escoria a las costas. Son en sí mismos la pobreza más trágica, y el alma la tienen corrompida o despedazada. Y ahora no sirven para nada...

— Sí; porque no sirven para tener piedad...

A la hora de costumbre, el señor practicante mayor entró en la sala, vistiendo su blanco delantal, calados los guantes de goma, roja la nariz por el frío de la calle y con los ojos hinchados por una mala noche de juerga, quizás, o por el excesivo estudio. Recorrió las camas un poco despreocupadamente, y llegó, por fin, hasta la señalada con el número 25. Ya enterado de la decisión del señor médico, preguntóle al enfermo:

— ¿Y? ¿Te vas a operar?

— Vea, señor doctor... éste... Yo quería decirle, precisamente...

— ¡Bah, bah, bah!... — atajó el señor practicante mayor, a quien Dios sabrá perdonar su excesivo afán por el estudio.

El 25 se sintió cohibido ante esta inesperada contestación, y dejó que en mala hora el señor practicante mayor hablara acerca de la conveniencia de someterse a que lo operaran.

— Pero m'hijo — habíale dicho éste — si no es nada. Te haremos una por vez. La primera es la menos importante. Si después de ella vos crees que se te puede hacer otra, te la haremos; y sino te irás, siempre algo aliviado... Y el señor practicante mayor desarrolló una larga conversación, convenciendo al 25 de la necesidad de operarse y de la cobardía que representaba el no hacerlo.

Y un día frío, un día horrible, el 25 fué puesto en una camilla de mano y fué llevado al gabinete de operaciones entre las burlas y los pronósticos groseros de los que Dios torna insensibles al dolor ajeno.

Si; ahora ya estaba hecho: lo habían engañado miserablemente. Ya no le cabía ninguna duda.

Sentíase agujereado y deshecho en la impresión nauseabunda del cloroformo que le anudaba la garganta. Quería vomitar con un asco monstruoso, y una misma puntada le recorría el cuerpo sin que le fuera dado localizarla. Sentía en el pecho como si tuviera clavado un cuchillo, y cuando intentaba vomitar era como si una mano grosera impulsara hacia abajo ese cuchillo y partiera en dos su cuerpo, su pobre cuerpo que ahora adivinaba irremediablemente agujereado y deshecho. Sintióse perdido, definitivamente perdido. Quiso levantar la cabeza, pero el cloroformo le impedía todo movimiento; quiso hablar.

— Veinticuatro... — pero advirtió que sólo tuvo la intención de pronunciar esa palabra: la voz no lo acompañó. Necesitaba ahora, ahora mismo, sentir un afecto, algo puro y desinteresado. ¡Oh, si habría una mano de mujer!

Sintió el pavor de una nueva arcada, y un líquido tibio salió de su boca y corrió por los hombros hasta la espalda. De nuevo la puntada horrible certificaba el

engaño monstruoso: las tres operaciones habían sido ejecutadas bajo la acción del mismo cloroformo.

Soltó un quejido, tenue primero, agudo después:

— ¡Ui, ¡úi, úi!...

Parecióle oir un comentario cerca. Sí, sí: sería algún buen compañero, acaso el 24, que se apiadaba de él. El miedo terrible que ahora sentía, se aplacó un tanto con esa convicción. ¡Oh, si habría una mano de mujer!

El dolor aumentaba y su horror y su angustia aumentaban también. Un arrepentimiento profundo, sumíalo en el pavor de lo irremediable, de lo desesperadamente irremediable.

— ¡Ui, úi, úi!... ¡úi, úi, úi!...

Y ya no veía más; y ya no sentía más que una ansia enloquecida de gritar, de asirse a alguna cosa, de salvarse de las ligaduras feroces de ese dolor.

— ¡Ui, úi, úi!... — y una carcajada brutal subrayó la burla, en el otro extremo de la sala.

— ¡Porquería de Cristo! — dijo alguien con algo de asco. ¡Siempre ha de haber miedosos para gritar como chicos!

— ¡Calláte la boca, caray! — gritó otro. — ¡Cha que habías sido criatura!

Pero el 25 no oía nada, no podía oir nada. El dolor recorría su cuerpo con vértigo irresistible. Comprendía perfectamente su angustiosa situación. Moriría, sí, moriría pronto, muy pronto. Pero, ¿cómo salvarse de ese dolor horrible que le horadaba el cuerpo? Sí; porque eso era lo irresistible: ese dolor que le horadaba todo el cuerpo y del que no podía salvarse de ninguna manera. ¡Ah, si el Señor le salvara con algún piadoso milagro! Al fin y al cabo, él había sido siempre bueno; y aunque nunca había cumplido ningún rito respetaba la imagen de Dios. Por otra parte, nunca había hecho mal a nadie y era injusto que ahora le tocara este fin, este angustioso fin a su vida que fué un trágico sacrificio hilado día a día en la rueca monstruosa de la miseria. Había una injusticia, sí, una indecible injusticia en ese destino. Y el Señor quizás la repararía ahora mismo, si con un piadoso milagro que lo salvara de ese dolor terrible que le recorría todo el cuerpo y le anudaba la garganta en una profunda impresión de asco.

El 25 movió la cabeza y, levantando los brazos para llamar la atención, alcanzó a decir:



— Llamen a la hermana de Caridad... y una risa silbó en el lecho en que había un buen compañero, un pobre compañero que estuvo muchos días de espaldas en la cama.

Con sus ojos llenos de pavor, el 25 volvió su vista hacia la cama número 24, y su mirada se encontró con un rotro sonriente, socarrona y horriblemente sonriente. Y quizás por qué escondidas causas, el 25 creyó que quien reía en aquel lecho no era el pobre compañero que había estado mucho tiempo de espaldas en la cama, sino el practicante, sí, el señor practicante mayor que reía ahora triunfal, acaso porque lo había engañado, lo había engañado arteramente. Y desde ese momento, ninguna visión fué tan fija como la de ese rostro rubio, barbilindo, con los ojos hinchados por una mala noche de juerga, que reía, reía y reía triunfal, contento como si hubiese ganado una partida diabólica.

— ¡Ui, úi, úi!... ¡Ui, úi, úi!... — seguía gritando el 25, impulsado por aquel dolor imposible que le recorría el cuerpo.

— ¡Ui, úi, úi! ¡Ui, úi, úi!... — resonó la intención burlesca de alguien que hallaba eco en toda la sala.

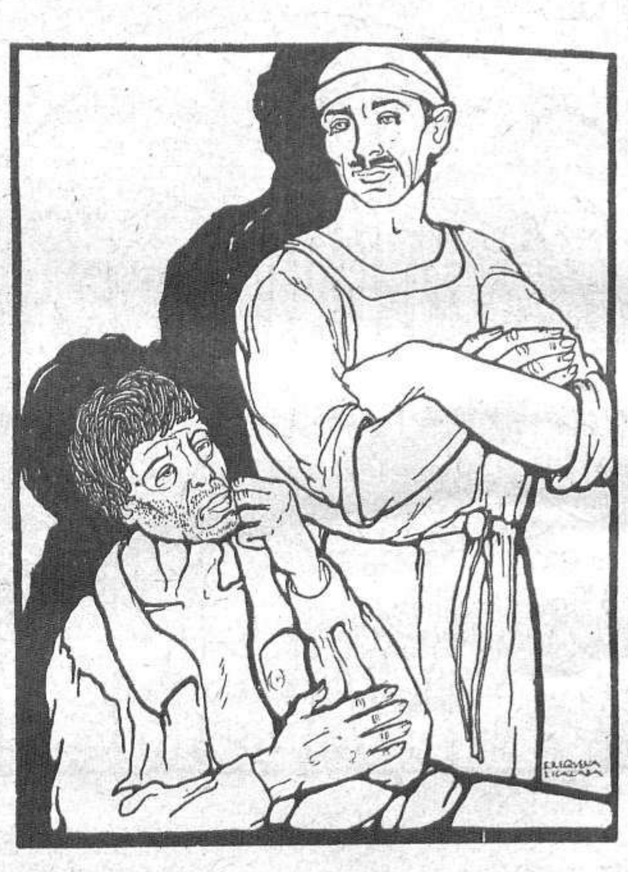
En la miserable media luz en que dormitaba la sala, en la noche, mientras afuera silbaba un viento endiablado, junto a la cama número 25, dos velas dejaban oscilar sus piadosas llamas y una hermana de caridad permanecía arrodillada en tanto elevaba una plegaria que el alma de un moribundo recogía con honda emoción.

El 25 sentíase extrañamente aliviado, sin saber que ello era el efecto de una inyección que le aplicaron durante su desesperado ataque. Su alma se recogió en un profundo y deleitoso sueño, en el que veía la cara arrugada y bondadosa de su madre, de su pobre madrecita que le sonreía y lo invitaba a sufrir resignadamente, tal como ella había sufrido durante toda su vida. El murmullo de la plegaria que a los pies de su cama pronunciaba una hermana de caridad, llenábalo de una tranquila bondad, en un maravilloso olvido del dolor de su cuerpo miserable. Recordábase en la edad infantil, cuando una madrecita que lo acariciaba y le hacía rezar todas las noches, junto a ella:

— «Padre nuestro que estás en los cielos...» — y sintió un profundo deseo de llorar. ¡Su madrecita! ¡Con cuánta ternura la re-

cordaba ahora y cómo tomaban relieve, en el recuerdo, los quehaceres más humildes a que ella solía consagrarse! ¡Ah, si ella viviera! Sí: era ella lo que ahora le faltaba... Su divagación se interrumpió; ahora se conformaba con ver el rostro arrugado y bondadoso de su pobre madrecita que le sonreía y lo invitaba a sufrir resignadamente, tal como ella había sufrido durante toda su vida. El 25 sentíase llorar, llorar mucho y muy tristemente, mientras oía el murmullo de la plegaria que una santa mujer pronunciaba para él.

La hermana se acercó al 25, pronunció algunas palabras que éste no pudo comprender, acaricióle el rostro, y retiróse llevando las velas cuyas llamas oscilantes acompañaron el vaivén de la plegaria.



El 25 quedóse nuevamente solo; a solas con su bondadoso ensueño. Pero pronto el dolor de su cuerpo le volvió a la realidad pavorosa del límite cercano. Aferróle el dolor intenso de la puntada irresistible que recorría su cuerpo como un cuchillo endiablado, y la atropellada confusión de trágicos pensamientos volvió a apoderarse de su cerebro.

— ¡Ui, úi, úi!... ¡Ui, úi, úi!... — volvió a gritar el 25, irresistiblemente.

— ¡Cosa bárbara, amigo!... ¡Ayer por aquél y hoy por éste! ¡Si nunca se podrá dormir aquí! ¡Porquería, caray! — y la misma boca escupió con rabia.

Pero el 25 no oía nada. El 25 sentía ahora sed, una gran sed que le quemaba la garganta. Recordaba, sí, que le habían recomendado no beber nada. Pero ¿cómo resistir esa sed horrible? Debatiéndose en su dolor, y un poco inconsciente, pudo decir:

— ¡Ui, úi, úi!... ¡Agua!... ¡Ui, úi, úi!...

— ¡Eso es: tomá agua, pedazo de animal, así te morirás más pronto!

El 25 se sintió desesperado. La sed se le agarraba tenaz a la garganta y se tornaba inaguantable. Estiró un brazo y al tomar la copa que había en la pequeña mesita, junto a la cama, hizo caer el botellón que se rompió con estrépito. De la cama número 24 volvió a elevarse una carcajada cortante, mordaz; y el 25, en medio de su angustia, volvió a ver el rostro del señor practicante mayor, rubio, barbilindo, con los ojos hinchados por una mala noche de juerga, que reía y reía triunfalmente. La enfermera se acercó a la cama número 25.

— Quédese quieto, 25. Parece un chico. Ya sabe que no debe tomar agua. ¿O es que quiere darme un disgusto a mí?

— Mucho dolor... mucha sed... — es lo único que pudo decir el 25, mientras sus ojos claros expresaban una angustia indecible.

Pero la enfermera nocturna se alejó, dejando percibir el claro taconeo de sus zapatos.

En la sala corría un murmullo de descontento de los enfermos que se sentían molestos por los quejidos del 25, y alguien volvió a la burla:

— ¡Ui, úi, úi!... — encontrando el eco de unas risas resquebrajadas. — La enfermera se detuvo delante de una cama.

— Sí; el pobre está muy mal. Pero es demasiado miedoso...

— Claro: podría gritar menos. Porque esto de que lo tengamos que aguantar toda la noche...

— Paciencia...

Mientras tanto el 25 advertía ya angustiosamente que su vida terminaría pronto. Y el dolor horrible de aquella puntada que le recorría el cuerpo como un cuchillo endiablado, le sumió en un ataque de nervios bajo cuyo dominio comenzó a arrancarse los pelos y arañarse la cara desesperadamente, sin poder pronunciar una sola palabra.

Y en medio de las tinieblas de su cerebro, allá en el fondo de sus pensamientos pavorosos, el 25 veía confundirse dos visiones: la cara arrugada y bondadosa de su madrecita que lo invitaba a sufrir resignadamente, tal como ella había sufrido durante toda su vida; y el rostro del señor practicante mayor, rubio, barbilindo, con los ojos hinchados por una mala noche de juerga que reía y reía como si hubiera ganado una partida diabólica.

Desesperadamente, se incorporó en el lecho y lanzó su último grito:

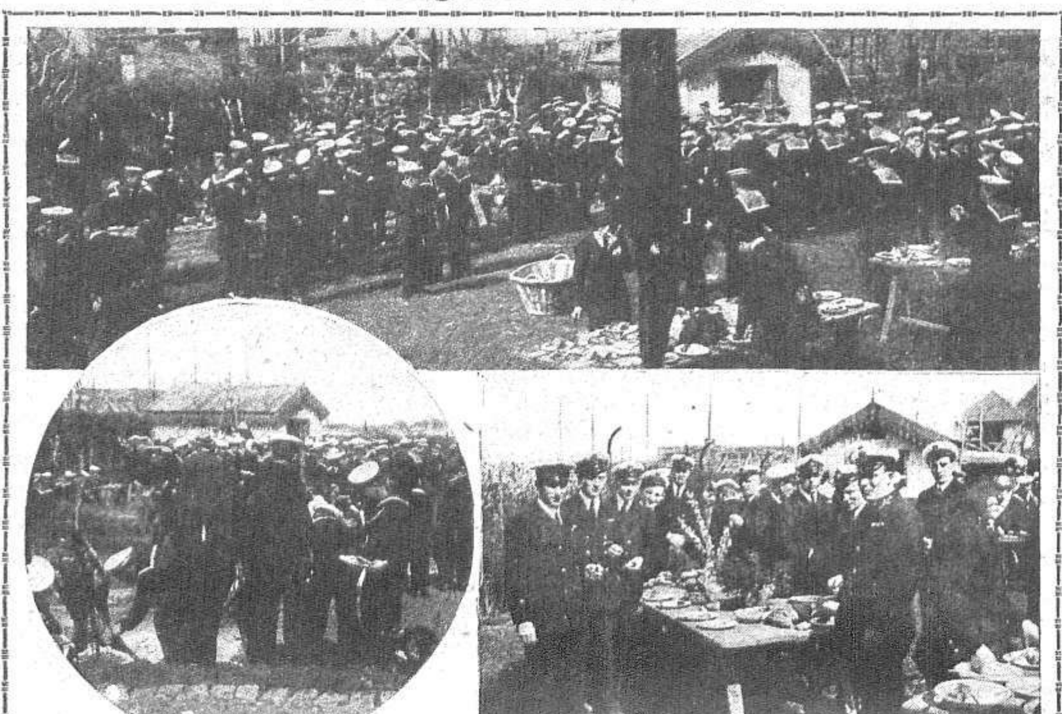
— ¡Ui, úi, úi!... — y se desplomó pesadamente, mientras en el extremo de la sala se oyó otra exclamación:

— ¡Ui, úi, úi!... — acompañada de una carcajada monstruosa.

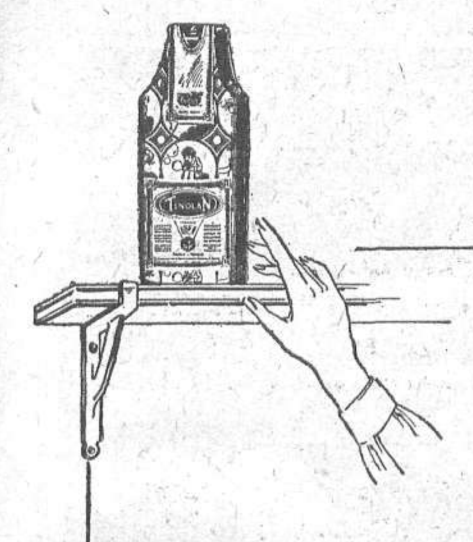
DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA


LA VIDA ES COMO UN MAR

Del Belgrano Atletic Club



Diversos aspectos del almuerzo criollo ofrecido por la C. D. del "Belgrano Atletic Club" en honor de la oficialidad y marinos de los acorazados ingleses.



Por mil razones, Señora

¿ Debe tener Tinolán en su casa

Así estará tranquila en lo que respecta hal ***vientre de sus hijitos*** a quienes la primer cucharadita de Tinolán pondrá a cubiérto de loz peligros de la ***constipación.***

Y ellos tomarán Tinolán con gusto porque hes rico.

Y los verá contentos porque tendrán salud y tendrán salud porqué andarán ***bien de vientre.***

En fin, señora, hel Tinolán le evitará el fantasma de las ***infecciones intestinales.***

Lleve Tinolán a su caza. ?

En las farmacias. 2 $ el frasco.



¿Cuántas faltas de ortografía hay en este aviso?

Envienos la contestación eh un cupón que con un sobre le entregarán gratuitamente en cualquier farmacia, con solo pedir un sobre del

Concurso TINOLAN

Todas las respuestas tienen premios de valor

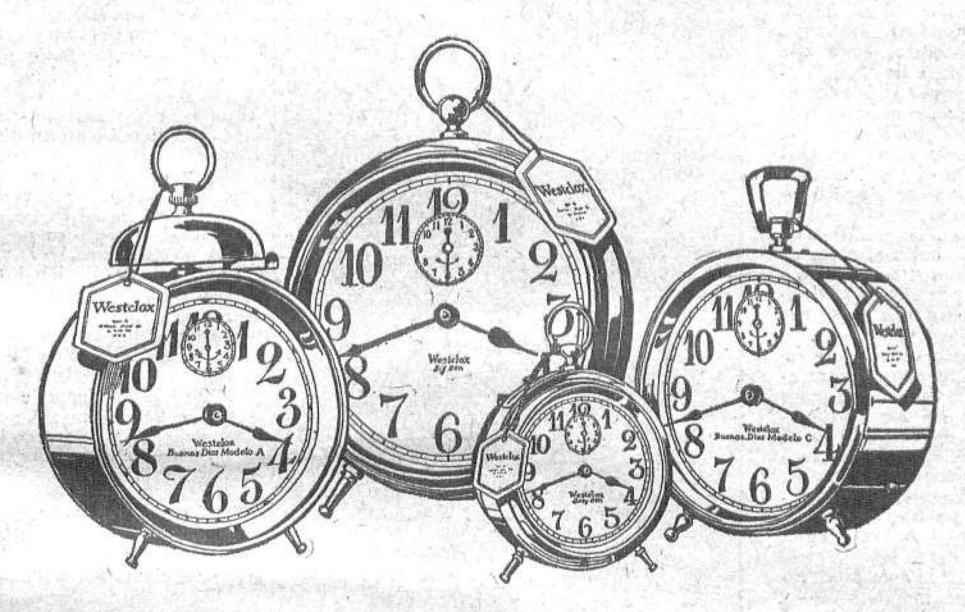
De Avellaneda

El gobernador señor Cantilo y autoridades locales que concurrieron al acto inaugural del edificio de la Sociedad Unión Israelita "Etsrah".

Vista parcial del público que concurrió al acto antedicho, que reviste una importancia fundamental para la colectividad israelita local.

Frente del edificio social, cuya inauguración dió lugar a una interesante fiesta.

Westclox



La hora exacta y la llamada a tiempo

QUIEN desea un reloj que le indique la hora exacta durante el dia y lo despierte a tiempo por la mañana busca generalmente un despertador que ostente la famosa marca Westclox en la esfera.

Los relojes Westclox son renombrados por su precisión.— Y esto es cierto tanto de los relojes de bolsillo como de los despertadores. Estos últimos tocan siempre a la hora exacta y suenan lo suficiente para despertar al más dormilón.

WESTERN CLOCK COMPANY, LA SALLE, ILLINOIS, E. U. A.

Fabricantes de *Westclox:* Big Ben, Baby Ben, Pocket Ben, Buenos Dias

Westclox
Buenos Dias A

16 cms. de alto. Caja de estaño, altamente acabada y niquelada. Esfera de 10 cms. de diámetro con guarismos árabes. Alarma ininterrumpida. Maquinaria de facil manejo y 32 horas de cuerda.

Westclox
Big Ben

Es un despertador muy buen mozo con fondo resonante. Tiene 17¾ cms. de alto, caja de gran niquelado, a prueba de polvo; alarma *ininterrumpida* de 5 minutos o intermitente de 10 minutos.

Westclox
Pocket Ben

Es un reloj remontoir, tamaño 16, con caja de metal blanco admirablemente niquelada. Su excelente maquinaria, cuya cuerda dura 30 horas, es sometida seis veces a rigurosísimas pruebas en la fábrica.

Westclox
Baby Ben

Si su altura no fuera solo de 9 cms., guardando sus partes la necesaria proporción, sería idéntico al Big Ben. Caja de metal, sin costuras, niquelada y brillante; da el alarma sin parar o con intermitencias.

Westclox
Buenos Dias C

Tiene 12¾ cms. de altura, caja de metal estirado, de niquelado y brillo excelentes, y un frente muy elegante y novedoso. Da el alerta, sin parar, en un gongo trasero de 9 cms. de diámetro.

NARCISÍN EN ESPAÑA

Narcisín ha llegado y ha triunfado en España. Esto no puede causar extrañeza a mis lectores de Buenos Aires, donde se ha formado el minúsculo actor; y digo minúsculo por su estatura, puesto que su magnitud de comediante sobrepasa a la de muchos gigantones, enanos ante la grandeza del niño prodigio, que deja de serlo para aparecer ante el público como un consumado dominador de la escena. Porque *Narcisín* no es, en realidad, el niño que imita el gesto de los grandes y a quien va a vérsele por simple curiosidad, como a todo lo que sale de lo vulgar y corriente, sino el actor consciente de sus facultades, qué conmueve o hace reir con recursos propios, sin los amaneramientos del arte falso o de similor que no engaña pasado el momento de sorpresa.

No: *Narcisín* es oro puro. Niño-actor, capaz de conmoverse y conmover; capaz de emocionarse y de transmitir la emoción, porque tiene alma de artista y *de artista que no puede malograrse*, porque es ya una realidad. Realidad, sí, por que no es posible atraer a un público numeroso que, diariamente, durante una larga temporada, acude a demostrar su interés, sin mezcla de curiosidades malsanas, arrastrado solamente por la importancia de un espectáculo teatral, del que es eje, centro y espíritu, un actor verdadero, que no ha llegado aún a la decena de sus años.



"Narcisín" y "El peregrino curioso", paseando por las carreteras de España.

TRIUNFOS DEL NIÑO ACTOR

En una sala, abandonada por sus escasísimas condiciones, sala despreciada por todas las empresas, y única disponible, en la plaza madrileña, cuando llegó *Narcisín*, ya comenzada la temporada teatral, éste pequeño mago ha logrado éxitos halagüeños y resonantes que ya quisieran haber obtenido, para sí, y en un día de fiesta, los actores hechos, con crédito de años, que habían desfilado por el triste escenario, sin poder animarlo con sus presencias.

El triunfo, pues, ha sido doble e indiscutible; y el público, no sólo no se ha llamado a engaño, sino que le ha parecido escaso el reclamo hecho alrededor de la pequeña figura del actor - niño. El éxito logrado en «El pibe del corralón» y en «Rapaciño» ha sido definitivo. El niño travieso del primero dióle pie para poder desarrollar toda su vis cómica extraordinaria, así como el personaje, tan bien visto y sentido del segundo, proporcionóle la ocasión de dar la nota suave y profundamente melancólica, matizada por él con un tino y una sobriedad dignos de un gran *intérprete*. El público que llenaba la sala, el público de Madrid, que no es *sensiblero*, sino inteligentísimo, se sintió conmovido hondamente por las penas del rapaciño y en el segundo cuadro, realizado por un verdadero hombre de teatro, estalló en el aplauso unánime, el de la hora de la verdad, cuando el niño inmigrante, en el más cruel de los abandonos, contempla destrozadas por la vida todas sus ilusiones infantiles.

Narcisín ha ganado una nueva batalla para los actores argentinos, y digo tal, porque el niño-actor se considera hijo de Buenos Aires, la ciudad que él no podrá olvidar nunca porque fué la que lo consagró actor, dándole todos los estímulos y anticipándose a la sanción que hoy le ofrecen, cariñosas y entusiastas, las principales ciudades de España: Madrid, Barcelona, Bilbao, Valencia.

□ □

Pero, en medio de su gloria naciente, *Narcisín* tiene una pena muy honda. El ha sabido que alguien ha comentado, en su ausencia, actos y frases a los que es, por completo, ajeno, y que ponen en duda su amor a Buenos Aires. Conmovido hasta las lágrimas, y las lágrimas de los niños, en casos como éste, son sagradas — él me ha dicho, paseando en automóvil por las pintorescas carreteras españolas: — Diga usted que eso es mentira, que yo amo a Buenos Aires donde nací a la vida del arte — y al decir esto fué la única vez que me pareció que su voz adquiría tonos varoniles, — y donde quiero reposar cuando muera. Dígalo así cuando escriba sobre mí y yo se lo agradeceré siempre.

Después de un silencio ha agregado, *insinuante:*

— ¿Me lo promete?

— Sí.

Y hoy es para mí un placer cumplir, desde estas columnas, de la popularísima CARAS Y CARETAS, con mi palabra empeñada al niño artista, que es ya un valor en nuestra escena.

ALBERTO GHIRALDO

TRIUNFAN

en toda la República nuestras sólidas

PUERTAS Y VENTANAS DE CEDRO,

más perfectas y baratas que las de madera inferior.

Puerta para cocina Nº 22

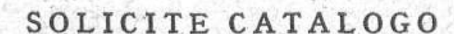
de cedro

Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo:

1 - 2 - 3 - 4 - 11 - 13 - 14 - 15 - 16 - 17 - 18 - 19 - 20
21 - 22 - 23 - 24 - 25 - 23 - 27 - 35 - 36 - 47 - 48 - 51 - 52.

Ventana Nº 17





PUERTA N.º 22.		VENTANA N.º 17.	
De 2.00×0.70 c/u.	$ 47.-	De 1.00×0.60 c/u.	$ 26.-
» 1.80×0.70 »	» 45.-	» 0.80×0.55 »	» 24.-
		» 0.60×0.40 »	» 19.-

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

ACORDAMOS 5 % DE DESCUENTO

TORTOSA Hnos

Escritorio: Charcas 2941 — Buenos Aires

La Elegancia y el Confort del Dormitorio

LAS CAMAS DE ACERO liviano, de caños cuadrados, de fabricación nacional, le proporcionarán, después de dormir en ellas, la satisfacción de la sensación de un placer inagotable.

N.º 1025. — Cama de 1 plaza, esmaltada, en color nogal, gris y blanco con su elástico........................ $	**75**
N.º 1026. — 1 1/2 plazas con su elástico............ $	**85**
N.º 1027. — 2 plazas con su elástico................ $	**100**

SE CONCEDEN FACILIDADES DE PAGO

ADOLFO GUTMAN

1561 Sarmiento, 1561.

Florida 436 — 902 Av. de Mayo 912, esq. Tacuarí — Cangallo 747.

ROSARIO: Córdoba 1168.
LA PLATA: Diagonal 80 N.º 992.
B. BLANCA: San Martín y Las Heras.
MENDOZA: Lavalle 28.
MONTEVIDEO: Av. 18 de Julio 1071-77.

PIDAN CATALOGOS

De Villa Domínico



Señorita de Pasquit.



Núcleo de distinguidas señoritas y jóvenes que tomaron parte en el interesante torneo de tennis organizado por el Club "Sportif Suisse" realizándose con este motivo una atrayente fiesta social y deportiva.



Señorita de Decurnex.

EL IDIOMA CELTA AUN VIVE

La lengua de las poblaciones en que imperara con más intensidad o en las que perduró por más tiempo la religión de los druídas, es un dialecto céltico emparentado con el bajo bretón de la Bretaña francesa. Pero así como el bajo bretón tiende a desaparecer rápidamente y carece de literatura, el lenguaje "gaélico" se defiende más vigorosamente.

De los dos millones del principado de Gales, 200.000 personas no saben más que esta lengua, y cerca de 800.000 la hablan al mismo tiempo que el inglés. Es decir, que el 50 por 100 de la población sigue siendo fiel a la lengua ancestral.

Muchos lectores se sorprenderán si les decimos que en esa lengua se publican, no solamente hermosos periódicos ilustrados, sino diarios de ocho, diez y doce páginas. Se trata, pues, de una lengua viva y literaria, y es el único país del mundo donde florece actualmente una lengua celta.

En Escocia (cinco millones de habitantes), la proporción de las personas que conocen las dos lenguas no es sino de 3.9 por 100.

Y en Irlanda (algo menos poblada que Escocia) no se eleva sino al 13 por 100, a pesar de los esfuerzos realizados por los Sinn-Feiners para resucitar la lengua natural.



A su esposo le seduce más una mujer sin canas.

Toda mujer elegante que sabe lo que significa la juventud y la belleza para triunfar siempre, combate la canicie, pues a pesar de que las canas pueden sentar bien, denotan vejez prematura.

Una hermosa cabellera es el mayor encanto de la mujer. Combata Vd. las canas, señora. Ostente una juventud eterna usando el científico **ESPECIFICO BOLIVIANO BENGURIA**, que devuelve al cabello su brillo y color primitivos y elimina la caspa.

EL ESPECIFICO BENGURIA, es también un insuperable estimulante del cabello. Detiene su caída y hace brotar cabello nuevo por su acción directa sobre la raíz del mismo. Las personas que sufren de calvicie quedarán sorprendidas de su asombroso y rápido resultado.





Ha sido, es y será siempre

el preferido para la curación de las afecciones del cabello.

PARA CUALQUIER AFECCION DEL CABELLO, CONSULTE AL

Dr. RAFAEL BENGURIA B.

Avenida de Mayo, 1239 — Buenos Aires.

Las únicas agencias autorizadas por su propietario para la venta del Específico Boliviano BENGURIA, son:

SANTIAGO de CHILE: (Clínica) Moneda esq. Estado. - **MONTEVIDEO**: J.J. Vallarino, Sarandi, 426. **ROSARIO**: Gran Tienda Buenos Aires. — **CORDOBA**: Minuzzi y Cía. — **TUCUMAN**: Casa Voss. — **MENDOZA**: Casa Riba. — **BAHIA BLANCA**: Tienda La Capital. — **SALTA**: Casa Villagrán. — **JUJUY**: Casa Viñuales. — Gobernación del **SUD**: Lahussen y Cía.



Los CANTORES *de la* NOCHE

UNA noche azul, reinando silenciosa sobre el parque solitario de un pueblecito que pronto será un lejano arrabal de la gran ciudad. Muchos árboles, con preferencia eucaliptos, y rumorosos sauces llorones, retratándose melancólicos en el agua tranquila. Junto a la orilla del lago, una casita humilde, envuelta en la sombra, y un poco más allá, la negra silueta de un hombre que se ha quedado dormido sobre un banco de piedra. Ha llovido muy fuerte hace algunas horas, pero ahora el cielo está despejado y el paisaje todo aparece constelado por los puntitos brillantes de miles de luciérnagas que esmaltan el rocío de la noche, embalsamada de quietud bajo el suave y lejano fulgor de las estrellas.

Es la media noche. Un sapo sale lentamente del agua y avanza con cautela hacia el banco de piedra. Sus ojos dulzones contemplan extasiados el nocturno espectáculo.

—¡Qué noche! ¡Qué maravillosa noche!...

Un grillo solitario, cuidadosamente oculto en su cueva, bajo el banco de piedra, oye la voz amiga y se atreve entonces a asomarse un poquito.

—Cri-cri... Cri-cri... ¿Está usted ahí, hermano?

—Aquí estoy, amigo.

—Cri-cri... Buenas noches, hermano Sapo.

—Mirífica noche, amigo Grillo...

El grillo se asoma un poco más y murmura, asombrado.

—¡Cuántas lucecillas! ¿Serán luciérnagas?

—Las que brillan mucho, sí. Las más pálidas, son gotitas de lluvia que han quedado suspendidas sobre las hojas.

Pero no ha terminado de hablar, cuando ya el grillo se ha zambullido en su cueva, mortalmente asustado.

—¡Oh, oh! ¿Qué son esas dos columnas negras?

—No se asuste usted, amigo Grillo. Son las piernas de un poeta que se ha quedado dormido sobre el banco de piedra.

—Cri-cri... Me había asustado un poco. No me siento muy bien esta noche... Y, sin embargo, siento grandes deseos de tocar mi violín esta noche... Las cuerdas tienen hoy una sonoridad extraña...

—Toque usted, amigo Grillo, que yo le escucho.

—Cri - cri... Cri - cri... ¿Oye usted? ¿No es verdad que tienen un sonido purísimo?

—Sí, y me agradaría mucho escucharle ahora.

Cri - cri... Cri - cri...

Se oye rumor de alas en el follaje. Sobre ellos pasa una sombra ligera. Es el ruiseñor.

—Buenas noches, hermanitos...

El grillo enmudece de pronto, pero el sapo contesta con respetuoso júbilo.

—¡Hermosa noche, Maestro!

—Sí, hermanito. Hermosa noche para todos nosotros...

—¡Cuánto tiempo sin veros, Maestro! ¿Dónde habéis estado?

—Allá, en el corazón de la gran ciudad. Tenía mi refugio en un gran jardín señorial.

—¿Y qué hacíais allí, Maestro?

—Nada. Esperaba la noche para irme a cantar junto a una casita parecida a esta que conocemos, pero mucho más hermosa. Los árboles que la rodean son enormes y viejísimos, casi centenarios. Y la casita misma, desaparece bajo los rosales...

—¡Maravilloso!

—¡Oh! ¡Si usted la viera, hermanito! Rosas de todos los colores, de todos los ta-



maños, de todos los perfumes, y esparcidas por todas partes... Cubren el techo de la casa, se enlazan a los árboles, cuelgan de las ramas... Los pétalos alfombran el piso y el perfume embriaga. Yo empezaba a cantar a esta hora, poco más o menos. Y apenas comenzaba, se abría un balcón, y una niña más hermosa que la luna aparecía allí, para escucharme, horas y horas... Y sólo cuando yo callaba, exhausto, el balcón volvía a cerrarse...

El sapo, maravillado, retiene el aliento para no perder palabra, pero el grillo se siente molesto, y murmura bajito, tan bajito, que sólo el sapo ha podido oirlo.

—¡Pedante!

—No diga usted eso, amigo Grillo.

—Es un pedante, hermano, nada más que un pedante. No hace otra cosa que hablar de sí mismo y, para asombrarnos, inventa esa estúpida historia...

—No hable usted así, amigo Grillo... El Maestro es un artista, un mágico artista. A su lado, nosotros no somos otra cosa que moscas zumbonas...

—¿Hablaban ustedes, hermanitos?

—No, Maestro. Seguid contándonos esa hermosa historia del balcón. ¿Qué ocurrió después?

—Yo no lo sé, hermanito. Una noche, el balcón permaneció cerrado, por más que yo cantara, como siempre, con toda mi alma. Y no ha vuelto a abrirse hasta ahora...

Pero el grillo se siente no solamente molesto, sino ofendido, porque se han olvidado de él. Tose afectadamente, y dice:

—Perdonad si os dejo. Estoy un poco constipado y temo que esta humedad me pueda hacer mal.

—¡Cómo! ¿Os vais? ¡Pero si esta noche es noche de fiesta! ¿No queréis oir el coro? Pronto va a empezar, y sería una lástima que no lo escucharais...

—Bien lo quisiera... Pero es que no me siento muy bien ahora... Buenas noches...

Y se va.

Pero el sapo ha quedado triste al pensar que pierde un oyente para su coro.

—Es una lástima...

—Dejadlo ir, hermanito, y no os lamentéis demasiado por esto.

—¿No le queréis bien, Maestro?

—No es eso. Pero tiene el alma mezquina y estrecha como los agujeros en donde vive.

—No le juzguéis así...

Más allá de la cinta obscura que cierra la perspectiva del lago, una indecisa claridad lechosa recorta el caprichoso arabesco de los árboles sobre el azul profundo del cielo estrellado. Es la aureola de la luna, cuyo disco, grande y rojizo, inicia su ascensión milagrosa ante la noche asombrada.

El ruiseñor y el sapo guardan un respetuoso silencio hasta que la ven transponer la copa de los árboles. Luego, el ruiseñor pregunta:

¿A qué hora cantáis?

—Pronto, Maestro. Apenas la luna se retrate en el centro del lago.

—Entonces no os entretengáis. Os están esperando, quizás.

—Pueden pasarse sin mí esta noche.

—No lo hagáis por mí. Yo me quedaré aquí escuchando.

—¡Oh, Maestro! Si mis hermanos supieran que estáis aquí, se vendrían todos a la orilla, sólo por oiros cantar esta noche. No imagináis cuánto os aman... ¿Queréis que les avise?

—No, no. Porque yo no podría cantar esta noche. La tristeza de la ciudad me ha enfermado un poco, y sé que voy a curarme oyéndoos cantar a vosotros. Sabéis que mi canto es una síntesis de la música de la naturaleza, y que me hará mucho bien el ritmo grandioso de vuestras estrofas...

—¡Oh, Maestro! ¡Si mis hermanos lo supieran! Una noche, teníamos ensayo general, cuando empezásteis a cantar sobre esa rama... Yo creo que ninguno de nosotros olvidará la emoción de esa noche... Y durante varias semanas, nadie quiso volver a ensayar. Al acordarnos de vuestro himno, parecíanos nuestro coro tan pobre cosa...

—Y sin embargo, hermanito, yo os admiro porque sois los únicos seres que podéis cantar en coro, además de los hombres. Nosotros no podemos, y esto me ha llenado siempre de honda tristeza. ¿Os imagináis lo que sería un coro de ruiseñores?

—¡Maravilloso!

—El vuestro es hermoso. Yo no creo que se halle jamás una expresión más emotiva ni más honda de la música tristísima y monótona de las noches de lluvia. Poseéis un coro de una sonoridad y amplitud maravillosas. Los hombres tienen también canciones muy bellas, pero ellos han perdido casi la costumbre de cantar en coro. Y a propósito: hace poco, en la ciudad, les he oído unas canciones nuevas, viriles y hermosas. ¿Las conocéis?

—No, Maestro.

—Son unas canciones graves, de ritmo profundo y noble. Y he observado que cuando las cantan, a los hombres se les ilumina el rostro y parecen más bellos de lo que son.

—Quisiera escucharlas alguna vez...

—Una noche, sucedió una cosa extraña. Yo estaba oculto en el jardín de una mansión señorial, cuando oí un coro formidable. Era una multitud enorme de hombres vestidos con blusas azules, que avanzaban despacio por la ancha avenida, profusamente iluminada. Cantaban la más noble y viril de sus canciones, y el eco de este canto tenía un sonido tan profundo, que a mí me pareció que conmovía hasta los cimientos de la ciudad toda... Pues bien; apenas los sintieron, los de la casa fastuosa cerraron todas las ventanas y apagaron las luces. ¿Por qué sería, hermanito?

—Yo no lo sé, Maestro.

—Yo tampoco. Y he pensado muchas veces qué podría ser...

La luna se reflejaba ya en el centro del lago, y de pronto, de la azul quietud de las aguas surge una onda sonora que llena el espacio. Es el coro de los batracios...

—«Bendita sea la música del agua... ¡Loor a la lluvia... loor a la lluvia!...»

El sapo no puede contenerse de júbilo.

—¡Oid! ¡Oid! ¿No es verdad que es hermoso? ¿No es verdad que es sublime?

—Es una voz sagrada de la Naturaleza...

Pero el sapo no cabe en sí, de orgullo y de gozo:

—¡Oid, oid!

Y el coro, con su voz profunda y unánime:

—«Bendita sea la música del agua... Loor a la lluvia... Loor a la lluvia...»

Pero el poeta, inmovilizado de sueño sobre el banco de piedra, se ha despertado de pronto.

—¡Eh!... ¡Eh!... ¿Qué pasa? ¿Dónde estoy?... ¡Diantre! Me he quedado dormido sobre el banco de piedra... ¿Y este bullicio? ¡Ah! Es el coro de los batracios... ¡Qué el demonio cargue con tales animalillos! Vaya un concierto estúpido... ¿Qué placer podrán hallar en cantar así?

El sapo mira al ruiseñor, y murmura, indignado:

—¡Y esto es un poeta!

—Silencio...

El poeta se restrega los ojos, y mira en derredor, mientras bosteza:

—Y es una hermosa noche... Si no tuviera tanto sueño, podría hacer un bello soneto esta noche... Pero me voy a dormir. ¿Un soneto? ¡Bah! No hay soneto que valga lo que el ruido de la cama cuando cruje bajo el peso de nuestro cuerpo. ¡A dormir!

Y se hunde en la sombra de la humilde casita.

La noche, húmeda y quieta. Tan silenciosa y tan quieta, que diríase que la vida toda del paisaje se hubiera recogido para oir la estrofa incesante del coro:

—«¡Loor a la lluvia! ¡Loor a la lluvia!...»

Pero el sapo ha quedado profundamente indignado.

—Mirándolo bien, Maestro —dice— el hombre es, de cerca, una cosa pequeña...

—No le juzguéis así, hermanito, no le juzguéis así. Los hombres han olvidado muchas cosas, pero saben aun lo qué es la belleza...

—¿Pero no oísteis lo que dijo del coro?

—Lo he oído. Pero es que ellos ignoran que lo sublime nace solo bajo la Ley de la Monotonía... Ellos han perdido el secreto de las cosas sencillas y buscan la belleza bajo todo lo mudable y transitorio, olvidando que la naturaleza ha hecho un día igual a otro día, y una noche semejante a otra noche... Ellos lo olvidan o lo ignoran, hermanito, y por esto sufren mucho más que nosotros...

Callan los dos, para seguir escuchando.

La noche se aclara. La voz del coro se hace más honda, se aleja, se pierde. Todo se apaga, se esfuma, se borra, bajo el cielo de esmalte, con su luna blanca y sin luz, y su brillante estrella solitaria...

Y sobre la noche mágica, cae el telón del día.

ARMANDO CASCELLA

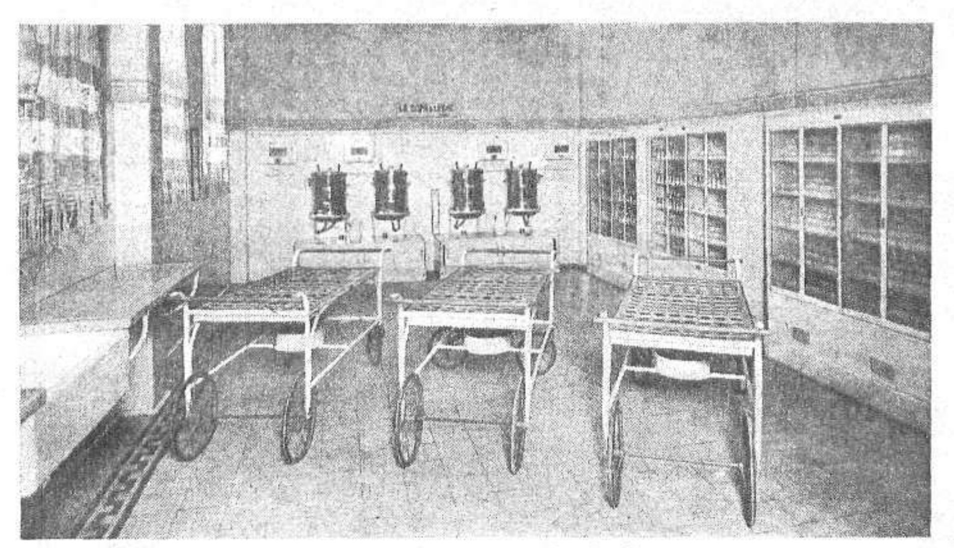


DIBUJO DE GUILLERMO USANDIVARAS

LA COPA DE LECHE

Es una institución genuinamente nacional.

Nuestra casa ha sido la creadora de las instalaciones de "La Copa de Leche" en varios centenares de escuelas en toda la República.

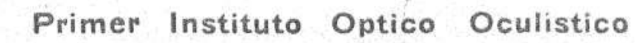


Instalación de "La Copa de Leche" con capacidad para 1.000 vasos de 200 gramos cada uno.

El "Ministerio de Instrucción Pública", "Consejo Nacional de Educación", "Concejo Deliberante" y las "Sociedades cooperadoras de las Escuelas", no omiten esfuerzos para propender a la implantación de "La Copa de Leche".

PIDANOS PRESUPUESTOS

Primer Instituto Optico Oculistico



CONSTRUCTORES E INSTALADORES

CASA CENTRAL
FLORIDA 240

FABRICA
J. NEWBERY 3830

De Tigre


El Embajador de Italia y oficialidad de la nave "San Marco", que asistieron al banquete dado en su honor por miembros del Club Canottieri Italiani.

UN COSQUILLEO

¿Se aproxima el fin del mundo? No ha de faltar quien lo tema, al comprobar la frecuencia y universalidad de los terremotos. Parece que esta tierra caduca y achacosa se desquebraja y se arruina.

Hace poco Italia, después el Japón han sido lugares de catástrofes inevitables por lo horrendas. Después Centro América han sufrido las convulsiones de su suelo. Ahora, ayer mismo, los terremotos han tomado una *proporción general. Alemania, Italia, Norte* América, en un mismo día han sentido una formidable trepidación de la tierra, sufriendo los perjuicios consiguientes.

Todo esto hace sospechar a muchas gentes que la maldición bíblica se cierne sobre la tierra y presagia el fin de la humanidad, harto castigada ya por la gran guerra mundial.

Sin embargo, no conviene alarmarse demasiado ni formar juicios definitivos acerca de la proximidad del fin apocalíptico. Después de todo, estos terremotos generales no son sino unas simples cosquillas, algo atrevidas si se quiere, pero cosquillas *no más* de la madre tierra.

DESDE EL BAILE Y LA MUSICA CLASICA, AL BAILE Y MUSICA POPULAR; TODO ES FIELMENTE EJECU: TADO POR LA

CONCERTOLA

INSTRUMENTO QUE EN NINGUN HOGAR DEBE FALTAR

ofrecemos modelos desde



CASA AMERICA
(STAHLBERG & RIGOTTI)

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES
No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.

Enlaces



Señorita Rosario Aguilar con el señor Francisco Cómitre.—Capital.



Señorita Paulina Quinteros con el señor Horacio Rubial.—Capital.



Señorita Orlandina Chaburri con el señor Atilio Trotta.—Capital.



Señorita Araceli Muñiz Moreno con el señor Juan B. Podestá. — Capital.

NOTAS SOCIALES

Dos argentinos, forjados en el yunque de los héroes, llevan el nombre de la patria sobre todas las tierras y bajo todos los cielos. Las mujeres deben ayudarles a ceñir el mundo con los colores de nuestra gloriosa enseña.»

Oportuno me parece, lectoras y amigas mías, el citar en esta página, que debe reflejar tantas de las palpitaciones de la vida diaria, esta leyenda inspirada por patriótico fervor... *La mujer argentina debe ayudarlos a ceñir el mundo con los colores de nuestra gloriosa enseña.* Es triste el comprobar, sin embargo, que al correr de los años, se haya aplacado hasta tal punto aquel vibrante y cálido entusiasmo, aquel religioso fervor patriótico que fué el más honroso blasón de nuestros antepasados... Las obras de caridad en primer lugar y, de algún tiempo a esta parte, la preocupación de crear un ambiente de arte refinado, dentro de nuestra sociedad, son los sentimientos que imperan hoy en nuestra mente y en nuestro corazón, y si bien es cierto que al realizar misión tan generosa y previsora, se honra y enaltece a la patria, hay momentos en la vida en los que deben levantarse muy en alto los corazones y unir las voluntades para ver hecha realidad magnífica la empresa fantástica, maravillosa. La leyenda de las alas de Icaro revive en nuestra imaginación y se me antoja que hubiese sido misión digna del sentimiento y de la generosidad de la *mujer argentina*, el dotar a los héroes que se proponen remontarse sobre todas las tierras, sobre las más altas nubes, de las alas poderosas que habrían de sostener su vuelo...

Entre las multimillonarias de la Argentina, damas que han probado su generosidad inagotable, derramando sus dones para mitigar el dolor humano, sólo una, que se sepa, se ha apresurado a contribuír con munificencia a la empresa prodigiosa; y no la obligaba a tan generosa dádiva la hidalga tradición de un nombre histórico, de un pasado de gloria y sacrificio; pero ha querido que el caudal atesorado con el trabajo, en esta tierra hospitalaria, impulsara su gloriosa enseña más arriba, más allá...

¿Que el comentario asegura que pudo ser más discreto, o sencillamente más bonito, depositar calladamente en la alcancía popular una suma tan crecida? Tal vez..., pero esos son matices... y además, pudo darse el caso, a pesar de todas las precauciones, que se tomara una instantánea más, al notar la presencia de una arrogante figura de mujer al lado de la monumental alcancía; pero no podría haberse hecho entonces referencia a la inveterada ostentación femenina, desde que teníamos un precedente a nuestro favor.

No discutamos la forma, amigas mías. El gesto ha sido amplio y generoso, sobre todo, cuando debemos dejar constancia (y aquí hablo por todas) que el aporte ha sido hecho, en gran parte, por los humildes, los menos favorecidos por la fortuna. Ellos *sí* que han sabido responder al llamado imperioso, interpretando al mismo tiempo, el alto símbolo que entraña para nuestra patria la gloriosa hazaña.

* * *

Hemos recordado antes, que esta página mía pretende reflejar las más interesantes palpitaciones de la vida diaria; pues bien, amigas mías, la prensa grande viene anunciando desde hace largos días, una *première* realmente sensacional, dado que ella ha de revestir la importancia de un acontecimiento artístico y mundano a la vez. El cartel de alta comedia lucirá un nombre de gloriosa tradición en la Argentina, nombre que conquistará, según aseguran los iniciadores, nuevos y brillantes prestigios en el mundo de las letras; pero nadie revelaba hasta último momento que la obra escrita en castellano había sido traducida al francés por una distinguidísima dama argentina, de gran inteligencia y vasta cultura, que deseaba mantener su colaboración en la reserva más rigurosa.

Sin embargo, me aseguran que fué vano todo su empeño, siendo quebrantada la consigna con profunda contrariedad para la señora Salomé Guerrico de Lamarca; en rueda mundana se pronunció su nombre, elogiando (jueces muy competentes, por cierto) el mérito extraordinario de su trabajo, en el que se revela una destreza poco común para manejar un idioma extranjero, conservando toda la fluidez del diálogo, como la exquisita delicadeza del concepto.

La indiscreción ha sido en este caso, perfectamente justificada, puesto que ella revela un bello ejemplo que no todas podremos imitar, seguramente..., pero que debe estimularnos, ampliando así nuestro horizonte e iluminando muchas de las horas de nuestra vida...

Recuerdo haber leído algunas páginas de Monseñor Dupanloup, en las que asegura que, si en lugar de dar por terminada la educación de la mujer, a plazo fijo, para entregarla inmediatamente a todas las actividades de la vida mundana, supiéramos conservar el hábito del estudio y del trabajo, de acuerdo con nuestras inclinaciones, no correríamos más tarde el riesgo de permanecer al margen de los más grandes intereses de la existencia...

LA DAMA DUENDE.

Buenos Aires, Septiembre 2, 1924.

HACIA EL DOLOR

Iba por esa senda que mi orgullo trazara,
limpio de toda mancha, con el ojo avizor,
con el hacha brillante que en la lucha empuñara
y con esta soberbia de mi propio dolor.

Tenía el labio seco. En mis manos callosas
temblaba un libro extraño, amarillo, deshecho,
y se agitaba dando sus canciones gloriosas
una alondra en la jaula dorada de mi pecho.

Amé a veinte mujeres cariñosas y buenas
y las veinte mujeres dieron frutos lozanos.
Allá fué una morena que vivió con mis penas
Aquí, una rubia hermosa que murió entre mis manos.

Y ya en la edad del hombre no ambicionaba nada.
Era como una sombra de mi vida anterior,
cuando cruzó a mi vera, tristemente enlutada,
ella, la poderosa, la mujer superior.

Y mis labios dijeron la palabra ignorada.
Y la amé como sólo sabe amarse una vez.
Y la pensé la esposa, y la pensé la amada,
y hasta la compañera cordial de la vejez.

Y la quise a mi modo como un regio tesoro.
No había para mí nada más superior.
Yo la amaba en el verso. Yo la amaba en el lloro.
¡Era una enorme lira que vibraba de amor!

Pero surgió a mi paso la maligna palabra.
La palabra que dice de infamias y rencor.
La palabra terrible... La terrible palabra
que hace más de mil años acrecienta el dolor.

Y se fué de mis manos la libélula rosa,
y se apagó la estrella brillante de mi fe...
Y las sombras eternas y las sombras odiosas
me cubrieron de nuevo sin saberlo porqué.

Hoy me alejo de todo lo que más he querido.
¿Para qué vivir ahora dentro de este dolor?
¿No es mejor correr mundos, el corazón partido
y en los blancos cabellos una estela de amor?

¿No es mejor ir tirando por el largo camino
donde al final la muerte nos aguarda espantable,
nuestra carne deshecha para el perro cansino
que nos sigue de cerca, taciturno y amable?

Yo confiaba en el tiro certero de mi honda.
Antojóseme el mundo esas migas de pan
que en los dedos adoptan una forma redonda
que se arroja a la cara de cualquier charlatán.

Y no me queda nada... Y me voy de la aldea,
para que cuando llegue mi nombre hasta su altar,
ella diga rezando: «Santificado sea,
sólo tuvo un defecto» y se ponga a llorar.

CARLOS ABREGU VIRREIRA

De San Fernando

Distinguidas señoritas que prestaron su concurso en el festival danzante-musical realizado a beneficio de la Ambulancia Municipal.

Comisión oficial que organizó el festival antedicho, el que dado sus benéficos fines alcanzó un brillante éxito.


PERFUMA CUANTO
LE RODEA
AL sacar la ropa del armario, sorprende un gratisimo aroma. Alguien ha depositado alli una pastilla de jabón
Heno de Pravia
que comunica al contenido del cajón su perfume intenso y delicioso.
Perfumería Gal
De venta en los principales establecimientos de América.
GAL
MADRID

Necrológicas



Doctor Isidoro Serra, cuya desaparición ha causado hondo duelo en la ciudad de La Plata, donde sus relevantes cualidades le habían captado general estimación.



S. M. Parpagoli, notable artista pintor, fallecido en Montevideo.

APOLOGÍA DE LA PEREZA

"La sabiduría de la pereza", por Fred C. Kelly que acaba de aparecer.

Este libro es una franca apología de la pereza. Para su autor la pereza es la madre de todo progreso. La moderna maquinaria agrícola, con arados y sembradoras mecánicos, con cómodos asientos para el labrador ¿no fué inventada para evitar trabajo? Toda la maquinaria moderna ¿no se ha inventado para rendir culto a la pereza?

Hace cien años, dice el autor, un muchacho llamado Humphry Potter fué alquilado para estarse al lado de una máquina a vapor con el encargo de tirar de una cuerda a cada vuelta de una rueda para dejar salir el vapor. Siendo el niño ocioso por temperamento, odiaba su trabajo y amarró la cuerda a otra pieza de la máquina, logrando así que su trabajo se hiciera automático. Había hecho un gran invento; si no hubiera sido perezoso no lo habría hecho.

Un sirviente perezoso, dice el autor, vale mucho más que uno diligente. El primero, cuando usted se siente a la mesa de un restaurant le lleva el plato, el cubierto, el pan, el agua, la sal, todo lo que puede, y sólo da un viaje porque tiene pereza de andar de más. El diligente, a quien no le importa ir y venir, le va a traer la sal cuando los huevos ya están fritos.

Dice Fred C. Kelly que casi todos los hombres que han alcanzado importantes éxitos en la vida, han sido y son grandes perezosos que no hacen jamás nada que puedan encargar a otros.

Dice que fueron perezosos en la escuela Newton, Darwin, Wálter Scott, Fulton, Samuel Johnson, Oliver Goldsmith, Ibsen, Mark Twain. En rigor todos los escritores son perezosos, aun los más prolíficos. Saque usted la cuenta. ¿Cuántas palabras puede un novelista escribir en una hora? Diga mil, y es poco. Ponga diez horas de trabajo diario para escribir y un par de horas para pensar. En diez horas debiera escribir diez mil palabras. En seis días sesenta mil, que es el número de palabras de una novela común. ¿Cuántos son los novelistas que escriben una novela por semana? Al que escribe una por año se le llama diligente y fecundo.

Las anteriores palabras transcritas del libro de Fred C. Kelly serán un gran consuelo para los perezosos que, a no dudar, lo forman la mayoría.

CON ESO BASTA

Una señora dueña de hotel, va a recibir un criado, y entre otras cosas le pregunta:

—¿Y cuánto duró usted en la casa de donde acaba de salir?

—Diez años, mi señora.

—Magnífico, magnífico. Buena señal. Con eso basta; y... ¿qué casa era esa?

—La casa de la Penitenciaría, en donde estuve por cosas que me acumulaban.

—¡¡¡Ah!!!...

AUTO-MOTO-AVIACION

LA PRODUCCION de AUTOMOVILES en ESTADOS UNIDOS de 1912 a 1924.

Las informaciones que nos llegan directamente de las fuentes productoras y de las distintas dependencias oficiales y particulares, nos dan cuenta que la producción de automóviles en Estados Unidos de Norte América continúa en forma asombrosa, aunque, indudablemente, no en la forma y cantidad que pensaban los industriales.

En todo el año 1923 las fábricas estadounidenses produjeron 4.012.873 vehículos automóviles, y según las cantidades que ya se han registrado, a pesar de faltar 3 meses para llegar al término del corriente año, las cifras sobrepasan ya los 4.000.000, por lo que se cree fundadamente que llegará fácilmente a los cinco millones.

La producción de automóviles para pasajeros y para carga en el primer trimestre de 1924 ha sobrepasado todos los« records», pues llegó a 1.040.755 autos, cantidad que representa terminar 13.876 autos por día contando que se trabaje 25 días de cada mes.

Desde 1912 a septiembre de 1924 se han construído en los EE. UU. un total de 19.000.000, y ese desarrollo ha venido efectuándose en la forma que se demuestra gráficamente.

ZANNI Y BELTRAME

Ante la magnitud del esfuerzo de estos dos pilotos argentinos no podía pasar inadvertido para esta página el comentario que nos sugiere.

No nos detengamos a juzgar la parte moralmente patriótica de la proeza, sino más bien busquemos en la portentosa empresa de los dos navegantes aéreos el afán siempre ardiente de la humanidad de auscultar el más allá de las cosas ya conocidas: en este caso hender los aires de distintas tierras, mares, desiertos, en sus cielos a veces henchidos de tormentas bravías y otras de nieblas espesas y traicioneras.

El esfuerzo de Zanni y Beltrame con este significado, culmine o no en la meta final, tendrá siempre el sello de una empresa llamada a proporcionar valiosos documentos científicos, en los que se basarán, en un mañana no lejano, las rutas aéreas del mundo.

Digamos ahora, parodiando al insigne constructor francés, Luis Breguet: «esos datos serán de inapreciable valor cuando, dentro de cinco años, los aeroplanos marchen a 500 kilómetros por hora, a 12.000 metros de altura sobre el nivel del mar y salven los 40.000 kilómetros, alrededor del mundo, en sólo un par de días. Cuando el transátlántico aéreo salga de París a las 11 de la mañana y se encuentre en Nueva York a la hora del aperitivo».

Aunque parezca una paradoja, no dudamos nosotros por un momento que será una realidad dentro de algunos años más.

Por ello es que esfuerzos de la naturaleza del de los dos argentinos tiene que ser mirado, como lo es en el mundo entero, como la vanguardia de los que pronto nos abrirán definitivamente la rutas del transporte más moderno y más rápido que la humanidad conozca hasta hoy. Los argentinos, pues, con la empresa del mayor Zanni y el mecánico Beltrame, van contribuyendo en esa lucha humana hacia la conquista de una necesidad que la era moderna lo exige y lo reclama ya.

INDICACIONES ÚTILES

Para conservar en buen estado las partes niqueladas de los automóviles, es conveniente quitar la pátina azul verdosa con que se cubren los níqueles con una solución de ácido sulfúrico puro y un 50 % de alcohol rectificado, debiendo, para usarlo, mojar las superficies a limpiar con esta solución por espacio de unos segundos. Después de esto no se necesita más que lavar con agua pura y alcohol y secarlos con aserrín, por ejemplo.

Para evitar la oxidación de los hierros y aceros se recomienda limpiar los objetos frotándolos luego con una solución de cera diluída en esencia de trementina o en bencina.

LA INDUSTRIA DEL AUTOMOVIL EN LA ARGENTINA

En estas mismas columnas nos referíamos hace sólo un mes al proyecto que tiende a establecer entre nosotros una fábrica de automóviles, mejor dicho, iniciar, en pequeña escala, la manufactura de coches.

La divulgación de la noticia ha causado el imaginable interés en los círculos afines a la industria en cuestión, y mientras por un lado ha sido recibida con cierto pesimismo, por el otro se trata de aunar ideas para llegar a su feliz culminación.

Existen hasta ahora numerosos fabricantes de diversas partes del automóvil, radiadores, ruedas, etc., etc., que han expresado su decidido afán de cooperar en la obra anunciada.

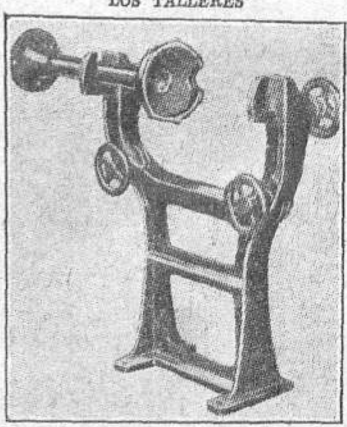
A propósito de esto último se recuerda que la fabricación de muchas partes del automóvil se hace ya en cierta escala entre nosotros, habiendo tenido, además, la virtud de promover el interés de los que están en condiciones de ofrecer algún invento o presentar alguna novedad que bien puede ser útil en la empresa.

En estos días ha surgido en el ambiente industrial un protector de neumático que, construído con dos gruesas capas de tela y goma, lleva entre las mismas tensores de acero que lo hace elástico imperforable y resistente contra las pinchaduras, la humedad y demás obstáculos inherentes.

Su inventor, un entusiasta automovilista rosarino, se propone hacer ensayos prácticos con su neumático, ante técnicos y autoridades competentes del automovilismo, para demostrar las bondades del mismo.

A. Burgos Santillán.

PARA FACILITAR EL TRABAJO EN LOS TALLERES



Damos hoy un aparato que puede resultar útil para facilitar el trabajo en los talleres, pudiendo ser construido en los mismos. Sirve de soporte para eje o puente trasero o eje delantero.



No hay duda posible

cuando se trata de la elección de un buen vino generoso para fortalecer una persona delicada, activar la convalecencia de un enfermo o simplemente obsequiar a una persona con el máximum de lo fino y de lo selecto, acuda Vd. al

Oporto DOM LUIZ

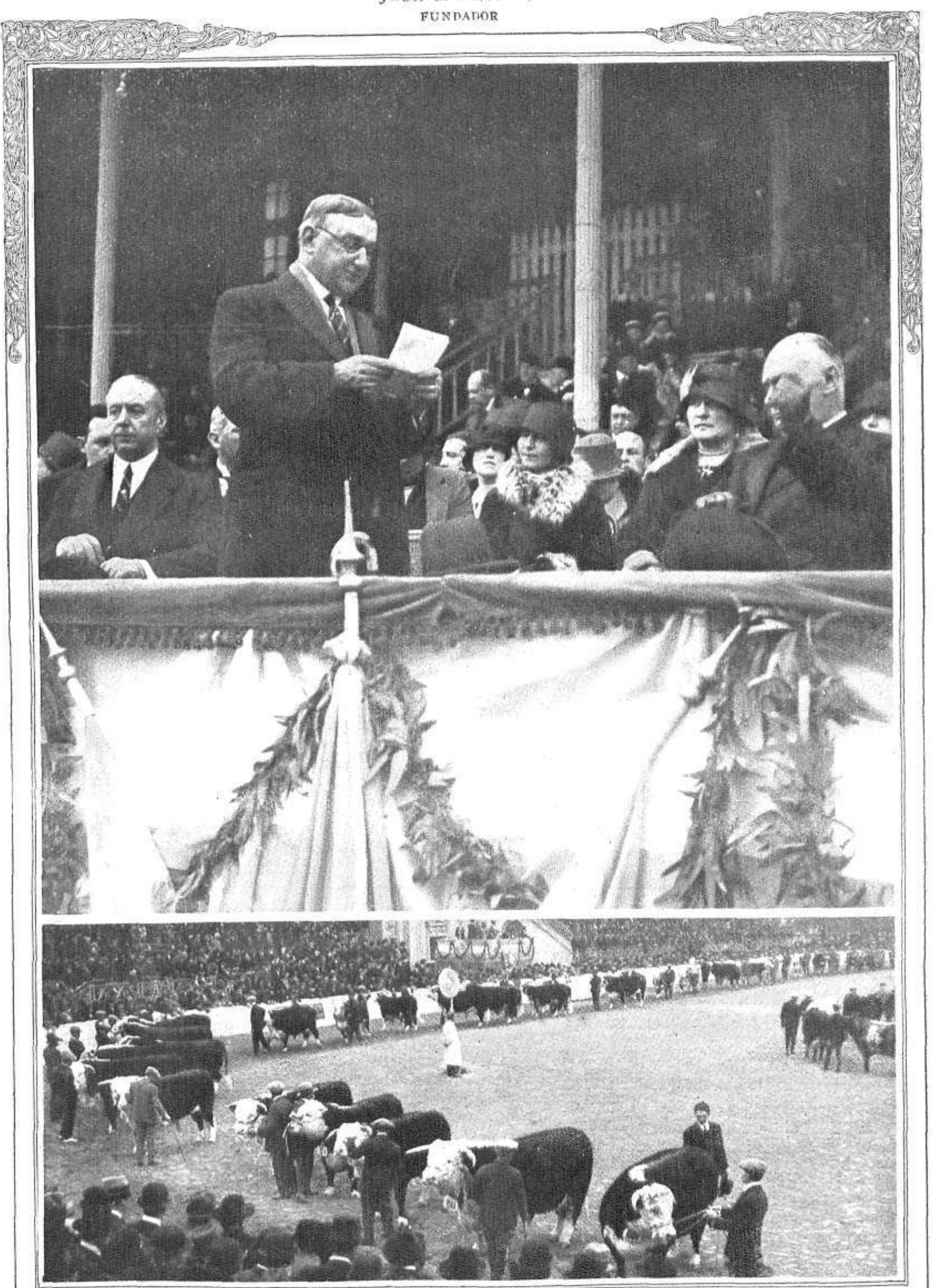
BUENOS AIRES, 13 DE SEPTIEMBRE DE 1924

AÑO XXVII

CARAS Y CARETAS

N.º 1354

JOSÉ S. ALVAREZ
FUNDADOR



EN LA SOCIEDAD RURAL ARGENTINA

38.ª EXPOSICIÓN GANADERA

El presidente de la Sociedad Rural Argentina, ingeniero Pedro T. Pagés leyendo en la tribuna oficial su discurso inaugural ante el primer magistrado, los ministros, diplomáticos extranjeros y otros personajes. — En la parte inferior: brillante desfile de los animales premiados, cuya preparación y hermosa apariencia fueron elogiosamente comentadas por el numeroso público presente en la tradicional fiesta que este año ha alcanzado grandes proporciones, sólo comparables a las de los mejores y más florecientes años de nuestra ganadería.

Fotos de Bell

En el Club de Flores





Instantáneas tomadas durante el baile de gala ofrecido por la Comisión Directiva a las familias de los socios con motivo de inaugurarse el nuevo y suntuoso edificio.

En el Círculo "Les Enfants de Béranger"



El ministro de Francia, el Intendente Municipal y personalidades de nuestra sociedad y de la colectividad francesa al terminar el banquete con que se festejó la inauguración del nuevo local de esa antigua asociación.

Demostración al maestro Ansermet



El agasajado con el Ministro de Instrucción Pública, el maestro Williams y miembros de la dirección de "Nosotros", que le obsequiaron con motivo de su destacada actuación artística.

Quinteto Hispania



Después de su breve y brillante actuación en la capital y provincias, donde confirmaron la fama de que venían precedidos, los componentes de este célebre quinteto realizarán una jira por Chile.

En el Club Belgrano




Dos aspectos de la concurrencia al baile que se llevó a cabo en los salones de la institución a beneficio del mayor Pedro Zanni en su vuelo alrededor del mundo.

nauguración de la exposición Ortiz Echagüe



El presidente de la república, doctor Alvear, y su esposa; el embajador de Chile; el embajador de Italia; el ministro de Relaciones Exteriores, y conocidas damas en el salón Van Rie', donde expone el ilustre pintor español.

Demostración al Sr. G. Zapiola Obarrio



Cabecera de la mesa ocupada por el administrador y altos funcionarios de Impuestos Internos en el banquete con que se obsequió al señor Guillermo Zapiola Obarrio con motivo de su reciente jubilación.

En honor de Bucich Escobar y Josué Quesada



Banquete ofrecido a los dos prestigiosos peri... en ocasión de la designación del primero como secretario general de nuestro colega "La Razón" y de la actuación del segundo como cronista en las olimpíadas de París.

FOTOS DE ARROYO Y BELL

EL GRAN PREMIO JOCKEY CLUB

ESPLÉNDIDA REUNIÓN SOCIAL





Interesantes grupos obtenidos en los jardines de la tribuna de socios durante el desarrollo de las carreras.

Aspecto general de la tribuna oficial, en la cual puede notarse la presencia de numerosas familias que dieron a la reunión clásica la nota siempre atrayente que pone el bello sexo en las grandes fiestas hípicas.



Cerca de la cancha para no perder, en el momento oportuno, ni un detalle de la lucha de los campeones.



Lombardo, el invicto hijo de Saint Wolf, que se adjudicó el Gran Premio Jockey Club.



Tres damas comentando las probabilidades del favorito y las posibilidades de un "batacazo".

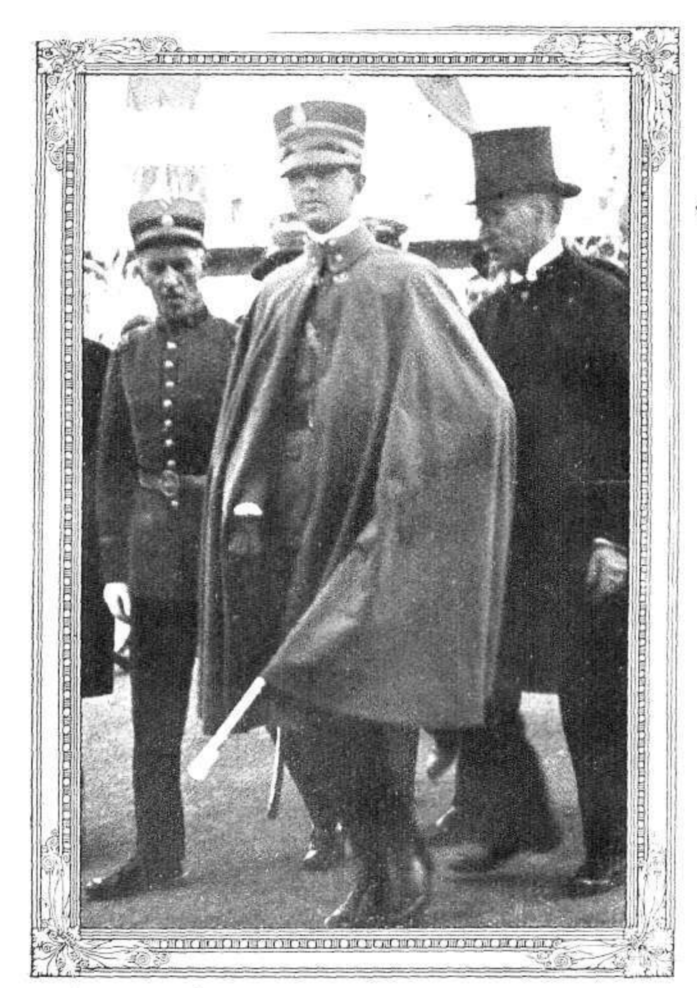
FOTOS DE VARGAS



EL HEREDERO DE LA CORONA DE ITALIA, ACOMPAÑADO POR EL INGENIERO SERRATO, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, MINISTROS Y

DISTINGUIDAS DAMAS EN PALACIO DE GOBIER DESPUÉS DEL BANQU TE AL QUE SIGUIÓ U RECEPCIÓN, OFR CIDOS AL SE VISITANTE.

EL PRÍNCIPE DE PIAMONTE, EL ALMIRANTE BONALDI Y ALTAS PERSONALIDADES URUGUAYAS EN EL BAILE DE GALA ORGANIZADO POR LAS AUTORIDADES DEL CLUB URUGUAY CON EL OBJETO DE AGASAJAR A HUMBERTO DE SABOYA. HERMOSO FESTIVAL AL CUAL DIÓ REALCE TODO CUANTO DE MÁS DESTACADO TIENE LA SOCIEDAD DE MONTEVIDEO.



EL PRÍNCIPE ACOMPAÑADO POR LA COMITIVA OFICIAL PENETRANDO EN LA ESCUELA MILITAR, DONDE PUDO APRECIAR LAS MODERNAS INSTALACIONES Y EL ADELANTO EN QUE SE HALLA ACTUALMENTE EL INSTITUTO MENCIONADO.



HUMBERTO DE SABOYA Y EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA PRESIDIENDO EL ACTO REALIZADO EN EL CÍRCULO ITALIANO.



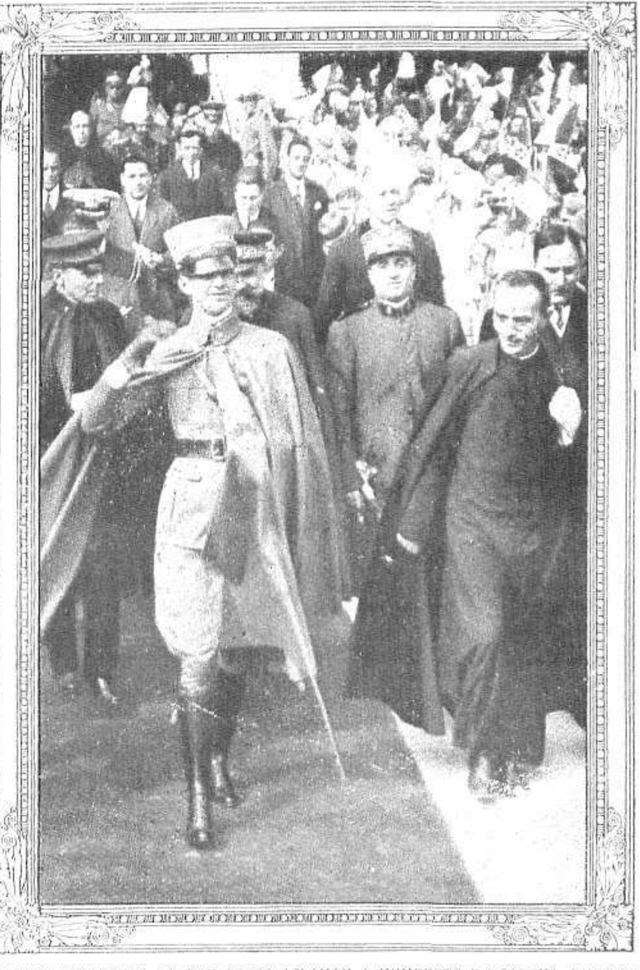
NIÑAS URUGUAYAS, VISTIENDO MAGNÍFICOS TRAJES ALUSIVOS, QUE OBSEQUIARON AL PRÍNCIPE CON UN RAMO DE FLORES.



EL HEREDERO DE LA CORONA DE ITALIA RODEADO POR LAS AUTORIDADES DE LAS CAMARAS LEGISLATIVAS EN LA VISITA REALIZADA AL PALACIO DE LAS LEYES, DONDE AQUÉL PUDO ADMIRAR LAS ESPLÉNDIDAS OBRAS RECIENTEMENTE TERMINADAS.



EL PRÍNCIPE Y EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA PRESENCIANDO EL DESFILE EN LA ESCUELA NAVAL URUGUAYA.





EL PRÍNCIPE Y AUTORIDADES ESCOLARES EN EL FESTIVAL ORGANIZADO POR LA ESCUELA TALIANA EN HONOR DEL ILUSTRE HUÉSPED.

LOS EXPLORADORES DE DON BOSCO ACLAMAN A HUMBERTO DE SABOYA DURANTE LA VISITA AL PRESTIGIOSO ESTABLECIMIENTO DE EDUCACIÓN, SIGNIFICATIVA FIESTA A LA CUAL CONCURRIÓ UNA ENTUSIASTA MUCHEDUMBRE.



SOLEMNE ACTO DE LA JURA DE LA BANDERA POR LOS CADETES DE LA ESCUELA MILITAR REALIZADO CON ASISTENCIA DEL PRÍNCIPE DE PIAMONTE, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA Y CONOCIDAS PERSONALIDADES DEL EJÉRCITO Y DE LA SOCIEDAD URUGUAYA.

Fotos de nuestro corresponsal.

Sr. Juan Canter



Con el fallecimiento del señor Juan Canter pierde el país un trabajador incansable y honesto cuyas hondas virtudes se pusieron de manifiesto en la intensa y fecunda obra realizada en pró de la cultura popular. Fundó instituciones de educación, propició casi todas las reediciones de obras históricas y puso, sin ambajes, su fortuna privada a disposición de la beneficencia. Su deceso ha sido profundamente lamentado en el vasto círculo de sus relaciones.

Militares retirados del Ejército y la Armada



Jefes retirados del ejército y armada que asistieron al banquete de camaradería realizado con el propósito de aunar esfuerzos en los trabajos pro equiparación de los sueldos de los retirados a los que están en actividad.

DE ROSARIO



Solemne procesión religiosa llevada a cabo en honor de Santa Rosa de Lima a la cual concurrieron numerosos fieles, siendo presenciada por gran cantidad de público congregado a su paso por las calles de la ciudad.



Preciosa fiesta infantil realizada en casa de la niña Elenita González Berlingieri con motivo de su primera comunión.



El gobernador y conocidas personalidades, después del lunch con que se festejó las bodas de oro del Banco de la Provincia.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

CONTRAALMIRANTE HUBERT BRAND

JEFE DE LA DIVISIÓN BRITÁNICA

POR ALVAREZ

MARINO de brillante carrera y de grandes prestigios dentro de la armada de su país, el jovial y culto jefe de la División británica que visitó nuestra capital, puso de relieve admirables dotes de diplomático, logrando captarse generales simpatías en los círculos oficiales y sociales.



Pequeño sombrero de terciopelo con plumas de garza real.

Sombrero de paño con aplicaciones de seda negra plegada.

Pequeño Sombrero de paja con una airosa «echarpe» de encaje.

Fotografías de Claire Patek, nuestra corresponsal en Viena.

LO QUE SUEÑA PITÍN



DIBUJO DE SWINNERTON

La Muerte

POR

Leónidas Barletta

Cuando dieron la señal de partir, Mariano, erguido en el pescante del coche fúnebre, rígido, inconmovible, hizo restallar el látigo sobre las cabezas de los briosos caballos de color de azabache, que temblaron sobre sus cascos embetunados, y, recogiendo las blancas bridas en sus manos enguantadas, en un elegante movimiento puso en marcha el carruaje.

Seis caballos briosos no son nada fáciles de gobernar, menos aún si uno de ellos tiene la maldita costumbre de ir mordisqueando a su pareja. Pero Mariano enristró la fusta, dispuesto a hacerse obedecer de su tronco, y ellos deben haberlo comprendido así, porque, alzando bien las patas y apoyando nerviosamente el casco en la calzada, andaban elegantes, sobrios, sin desmedidos movimientos ni brusquedades.

Mariano le había dicho a Mercedes, su mujer:

— Si quieres ver algo bueno, ven al entierro de esta tarde.

¡Seis caballos... carroza para las flores... sesenta coches... palafreneros...

En verdad que era un entierro imponente. Los seis caballos del coche fúnebre piafaban; los coches se alineaban en interminable hilera; ¡y qué abundancia de flores, de coronas blancas, lilas, azules!...

Y luego, aquella multitud de gente que seguía a pie, detrás del fúnebre, con la cabeza descubierta, respetuosamente.

Desde Mariano, hasta el último palafrenero, vestían de gala. Calzón corto, sujeto a la rodilla; medias de seda blanca; sombrero de tres picos.

En lo alto del pescante, Mariano y el lacayo parecían tallados en madera, según se observaba su inmovilidad. Ambos habíanse compenetrado de la importancia del papel que jugaban en la fastuosa ceremonia y no se dirigían la palabra.

Los chicos y las comadres del barrio mirábanlos boquiabiertos. Las gentes se detenían en su camino, asomaban las cabezas por las ventanillas de los tranvías, acudían a las puertas, abrían estrepitosamente las ventanas y se quedaban mirando con un estampado gesto de asombro.

Mariano sentía una viva satisfacción. Respiraba apenas para no desbaratar la línea impecable de su pechera deslumbrante. Cuidaba de no descomponer las arrugas «profesionales» de su cara. Porque — ¡hay que decirlo! — no cualquiera puede sentarse en el pescante de un coche fúnebre. El cargo requiere cierta habilidad y destreza, una grande dignidad y una exacta comprensión de los valores que se da a los símbolos, en esto que damos en llamar sociedad humana. Un hombre que no se respeta a sí mismo, no puede ser cochero fúnebre.

En este entretanto, una ojeada de soslayo le permitió ver a su obesa esposa, que seguía atentamente los movimientos del cortejo, tan emocionada como si se tratase de un deudo del ilustre difunto. Pero Mariano se arrepintió muy pronto de haberla invitado a presenciar el pomposo funeral, porque en el colmo de su entusiasmo y satisfacción, Mercedes, sofocada, próxima a rodar por el pavimento, trotaba junto a la carroza, gritándole:

— ¡Eh! ¡Mariano!... ¡Marianito!... hombre; como si no me vieras... ¡Eh! ¡Mariano! ¡Vuelve la cabeza, orgullosito! ¡Vamos, hombre, si me estás oyendo!

Por toda respuesta Mariano hizo restallar la fusta sobre su tronco. «Retinto», que estaba enganchado a la izquierda, se encabritó; pero Mariano le hizo comprender que no era cosa de bellaquear en ese día, y le alcanzó un zurriagazo que al punto le puso en buen acuerdo. A la edad que tenía, él no iba a negarlo, como el prójimo sentía sus achaques, mas eso no le quitaba del todo el poder de su puño. Las seis riendas estaban seguras en sus manos, mal que le pesara al inquieto caballo que le obligaba a concentrar en él su atención.

Su mujer se había quedado algo rezagada y andaba con alguna dificultad porque le ajustaban los zapatos. Jadeaba a causa del violento ejercicio a que sometía su voluminosa persona, apartando con los codos a la gente que se interponía en su camino y trotando junto al coche.

Cuanta mayor era la admiración que se granjeaba el cortejo, más se hinchaba su orgullo. Sin poder refrenarse, le dijo de sopetón a un hombrecillo grueso, calvo, que marchaba a su lado, sudoroso, agitando su sombrero en una mano.

— ¡Qué me dice usted de estos espléndidos caballos!

El interpelado la miró con desconfianza.

— Es mi marido... — aclaró ella triunfalmente.

— El hombre pasó su pañuelo por su calva reluciente y volvió a mirarla sin saber qué decirla.

— Le aseguro a usted que es mi marido — dijo, esta vez colérica, la esposa del cochero fúnebre. ¿Por qué iba yo a decir una cosa por otra? ¿Cree usted que soy una de tantas que aparentan lo que no son? No señor, no; usted se equivoca de medio a medio. No acostumbro a darme tono. Hace catorce años que me he casado, y mi marido, sí, mi ma-ri-do, como usted lo oye, ha estado en entierros más lujosos que este, sin que yo me haya envanecido por eso.

Y dirigió una amorosa mirada al rostro de Mariano, de azules mejillas afeitadas, con la cabeza rígida: ¡no fuera a caérsele el sombrero de tres picos! ¡Y qué suma elegancia en aquellas manos enguantadas que empuñaban las riendas!

Mercedes se detuvo porque ya no podía soportar el dolor torturante que le producían los zapatos, demasiado angostos. Y volvió a su casa, extenuada, pero feliz.

Al anochecer, cuando Mariano regresó a su hogar, ya no era el mismo. Había perdido mucho de su importancia al despojarse de su ropa



de librea, pero aún conservaba en su rostro grave un aire de superioridad. Se quitó los botines, calzó unas zapatillas que su mujer le alcanzó, solícita, y declaró redondamente que no cenaría.

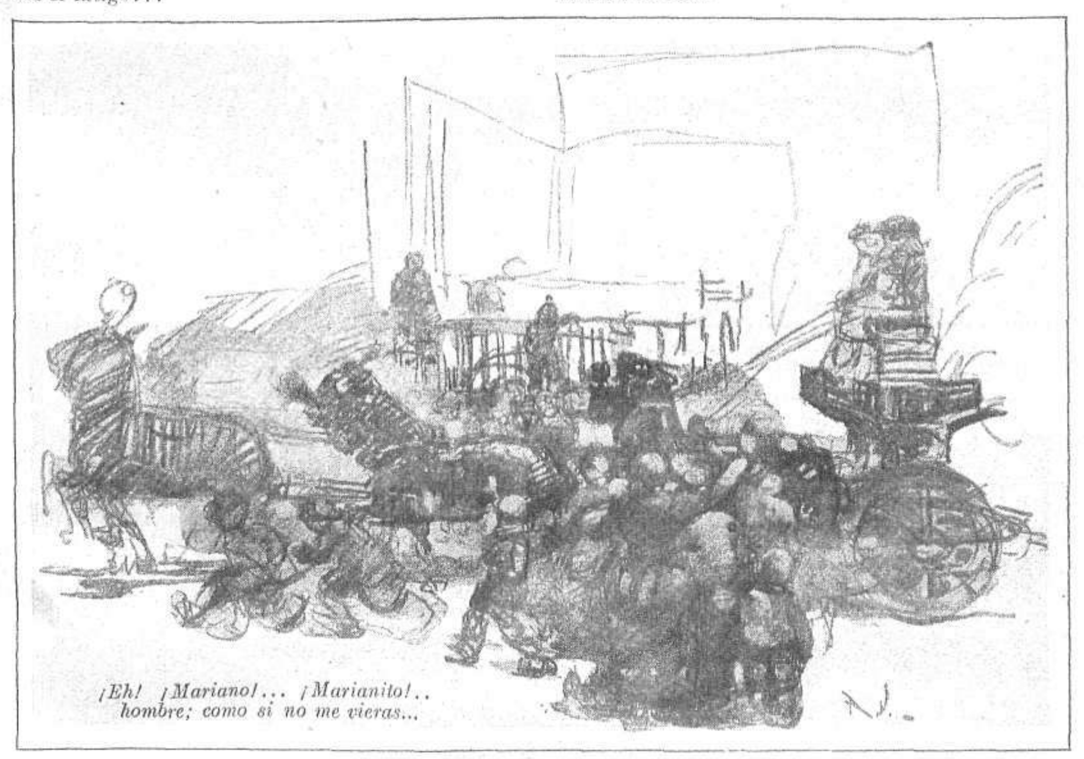
—¡Cómo! —exclamó Mercedes contrariada— había preparado unos alcauciles al infierno como para chuparse los dedos, y ahora tenemos que no quieres cenar. Comprendo que en un día así... me explico... ¡Ah! ¡No habré visto otro igual! ¡Cómo quedaba la pobre gente con la boca abierta cuando manejabas el látigo...

— ¿Quieres, por lo menos, una tisana? — le pregunta Mercedes.

— No; no quiero sino dormir; — responde.

Mercedes da unas cuantas vueltas por la habitación, prueba un bocado, y luego, apaga la luz y se acuesta.

Se pone a pensar en las fotografías que van a publicar los diarios de la mañana y en el efecto que va a causar su marido, tan tieso en su asiento del pescante del carro fúnebre. ¡Cómo van a rabiar las vecinas!



¡Eh! ¡Mariano!... ¡Marianito!.. hombre; como si no me vieras...

— Sí — dijo Mariano, halagado a pesar suyo — «Retinto» me ha dado algún trabajo y he tenido que usar el látigo, contra mi costumbre.

— Pero no me viste... — empezó a decir Mercedes; Mariano la interrumpió:

— Te vi, sí, te vi; pero no se importuna a un hombre que lleva las riendas de seis caballos en un funeral. Si vuelvo la cabeza, si me inclino, si no estoy sentado como es debido... ¿Puedo decir que ocupo mi puesto a conciencia? No, no; lo echaría todo a perder...

— Ahora comprendo... — se disculpa Mercedes, pesarosa.

— Mañana habrá que comprar los diarios para ver cómo he salido en las fotografías — dice Mariano, suavizando el tono, para destruír el mal efecto causado por su reproche.

— ¿Cómo?... ¿Fotografías en los diarios? ¿También eso? — exclama ella en el colmo de su estupor. Y se marcha a la cocina, murmurando:

— ¡Qué hombre, válgame Dios, qué hombre!

Sin embargo, flota en el ambiente una nubecilla de tristeza. El tablero de «damas» yace olvidado. Esa noche no hay partida. Muy pronto Mariano se desviste y se mete en la cama. Mercedes le lleva su gorro de dormir y su pipa. Y por primera vez en catorce años de casados, Mariano deja de *fumar su pipa.*

— ¡Miren el marido de Mercedes! ¡Ni que fuera el presidente!

Y otra vez vuelve con la imaginación al desfile del cortejo. Allí está Mariano, empaquetado, tieso; pero ahora la mira y le sonríe bonachonamente y es ella la que tiene que reprocharle:

— ¡Eh! Marianooo; atiende tus caballos sino quieres que la cosa pierda su efecto.

Y los caballos, negros, brillantes, gordos, tienen ahora un par de alas, como esos caballos que ella ha visto en la fuente de la Plaza del Congreso.

Y está en el reino de los sueños.

Cuando abre los ojos, el sol se cuela jovial por cuanto agujero o rendija encuentra. Su canario «Tesoro» trina locamente. Primero lanza una nota; luego otra; y una tercera, breves, critálicas, y, de repente, desgrana un millar de notas melodiosas, atropelladamente, como un himno de alegría.

Una voz pregona:

— ¡«La Nación»! ¡«La Prensa»!

Mercedes se incorpora en el lecho, se vuelve hacia su marido, le toma de un brazo para zamarrearle y se queda inmóvil, fría, con los ojos enormemente agrandados por la angustia. Y es que Mariano está rígido, con la boca crispada y los ojos fijos, como si estuviera conduciendo la carroza de su propio funeral.

DIBUJO DE PARPAGNOLI





M O M E N T O S

Por el dibujante norteamericano



Cuando se ha jactado usted de poder dominar no solamente un caballo de tiro sino uno de carreras.



Cuando usted ha dicho a sus amigos que es el amo en su casa y su mujer se encarga de demostrarlo.



Cuando la mucamita se le desmaya en los brazos y aparece su mujer de usted.



Cuando los amigos a quienes invitó a un paseo en su lancha se marean y le echan la culpa a usted.



Cuando ha ponderado usted sus puños delante de su prenda y un tipo cualquiera le pega en la calle.



Cuando le ha dicho usted a un señor que el tabaco es una maldición para la humanidad y que...

EMBARAZOSOS

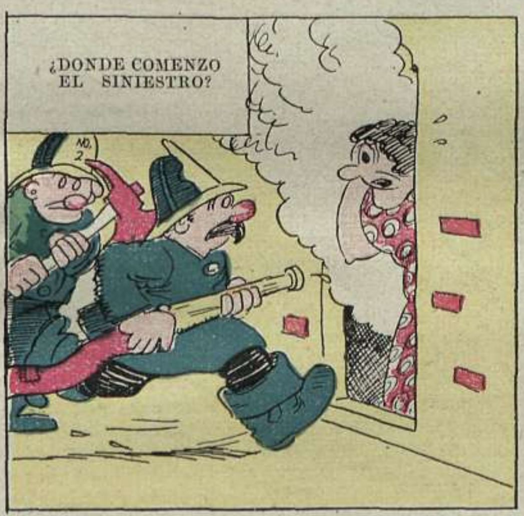
CHARLES DUNN



Cuando, después de haberse dado pisto con su cabello rizado, tiene usted que andar sin sombrero en un automóvil descubierto.



Cuando llega usted a una fiesta dada por su rival social, y encuentra usted la casa decorada con el mismo género de su traje.



Cuando prende usted fuego en la chimenea, y el humo hace acudir a *los bomberos*.



Cuando ha invitado usted a la familia de su hermana a dejar la ciudad y pasar unos días de campo con usted.



Cuando está usted buscando sus zapatos en el carro dormitorio y saca usted de la cama a uno por el pie.



Cuando, inconscientemente, se ha echado usted al bolsillo un trapo sucio en vez de un pañuelo.

LA MONEDA DE ORO

N todo anticuario, en todo coleccionista hay un avaro sentimental. El prurito de conservación conviértese en manía y ésta, a su vez, en pasión indomable. Don Ramiro Sandoval, historiador y numismático, era uno de esos avarientos apasionados. Vivía absorbido por su extensa obra sobre «La moneda a través de los siglos», rebuscando datos y más datos en apolillados infolios y en viejos libracos que olían a ratón. Y de noche, a solas en su despacho, reluciente la calva bajo la luz de una pantalla, caladas las quevedescas gafas, tembloroso como en un deliquio de los sentidos, iba manoseando una a una sus antiguas monedas.

Era un goce lento, espacioso y refinado. Las yemas de sus dedos se hacían caricia en los contornos gastados, carcomidos de un tetradracma de Atenas, y sus pupilas grises e inquisidoras tornábanse llorosas de evocación ante el perfil esfumado de Alejandro el Grande, bajo su pesado yelmo.

El oro, la plata y el cobre desfilaban en procesión silenciosa. Monedas grandes y pequeñas con la efigie de Vespasiano o Marco Aurelio, que recordaban el imperio romano, desoxidábanse al calor de su caricioso sobajeo.

Todas ellas pasaron por manos patricias o plebeyas, desde la palma perfumada de una matrona hasta la de un liberto. ¿Qué pagaron esas monedas en su larga e incesante circulación? ¿Qué dolores, qué placeres, qué crímenes? ¿No había en aquel oro muerto, gastado, como un dormido resplandor de sangre? Extinguidas en torno de esas monedas las pasiones que las impulsaron, roídas de su halo triunfal, descarnadas de toda tentación pecadora, semejaban hoy en su fría inmoralidad, en su estancamiento de museo, los santos huesecillos de un osario.

Don Ramiro las amaba, las acariciaba, las dededicaba las más tiernas palabras de sus soliloquios, y profesaba predilección especial a una moneda de bronce con la efigie de «Nerón Claudino Drusus», que resaltaba magnífica sobre rojo terciopelo.

En las largas tardes del otoño, don Ramiro se encerraba con su secretario, e indiferente a las bellezas melancólicas de su jardín, enfrascábase en sus viejos libracos.

— Anote, Pérez: «El año 1252, se acuñaron los primeros florines, etc., etc... »

Y Pérez, un hombrecillo pequeñito y medroso, de rostro triste, muy felino en sus ademanes y parco en palabras, se inclinaba sobre el pupitre para anotar la frase en una escrupulosa caligrafía de memorialista.

— Pérez es mi brazo derecho — decía don Ramiro con voz enfática y fanfarrona.

Pérez era un hombrecito como hay muchos, metódico, puntual, apocado de espíritu. Llegaba al «petit hotel» de don Ramiro a la hora del aseo, cuando el mozo tenía el «hall» patas arriba. Entraba casi de puntillas en el despacho y después de desayunar, mojando pedacitos de pan en el tazón, con un ritmo de pajarito, contestaba la correspondencia del ilustre hombre.

Ya a las once aparecía don Ramiro, recién salido del baño, con obscuro y florido batín de entrecasa.

— ¡Hola Pérez, ¿qué dicen los diarios?

Y Pérez, con su voz atiplada y suave iba leyéndole los principales acontecimientos de la víspera.

Teresita, la hija única de Sandoval solía aparecer por el escritorio de su padre. Era una linda rubita de veinte primaveras, muy menuda y coqueta.

Pérez alzaba sus ojos tras los lentes para admirarla. Y al verla sonreir, parecíale que una rosa del jardín se deshojaba sobre su corazón.

¿Qué edad tendría Pérez? ¿Tendría novia, mujer, quizá hijos...?

Varias veces Teresita estuvo tentada por saberlo, pero don Ramiro, hombre de principios aristocráticos, habíale prohibido la menor intimidad con su secretario.

Pero, un día, en ausencia de su padre, la joven supo de aquella vida humilde. Cuarenta años de fatigas y dolores sobre las espaldas. Nacido en Asunción del Paraguay, emigró joven a Buenos Aires. Tenía ilusiones, grandes proyectos, pero la ciudad los devoró en poco tiempo. Era solterón y vivía con su madre, una anciana enferma y desmemoriada.

Teresa, al verle tan apocado, tan raído en medio de su limpia pobreza, tenía compasión por el secretario. No ignoraba que su padre, con su carácter terco y autoritario, dominaba como un señor feudal en aquel pobre de espíritu.

Una noche fueron al teatro, padre e hija. A su regreso, éste tuvo el capricho de abrir una vitrina en la que exhibíanse sus mejores monedas.

Las manos de don Ramiro temblaron y un nudo de angustia oprimió su garganta. Cinco monedas romanas y dos carolingias de plata habían desaparecido.

A los gritos de Sandoval acudió la servidumbre y aquello fué Troya. La vitrina no tenía señales de haber sido violentada y en toda la casa no había huellas de que hubiese entrado un extraño.

Don Ramiro tuvo una de esas crisis de cólera tan frecuentes en él. Apostrofó a su servidumbre y a la mañana siguiente echó a la calle a dos criados, que le inspiraban poca confianza.

Pérez, cuando supo lo del robo, hizo mil comentarios y aspavientos.

Sandoval, antes de dictarle un nuevo capítulo de su obra «La moneda a través de los siglos», lo miró con mirada penetrante.

Por un instante sospechó de Pérez, pero, al verle tan sereno, tan digno en su poquedad, rechazó toda duda.

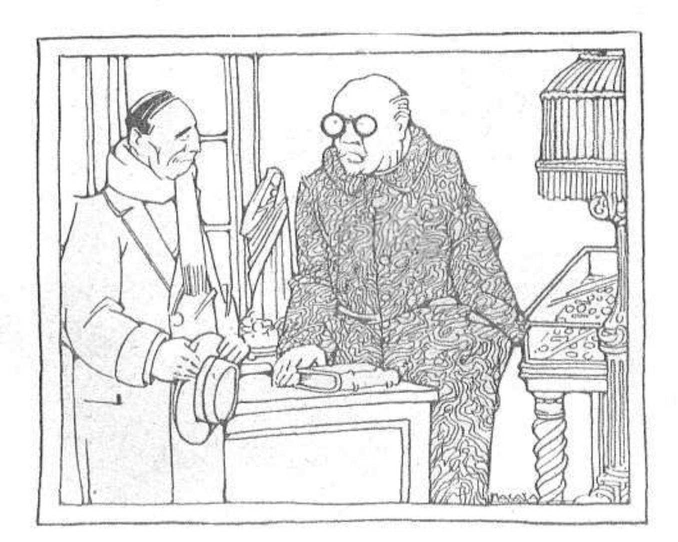
Y con voz enfática dictó: «Los primeros «aureus numinus», (monedas de oro) acuñáronse en el año 547 en el templo de Juno Moneta... »

DON Ramiro Sandoval tuvo una alegría. Acababa de adquirir un «luis» de oro, del reinado de Luis XIII, en el que aun veíase en caracteres semiborrados la clásica cruz rematada en cuatro coronas. Aquella pieza notable venía a

enriquecer su colección.

Toda la tarde estuvo acariciándola moneda, pequeñita y gastada, mirándola con ojo atento tras el gordo cristal de su lupa.

Abrió varios libros, franceses y alemanes, en los que venían reproducidas todas las monedas antiguas, y se dió el placer de hacer comparaciones para comprobar la legitimidad de aquel tesoro.



Teresita irrumpió en la estancia

— Papá, el señor Querard y su señora...

Era éste un ilustre académico francés, que viniera en tren de doctas conferencias.

Don Ramiro abandonó todo lo que tenía entre manos y acudió al salón con aire ceremonioso.

Fué una visita de cortesía. Media hora después, Sandoval volvía a su escritorio. Pérez, como de costumbre, cuando lo dejaban solo, dormitaba sobre su pupitre agobiado de papeluchos.

Quiso Sandoval volver a ver su moneda, pero grande fué su asombro al no encontrarla.

— Señor Pérez, ¿ ha visto usted la moneda ?...

En los momentos graves solía llamarle « señor », para establecer mayor distancia.

— No, yo no he visto nada, don Ramiro.

Fué una búsqueda estéril. Ni en el escritorio, ni en el suelo, por si hubiese caído, ni en parte alguna fué dable encontrarla.

Don Ramiro estaba rojo, apoplético. Sus ojillos penetrantes echaban chispas y su voz hervía de rencor.

— ¡ Esto es inverosímil, señor Pérez ! Nadie, ningún extraño, según usted mismo lo ha dicho, ha estado durante mi ausencia. ¡ Y el caso es que la moneda se ha hecho humo como por ensalmo!... Si esa moneda no aparece, ya sabe usted el camino que debe tomar...

Pérez palideció, tartamudeando :

— ¿ Acaso, don Ramiro duda de mi honradez?...

Una sonrisa sarcástica prendió en los labios de Sandoval.

— Basta de farsas, señor mío... No ha mucho fueron cinco monedas de oro y dos carolingias. Hoy un «luis», que vale más de diez mil francos, desaparecido misteriosamente, aquí, en mis propias narices...

Se paseaba colérico, sudoroso, enjugándose la calva con su fino pañuelo de batista.

Pérez estaba mudo, lívido de miedo. Quiso defenderse contra la acusación, pero las palabras eran rebeldes.

—¡Don Ramiro, por favor!... Soy un hombre honrado... Y unas lágrimas ardientes resbalaron por sus mejillas.

Sandoval estalló :

— Le he dicho, señor mío, que basta ya de farsas. Tome su sombrero y váyase. No quiero pilletes en mi casa... ¿me ha oído usted?... Váyase, antes de que me arrepienta de ser generoso y dé aviso a la policía... Y sin oir la voz suplicante, mojada en lágrimas del bienaventurado Pérez, lo empujó casi con brutalidad.

Teresita, que oyera las palabras de su padre, quiso interceder, pero Sandoval rompió en un aluvión de improperios.

— Déjalo, es un ladrón... ¿Lo oyes?... Un ladrón...

Y cerró de un golpe la puerta de su despacho. Se oyó un gemido, un lamento desconsolado, y luego, unos pasos vacilantes que se alejaban...

Don Ramiro era un hobre de resoluciones irrevocables. Pérez, el presunto autor de aquellos robos, había muerto para él. No quiso saber nada de su secretario, y a los pocos días un nuevo escribiente venía a ayudarlo en sus tareas de investigación.

Pero he aquí que una mañana, al abrir un libro que él mismo colocara en un anaquel, un ruido leve le sobresaltó. Algo pequeño y brillante habíase desprendido de las hojas del libro, rodando sobre la alfombra.

El ilustre hombre estaba solo. Se inclinó en busca del objeto y, no sin estupor, vió el « luis » que motivó su gran disgusto.

Quedó vacilante. El recuerdo de Pérez, injustamente sacrificado, le asaltó como un remordimiento. ¿Qué hacer, ahora? ¿Llamarle, pedirle disculpas?... Pero la idea generosa y reparadora duró poco. Confesar su ligereza, era dar su brazo a torcer, ponerse en evidente ridículo. A estas horas ese pobre diablo ya se habrá acomodado, pensó.

¿ Qué diría Teresa al saber lo ocurrido ? ¿ Qué opinión se formaría de su autoridad ?

No, aquello no tenía vuelta. Había que echarle tierra. Pérez seguiría circulando en la vida, lejos de él, como una moneda que no vuelve más a nuestras manos...

Guardó la moneda cuidadosamente en un rincón de su cartera y a la noche, frotándose las manos, con aire de regocijo, participó a su hija:

— ¿Qué te parece, Teresita ? En una casa de compra-venta he encontrado mi « luis ». La moneda aquella... ¿ recuerdas ?

— Ah, sí... ¡ Y pensar que el señor Pérez tenía una cara de santo ! ¡ Quién hubiera dicho al verle tan correcto, tan serio !...

Don Ramiro Sandoval enrojeció. Aquellas palabras, dichas con inconsciencia, avivaban su remordimiento. Eran como un « inri » sobre la frente del sacrificado. Pero aun tuvo valor para añadir:

— ¡ Cosas de la vida, Teresita...! ¡ No hay que fiar de las apariencias !

Y, sin saber por qué, sus ojos se posaron en el diploma, encerrado en reluciente marco, en el que resaltaban con ironía las palabras que le proclamaban miembro correspondiente de la « Academia Internacional de Ciencias Morales... »

EDGARDO GARRIDO MERINO

DIBUJO DE MACAYA

Unos ojitos cargados de amor

Oh, qué ilusión
ver que me miran
tus ojitos cargados de amor!

La pena tus ojos
ahondó...
un surco tu llanto
en ellos dejó...
Igual que en el cielo y tras la tormenta,
en ellos quedó
una luz misteriosa y divina,
un azulado fulgor...
y me parecieron
tus ojitos dos cielos cargados
de amor...

Si ojeras profundas
te puso el dolor,
ojeras azules
tu puso el amor...

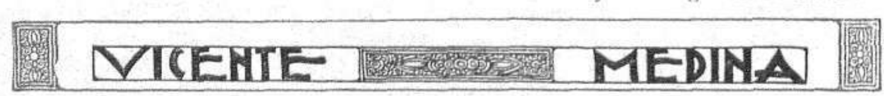
De pasarte las noches en vela
tus ojeras son:
ojeras moradas
de pasión...
ojeras obscuras
de dolor...
ojeras azules
de ilusión...
Con ojeras azules te quiero
yo...
¡Oh, qué ilusión
ver que me miran
tus ojitos cargados de amor!

Porque las ojeras
eso son:
amor,
pasión,
dolor,
ilusión...

Y, al mirar tus ojeras azules,
me imagino, por eso, yo
que están tus ojitos
cargados de amor...

Ten compasión:
no me mires con ojos cargados
de odio y de rencor.

Oh, qué ilusión
ver que me miran
tus ojitos cargados de amor!



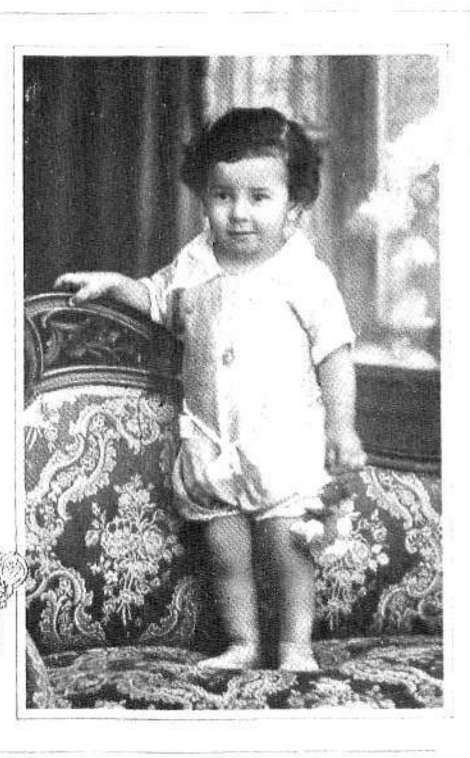
DIBUJOS DE BONOMI

Página Infantil

(Héctor Raúl) (González Tito)



Eugenio Ortega Moreno

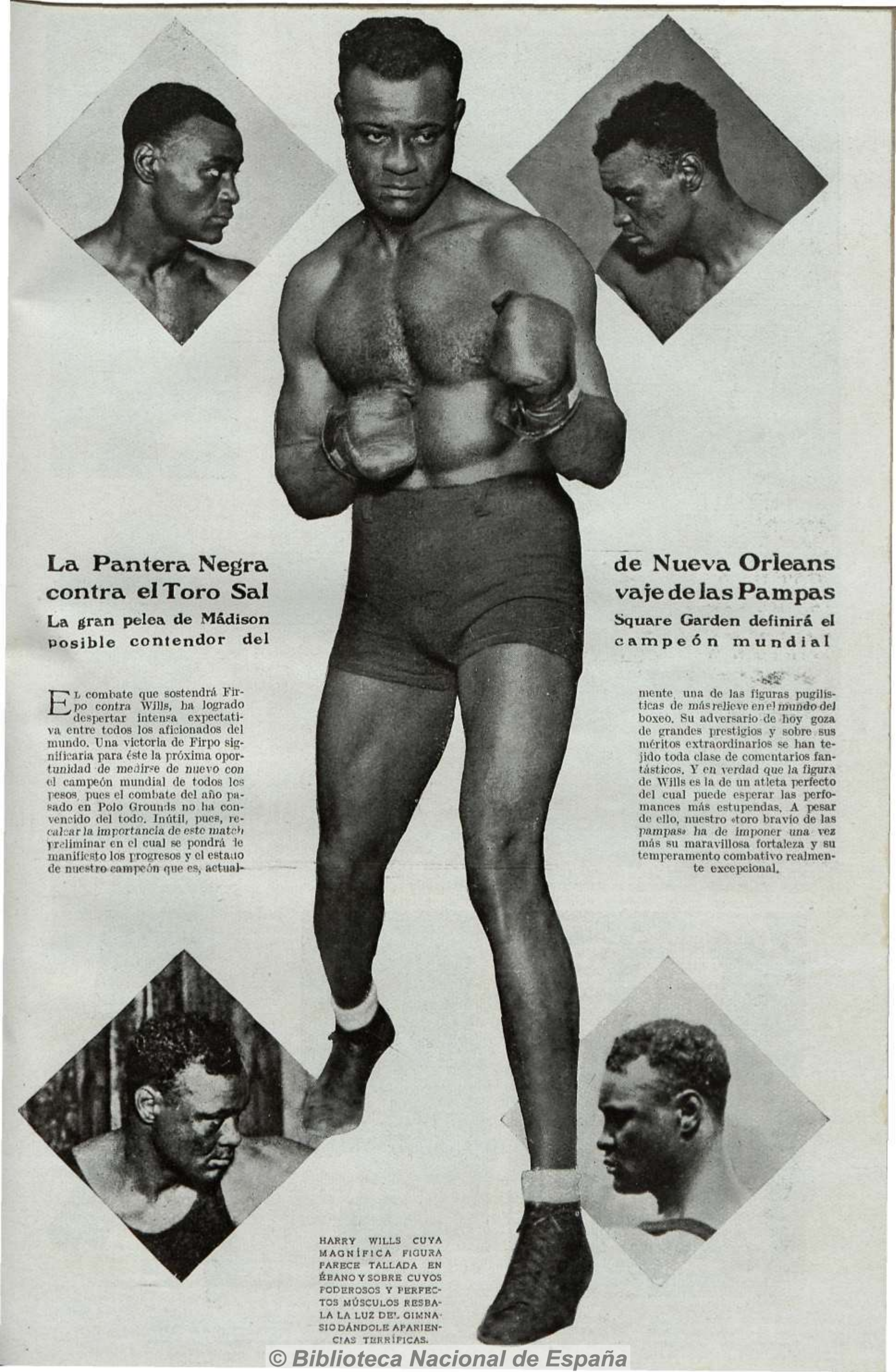


Alberto Fernández Berúnce



"RAZA BRAVA"

Por ALONSO

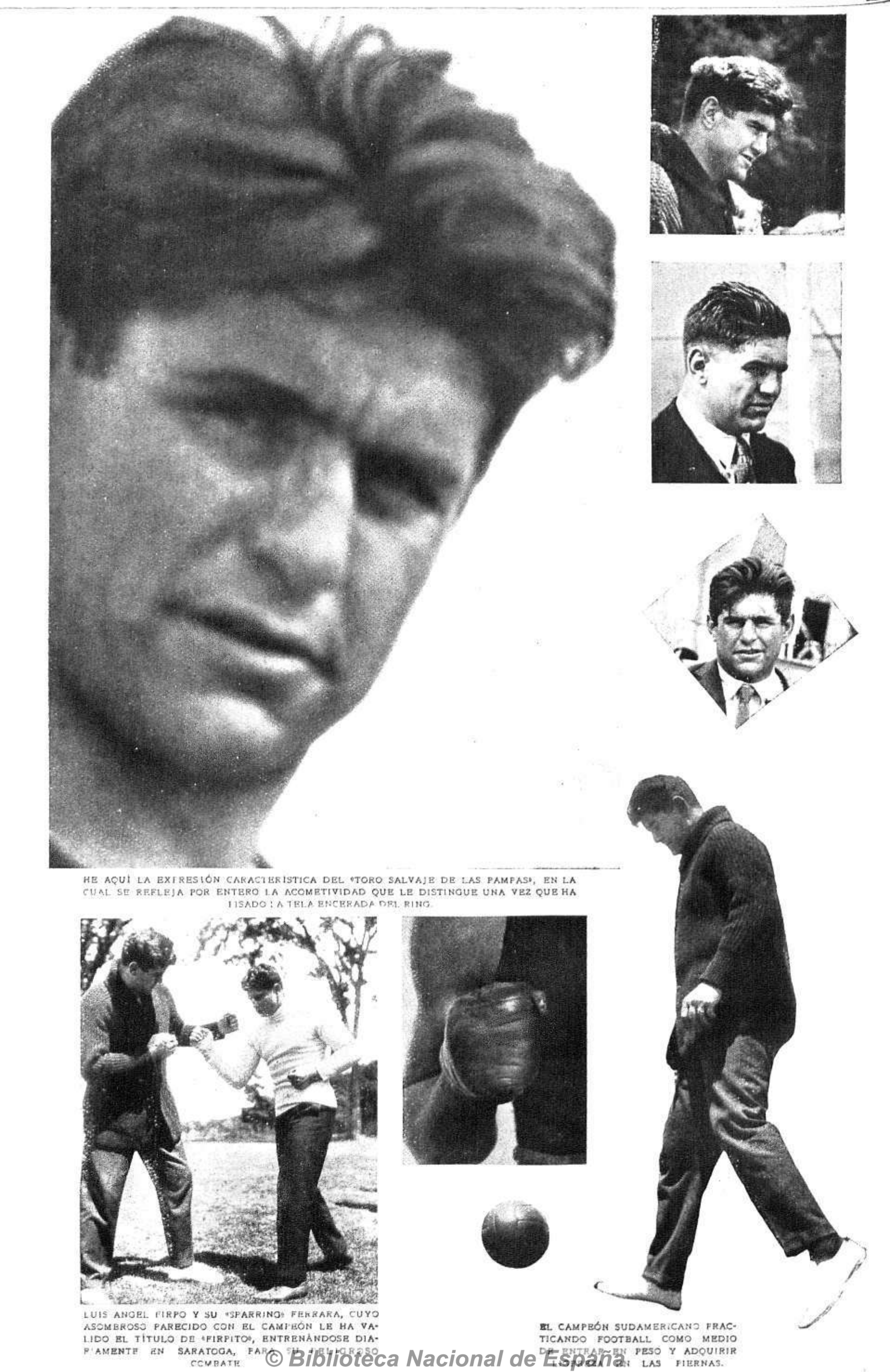


La Pantera Negra de Nueva Orleans contra el Toro Salvaje de las Pampas

La gran pelea de Mádison Square Garden definirá el posible contendor del campeón mundial

El combate que sostendrá Firpo contra Wills, ha logrado despertar intensa expectativa entre todos los aficionados del mundo. Una victoria de Firpo significaría para éste la próxima oportunidad de medirse de nuevo con el campeón mundial de todos los pesos, pues el combate del año pasado en Polo Grounds no ha convencido del todo. Inútil, pues, recalcar la importancia de este *match* preliminar en el cual se pondrá de manifiesto los progresos y el estado de nuestro campeón que es, actualmente, una de las figuras pugilísticas de más relieve en el mundo del boxeo. Su adversario de hoy goza de grandes prestigios y sobre sus méritos extraordinarios se han tejido toda clase de comentarios fantásticos. Y en verdad que la figura de Wills es la de un atleta perfecto del cual puede esperar las perfomances más estupendas. A pesar de ello, nuestro «toro bravío de las pampas» ha de imponer una vez más su maravillosa fortaleza y su temperamento combativo realmente excepcional.

HARRY WILLS CUYA MAGNÍFICA FIGURA PARECE TALLADA EN ÉBANO Y SOBRE CUYOS PODEROSOS Y PERFECTOS MÚSCULOS RESBALA LA LUZ DEL GIMNASIO DÁNDOLE APARIENCIAS TERRÍFICAS.



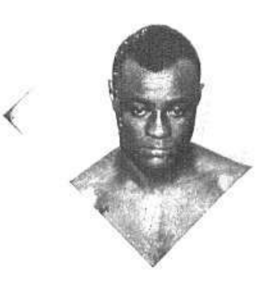
HE AQUÍ LA EXPRESIÓN CARACTERÍSTICA DEL «TORO SALVAJE DE LAS PAMPAS», EN LA CUAL SE REFLEJA POR ENTERO LA ACOMETIVIDAD QUE LE DISTINGUE UNA VEZ QUE HA PISADO LA TELA ENCERADA DEL RING.

LUIS ANGEL FIRPO Y SU «SPARRING» FERRARA, CUYO ASOMBROSO PARECIDO CON EL CAMPEÓN LE HA VALIDO EL TÍTULO DE «FIRPITO», ENTRENÁNDOSE DIARIAMENTE EN SARATOGA, PARA SU PELIGROSO COMBATE.

EL CAMPEÓN SUDAMERICANO PRACTICANDO FOOTBALL COMO MEDIO DE ENTRAR EN PESO Y ADQUIRIR LIGEREZA EN LAS PIERNAS.









LA TERRIBLE MIRADA FRÍA DE «LA PANTERA NEGRA DE ORLEANS» TRADUCE TODO SU TEMPERAMENTO AGRESIVO Y FIERO QUE, EN EL COMBATE, SE TORNA SALVAJE Y TERRIBLE. SU MAGNÍFICO ESTADO DE PREPARACIÓN PERMITE ESPERAR UNA PELEA REÑIDA Y EMOCIONANTE, PUES LAS FUERZAS DE AMBOS ADVERSARIOS SON EQUILIBRADAS.

FIRPO

Edad, 28 años.
Estatura, 6 pies 1 pulgada.
Peso, 215 libras.
Alcance, 76 pulgadas.
Cuello, 17 1/2 pulgadas.
Pecho normal, 45 pulgadas.
Pecho en expansión, 50 pulgadas.
Cintura, 34 pulgadas.
Biceps, 17 pulgadas.
Muñeca, 9 pulgadas.
Pantorrilla, 18 1/2 pulgadas.
Tobillo, 9 1/2 pulgadas.

EL ALCANCE FORMIDABLE DEL NEGRO WILLS ES DE 84 PULGADAS, SUFICIENTE PARA TENER A DISTANCIA AL MÁS PELIGROSO ADVERSARIO Y SACAR GOLPES DE TODOS LOS ÁNGULOS, VENTAJAS QUE SE SUMARÁN A SU EXTRAORDINARIA VELOCIDAD.

WILLS

Edad, 32 años.
Estatura, 6 pies 2 pulgadas.
Peso, 210 libras.
Alcance, 84 pulgadas.
Cuello, 17 pulgadas.
Pecho normal, 41 pulgadas.
Pecho en expansión, 45 pulgadas.
Cintura, 33 pulgadas.
Biceps, 17 pulgadas.
Muñeca, 8 pulgadas.
Pantorrilla, 19 pulgadas.
Tobillo, 9 pulgadas.



EL PRÓXIMO SALÓN

CUPERTINO DEL CAMPO

LUIS CORDIVIOLA.

ARTURO GRAMAJO GUTIÉRREZ.

VALENTÍN THIBÓN DE LIBIAN.

JOSÉ FIORAVANTI.

E. REQUENA ESCALADA.

PEDRO DOMÍNGUEZ NEIRA.

La ciudad va cobrando un nuevo aspecto bajo el amparo del buen sol que activa la fuerza de los retoños, que parecen sacudir de su letargo a los añosos troncos dormidos. Algo así, como una indefinida caricia, excita la circulación en las arterias y pone una expresión de buen augurio sobre los fatigados rostros.

Los ancianos que no se llevó el invierno, caminan con una mayor agilidad. Las parejas que se insinúan, en la inicial presión que busca las manos libres, que han de entrelazarse luego. Y todo parece revivir, al suave calor de la vida, puesto que, por instantes, hasta reemplaza gentilmente al egoísmo de una indiferencia, única verdad, para que la pena no busque hetiratos donde le acomode.

Hasta las salas del Retiro un poco olvidadas por el intrincado mundo artístico, comienzan, por el ojo de sus ventanales, a darse cuenta de que la típica exposición anual, torna a remozar el ambiente en un sentido más amplio, puesto que son muchos los intereses y las aspiraciones que se suman.

Los bancos, sólo visitados por la soledad, soportan durante el día los más extraños personajes. Y si fisonomías familiares señalan el regreso de los antiguos conocidos, luengas melenas casi inverosímiles, voladas corbatas, indicadoras precisas de la superioridad intelectual, pantalones bohemios de corte de escenario que ya se fueron con Rodolfo y con Murger, patillas coloniales y otros acceso-

los más atribulados arrojan su raído saco de dolores, como esos viejos rosales, que olvidó el jardinero, y se desprenden de las hojas tenaces y amarillentas, en la suprema alegría de brotar una vez más.

Dentro de los corazones late como una canción que envuelve dulce promesa, el deseo de encontrar el buen camino. Todas las peores y traicioneras rutas, se pierden bajo el velo de la esperanza, que si es el alimento de los espíritus débiles, no es menos cierto, que como bella mentira

DE BELLAS ARTES



ALFREDO GUIDO. — ALBERTO ROSSI. — RAÚL MAZZA. — CÉSAR SFORZA. — ATILIO MALINVERNO. — HUGO GARBARINI. — AUGUSTO MARTEAU.

ríos más o menos de la época o de la fantasía inundan la plaza San Martín y sus alrededores, en un conglomerado que suele resultar pintoresco.

En cambio, los que no llevan el talento en los pantalones, en las patillas o en la corbata, trabajan silenciosamente en sus talleres. El ideal, se persigue como a una mariposa fantástica en el país del *ensueño. La confianza en la* lucha y la indiferencia por la victoria, templa las almas que producen la flor primaveral, en la humilde planta de la fe, nutrida por la convicción y el sacrificio. Y nuestros viejos y nuestros muchachos apréstanse a concurrir a la noble fiesta del espíritu.

En el «atelier» coqueto, que huele a Coty; y anímase de gracia, en un quinto piso entre los muros blancos y sobrios; en el mísero cuartucho, donde faltó el pan y ha sobrado la esperanza; todos, inclínanse en el fervor y la inquietud creadora, olvidando jurados críticos y públicos, para entregarse al divino goce de producir la obra que aguardaban, que puede ser eficaz, entre las manos de la gloria esquiva.

Aparte de todas las ilusiones más o menos fundadas, el espectáculo a que hemos asistido, recorriendo los estudios de los artistas, que concurren al Salón Nacional de Bellas Artes, es hermoso y alentador. Y si alguno, puso en su vehemencia la voluntad de conseguir un éxito pecuniario, los más han realizado su obra sencillamente, en el bendito goce de volcarse por entero, emocionados y temblorosos, en el momento en que todo se olvida y los seres se elevan en dignidad sobre las miserias humanas.

Y esto último, es lo que engrandece a los pueblos. Pues sólo en el dolor y en el desinterés de todo beneficio, se halla la verdadera fe, que nos vigoriza, cuando su concepto es simple y puro y sólo se encamina hacia la elevación, en procura de un relativo perfeccionamiento.

B L A S B E L T R Á N

¿QUE HUBIERA US



DOCTOR MARIO GUIDO

TARDE de sesión. El salón de «pasos perdidos» vibra de postulantes que van a molestar a los diputados con sus aspiraciones las más de las veces imposibles; la rotonda se anima con los diputados que acuden al llamamiento del timbre que incesantemente suena. En la galería asoman la cabeza los espectadores que ocupan sus asientos para presenciar los debates.

En la antesala del despacho del Presidente de la Cámara esperan impacientes varios señores, muy serios. Los secretarios entran y salen.

Una sala amplia, con dos ventanales, que unas cortinas rojas encuadran, tiene una solemnidad augusta que el rojo de sus muros acentúa. Sarmiento, desde un cuadro, contempla todo inmóvil.

El Presidente de la Cámara telefonea; atiende a los secretarios que le consultan muchas cosas; hace una seña a un diputado que entra para hablarle. Viene hacia mí y me saluda.

— ¿Qué hubiera usted querido ser? — le pregunto al doctor Guido.

El Presidente de la Cámara me respondió, después de un instante de reflexión rápida característica suya que le da esa viveza de réplica tan acertada que en la Cámara siempre brilló:

— Si he de serle sincero, siempre he querido ser lo que soy; ser abogado y político fué siempre mi ideal.

— ¿No tuvo usted cuando era niño otras aspiraciones? — insistí.

— No, señor; quise siempre ser abogado y como entré en Política muy joven la Política me envolvió para no dejarme ser otra cosa.

— Sí — exclamé yo, — la política es como un virus y cuando da el picotazo...

— Sí, pues — respondió el doctor Guido, — pero yo, a pesar de los años que llevo en ella, aun no estoy saturado.

— ¿No es usted diplomático? — pregunté.

— Pero yo no me considero con aptitudes para esa profesión y no me he preocupado nunca de tomar mis credenciales. Créame usted que cuando se entra en política... En fin, en ella estoy y no me pesa; no obstante sus luchas quizás por esas luchas mismas; a pesar de sus ingratitudes, que las tiene sin duda alguna, la política tiene sus encantos de sirena, a los que no es posible substraerse y sobre todo yo creo que así sirvo a mi país, que es a lo que aspiro.

— Indudablemente — respondí.

Y como la sesión iba a comenzar, me despedí del Presidente de la Cámara, quien, con su amabilidad típica, que todos cuantos lo tratan reconocen y ensalzan, supo cohonestar la curiosidad del periodista y los deberes imperiosos del político que ocupa una posición parlamentaria tan elevada como la suya.

Dr. MARIO GUIDO.



DOCTOR CARLOS IBARGUREN

ALLÁ, en su estudio, el doctor Ibarguren me recibió, con su peculiar cortesía.

— ¿Qué hubiera usted querido ser, doctor? — le pregunto.

— Ya he leído su encuesta de CARAS Y CARETAS — me responde. — Es muy interesante pero déjeme usted a mí. Yo no soy nada ni nada represento para que se ocupe de mí.

— Usted, doctor, tiene una personalidad, y por eso desearía que el público supiera sus opiniones.

— No, déjeme usted a mí fuera.

— Perdóneme, doctor, si insisto, pero...

El doctor Ibarguren sonríe y exclama:

— ¿Recuerda usted aquello que decía Anatole France? El quería ser insecto para ver desde otra personalidad, todo.

— ¿Y...?

El doctor Ibarguren tomó la pluma y escribió una cuartilla. Me dió el papel y me dijo:

— Ahí tiene usted todo lo que se me ocurre, para contestar a su pregunta.

Leí lo que el doctor había escrito. Las líneas del doctor Ibarguren decían así:

«¿Qué hubiera querido ser? — Lo que no soy, pues así saldría de mí mismo y contemplaría la vida a través de otro yo.»

— Esto es demasiado abstracto, doctor; demasiado filosófico. ¿No podría usted ser más subjetivo, más real? Dígame si pensó en su juventud en ser otra cosa de lo que luego fué.

— Me atengo a lo escrito — me respondió el doctor Ibarguren sonriendo. — ¿Cree usted que no le he dicho ya bastante? Mis palabras quieren decir mucho.

— Indudablemente

Hubo una pausa.

— Diga usted, doctor: ¿qué hace la política?

— La Política, ahora, descansa; yo creo que el año próximo empezará ya a conmoverse con motivo de las futuras elecciones presidenciales.

— ¿Y usted?

— Yo... vivo lejos de la política activa.

— Pero... no ha renunciado a ella.

El doctor Ibarguren, sonriendo, repuso:

— Ya conoce usted el antiguo refrán: «Nadie puede decir de esta agua no beberé.»

Dr. CARLOS IBARGUREN.



DOCTOR ALFREDO SCARANO

IR a consultar una nota periodística al Director de un Manicomio, no es cosa tan sencilla. Al entrar en el Hospicio de las Mercedes, el gran patio donde los locos tomaban el sol apaciblemente, ofrecía un aspecto singular. Allí reflexionaban los desdichados enfermos con esa expresión sin alma que revela el misterio de sus cerebros entenebrecidos donde una vez brilló la luz de la inteligencia y entonces se movía la obscuridad, como esos lagos de cieno que se agitan pesadamente. El doctor Scarano ese hombre que trata con tanto cariño a los enfermos, que tiene una visión justa de la finalidad de su cargo me recibió con su amabilidad peculiar.

— ¿Qué hubiera usted querido ser, doctor? — le pregunté.

El Director del Manicomio frunció el entrecejo un instante y me dijo, con esa energía que le caracteriza:

— Vea... yo desde muy niño he tenido siempre un instintivo sentimiento del mando. Me ha gustado ser el jefe; recuerdo que cuando jugaba, como los otros niños, yo era siempre el capitán, el cabecilla, el que mandaba, el que guiaba. Y ese sentimiento me ha seguido en todos los actos de mi vida.

— ¿...?

— Usted no ignora que al mismo tiempo que mi profesión de médico me entusiasma la Política. Presidente del Comité de la Capital de la Unión Cívica Radical, perteneciendo a este partido desde muy niño con el propósito firme de dar a mi patria todos mis entusiasmos y hacer escuela de civismo y de democracia, pero democracia de verdad, hacer el gobierno ideal de los mejores, de los más idóneos dentro de mi partido. Por la Política, mis ideas y mi partido, sufrí persecuciones, destierros, sufrimientos sin fin; pero ¡no importa! he luchado siempre con el tesón de un convencido.

— ¿...?

— Ya le he dicho que yo he sido desde pequeño un dominador y como creo que se debe aspirar en la vida a la suma perfección de lo que se desea, es lógico que yo haya siempre querido ser lo más que se pueda ser en mis aspiraciones, es decir si estoy en política y creo que la política que yo ejercito es la justa, dentro de mi criterio, como consecuencia lógica.

— ¿...?

— Desearía ser el primer ciudadano de mi país, no por vanidad ni por ambiciones personalísimas, sino por creer que si lo fuese podría rendir a mi país los servicios que yo creo le serían útiles.

— ¿...?

— Dentro de mi carácter firme, no veo otra orientación de mi deseo. Ya lo sabe usted.

Admirando la entereza de carácter del doctor Scarano, que le distingue sobre todo, me alejé de la Casa de Salud. Cruzáronse en mi camino algunos desgraciados que melancólicamente me miraban con recelo. Allá, en un rincón, un muchacho joven discutía y manoteaba con un interlocutor invisible.

¡De qué buena gana le hubiese preguntado también lo que hubiera querido ser! ¡Quién sabe lo que me hubiese respondido!

Dr. ALFREDO SCARANO.

E L

La antesala del despacho del Intendente es muy curiosa. Personas de todas clases y condiciones aguardan por turno que se les haga entrar, para hablar con los Secretarios; todos, desean algo: lo llevan escrito en la cara; se les conoce en la inquietud con que esperan.

Después de pasar por el control del secretario que con gran amabilidad me recibió, pasé a la gran sala de columnas verdes en la que los bustos blancos de los Intendentes parecen vigilar lo que allí sucede. El Intendente, elegante, con esa distinción personalísima que le caracteriza, en un extremo de la gran sala atendía a las personas que esperaban su turno, en pie silenciosamente. El doctor Noel me ofreció su mano; nos sentamos en un extremo de la sala de las columnas de mármol verdoso y hablamos.

— ¿Qué hubiera usted querido ser? — le pregunté.

— Nada — me responde rápidamente *el Intendente — créame usted; nunca he querido ser* nada y he sido todo lo que he sido. Mi padre era un industrial; crecí en ese ambiente de las fábricas de mi padre y creí que lo más apropiado sería que yo fuera ingeniero para, un día, poder dirigir técnicamente todo aquello de mi padre. Y con ese propósito me fuí a Alemania; una enfermedad me obligó a ir a Suiza y durante mi afección leí mucho, mucho y... en vez de regresar a Alemania fuí a París y frecuenté la Escuela de estudios superiores y pasaron los años y terminé por doctorarme en Filosofía y Letras.

— Entonces ¿viajó usted?

— Sí, señor; viajé por toda Europa y vine acá y recorrí casi toda la América. Luego se me nombró Embajador en Chile y al pasar por aquí, para ir a Europa me nombraron Intendente y aquí me tiene usted... ¿Comprende usted por qué le decía que yo no quise ser nada y he sido tantas cosas?

— Yo sé que usted también escribe.

— Sí, señor; en cuanto pueda, iré a España para editar unos libros que tengo en preparación; son estudios históricos que creo han de interesar mucho.

— ¿Por qué en España?.

— Son estudios hispanoamericanos.

— Sentí a mi espalda que las personas que esperaban al Intendente se comenzaban a impacientar. El *doctor Noel, sonriendo, pero con una exquisita cortesía, comprendió mi observación.*

— Sí — me dijo — ya ve usted que con tantas personas, como debo recibir al cabo del día, y con todo lo que tengo que hacer no me es posible dedicar a mis estudios históricos el tiempo que yo les desearía poderles dedicar. Pero, en fin, espero que no va a ser siempre así y entonces podré escribir mis obras.

— Entonces ya sé lo que usted hubiera querido ser — exclamé — escritor.

El doctor Noel no me respondió y sonriendo me dió afectuosamente la mano para despedirse de mí.

Los que esperaban respiraron fuerte y me miraron con un aire de rencor contenido, muy justificable al pensar en que cada uno de ellos iba allí probablemente para solicitar algo que les interesaba y yo había ido a saber algo que al público le interesa seguramente.

Dr. CARLOS M. NOEL.



DOCTOR CARLOS M. NOEL.

La caída de la tarde. Entro en el despacho del doctor Justo. Una lumbre violenta caldea la habitación. El doctor, sentado, extiende su pierna sobre un taburete. Cree que voy a hacerle una pregunta política; lo presiento en su recelo. Y yo, después de un exordio brevísimo, le pregunto, a boca de jarro:

— *¿Qué hubiera usted querido ser?*

El doctor Justo suelta la carcajada, una carcajada sonora, larga, de un gran sarcasmo.

— Pero eso no se pregunta — dice sonriendo, — no es serio preguntar eso.

— Sin embargo — replico yo — le he preguntado a varias personalidades de todas clases y entre políticos, por ejemplo, al doctor Palacios...

— Palacios, sí, puede responderle a usted — me interrumpe el doctor Justo — pero yo no.

Y después de un rato de meditación, añade:

— Vea...; eso que usted me pregunta debe responderse humorísticamente nada más.

— Muy bien — le digo, — respóndame humorísticamente.

— Yo no soy Mark Twin para ello.

— Sin embargo, lo que usted responda tiene indudablemente un interés, también aunque no responda.

Vuelve a meditar el doctor Justo y me dice:

— Voy a ver si tengo un momento de tiempo y humor y le responderé a usted por escrito; no se lo prometo, pero si lo hago, ya le anuncio que lo haré humorísticamente. Yo puedo dar a usted varios candidatos que le contestarán a usted categóricamente.

Y el doctor Justo me dió varios nombres. Yo repliqué:

— *No pienso en hacer una encuesta política, sino general, doctor.*

El doctor Justo reía, reía y reía de buena gana divirtiéndole la idea de lo que se podría responder a mi pregunta. En su risa de Mefistófeles, de escéptico, veía yo desfilar por su imaginación todo un cortejo de políticos de todos colores que él se figuraba en aquel momento respondiendo a mi pregunta según sus aspiraciones, y al divertirse el doctor Justo con esa suposición rememoraba yo las palabras del doctor Palacios, cuando me dijo, en su casa:

— Pregunte usted al doctor Justo; porque yo le oí decir una vez, que quería ser Presidente de la República.

Dr. JUAN B. JUSTO.



DOCTOR JUAN B. JUSTO

Cuando se entra en el Senado parece que se entra en unos de esos castillos de abolengo feudal. Todos hablan en voz baja; parece que las cortinas ahogan los ruidos; tiene el Senado un ambiente de iglesia; las personas, al andar, allá adentro pisan el suelo con cierto temor de ser oídas. Es tan extraño el ver que los mismos que desde los corredores y antesalas de la Cámara de Diputados entran a los dominios del Senado, a través de una puerta, al franquearla ya parecen otros. En una sala grande y solemne; detrás de una mesa muy ordenada, el doctor Ocampo me recibe con una afabilidad simpática. Está impecable; su figura se yergue con esa fuerza de voluntad del Secretario del Senado que le hace mantener siempre, antes de su edad, porque quien le ve y le oye y sabe que redacta aún las minutas con perfecta clarividencia y le escucha y le sigue en todas sus funciones orgánicas, se asombra del vigor admirable que conserva.

— ¿Qué hubiera usted querido ser? — le pregunto.

El doctor Ocampo fuma un cigarrillo fino que, en su boquilla larga, se escapa en espirales caprichosas; aspira una bocanada de humo y me dice:

— *Yo aspiré siempre a ser Diplomático; me hubiera gustado mucho representar a mi país en* el extranjero; el general Roca quiso hacerme ministro y enviarme a Europa pero entré aquí en el Senado y aquí estoy. De aquí no he salido, ni salgo ni saldré.

— ¿Y qué quisiera usted ser aún?

El doctor Ocampo, con su ademán sereno, tranquilo, distinguido, de gran Señor, volvió a fumar con exquisita elegancia y me respondió pausadamente.

— Cuando se llega a mi edad no se aspira ya a nada más que a vivir tranquilo. ¿Qué quiere usted que yo quiera ser? Ni deseo nada ni aspiro a nada. Aquí en este sitio, he presenciado el desfile de muchas generaciones de senadores y desde aquí he asistido imperturbable al desarrollo de la política como un espectador desde su butaca presencia una comedia.

— ¿Cuántos años lleva usted en la Secretaría del Senado, doctor? — le pregunto.

— Cuarenta años — me respondió, — desde la primera administración del general Roca... Ya ve usted si habré conocido políticos y habré asistido a acontecimientos. Por eso le digo... entonces, cuando era muy joven, sí, aspiré a ser Diplomático; pero ahora... ¡Vivir tranquilo, nada más!

Entraron en el despacho algunos senadores y el doctor Ocampo les saludó desde su sitio con una inclinación muy aristocrática; comprendí que era el momento de terminar mi conversación y al despedirme, el Secretario del Senado se puso en pie y, con esa corrección tan peculiar en él, me dió la *mano con firmeza; con una gran energía, a pesar de sus años.*

Dr. BENIGNO OCAMPO.



DOCTOR BENIGNO OCAMPO

DE BRASIL



Recepción ofrecida por el Ministro de Bolivia, doctor Alberto Díez de Medina y su señora Susana Labougle, celebrando el aniversario de la independencia de su país.

DE CHILE



Concurrentes al banquete con que la colectividad francesa festejó el 14 de Julio. Entre los asistentes hállanse el intendente de Valparaíso, jefes del Ejército y de la Armada y otras personalidades.

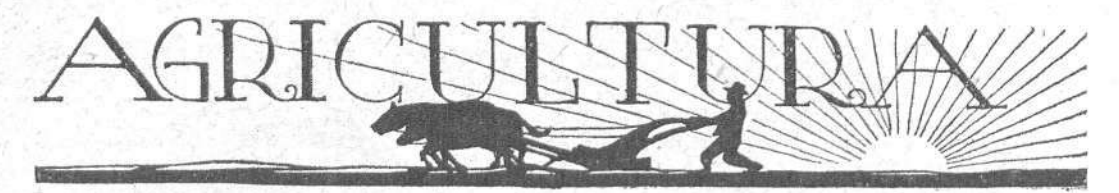


Conocidas señoritas y jóvenes de la sociedad viñamarina que prestaron su gentil concurso en el bello festival a beneficio de la Asociación «Gota de Leche», de Viña del Mar.

.....y la prueba de que *no hay otro* como el Bau es que todos tratan de imitarlo:



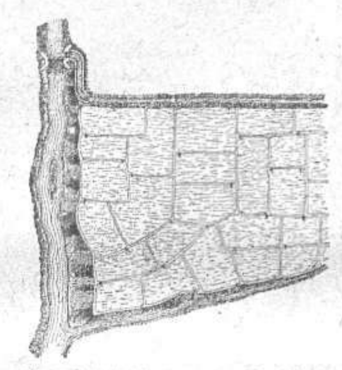
Freixas & Cía



CULTIVOS ESPECIALES: EL ARROZ

Las dos terceras partes del género humano emplea el arroz en la alimentación; es este el cereal más antiguo, porque en China, su lugar de origen, se cultiva desde 3000 años antes de la Era Cristiana y es el más difuso porque es cultivado en las 5 partes del mundo; en Europa: Italia, España, Bulgaria y Grecia; en Asia: China, India, Siam, Japón, Persia, Arabia, Filipinas; en Africa: Egipto, Sudán, Congo y Madagascar; en Norteamérica: Carolina, Georgia, Florida, Luisiana, Texas y Arkansas; en América del Sud: Argentina, Brasil, Bolivia, Colombia, Perú, Paraguay; y en Oceanía en las Islas Neerlandesas.

Hay más de 50 millones de hectáreas cultivadas con arroz en el mundo, con una producción de 80 millones de toneladas; India, China y Japón son los que más lo cultivan; éstas, Filipinas, Siam, Italia y España, son los principales países exportadores.



Disposición del terreno para la irrigación de un arrozal, en Italia.

En nuestro país se conoce su cultivo desde antes de la independencia, pero, por razones económicas, no ha adquirido nunca mayor importancia; su extensión mayor fué de 7.000 hectáreas en 1917; hoy apenas llega a 3.600, en Misiones principalmente; su producción, alcanzó una vez a 10 millones de kilogramos, y, sin embargo, hemos importado, en 1923, casi 47 millones de kilogramos de arroz, por valor de 4 millones y medio de pesos oro; podríamos, pues, subsanar esa deficiencia, cubrir ese déficit de la producción nacional cultivando de 40 a 50 mil hectáreas de arroz, no solamente en Tucumán y Misiones, sino también, y creemos con buen éxito, en las fertilísimas islas del Delta del Paraná.

El arroz (Oryza sativa) es una gramínacea, de largas raíces fibrosas y de tallo erecto, derecho, que llega de 80 centímetros hasta 1.80 metro de altura; como otros cereales, macolla al pie, llegando a veces a proporciones exageradas; en el Instituto de Agronomía de Montevideo, de un solo grano de arroz (variedad Lencino) se han obtenido hasta 115 macollos con una espiga cada uno, con un total de casi 12 mil granos; su inflorescencia es un panículo ramificado, de 20 a 35 centímetros de largo, cuyas espigas maduras puede llevar de 60 a 400 granos cada una.



Cosecha del arroz, en Norteamérica.

Cultivado el arroz en tantas y tan distintas regiones del globo, se ha creado un sinnúmero de variedades; el Museo Agrario de Roma tiene catalogadas 350 muestras de toda procedencia; en Japón, China e India se conocen más de 1.500, que se distinguen por la altura de sus tallos, la forma de sus espigas, el tamaño de sus granos, que puede ser como un grano de mostaza o como una semilla de melaza; su forma: corta, alargada o redonda; su color: blanco, amarillo, rojizo, obscuro, negro, violado, uniforme o variado; por las exigencias de agua de irrigación o de secano; y, en fin, por su procedencia, habiendo algunas, como la Lou-cheji-tao, de la China, que madura en 60 días, en su tierra; la Pe-jé-tchí en 100 y otras, en cambio, que necesitan 150 y hasta 180 días para terminar su ciclo vegetativo.

Las más reputadas, algunas de ellas ensayadas con éxito en nuestro país, son: Bertone, Ranghino, Kitaima, Hatzusaka, Nero de Vialone, Corea, Lencino, Birmania, Japonés negro, Kiushú, Valenciano; y de las nuestras, el Criollo colorado, Criollo blanco y Bolita chico.

El arroz es un cereal de clima cálido-húmedo; pero hay variedades que se adaptan también a la zona templada; viene bien en los suelos arcillosos, silíceos y humíferos, en los llanos como en los elevados. En Salta, Jujuy y Tucumán se cultiva hasta a 800 metros de altura.

La irrigación permanente del arrozal es condición indispensable para su cultivo, y se efectúa en cuadros o secciones de media a una hectárea, con sus bordes de 40 a 50 centímetros de altura provistos de sus portillos para que el agua pase de un cuadro a otro hasta el canal recolector.

Una vez arado el suelo con dos rejas y nivelado convenientemente, al llegar la primavera, de septiembre a octubre, se procede a la siembra. En China, Japón, Filipinas, se siembra en almácigos para trasplantarlo después; pero donde se cultiva el arroz con métodos modernos, como Italia y Norteamérica, se siembra en líneas, con máquina; se pasa el rodillo y se inundan los cuadros después. La cosecha también se efectúa con segadoras-atadoras; se dejan secar las gavillas en montones; se emparva después y se trilla, secándose por último el grano extendiéndolo sobre eras, a fin de que pierda la humedad que aun conserva; la descascarada, pulimento, blanqueo, y abrillantado son operaciones complementarias, necesarias para separar el grano de su cáscara y perfeccionarlo como producto comercial destinado a la alimentación humana.

El arroz rinde mucho; entre nosotros da de 20 a 30 quintales de grano con cáscara; pero algunas variedades como el Japonés y el Novarés dan el doble y más; su grano es muy rico en almidón y escaso en materias proteicas, por lo cual su harina no es panificable; aun así, cocido y condimentado en diversas formas culinarias, tiene vasta aplicación en la alimentación humana.

Cuando en nuestro país se elijan variedades de altos rendimientos y se cultiven en zonas adecuadas, de modo que su costo de producción sea relativamente bajo, su explotación será remunerativa y su porvenir estará asegurado.

HUGO MIATELLO

INGENIERO AGRÓNOMO


LICOR DE LOS 8 HERMANOS
"NO REPITE". POR MÁS QUE SE REPITA LA BEBIDA DE ESTE LICOR HIGIENICO - ESTOMACAL. HECHO QUE COMPRUEBA LA AUSENCIA DE FLEGMAS Y ESENCIALES. CUYA DEPURACIÓN CONSTITUYE EL SECRETO DE FÁBRICA. Y HACE QUE SEA ESTE EL LICOR MAS FINO QUE SE CONOCE.
8

Diversos aspectos de la Kermesse organizada por la C. D. de la Sociedad Cosmopolita de Socorros Mutuos a beneficio de su caja social.

NOTA
COMICA
DEL



—¿Cómo te va, che?
—¡Hasta ahora voy bien!




Aspecto que presentaba el frente del salón de la Sociedad de Fomento del Río, en la fiesta realizada por el colegio N.° 15.

CONSEJOS A UNA NIÑA

No cierres tu corazón a tu madre, déjala leer en él como en un libro abierto.

No des entrada a tu orgullo en tu alma, porque el orgullo pierde con más seguridad a la mujer que al hombre, y al hombre lo pierde siempre.

Sé dócil a tus padres en tal extremo que ellos no tengan la pena de decirte con los labios lo que bastaría que te dijesen con los ojos.

Ponte todos los días bajo la presencia de Dios so pena de olvidar que vives en ella.

No des entrada a la primera falta, pero si en ella incurrieres, no lo ocultes a las personas de quien dependes y confiésala.

Si tienes la desgracia de ser bella, haz que la envidia no hable de tu belleza por consideración a tus virtudes.

Mira por si valés mucho por el peinado, podrá avaluarte cualquier peluquero.

En el mundo no hay mujeres feas, lo que hay son mujeres sin educación, pues toda mujer educada es simpática.

Con la conciencia no hay transacciones; las que celebra de día, las rompe de noche, y de las que se hacen el mundo apela ante la sociedad.

No demuestres superioridad sino en la bondad de tu corazón.

La mujer es bella a los quince años, la inocencia es bella en todo tiempo.

Cuando una mujer tropieza, el tropezón no está en la piedra sino en el pie.

Cuando las flores están en el balcón, nadie entra por verlas; lo mismo pasa con las mujeres ventaneras.

Las mujeres que no tienen miedo, no tendrán nunca necesidad de valor.

El matrimonio es cadena de flores, pero aunque tenga flores siempre es cadena.



El punto más vulnerable

de la belleza facial de la mujer, lo constituye el cutis, porque la perfección de los rasgos, nunca podrá convencer mientras tenga por marco una piel basta, ordinaria o ajada. Por ello es imprescindible usar diariamente el acreditado

Polvo Graseoso **LEICHNER**

si se quiere tener un cutis níveo, fresco, delicado y suave, o sea el factor más importante y decisivo para triunfar físicamente.

MENDEL & Cía.

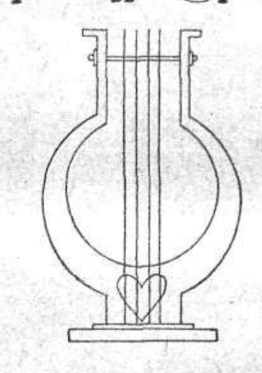
En Buenos Aires: calle Guardia Vieja, 4439.

En Rosario (Santa Fe): calle Entre Ríos, 864.
En Montevideo: calle Cerrito, 673.
En Asunción (Paraguay): calle Alberdi, 217.

ARISTIDES RECHAIN

REVELACIONES INTIMAS DE RUBEN DARIO

Darío con rumbo a Buenos Aires. — Un testimonio irrecusable de su simpatía por la Argentina. — La prensa periódica de la capital rioplatense. — Sus dos hogares.



XX

Más elocuentes que las frases cálidas que he transcrito y en las cuales Darío expresaba el deseo que tuvo siempre de venir a la Argentina y el placer grande que sintió viendo cristalizar ese deseo, es un hecho, que no lo abona, por cierto, en lo personal, y que aconteció durante su primer viaje a esta república.

Cuando, en virtud de su nombramiento de cónsul de Colombia en Buenos Aires, salió de su tierra nativa para acudir al desempeño de su puesto, le acompañaba su segunda esposa, con quien ocho meses antes había contraído matrimonio. Era precisamente la dulce niña de los infantiles juegos, del despertar de su alma, la feliz inspiradora de las «Palomas Blancas y Garzas Morenas».

Embarcó la pareja de recién casados en el puerto nicaragüense de Corinto, y fué su primer etapa el de Panamá, que aquel entonces pertenecía a Colombia. Aun el yanqui, que en política internacional, sobre todo hispanoamericana vale tan poco, pero que en problemas de higiene mundial no tiene precio, no había saneado aquella zona, y la fiebre amarilla, el terrible azote de los trópicos, se enseñoreaba del istmo.

La esposa de Darío enfermó, felizmente no del vómito negro, sino de algo pasajero tal vez, pero bastante serio para impedirle proseguir la marcha. Pasado el diagnóstico, que debió tener al aprensivo poeta lleno de espanto, recordando que en aquel mismo lugar su amigo Jorge Castro, el del espíritu que lo persiguiera por tanto tiempo, había rendido la jornada última víctima del terrible mal, entró en la grave preocupación de su viaje. Más de una vez, presa de su ansia, pensaría que un retraso pudiera impedir la culminación de sus sueños. En estas horas de incertidumbre fué, sin duda, que escribió estas página bellísima que es algo como una acuarela inspirada en un paisaje de melancolía.

LA MAREA

«Una vaga tristeza flota en la costa extensa y solitaria cuando baja la marea. El agua de la bahía panameña se retira largo trecho. Los muelles aparecen alzados sobre sus cien flacas piernas de madera. La playa está cubierta de un lodo bituminoso y salino, donde resaltan piedras deslavadas y aglomeradas conchas de ostras.

«Las embarcaciones, quietas, echadas sobre un costado, o con las quillas hundidas en el fango, parece que aguardasen la creiente que ha de sacarlas de la parálisis. A lo lejos, un cayuco negro semeja un largo y raro carapacho; sobre una gran canoa está, recogida y apretada entre cuerdas, la gavia. Agrupados como una quieta banda de cetáceos rojos y obscuros, dormitan los grandes lanchones. Un marinero ronca en su chalupa. Las balandras ágiles aguardan la hora del viento.

«Los boteros (chumecas) arreglan sus botes y sus pangas chatas. A la orilla del mar, los pantalones arremangados sobre la rodilla, apoyados en un remo, un chileno robusto canta una zamacueca. Empieza a oírse el apagado y suave rumor del agua que viene. Suena el aire a la sordina.

«La primera barca que ha recibido la primera caricia de la ola, cabecea, se despierta, vuelve a agitarse, curada de la nostalgia del movimiento. De allí de donde vienen los chinos pescadores, sale al al viento, la vela radiada, un junco ligero. Cual si viniera desarrollando una enorme tela gris, avanza la marea, trayendo a la playa su ruido de espumas y sus convulsivas agitaciones.

«El vagido del mar aumenta, y se oye semejante al paso de un río en la floresta. Es un vagido continuado, en tono opaco, tan solamente cambiado por el desgarramiento saudoso y cristalino de la ola que se deshace.

«Canta en voz baja, con tu órgano a la sordina, ¡oh buen viento de la tarde! Canta para el marino que partirá para un largo viaje, cuando alegre el agua azul la armoniosa visión de un blanco vuelo de gaviotas. Canta para el pescador que tenderá su red, canta para el remero negro, risueño y de grandes gestos elásticos; canta para el chino que va a pescar, todavía en la modorra de su poderoso y sutil opio. Y canta mientras la marea sube, para los viajeros, para los errantes, para los pensativos, para los que van, sin rumbo fijo, tendidas las velas, por el mar de la vida, tan áspero, tan profundo, tan amargo como el inmenso y misterioso océano.»

Entretanto, mientras rumiaba pensamientos brumosos, que sus esperanzas risueñas no lograban extinguir y miraba al mar como el viejo Hugo en su destierro de Guernesey, la esposa iba mejorando, pero no lo bastante para seguir en la ruta de sus anhelos. El deber y el deseo luchaban en su espíritu. En la lucha triunfó el deseo. Hizo los arreglos pertinentes para que la señora regresara a su patria, una vez restablecida, y él tendió sus velas, en ambiente de ideal, hacia la Meca de sus ensueños: ¡Buenos Aires!

No pocas son las censuras que le ha merecido este acto de indiferencia o de descuido.

Yo ni absuelvo ni condeno. Desconozco las íntimas reconditeces que determinaron su resolución. Jamás quise entrar en ese laberinto de sus secretos. Respetando su estado de salud, era mi afán único distraerle y hablarle de cosas que trajeran fragancias alegres a su espíritu triste.

Lo que sí no cabe punto a dudar es que el incidente que dejo en relato pesa mucho en pro de sus simpatías por la Argentina. Hablarle de este país era, pues, un medio de serle plácido. Por mi parte, me interesaba, como a todos los hijos de Centro América, este gran país, y me complacía en conocerlo por boca de quien sabía lo que más podía atraerme, su vida intelectual, su vida pensante.

La situación precaria de nuestro periodismo de las tierras interístmicas, donde no hay sino dos o tres diarios que merezcan el nombre de tales y donde las revistas viven como las vírgenes elegidas por la muerte, breves y angustiosa vida, nos hacía hablar frecuentemente de la prensa argentina, exuberante y fuerte.

Darío, grande en el más amplio sentido del vocablo, conocía y practicaba la virtud excelsa de la admiración. Esa amable virtud, al alcance de todos, que proporciona tantos y tan dulces placeres.

No saben las almas mezquinas, los espíritus pequeños, los aniquilados por la lepra de la envidia, todo lo que pierden con cerrar los ojos y negar su tributo de homenaje a las obras bellas, a las acciones nobles, a las empresas grandes.

Cuando se sienten alas fuertes para escalar las regiones por otros escaladas, la admiración sana es un estímulo fuerte y alentador, capaz de poner dique a todas las flaquezas y a todas las cobardías; y si no se siente la viril energía para el ascenso, por lo menos, en alas ajenas, se saborea el placer de ir adonde han ido los que subieron alto, muy alto y se bañaron en luz sideral.

«La Prensa» le merecía todo el concepto máximo a que este gran rotativo es acreedor. Algo más, le enorgullecía, como latinoamericano, la existencia en un país de nuestra lengua y de nuestra raza, de un organismo de activa vanguardia en el periodismo universal. Daba, sobre todo, su puesto de viril forjador al doctor Zeballos, indiscutible como editorialista; incansable y tenaz, martillo en puño, golpeando con firmeza y haciendo saltar sobre el plano del yunque ramilletes de chispas fecundas, casi siempre fascinantes y deslumbradoras.

Pero eso para el divino orfebre era una empresa, una gran empresa triunfadora. La miraba como espectador consciente, pero ajeno a la obra misma que se realizaba. Su diario era «La Nación», es decir, el diario de su sentimiento, de su alma. El sésamo mágico de su nombre le había abierto las puertas de los grandes órganos de publicidad en las ciudades más importantes del mundo; pero él se volvía con afectuoso recuerdo a la vieja casa de la calle San Martín, para buscar el periódico de su predilección. No le llamaba ni le atraía por vocero fuerte, ni por ser palenque sólido para la intelectualidad americana, ni por abrir horizontes a la pluma joven que persigue gloria. Para Darío era un símbolo, la encarnación de una figura, el alma de una personalidad: era, en una palabra, el mismo general Mitre.

Me complacía oirle hablar de este eximio argentino. Todos le conocemos en nuestras Américas. Es de la falange invasora en los campos de la idea. Ha entrado en la sencilla sala de la escuela elemental y en las aulas graves y severas del edificio universitario. Su misma figura física nos es familiar, con su cicatriz sobre la frente como un laurel incrustado, con su hermosa cabeza de romántico, con su expresión en que se aunan, en consorcio feliz, el talento y la bondad.

Muchas veces, en larga tirada de charla confidencial, hablamos del poeta soldado, historiador y filósofo, siempre con la admiración más sincera y el afecto más cordial. Lo curioso es que, como he dicho, para Darío era poco menos que imposible separar al fundador del diario y al diario mismo. Mitre y «La Nación» eran para el poeta una sola cosa. Quizá por eso tuvo el recinto de esa redacción como su hogar, ya que en el corazón del patricio tuvo también un cariñoso asilo.

En el campo revistario, su segundo hogar espiritual era CARAS Y CARETAS. Cuando, en un acceso álgido de misticismo, se hundió en las lobregueces de un convento y ciñó el sayal burdo, y se sometió a la contrición y a la penitencia, desde su celda de monje profano escribía a la amada revista y le enviaba sus sonetos impregnados de oración y de incienso.

Pero hay algo que él no olvidaba nunca.

No sabré decir por qué colaboraciones, CARAS Y CARETAS le fué deudora. La empresa ignoraba en qué regiones exóticas andaba el trovador errante para mandarle sus emolumentos; pero se le perseguía con insistencia para cubrir el valor de su trabajo.

— Nunca — me decía — un acreedor, ni así fuese Shilock, la creación de Shakespeare, la admirable personificación de la avaricia, hubiera dado tantas vueltas para cobrar una cuenta, como CARAS Y CARETAS ha dado para pagarme la mía. Me quieren, ya sé que me quieren. Y están bien pagados.

M. SOTO HALL

(CONTINUARÁ)



La paciente. — ¿Cree usted en la herencia, doctor?
Doctor. — ¡Naturalmente! Yo tuve un abuelo muy avaro que me dejó veinte mil pesos al morir...



— Tito: Espero que hayas estado formal en casa de tu abuelita, ¿eh?
— Sí, mamá... Estuvimos hablando de los viejos tiempos...

Oficiales del Regimiento 8.° de Caballería que obsequiaron con un banquete a los doctores Mario Figueroa Alcorta y Steffano Soler, realizándose antes de este acto un interesante partido de polo.



PROTECCIÓN

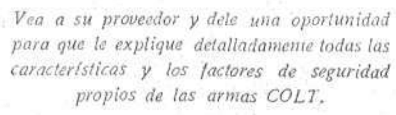
MANTENEDOR de la Ley; defensa erigida contra las incursiones y los ataques de las maléficas fuerzas destructoras; segura protección para su viejo y honrado hogar, para el cual tiene tanta importancia como la tiene para la Nación el acorazado que guarda sus costas.

Así resulta ser el COLT.

Tanto en la tierra como en el mar, las Armas COLT se hallan siempre listas y capacitadas para la defensa del honor de una Nación, como lo han estado haciendo desde el año 1836. De la misma manera, ninguna otra arma puede, como un Revólver o una Pistola Automática COLT, realizar una eficaz protección de su hogar y de sus bienes. ¿Por qué, entonces, no insistir en obtener la mejor?

ILUSTRACION DEL "SEGURO" DE UN COLT, UNA DE LAS CARACTERISTICAS QUE PROTEGEN AUTOMATICAMENTE A LOS POSEEDORES DE ESTAS ARMAS CONTRA TODO ACCIDENTE. INSISTA EN OBTENER UN COLT.

Muelle real
Aguja de percusión
Martillo
Gatillo


Vea a su proveedor y dele una oportunidad para que le explique detalladamente todas las características y los factores de seguridad propios de las armas COLT.

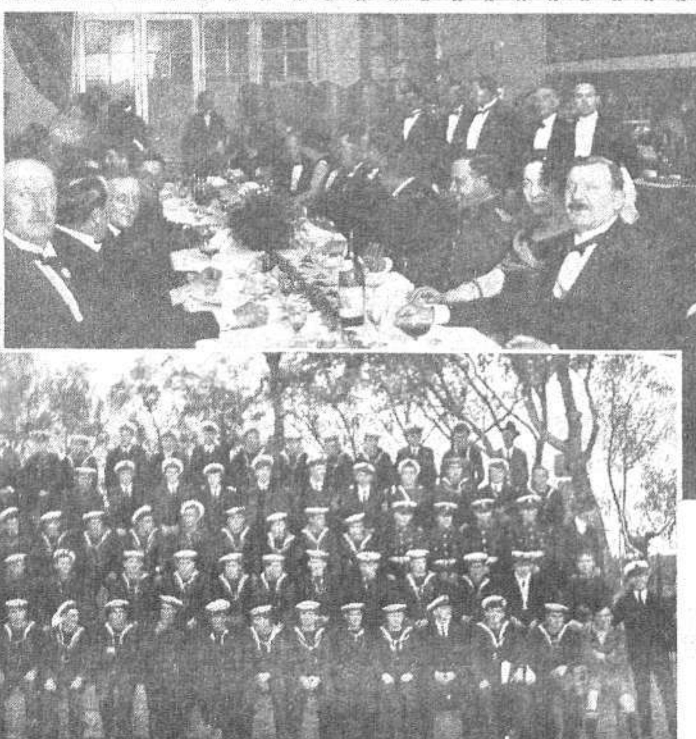


COLT

COLT'S PATENT FIRE ARMS MFG. CO.
Hartford, Connecticut, E. U. de N. A.

EL ARMA DE LA LEY Y DEL ORDEN

De Bahía Blanca



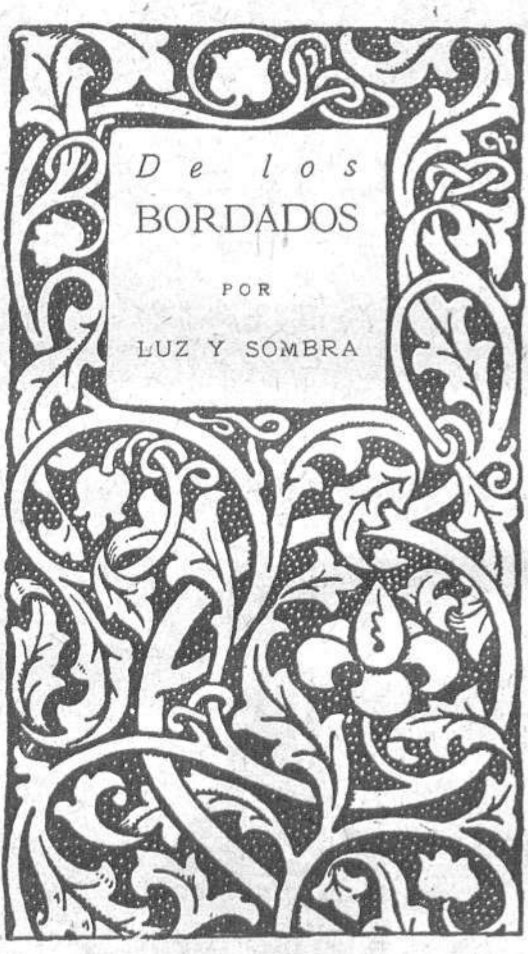
Concurrentes al lunch con que las autoridades locales y miembros de la colectividad inglesa, obsequiaron al comandante y oficiales del crucero británico "Dragón" durante su visita a esta ciudad.

Marinería del "Dragón" momentos después del almuerzo a la criolla con que fuera obsequiada durante su visita.


VINOS
TRAPICHE
Estos son los VINOS que se distinguen cuando se prefieren los mejores.
BENEGAS Hnos. & Cía. Ltda.
Sociedad Anónima Industrial y Comercial.
744, FLORIDA, 744 Buenos Aires.
Unión Telefónica 1752 y 1365, Retiro
Cooperativa Telefónica 3708, Central
Trapiche
RESERVA



I la seda de bordar sigue todavía a unas alturas respetables por lo que se refiere a su costo, eso es debido a que ciertos vestidos de taffetas y de satín exigen todavía esa clase de adorno, además de unos cuantos pequeños trabajitos, para los que no daría buen resultado otra cosa que no fuera la seda. Por lo general, sin embargo, los bordados modernos así como la moda en todas sus manifestaciones no hacen más que seguir el impulso de nuestra generación, cuya vida es un bosquejo más que una obra cumplida. Se necesita hoy el grande efecto; el amor se ríe del romanticismo y hiere a «coups de foudre»: la literatura es una anatomía general, la pintura es una mezcla de barbaridades, las siluetas exquisitamente modernas parecen estatuas del cansancio, y sus vestidos no tienen otro objeto que el de hacer honda impresión con la rapidez posible. He ahí porqué se requiere el bordado en relieve, con perlas, cintas y trencillas. Hay la cinta plissé que se usa mucho como aplicación en los vestidos blancos y tiene lugar de bordado. Hay el «soutache» y la trencilla de varias clases, como por ejemplo la trencilla especial, doblada, más fácil de trabajar que la ordinaria. Sin embargo, esta última puede estirarse mejor para seguir las curvas del dibujo. Hay trencillas con bordados lisos y centro ondulado, para trabajarlas sin que se deformen. Hay el «organsin», pequeño «lacet» de seda artificial, que sirve para tejer blusas y se usa también para bordar, pero sus pocas dimensiones hacen difícil el trabajo. Hay, en fin, la trencilla chata, y la tubulina, trencilla de seda redonda más espesa, por consecuencia, menos maleable y más apropiada para bordados no muy cargados, con pocos firuletes y que necesitan cierto cuerpo. Luego hay la trencilla «ciré», más difícil de encontrar en comercio, y las de fantasía chinescas, ribeteadas, rodeadas de colores vivos, que sirven para pequeños adornos en «tailleurs» sencillos o vestidos de poca importancia.



Por la variedad de las trencillas, se concibe lo diferente de los bordados que con ellas se hacen. Además, una sola trencilla puede ofrecer diferentes aspectos, según como se emplea. Cuando se quiere obtener motivos muy en relieve se cose la trencilla con un pespunte en uno de sus bordes y se la coloca en orden muy cerrado casi hasta sobreponerse débilmente; en las curvas la trencilla debe levantarse y tenerla casi derecha. Estos motivos generalmente se destacan sobre un fondo de dibujo muy cubierto, en el que la trencilla está colocada llana de manera que forma un verdadero género. Generalmente estos trabajos se ejecutan sobre «crepé marrocain» o de «chine». Si es para abrigo, el forro del «crepé» será de terciopelo o de «crepé» con entre forro de uata. Casi siempre la trencilla viene usada como un «soutache», es decir, se cose en plano con un pespunte en el medio y se le añaden otros bordados en seda, nudos, perlas, etc., o simples pespuntes. Hay muchas veces contrastes de colores: blanco sobre negro y viceversa, rojo sobre azul, y si la trencilla es del tono del fondo, el contraste se busca en el bordado que la completa.

Buscando contraste dentro de las gradaciones de los marrones se obtienen bonitos conjuntos «camafeo», preferibles a los contrastes fuertes. Si los motivos del bordado son alejados uno de otro, entonces se hacen directamente sobre el género; si el bordado es muy arabescado y espeso es más fácil hacerlo sobre el tul y colocarlo luego sobre el género. Este tul es finísimo, tanto que resulta invisible cuando el bordado está hecho, es pues necesario que su color sea bien igual a el del género.

Todos estos bordados se pueden encontrar hechos; solo tienen el inconveniente de un precio absurdo y de no corresponder, muchas veces, al gusto propio.

En los trajes de noche es elegantísima la puntilla de trencilla «ciré» sobre «crepé de chine». Así mismo hay el entredós de trencilla «ciré» — como el modelo publicado anteriormente — para sacos y vestidos. He aquí como se hace: Sobre una tira de papel resistente se copia el dibujo en dimensiones un poco mayores que las que se quieren obtener, pues esta clase de bordados se «come» fácilmente el espacio, sobre todo en lo ancho (cmts. 1 por cada 25/30 centímetros). Sobre ese trazado se cose la trencilla con pequeñas puntadas, pequeñas sobre todo en las curvas, y se empieza por las rectas inferior y superior. Téngase cuidado de hacer bien cruzar las trencillas las unas sobre las otras. En las vueltas es suficiente dar vuelta a la trencilla doblándola de manera que presente el lado opuesto del anterior. Cuando el dibujo está todo cubierto por la trencilla, hágase un pespunte a la máquina tomando también el papel de abajo. Si no es indispensable, no se pase el pespunte sobre la trencilla de los bordes. Luego se plancha con cuidado, y cubriéndola o al revés, se sacan los hilvanes y se rompe el papel.

He aquí algunas combinaciones de colores para bordados en general: seda mordoré sobre fondo avellana; trencilla y sedas en gradaciones de azul, ribeteadas por una cinta lisa azul sobre fondo ídem. Negro y coral. Negro y oro. Negro y berro. Almendra, azul y beige; habana con negro, bistre y moho. Gris y azul. Beige y oro. Hoja de rosa y oro. Citrón y plata. Arena y vainilla. Negro y laca. Crespón negro y berro (capucine). «Crepé mauve» con «tubulaire» opaco en el tono.

Todas las gradaciones de marrones, desde el «brun» hasta el beige. Sobre un vestido de «crepé Georgette» negro con «crepé» blanco en las mangas y en el escote, resalta un bordado de «cabezas de clavos» blancos a rombos en el fondo, en la unión de los «crepés» en las mangas, y en el cinturón.

Cuando se borda tono sobre tono se da más resalte al bordado si se le pone un fondo blanco.

Luego hay toda la suntuosidad de los bordados para trajes de noche y de fiesta; pero sería inútil hablar de ellos aquí.

De Bahía Blanca



Distinguidas señoritas y jóvenes en un descanso del "Dinner-Danzante" realizado en el "Gran Hotel Atlántico" en honor de los marinos británicos.

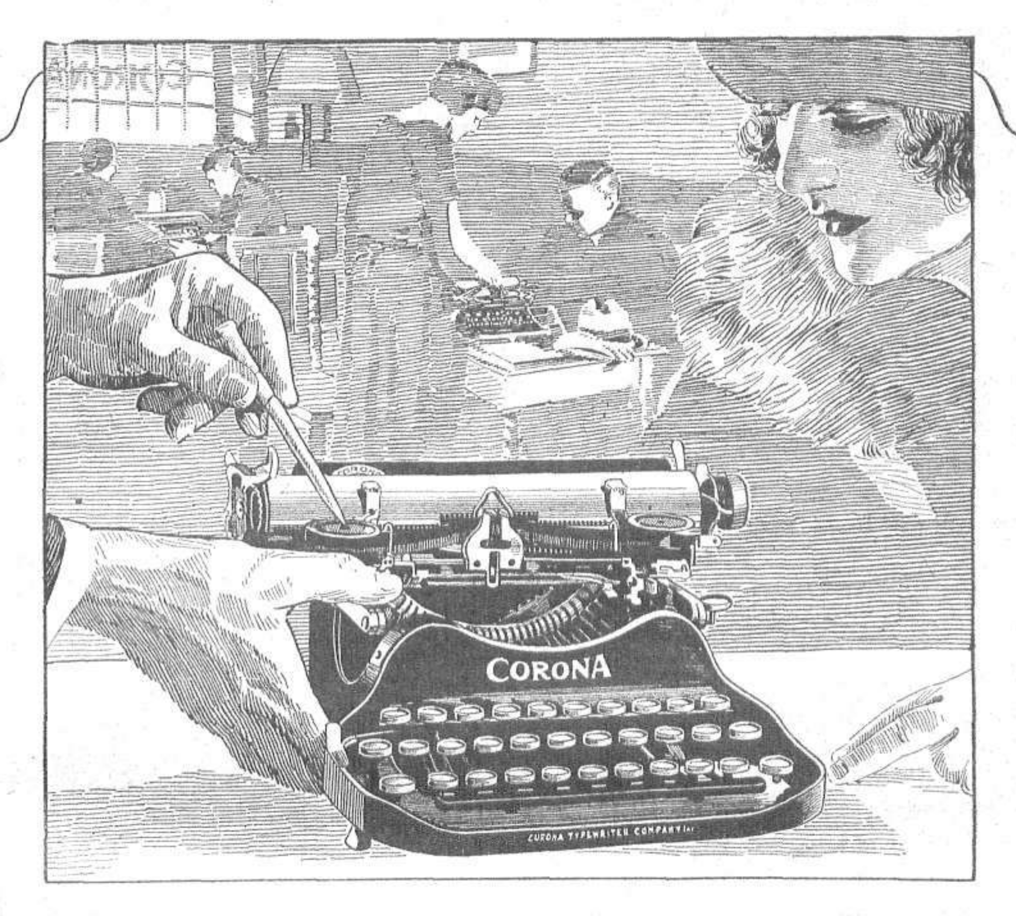
LAS MUJERES EN RUSIA

Las mujeres en Rusia poseen actualmente todos los derechos políticos: las hay delegadas de los Soviets, jueces, etc. Mas el triunfo de esta conquista queda reducido a unas pocas; la mayoría vive agobiada por una situación miserable. La suerte de las mujeres en Rusia no tiene nada de envidiable, sobre todo, para las mujeres que ejercen profesiones liberales.

El pauperismo general en las ciudades, el precio elevado de los comestibles, ropas, calzado, medicamentos, etc., ponen a la mujer en una situación cada vez más difícil.

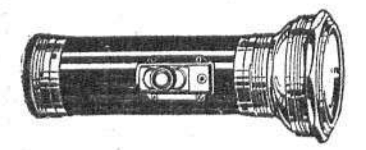
No hay medio de conservar un presupuesto estable; los gastos sobrepasan a las ganancias, el ahorro es imposible a causa de la depreciación de la moneda soviética; los impuestos son aplastantes; las pensiones han sido suprimidas; la asistencia llamada "social" la conceden los Soviets raras veces y exclusivamente a las personas imposibilitadas de realizar ningún trabajo.

Las viudas de guerra se encuentran a menudo en la más triste miseria; las viudas de profesores, médicos, eminentes abogados, están reducidas a la más espantosa pobreza: encorvadas por el peso de las enfermedades, privadas de la leña necesaria para calentar su mísero hogar. Estas desgraciadas no reciben ningún socorro "social", pues el Estado soviético es "pobre" y "muy económico" para lo que no sea propaganda y ejército.


CORONA



CHACRA EXPERIMENTAL DEL M. DE O. P. — Vista parcial de la concurrencia que asistió al acto de la inauguración de las obras que se construyen para el internado de alumnos de la Escuela Anexa a la Chacra Experimental, que bajo la activa y eficaz dirección del ingeniero José J. Vidal ha progresado notablemente, destacándose entre los establecimientos similares de la República, por la magnitud de los trabajos emprendidos.



Todos necesitan una Lámpara de Bolsillo

EVEREADY

LAS lámparas de bolsillo EVEREADY son las que producen una luz más intensa y penetrante y las que mayor tiempo duran de todas las lámparas eléctricas portátiles que se conocen. Con ellas se obtiene un potente haz luminoso en el instante que se corre el interruptor. Ni el viento ni la lluvía las apaga. No ofrecen ningún peligro de incendio ni de accidente. Los inconvenientes de la obscuridad desaparecen con una lámpara EVEREADY.

Estas famosas lámparas se hacen de muchos estilos y tamaños, todos de aspecto elegante. Las pilas "Unit Cell" EVEREADY proporcionan un servicio prolongado y satisfactorio.



Pídanse siempre las lámparas y pilas "Unit Cell" EVEREADY.

Vila, Marzoni y Cía.
Rivadavia, 1451
Buenos Aires

Lámparas de Bolsillo

EVEREADY

—son de mayor duración

AGUA MINERAL NATURAL DE MESA

PISMANTA



LA MÁS AGRADABLE

LA MÁS PURA

EL AGUA MINERAL PISMANTA ES UN VERDADERO DON DE LA NATURALEZA

Solicítela en todos los Hoteles, Restaurants, Bars, Confiterías y Almacenes del País.

Concesionarios:
LARROQUETTE Y CÍA
Carlos Pellegrini 1047.

La Nervosidad

de que padecen tantos y que hacen sufrir a los demás, no es, generalmente, sino una manifestación de un estado enfermizo del estómago y sistema digestivo. Se evita este mal mediante el uso de la

SAL DE FRUTA DE

ENO

(Eno's Fruit Salt)

preparado ideal, que reune las propiedades valiosas de frutas maduras y con el que se hace una bebida espumosa y de sabor agradable, que tiene el efecto de un laxante suave. Se puede tomar en cualquier momento como reconstituyente del estómago debilitado por los excesos de comida o de bebida. Como laxante, es preferible tomarla en ayunas, disuelta en agua fría o caliente

Pídase la única legítima

SAL DE FRUTA DE ENO

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Preparado exclusivamente por
J. C. ENO, Ltd., Londres, Inglaterra

Agentes exclusivos:
HAROLD F. RITCHIE & CO., Inc., Nueva York, Toronto, Sydney

LA INEXPLICABLE MUERTE DE MISTER SILVER



EPITIENDO las palabras de un personaje de Kipling, el naturalista Hans Breimann, os haré el relato de una historia que es muy probable no me lleguéis a creer.

Trátase en ella de un hombre que vivía bastante apaciblemente de sus rentas, que en toda su vida fué considerado como un ser perfectamente equilibrado y normal, altamente estimado por sus iguales y respetado por sus subordinados, y cuya muerte acaeció en una forma extraña e inexplicable.

Trabé conocimiento con él en Hasting, ciudad que dió su nombre a una batalla célebre, playa de veraneo elegante que es, probablemente, creo yo, entre todos los lugares que conozco, aquel en que el hombre ha desfigurado más científicamente el mar. Resultaría oneroso y poco práctico, por ejemplo, llevar el mar hasta Picadilly; pero, es una solución mucho más simple y realizable esta de transportar Picadilly cabe cualquier playa más o menos famosa. El resultado de todo ello ha sido una admirable Avenida de una longitud de cinco millas, tan amplia como los Campos Elíseos, bordeada, de una parte por villas, hoteles y toda suerte de tiendas, y de la otra por un muro de muy elegante mampostería que, cuando baja la marea, forma un «fondo» bastante satisfactorio, a la vez que, con la marea alta, mantiene a raya a las olas, alternativamente humildes y acometedoras.

Este lugar no tiene igual para fumarse un buen cigarro trajeado con un completo de franela blanca impecablemente cortado, entre el rumor de las olas y los acordes de una orquesta húngara; pero, para las personas que prefieren el mar libre y los rincones pintorescos de la playa, aquello «no resulta»...

«No resultaba», evidentemente, para un hombre de elegante apariencia que encontraba yo, día tras día, en aquella Avenida costanera. Y, fué esto, es muy probable, lo que nos aproximó al uno hacia el otro.

Una tarde, poco después del almuerzo, cambiamos opiniones hasta severas sobre la localidad y sus habitantes, y al día siguiente, al encontrarnos a la hora del baño, echamos a caminar, cogidos del brazo, tranquilamente, alejándonos de la playa donde jugaban los chiquillos entre las criadas y las solícitas madres. Buscábamos un poco de independencia: lo que en aquella bulliciosa playa no podíamos lograr.

Aquel hombre nadaba a la perfección: no era, claro está, con el estilo impecable de un Haggerty, ni con los golpes de pie formidables de un Tarvis; pero, hacíalo con el porte de un hombre que está habituado al agua y que en ella se encuentra como en su elemento. Desde entonces comenzamos a bañarnos juntos.

No era muy conversador y yo era aún menos curioso, de suerte que transcurrieron muchas semanas sin que ninguno de los dos intentara saber acerca de nuestras vidas otra cosa que lo que nos habíamos relatado.

Una mañana me anunció con gran sorpresa mía, que abandonaría la playa aquella misma tarde, agregando que tenía una pequeña propiedad en Devon y que se consideraría sobremanera complacido si yo accedía a pasar allí algunos días en su compañía. De esta manera hízome pensar en las deliciosas pipas fumadas sobre el césped de un parque cuidadosamente cultivado, a la vez que me hablaba de un lago que le pertenecía, al lado del cual la playa de Hastings no era sino una charca sucia y sin atractivos. Acepté su invitación, y un mes más tarde, estaba yo en Devon.

Vivía en una casa de ladrillos, como cualquier otra, ubicada en las proximidades de un ribazo. Mi amigo me hizo ver, en la parte trasera de la casa, un parque que se extendía con pronunciada pendiente hasta un lugar donde, según me lo indicó con ademán vago, se hallaba el lago.

Entusiasmado, le propuse un baño inmediato; pero él no me contestó sino con tono embarazoso, alegando que era preferible hacerlo más tarde y que, por otra parte, ya era la hora de tomar el te.

Regresamos. Su te componíase de brandy y soda, mezcladas por mitad. Bebió tres vasos y hablamos de baños y natación. Las carreras y los «records» no le interesaban lo más mínimo. Nadaba el «over and stroke», perfectamente, — yo lo había contemplado varias veces — pero, ignoraba hasta su designación técnica. Me refirió que todos los miembros de su familia habían demostrado siempre gran inclinación hacia el agua: su padre había fallecido a consecuencia de una congestión, a la edad de sesenta y dos años, en circunstancias en que se bañaba en los aledaños de Maidenhead; y, su hermano, aun niño, habíase ahogado entre los juncos que cubrían un lugar del lago que me designó con ademán vago y displicente.

Yo, por cortesía, quise relatarle algo de

mi vida, y le hablé de un hombre a quien había conocido por sus hazañas de nadador en la costa de Irlanda, que llegó a ver, indistintamente, agazapado sobre las rocas, a algunos metros de distancia, un pulpo de seis pies de envergadura. Y, habíase apoderado en tal forma el espanto del nadador que, aterrado, braceando loca y denonadamente, volvió a tierra, trepó por las rocas y lo hizo con tan mala suerte que, desprendiéndose una piedra, volvió a caer, con una pierna magullada, permaneciendo en tan crítica situación más de un cuarto de hora.

Mi huésped escuchábame con la mirada extraviada, la boca abierta y ambas manos crispadas sobre la mesa. Le pregunté si estaba nervioso y me respondió que no. Cuando volvió a echar dos dedos de brandy en su vaso y llevó éste a la boca, pude observar que su pulso temblaba un poco. Luego, como abismado en no sé bien qué extraños pensamientos, paseó su mirada por el contorno que se columbraba desde la ventana.

Estaba el sol a punto de ocultarse cuando descendimos al parque para llegar hasta el valle. Tuvimos que atravesar algunos terrenos incultos y luego deslizarnos por un talud para llegar hasta el agua.

Era una gran laguna de aspecto salvaje, completamente rodeada por los matorrales, las zarzas y las malezas, y de una configuración bastante curiosa. Tendría un largo de unos ciento cincuenta metros aproximadamente, y frente al lugar donde nos hallábamos, un ancho de sesenta. Pero por la parte opuesta parecía ensancharse progresivamente y terminaba en una especie de canal de unos cinco o seis metros de ancho, completamente obstruído por las ramas de los árboles que lo flanqueaban. El agua parecía perfectamente limpia, poco transparente, y, como no fuera en las orillas, resultaba imposible ver el fondo.

Comencé a desnudarme tranquilamente, saboreando de antemano la voluptuosidad de un baño de media hora en el agua fresca, después de una cálida jornada. Mi amigo permaneció inmóvil por espacio de algunos segundos; luego, despojóse bruscamente de su ropa, la abandonó en el suelo y, retornando a su anterior inmovilidad, de pie, estuvo contemplando la laguna como si dudara de algo. Yo, en un principio, atribuí al influjo del brandy aquella su evidente nervisidad y no pude dejar de pensar que eran muchas las oportunidades que tenía para caer fulminado por la congestión como ya ocurriera con su padre.

Me arrojé al agua y, algunos segundos más tarde, él me seguía. Luego que vaciló un tanto, se alejó de los bordes y avanzó con lentitud, con prudencia, hasta que la profundidad fué suficiente. Entonces, se dejó ir dulcemente, sin hacer mucho ruido ni manotear, enfilando hacia aquel canal del estanque que ya he mencionado con una fuerza y una precisión regular. Cuando llegó a la entrada de aquella especie de pasadizo se detuvo, permaneciendo casi inmóvil, no removiendo el agua sino con infinitas precauciones y con el rostro fuera del agua, en cuya superficie parecía ver algo invisible para mí. Sus gestos me parecieron tan extraños que no pude menos y le pregunté qué era lo que veía en aquella extremidad del estanque.

En voz muy baja, entonces me replicó:

— Hay... hay aquí una fuente...

Calló nuevamente.

A mi vez procuré distinguir qué era lo que se ocultaba debajo de nosotros y no tardé mucho en percatarme de que la profundidad era, en realidad, mayor de lo que yo, en un principio, habíame imaginado.

Del fondo no se veía sino la extremidad de las plantas acuáticas, las que llegaban sólo a un metro y medio de la superficie, ondulándose continuamente, por más que el agua permaneciera aparentemente tranquila. La existencia de una fuente en el fondo de aquel estrecho canal, que tendría a lo sumo unos ocho o diez metros de longitud, explicaba, en efecto, el movimiento que las agitaba. En algunos momentos se separaban y dejaban entrever una especie de pozo, cuya profundidad hacíase difícil precisar, y que, por el movimiento de las hierbas acuáticas, no había duda que debía ser la fuente a que se refería mi amigo.

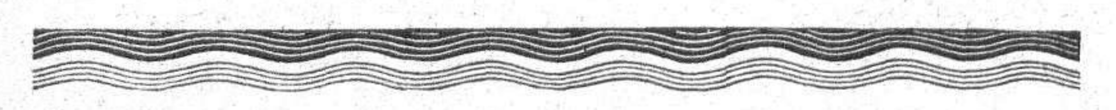
Era, no quedaban dudas, el lago más extraño que en mi vida he visto.

Volví la cabeza para hacerle una observación con respecto a esto a mi amigo, pero la sola contemplación de su rostro hízome olvidar al punto lo que le iba a decir. Se había puesto intensamente pálido, lo que se podía explicar por la extrema frialdad del agua; pero, lo que mucho me extrañó fueron las muecas y gesticulaciones que hacía. Le miraba aún cuando él, siempre moviéndose prudentemente, se me aproximó y me preguntó, temblando, temeroso:

— ¿No hay nada? ¿verdad?

Iba a contestarle que no, que no había nada que temer y que lo mejor que podíamos hacer era retirarnos y vestirnos de una vez, cuando sentí que los profundos fondos del lago eran agitados por un misterioso impulso.

Las enmarañadas hierbas del fondo se abrieron bruscamente, como apartadas por el paso de un cuerpo. Mi huésped se volvió rápidamente, y lanzando una especie de gemido, enfiló hacia la parte opuesta del lago, huyendo cual una bestia perseguida. Su terror debió ser contagioso, porque le seguí al instante con la misma prisa, aunque no sin conservar la suficiente sangre fría para



observar la forma en que nadaba, empleando el «doble over-arm-stroke-single-kick», movimiento que hasta entonces no le había visto ejecutar y que le permitió, gracias a su pujanza y habilidad, alejarse notablemente con gran desesperación de mi parte. Cuando llegué a la orilla opuesta, ya había salido del agua, y sentado sobre la hierba, la boca abierta, anhelante y desfallecido, parecióme que se iba a quedar muerto allí mismo.

No obstante se repuso, y un cuarto de hora más tarde, habiéndonos vestido, retornamos a la casa.

Me abstuve de hacerle ninguna pregunta sobre los incidentes de aquella tarde, máxime cuando para mi fuero interno le tenía catalogado como un alcoholista atacado de crisis nerviosa. Opté por mantenerme a la expectativa y observarle. Durante el resto de la velada apareció perfectamente tranquilo y normal, no bebió sino unos vasos de cerveza en la cena, y por más que era de pocas palabras, no dejó de encarar ciertos temas de conversación en la forma más lógica y razonable.

La mañana del siguiente día transcurrió igualmente apacible. Después del almuerzo, le pregunté si no sería preferible tomar nuestro baño un poco más temprano que la víspera. Accedió de buen grado; pero, por una u otra cosa, es el caso que, cuando nos encaminamos al lago, casi había obscurecido. Mi amigo, como el día anterior, no se hallaba del todo ebrio, pero sí desequilibrado por la sobreexcitación continua del alcohol, y, al aproximarnos al agua, dió muestras inequívocas de su nerviosidad enfermiza. Ante el lugar donde decía hallarse la fuente reanudó la misma pantomima mezcla de curiosidad y terror. Avanzó más y más hasta que, ante el remolino que agitó a las plantas acuáticas, ejecutó en el agua un movimiento brusco antes de volverse y huír.

Pero ya esta vez había tenido el cuidado de colocarme cubriéndole la retirada de manera que, al volverse presa del pánico, fácil me fué cogerle por un brazo y detenerle repentinamente. Le tenía cogido aun cuando el agua pareció agitarse a sus espaldas. El hombre dió un golpe de pie que le arrojó sobre mí. Entonces sentí indistintamente sobre mis piernas el frotar de un cuerpo grande y rápido que pasaba cerca de mi cuerpo, una cosa que parecía haber surgido de entre las hierbas espesas y enmarañadas y que agitaba con sus movimientos bruscos las aguas más profundas del lago. Yo soy poco impresionable y en manera alguna nervioso; pero al experimentar aquel simple contacto, el miedo, el terrible miedo agarrotó mi garganta y paralizó casi completamente mis movimientos. De nada me recuerdo como no sea la huída alocada, a la vera de un hombre que dejaba escapar de su garganta un gemido de desesperada angustia. Recuerdo que aun nadaba haciendo el movimiento ese que los entendidos llamamos de «trudgeon» — práctica que siempre me había asegurado ignorar, — y la pujanza de su esfuerzo dejaba tras de él una amplia estela; pero, esta vez, la misma fuerza nos impulsaba a los dos y fuí yo el primero en llegar a la orilla.

Cuando estuvimos vestidos me volví aun para mirar las aguas del lago, antes de volver a la casa.

La superficie se encontraba maravillosamente tranquila y, bajo la luz del poniente, brillaba cual una placa de estaño; pero parecióme ver en la parte opuesta unos inexplicables remolinos que hacían oscilar los hierbajos del fondo.

Ni una palabra cambiamos sobre lo que nos acababa de ocurrir, ni en la velada ni a la mañana siguiente.

Cuando llegó la tarde me rehusé en absoluto a acompañarle al lago y le di a entender que, visto el estado de sus nervios, lo más atinado que podía hacer era imitarme. Mi amigo sacudió la cabeza y, sin decirme una sola palabra, partió solo. En lo que duró su ausencia, percatéme del enorme ridículo de mi situación y, dejándole unas líneas, preparé mi equipaje y abandoné la casa sin más formulismos.

Un mes y medio más tarde, la casualidad me llevó a leer una breve gacetilla publicada en un periódico inglés en la que se anunciaba que míster Silver, de Sherborne (Devon) había sido encontrado sin vida en un lago ubicado en su residencia campestre. El cadáver fué descubierto en una extraña posición. Con medio cuerpo fuera del agua, míster Silver, las manos asidas fuertemente a las ramas de un sauce, había sido sorprendido por la muerte en un instante de indescriptible desesperación. Se decía además, que había sido víctima de un síncope cardíaco.

Mi opinión, en cambio, mucho difería de la del cronista. Y, si entonces me abstuve de exteriorizarla, ello fué porque simplemente no se hubiera dado crédito a mis palabras. Lo mismo que ahora, vosotros no se la daríais.

L U I S   H É M O N

TRADUCIDO POR E. M. S. DANERO

De Luján

Miembros del Centro Obrero Católico que obsequiaron con un banquete de camaradería a los miembros de la C. D. por su eficaz labor.



— Estáte quieto, bebé.
No te vayas a tumbar,
que, en la tabla del vasar,
el JABON REUTER dejé.
Por ser bueno, esta semana,
un Rey Mago que pasó,
de mi nene se acordó
y lo puso en tu ventana.

¿No oíste al perro ladrar
como si entraran ladrones?...
Era, el Rey de los jabones,
que acababa de llegar.
Ese JABON REUTER es
el que, el mismo Rey, llevó,
cuando el Niño - Dios nació,
para lavarle los pies.

De El Paraíso

Concurrentes al picnic organizado por la C. D. del Foot Ball Club "Las Hermanas" en las orillas del Paraná, festejando el primer aniversario de la fundación de dicha entidad deportiva.

MISTERIOS DE LA RADIOFONIA

De todas las artes que conoce el hombre, la radiofonía presenta más misterios que ninguna otra. Una explicación que acaso resulte plausible es la de que esta ciencia se halla aún en su infancia. Cierto es que en todas las artes y ciencias tropezamos con misterios, o, por mejor decir, con ciertas cosas que no nos podemos explicar. Pero en un mundo en que no sabemos nunca ni el cómo ni el porqué de la mayor parte de las cosas, no podemos sorprendernos de que abunden los misterios cuando se trata de una ciencia tan complicada como lo es la del Radio.

Por supuesto, que analizando bien las cosas, nuestros conocimientos en los principios fundamentales son sumamente escasos. Hace un siglo y medio que jugamos con la electricidad, y, no obstante, aun no sabemos lo que es. Hace miles de años que conocemos la vida y sus misterios y todavía no sabemos lo que la vida es en realidad. Por regla general sólo conocemos los efectos de las cosas, e ignoramos las razones de su existencia.

Volviendo al Radio, nos encontramos con que los ingenieros dedicados a esta ciencia pueden darnos un sinnúmero de conferencias sobre todos los detalles que se relacionen con este particular. Pueden darnos explicaciones de toda clase sobre cualquier asunto que nos parezca confuso, y, sin embargo, ellos mismos no lo saben, y lo probable es que nunca lo lleguen a averiguar.

Tomemos, por ejemplo, el fenómeno del debilitamiento en la recepción, que es uno de los misterios más comunes con que nos tropezamos en esta ciencia. Escuchamos en una instalación de tres o cuatro audiones una estación que se halla a una distancia de mil millas. No tocamos para nada los instrumentos, y el concierto que nos deleita nos llega claro y preciso como si estuviéramos en presencia de los músicos, pero a los pocos momentos comienza a debilitarse hasta que se pierde por completo. Pronto se invierte el fenómeno, y el concierto vuelve a oirse, débil al principio, pero más y más claro cada momento, hasta que alcanza su mayor intensidad.

Nos dicen los ingenieros que la explicación de este misterio está en una nube común y corriente que vemos todos los días, que se interpone entre nuestro aparato receptor, y la estación transmisora, y que mientras permanezca en esa posición se observará tal debilitamiento. La explicación no nos parece mala. Sin embargo, otra persona que esté sentada a nuestro lado, que tenga un aparato más sensible, y que no tenga como nosotros una antena arriba de la azotea, sino una de las llamadas de cuadro, podrá estar escuchando la misma estación sin experimentar ningún debilitamiento en los sonidos. No faltará un experto que nos diga: "Esto es debido a que el segundo aparato es tan sensitivo que las pocas ondas que logran atravesar la nube, las recoge muy bien el super-heterodino". También ésta es una buena explicación, pero no es del todo convincente.

En la lista de los Misterios encontramos también los Puntos Muertos. Por ejemplo, si nos hallamos en una gran ciudad, rodeada de altísimos rascacielos, observaremos que es en extremo difícil oir ciertas estaciones transmisoras. En otras palabras, nos encontramos en un "punto muerto", donde es casi imposible recibir las ondas procedentes de ciertas estaciones. Sabemos que los edificios muy altos absorben la energía y tienen la tendencia de proyectar una especie de sombra para las ondas electromagnéticas por encima de ciertos lugares, que entonces se designan con el nombre de "puntos muertos". Por otra parte, existen grandes regiones que se encuentran libres de toda obstrucción, y que también son "puntos muertos". Ciertas partes de la costa del Atlántico, que son enteramente planas y sin obstrucción de ningún género, son notables por sus malas condiciones para la recepción. En este caso no es aplicable la explicación que presentan los edificios altos; pero éstos puntos muertos existen y aun los mejores ingenieros dedicados a la materia no pueden dar una buena explicación del fenómeno.

En seguida encontramos los Receptores de Cristal, que son un verdadero tormento para todos los expertos dedicados a la radiofonía. Se supone que los aparatos de cristal no trabajan a distancias superiores a 15 ó 25 millas de la mayoría de las estaciones transmisoras, y ningún fabricante honrado los recomienda para distancias mayores. Hay millares de aparatos de cristal que trabajan admirablemente dentro de estos límites; pero si se aumenta la distancia a 30 ó 40 millas de la estación transmisora, el aparato de cristal se queda tan callado como una tumba. Por lo menos, el 99.9 por ciento de ellos así lo hacen. Y sin embargo, todos los periódicos dedicados a la radiofonía reciben cartas constantemente de propietarios de aparatos de cristal que sin dificultad alguna perciben conciertos y conferencias desde distancias de 500 y mil millas. Y lo que es más, alcanzan estas distancias constantemente y a voluntad, sin que para ello sea necesario que las condiciones atmosféricas sean ideales. Los directores de tales periódicos envían desde luego a personas que vayan a hacer investigaciones correspondientes, y con sorpresa se descubre que no hay nada de exageración. He aquí una situación imposible de explicar. Los ingenieros afirman que los aparatos de cristal están sencillamente recibiendo energía de algún audión cercano, lo que también se investiga sin que se pueda encontrar tal audión, porque en muchos casos se ha descubierto que en un contorno de 50 millas no existe ninguna otra instalación receptora.

Más aún, los aparatos de cristal que hacen esto que parece imposible, son a menudo de clase muy mediana, y, por regla general, fueron fabricados a domicilio. Si sobre el particular se le pregunta a un ingeniero especialista, aprieta los dientes, se queda pensativo y procura hablar de otra cosa.

Después podemos hablar de la Capacidad del Cuerpo, que también presenta fases muy curiosas. La capacidad del cuerpo, como es bien sabido influye en los alaridos que se escuchan en los audífonos o en el alto parlante, con especialidad cuando se oyen estaciones muy lejanas, al aproximar la mano a ciertas partes de los aparatos.

Nos dicen los peritos que nuestro cuerpo hace veces de plancha condensadora, que, teniendo cierta capacidad, perturba el muy fino equilibrio eléctrico de los aparatos dotados de bulbo. Nos aseguran igualmente que en ciertos casos el cuerpo humano hace veces de antena y recoge ondas que tienen la tendencia de destruír el equilibrio eléctrico del aparato receptor cuando la mano u otra parte del cuerpo se le aproxima. ¿Hay muchas clases de capacidad corporal, o existe otro elemento relacionado con este fenómeno, cuando colocamos la mano en una perilla, produciendo los aullidos que se oyen en el alto parlante? Esto lo decimos contra toda nuestra voluntad, porque es muy posible que con ella demos lugar a que los señores espiritistas se nos vengan encima con sus teorías sobre los efectos de la capacidad corporal. Pero es posible que alguna ventaja se saque o que algo se descubra si los hombres de ciencia se dedican a investigar el fenómeno.

—¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

Robustez, desde la Infancia hasta la Vejez

En eso consiste la mayor felicidad y satisfacción que puede sacarse de la vida.

La protección de la salud es igualmente esencial en todos los años de nuestra vida y en toda época es indisputablemente verdad que la

EMULSION de SCOTT

produce robustez y energía, y porque es alimento concentrado domina toda debilidad y renueva las fuerzas todas.

Emulsión de Scott protege la salud, no solo en la niñez y ancianidad, *sino para toda la vida.*





CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES

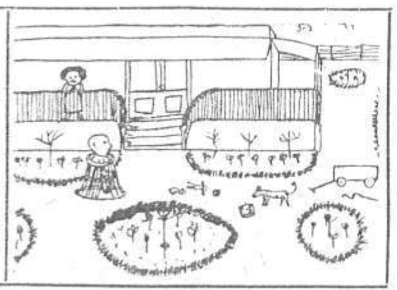


Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección de autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1787 — Festejando el 9 de Julio.
MARCELA DUPRAT.

1788 — Nuestro picnic anual.
MARIA ELENA SAGARNA.



1789 — Mi sobrino en el andador.
PRUDENCIO JOSE BUSTO.

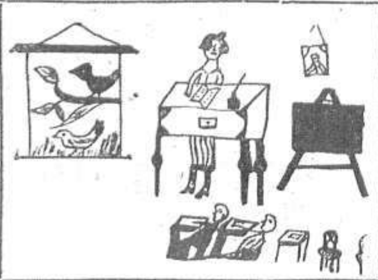




1790 — El almacén de mi tío.
GABRIEL C. LÓPEZ.



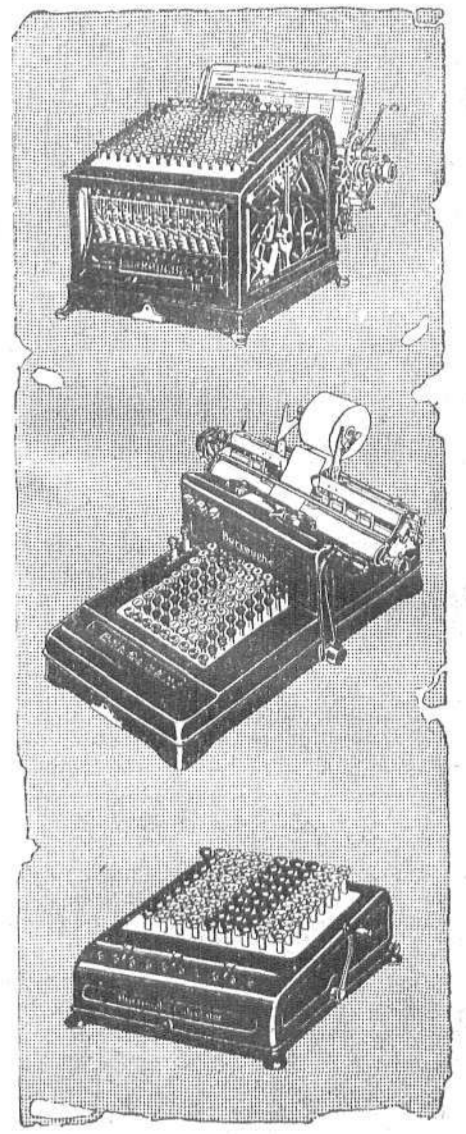
1791 — Un partido por la copa.
CARMELO BRU.



1792 — En la escuela.
LEONARDO LUZZI.

Para Servirle Mejor

A fin de proporcionar a los poseedores de máquinas BURROUGHS en la Argentina el mismo servicio esmerado de que disfrutan nuestros clientes de otros países, hemos establecido en Buenos Aires una sucursal directa de nuestra Compañía.



Tendremos siempre en existencia máquinas BURROUGHS de todos los modelos, de sumar, calcular y de contabilidad, de modo que los comerciantes argentinos pueden siempre obtener la clase de máquina más adaptable a sus necesidades.

Nuestro servicio mecánico está compuesto por un personal competente y dirigido por un técnico de experiencia, instruído en nuestra fábrica, en Detroit (E. U. A.).

El cuerpo de vendedores comprende hombres preparados y expertos en la materia, capaces de estudiar su sistema actual e indicar a usted el modelo más adecuado de máquina BURROUGHS para las necesidades del control y buena administración de su establecimiento.

Sírvase tomar nota de nuestra nueva dirección. Su pedido telefónico será inmediatamente atendido.

The Burroughs Adding Machine Company

Stedman W. Jackson, Gerente.

TUCUMAN, 1443. — BUENOS AIRES

Teléfono U. T. Mayo, 1289.

Máquinas de Contabilidad, Sumar y Calcular

Burroughs

4360



LAS AMIGAS DEL HOMBRE



MAESTRO, esta mañana he visto sobre el alero de mi casa, un nido, que me pareció de golondrinas — informó Julito al entrar a clase.

— Es posible; ya es tiempo de que retornen esas buenas amigas del hombre.

— ¿ Y, todos los años vuelven ? — preguntó Jorgito — el alumno más pequeño de aquel primer grado.

— Invariablemente. Cuando se abre la ventana a fines de septiembre, ya están sobre el techo y se ven llegar en bandadas. Todos ustedes sabrán, niños, que las golondrinas son aves emigrantes. Cuando llega el otoño se reunen en grandes bandadas, y atraviesan el espacio en busca de tierras cálidas.

Cuando regresan a nuestro país, en los últimos días de septiembre y en los comienzos de octubre, cada una trata de encontrar el viejo nido. Para saber hasta qué punto esto es verdad, se ató una vez un hilo a la patita de una golondrina, antes que emigrase, y al año siguiente se la vió regresar.

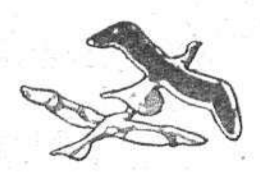
— ¿ Y no olvidan el lugar en qué nacieron?

— ¡ Qué van a olvidarlo! Tienen ellas también su pequeña patria a la que han dado su corazón.

— ¿ No temen al hombre, maestro ?

— ¿ Cómo van a temerlo ? ¿ No me habéis oído decir ya, que son sus amigas ?

Ellas buscan siempre los lugares habitados. No veréis jamás un



nido de golondrinas debajo del alero de una casa abandonada. Sus nidos los suspenden sobre las ventanas, debajo de las galerías, en lo alto de las escaleras, especialmente en las casas de campo, hasta en los huecos dentro de los establos. Por eso se llaman: golondrinas domésticas.

— He notado, maestro, que nadie mata a las golondrinas — dijo a su vez otro niño que seguía con mucha atención cuanto el maestro les enseñaba sobre tan simpáticas aves.

— Es cierto. Nadie tiene esa crueldad.

— Mi papá me ha dicho que las golondrinas destruyen todos los días millares y millares de insectos.

— Sí, y para ello tiene un pico que parece hecho a propósito para cazar los insectos al vuelo. Cuando llueve, los insectos no salen de sus covachas, condenando así a las golondrinas a sufrir hambre, porque ellas parecen incapaces de suministrarse alimento cuando se posa.

El vencejo que algunos llaman « golondrina de chimenea » también caza los insectos en esa forma. Estos se reunen en gran número, vuelan con rapidez extraordinaria en torno a los muros y a las torres donde tienen sus nidos.

Las golondrinas hacen mucho bien en los campos y son realmente amigas del hombre. Nos dan, además, una gran lección de valiente actitud frente a la vida. Ellas confiando sólo en sus picos y en sus alas, atraviesan mares y grandes ríos. Mas armas tiene el hombre para la batalla de cada día y debe confiar en ellas, sin amargas quejas, recordando que « vivir es luchar ».

ADELIA DI CARLO.



INSUPERABLE VINO TÓNICO APERITIVO

Una copita antes de cada comida estimula el apetito en forma irreemplazable

Su fina preparación a base de añejos vinos de Jerez, lo determinan como un producto de mérito.

Se elabora en las mismas famosas Bodegas del mundialmente conocido

COÑAC DOMECQ

IMPORTADORES
MERELLO HNOS
Buenos Aires

ILUSION PERDIDA



ESONABAN mis pasos sobre el pavimento de la estrecha calle desierta, bordeada por humildes casuchas pintadas de ocre rojo o de añil índico. Por arriba de las paredes de cerco, los granados alzaban su cabeza verde sombreada por estrellas escarlatas. De trecho en trecho, una puerta se abría para cerrarse inmediatamente con un ruido seco. Ese movimiento se ejecutaba tan rápidamente que me era imposible adivinar y ni siquiera sospechar, quién podía hallarse detrás.

¿Alguna mujer, algún niño, que intrigado por el ruido de los pasos, acechaba al infiel que se atrevía a turbar el silencio de ese rincón de ciudad turca? ¿Alguién que espiaba por la ventana y espera, tembloroso de que háyame alejado?

¿Por qué será que siendo el pueblo turco el más digno y el más leal de los que habitan el oriente, sea tan esquivo? ¿Por qué se aparta con tanto desdén de nosotros? ¿Por qué permanece emparedado en su vivienda, con sus ventanas siempre enrejadas, sus persianas bajas y sus puertas eternamente clausuradas? ¿Por qué huye siempre que la casualidad lo pone frente al cristiano? ¿No nos será posible, jamás, arribar a conocerlo íntimamente?

De pronto, la calle bruscamente forma un codo y veo venir en dirección hacia mí un anciano, alto, erguido, vestido de negro y la cabeza cubierta con un amplio gorro obscuro. En la mano izquierda tiene una inmensa boquilla y con la derecha, hamaca un largo rosario de ámbar, terminado con borlas de seda verde.

Su serenidad, su aseo, la corrección de su traje y la gracia de sus movimientos me impresionan favorablemente, y me pregunto cómo nos comportaremos, uno frente al otro, cuando inevitablemente nos cruzaremos y, que dada la estrechez de la vereda, nuestros codos chocarán.

Mi incertidumbre es de poca duración. Unos tres metros antes de llegar a mi costado, el hombre pasa su rosario sobre su brazo izquierdo, inclina el busto hacia adelante, lleva la mano sobre su corazón, luego sobre sus labios y me dice, acompañando sus palabras con una encantadora sonrisa:

¡Alah te dé las buenas tardes, señor!

¡En vez de cobrarme miedo, de huir de mí como todos los de su raza, este hombre me sonríe!

¡Y además, habla mi idioma!

Este anciano que, a juzgar por su porte, su aspecto de nobleza y su vestimenta, ha de pertenecer a la mejor clase (será bey o pachá o algún otro noble turco, pues desconozco los signos exteriores de la nobleza turca) multiplica los saludos, las sonrisas y me señala en el fondo de la calleja una larga pared, en cuya mitad se ve una ancha puerta que en su frontispicio obstenta una placa de mármol, sobre la cual se hallan grabadas las sacras palabras y me invita a seguirlo en ese jardín, desde tiempo descuidado a juzgar por la cantiad de lilas, granados, jazmines, madreselvas y rosales que han crecido sin impedimento alguno y que invaden hasta el peristilo de una pequeña mezquita flanqueada por un diminuto minarete y un alto ciprés, en cuya cima anida una bandada de cornejas.

— Mi mezquita, mi minarete — señálame el anciano con cierto orgullo.

¡La alegría a la par que la vanidad que sentía, hacía unos minutos con la incertidumbre en que me hallaba respecto a la situación — evidentemente muy elevada — que debía ocupar mi nueva relación, se intensifican, desde que sé que me encuentro en presencia de un religioso, indudablemente un alto representante del Islam!

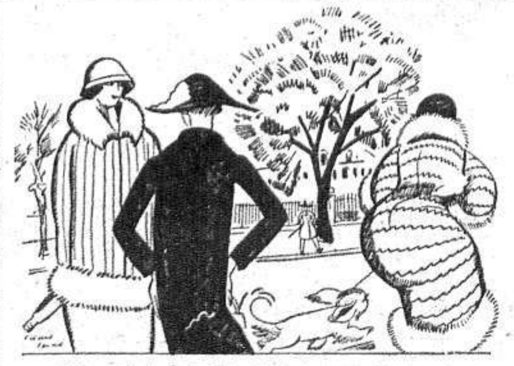
Frente a la mezquita, se eleva una casa a la cual se llega por una escalera de madera. Una glicina enreda sus nudosos brazos a los tirantes del balcón engalanado por un manojo de hojas multicolores. En la galería cubierta del primer piso, dos derviches con sus altos bonetes de fieltro, fuman, sentados en el suelo con las piernas cruzadas. Al divisarme, se levantan, llevan sus manos sobre el corazón y luego a sus bocas, exornadas por hermosas barbas plateadas.

Vivo en un cuento de las Mil y una noches. Una voz que conozco íntimamente, ya que es la de mis ilusiones; una voz que tiene el raro privilegio de seducirme a pesar de los innumerables engaños de que me ha hecho víctima, murmura en mi oído que voy a ser el héroe de una misteriosa aventura.

Dentro de un momento, susúrrame, alguien te traerá un vestido negro, un turbante, agua perfumada para tus abluciones; te ofrecerán un rosario de ámbar con borlas de seda verde; te servirán café y pastillas de rosas. Las costumbres turcas te serán reveladas durante la siesta de dos horas que harás. Perderás el gusto y hasta el recuerdo de la vana agitación en que has vivido hasta ahora, en medio de la civilización bárbara a que perteneces. El Corán te enseñará la sabiduría... Te transformarás en un servidor de Alah y de su único profeta Mahoma. Tendrás un harén... ¿Y quién sabe cuántas cosas más?



—¿Cambiarle este billete? Pero si es falso.
—Por eso es por lo que deseo cambiarlo.



—¡Che, cuánto lujo el de ésa!
—Como que tiene que llevar un perro para que no la roben...

Mi amigo golpea las manos y llama.

—¡Azizé! ¡Haika!

¡Las dulces, las armoniosas sílabas! No me cabe ya duda, mi destino comienza a cumplirse. Azizé y Haika serán mis nuevas favoritas: ¡Mi harén empieza a formarse!

Dos chicuelas aparecen en la galería. Presentan un aspecto un poco tímido, con sus largos vestidos floreados; pero ambas son hermosas, de tez tan rosada como un clavel rosa y con cabellos ondeados que presentan el color de la chala de maíz.

El religioso tiende los brazos hacia ellas.

—¡Azizé, Haika, mis hijas!

¡Por más determinado que se halle mi espíritu para aceptar todos los dones que la diosa Fortuna se digne otorgarme, no puedo dejar de comprobar que la hora del harén todavía no ha sonado!

Desde lo alto de la escalera, teniéndose ambas por el talle, las niñas contemplan sorprendidas al bárbaro que tienen a la vista; pero, obedeciendo a un gesto del padre, descienden lentamente y se dirigen hacia mí, sin soltarse las manos. Sus chanclos de madera producen sobre el pavimento de la escalera una música de armónica.

Cuando pisan la tierra firme se adelantan y ambas me tienden una manita enrojecida por el hené, que conservo entre las mías mientras me inclino sobre esas caras frescas, sobre esos ojos sombreados por largas cejas, sobre la seda quemada de esos cabellos que devotamente beso.

Ahora, las chicuelas sin desunir las manos, cantan. Cantan como lo hacen todos los chicos de todos los países, con voz insegura con bruscas interrupciones y con esos movimientos de cabeza con los cuales piensan excitar su desfalleciente memoria. Sus vocecitas son afinadas, y las largas modulaciones de la melodía oriental, suenan agradablemente en mis oídos.

Mi novel amigo aleja a las jóvenes cantoras, siguiendo con enternecida mirada cada uno de los movimientos que hacen al volver a entrar en su domicilio, y cuando han desaparecido me arrastra hacia la mezquita.

Esta es un pequeño cuarto alumbrado por dos ventanas bajas, cuadradas, guarnecidas por barrotes cruzados. Dos estandartes verdes, algunas sentencias del Corán, caligrafiadas e ilustradas sobre pergamino, se hallan fijadas sobre las paredes pintadas de azul.

Sobre el piso, y colocadas en círculos, hay varias pieles de carnero.

—Son para los derviches—explica el anciano—añadiendo con un tono de orgullo como el que tuvo al presentarme sus hijas:

—¡Yo soy el imán!

Inmóvil, con los brazos caídos y los ojos fijos sobre los estandartes, permanecen al lado mío, esperando pacientemente a que haya examinado detenidamente todos los detalles de esa pobre mezquita que los años han corrido y que seguramente los hombres acabarán de destruir más tarde, en nombre de quién sabe qué idea.

He examinado todo lo que el anciano tenía para mostrarme. Con el objeto de agradecerle y atestiguar mi reconocimiento por tanta deferencia, me esfuerzo en imitar el gesto tan atento y gracioso que le vi hacer. Mi mano derecha vaga dulcemente por el aire, sube hasta mi corazón y se posa luego en mis labios. El imán sonríe paternalmente y me devuelve mi saludo, descomponiendo los movimientos como si quisiera enseñarme a hacerlo correctamente. Salimos del pequeño templo.

El crepúsculo cae sobre el jardín, cuyas partes expuestas a la luz se han tornado rosadas y los rincones sombreados de color violeta.

Sobre el cielo, donde la puesta de sol se pronuncia, los cipreses destacan su cono perfecto. El minarete va tomando colores de perla. Un hombre pasa por la calleja canturreando una melopea que parece improvisar a medida, de tal modo traduce la melancolía de la hora y del sitio. Una campanillita tintinea al cuello de algún macho cabrío.

El imán atrapa una rosa de Bulgaria, una hermosa rosa purpúrea que despide perfumes de confitería y me la ofrece, luego de haberla desembarazado de sus espinas.

Los derviches, interrumpiendo su meditación, se incorporan para saludarme.

He llegado a la puerta de la calle. En el momento de transponer el umbral experimento un gran fastidio. ¿Cómo poder expresar los sentimientos de reconocimiento que experimento hacia ese huésped tan delicado, tan atento, tan prevenido? Busco, sin poderla hallar, una manera decente de despedirme, cuando tendiéndome la mano, pronunció:

—¡No olvide mi regalito, señor!

¿Será posible que sea mi noble amigo, quien acaba de expresarse de esa manera?

Como lee una muda interrogación en mis ojos, repite insistiendo:

—¡Mi regalito, señor! Dinero... Plata... ¡Déme dinero!

Deposito piadosamente, del mismo modo que se dejan caer flores sobre una tumba, un billete de cinco dracmas en la palma de la mano abierta ante mí y abandono, para no volver jamás, el humilde jardín en el cual acabo de efectuar un sueño y aprender sencillamente de que un imán es sencillamente un sacristán del Islam.

PEDRO LA MASIERE

TRADUCIDO POR LUIS BOUCHÉ



—No haga ruido, Pedrito, porque acaba de llegarle un hermanito...

—¡Che, pero qué sorpresa va a tener mamá!



CARTOMANCIA

—El padre de usted no existe.

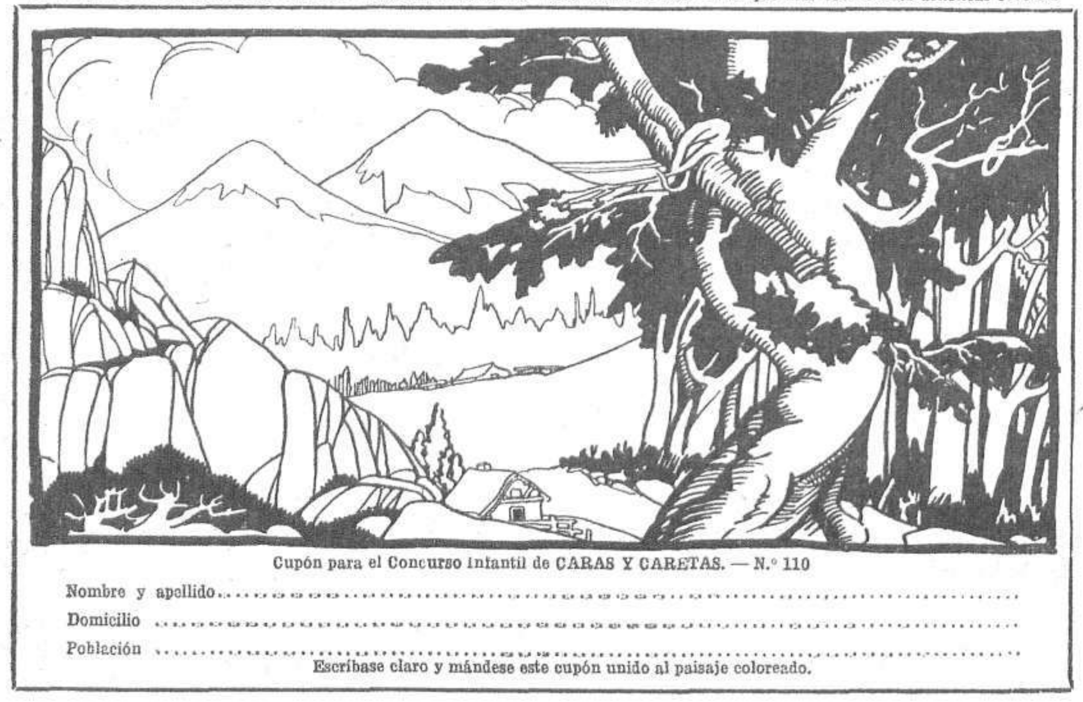
—No es verdad; está en la cárcel.

—¿Y a eso le llama usted existencia?

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 110

Nombre y apellido..

Domicilio ....

Población ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Pídalo siempre que le sea posible.

El "Peter Dawson" es un verdadero Whisky Escocés, calidad que no abunda mucho hoy en día.

Es un Whisky genuinamente viejo, que adquiere su sabor con el tiempo, y en forma natural, conservado en envases de madera.

El secreto de su fabricación exquisita constituye el patrimonio de los Dawson, que lo van transmitiendo de unos a otros en noble herencia. Su bondad es tal que las personas que le conocen pueden reconocerle fácilmente.

En cualquier parte y cualquier momento que Vd. beba este Wisky, su calidad será siempre la misma.



PETER DAWSON
Scotch Whisky

Un producto altamente satisfactorio.



No más **TOS, DOLOR DE GARGANTA, GRIPE, ASMA, BRONQUITIS**

tomando las

TABLETAS OXYMENTHOL PERRAUDIN

(al oxígeno puro naciente)

el más

PODEROSO ANTISEPTICO

conocido.

EXIJANSE las verdaderas tabletas que llevan sobre cada caja la mención **TABLETAS OXIMENTHOL PERRAUDIN.**

De venta en todas las Farmacias.

Laboratorios de los Produits Scientia

10, rue Fromentin - Paris.


ESTACION MALABRIGO. — Parte de los concurrentes al pic nic organizado por el Foot Ball Club Argentino festejando el segundo aniversario de su fundación.

LA LOCURA DEL HAMBRE

Las tres cuartas partes de las veces estamos enfermos porque queremos estarlo; mejor dicho, porque no tomamos ninguna de aquellas precauciones gracias a las cuales podríamos disfrutar de una envidiable salud.

La primera de todas estas precauciones, y la más eficaz, es la de someterse a una rigurosa dieta apenas se siente el más pequeño malestar y también en épocas fijas. De esta manera el organismo se desembaraza de materias nocivas susceptibles de determinar esos accidentes a que damos el nombre de enfermedades.

Un médico norteamericano, el doctor Welton, trata preventivamente a sus clientes obligándoles a ayunar una vez al mes, por lo menos. De esta manera, el doctor Welton consigue no tener jamás enfermos, que es, precisamente, el arte de que se enorgullece.

No está de más recordar que los animales, cediendo al imperativo de su instinto, se abstienen de comer cuando están enfermos.

Acaso este ejemplo ha inducido al médico norteamericano a inculcar a los hombres el sabio proceder seguido por las bestias.



Mande su dirección y recibirá gratis **un manual para aprender a escribir a máquina** y folletos explicativos de los cursos que enseñamos **por correo.** — Usted estudia en su casa y envía sus ejercicios por correo para que nuestros profesores especialistas los corrijan.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
DE ENSEÑANZA POR CORREO
1059, LAVALLE, 1059 — BUENOS AIRES
(Las Escuelas más grandes del mundo).

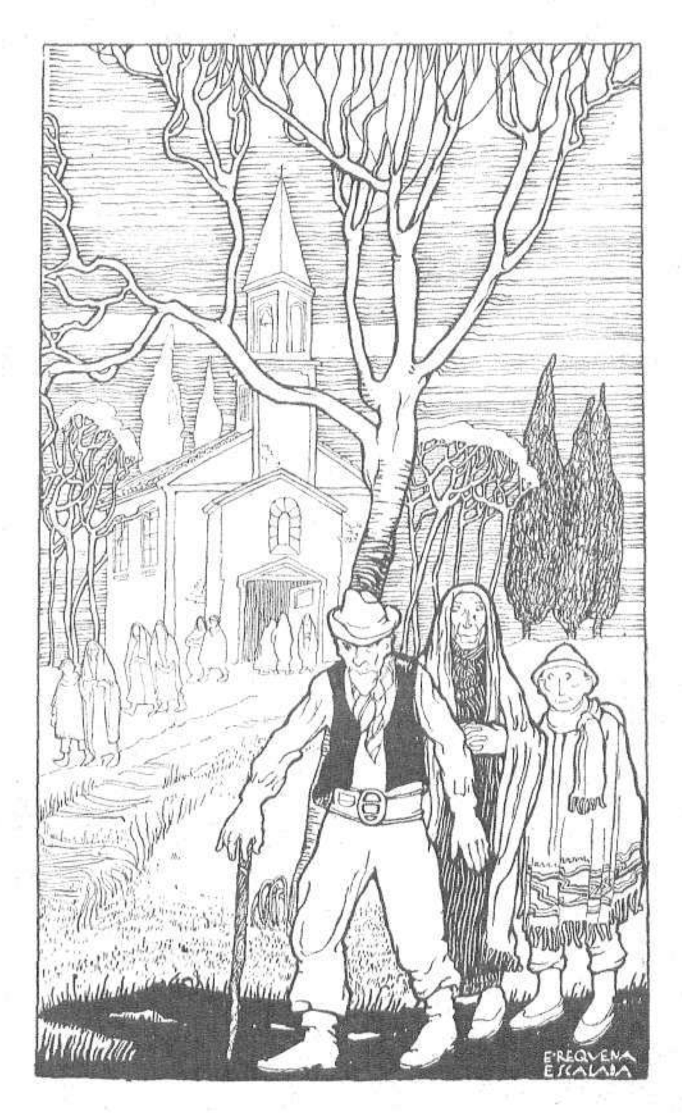
....
NOMBRE.

....
DIRECCIÓN.

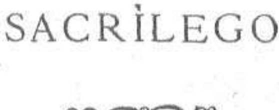
....
LOCALIDAD.

Regalamos al alumno los libros de estudio, papeles para hacer sus ejercicios, sobres, etc., y le devolvemos el dinero si estuviese desconforme dentro de los dos primeros meses de estudio.

TENEDOR DE LIBROS
TAQUIGRAFIA
ORTOGRAFIA
ARITMETICA
ELECTRICISTA
DIBUJO ARTISTICO
CONSTRUCTOR
CONTADOR MERCANTIL
CORRESPONDENCIA
CALIGRAFIA
MECANICO
DIBUJO MECANICO
CHAUFFEUR
MAQUINISTA



El SACRÍLEGO



— ¡Lola! ¡Lola! — llamó don Pancracio. — Aquí llega el señor cura.

Lola salió del rancho con una sartén en la mano y se acercó a su marido Delante de ellos, un pozo, cuatro sauces, tres álamos y, más allá, la pampa.

Un sulky desvencijado, con ruedas enormes, se detuvo cerca de los álamos. El cura anudó las riendas y penosamente bajó.

— ¡Buenas tardes, Pancracio! ¡Buenas tardes Lola!

Hacía veinte años que el padre Rafael, más sencillamente, «El Padre», recorría la pampa, llevando con él la paz del Señor. Bendecía los casamientos, bautizaba a los niños, confesaba, cosas que sin él hubiesen esperado un problemático viaje al pueblo. Todos lo amaban.

Esa noche, Lola echó tres puñados más de arroz a la olla, en su honor. Pero el Padre no comió. Sus manos temblaban de fiebre y castañeteábanle los dientes.

— ¡Padre! ¡Está usted enfermo! Acuéstese en mi cama.

— ¡Ay de mí! No quisiera sacarlos de su lecho. Mas, será sólo por una noche. Al alba me iré.

Pero, al alba, el Padre deliraba. La fiebre demacraba su semblante, y, a la tarde del tercer día, recobrando un poco su lucidez, llamó a don Pancracio.

— Voy a morir — le dijo. — Pero antes, quiero confesarme a ti.

— ¡A mí! ¡Pero si usted es un santo!

— ¡Calla! ¡Soy un miserable!

Sus negros ojos despedían llamas; su voz tembló:

— ¡Soy un impostor!

— ¡Padre!

— ¡No soy padre! ¡Nunca lo he sido!

Espantado, Pancracio miró al Padre. Este había cerrado los ojos, y sus dedos de acero se crispaban sobre el brazo del gaucho.

— ¡Descanse, Padre! Si no se ha de morir.

El Padre le clavó la mirada.

— ¡No lo desees, Pancracio! Si, después de lo que te he dicho, no muriese, habría de matarte a ti... Y, ahora, escucha mi historia... Se la contarás al obispo, al Papa, al diablo, a quien quieras. Pero, yo, no puedo irme con ella. ¡Tengo miedo! ¿Comprendes?... ¡Soy un asesino!... Allá, en mi país...

Una extraña suavidad embargó el semblante del moribundo.

— ... En Francia!... ¡He asesinado! He asesinado como un cobarde, con veneno. ¡Como un bandido, por dinero! Luego, el juicio, el presidio, cinco años en el infierno, la evasión. Abrevio... Mis instantes son contados. Me refugié aquí en 1860. Para substraerme a las pesquisas compré una sotana y me interné en la pampa. En ninguna otra parte del mundo me hubiese sentido tan seguro. En los primeros tiempos fué ésta una siniestra comedia. Luego le tomé afición. Gozaba con el amor que ustedes me tenían; me gustaban vuestras historias, vuestros secretos, pues os confesaba, y os ofrecía la hostia con mano sacrílega. Me reía de ustedes, de vuestros casamientos, que son nulos, de los bautismos, de los sacramentos, de todos esos actos falsos que, a pesar vuestro, os condenan. Luego cesé de reir, me tomé en serio, me exalté. ¡Fuí un santo!

Tuvo una risa diabólica:

— ¡Un santo! ¡Un demonio! ¡No lo sé! No creía en Dios, pero a fuerza de verlos temblar, me entró el miedo... ¡Tengo miedo, Pancracio! Y necesito un perdón...

Se calló. Pancracio, abrumado, quedó inmóvil. Más tarde, quiso desprender los dedos crispados sobre su manga. Dióse cuenta entonces que el Padre había dejado de existir.

Obscureció. Lola entró, trayendo un candil. Vió al muerto y cayó de rodillas... Don Pancracio lo veló; la inmensidad del secreto recogido lo anonadaba.

Sin embargo, al día siguiente, con cajones viejos hizo un ataúd, en el que puso al difunto, que cargó sobre el coche. Treinta leguas lo separaban del pueblo. Cabizbajo, pensaba en la rebelión de los seres engañados, a los cuales tendría que quitar la tranquilidad, en los muertos idos hacia un Dios que no los reconocería, en los esposos no casados y en los hijos sacrílegos. La visión del infierno poblado por todos los suyos, embargaba su espíritu, cuando, no lejos de la ciudad, un estruendo lo sobresaltó. Volvió la cabeza. El cajón yacía cruzando el camino. Por tres veces lo volvió a cargar, tres veces volvió a caer. Unos paisanos curiosos se habían aproximado, les pidió ayuda, mas, cuando les hubo nombrado el muerto, el más viejo sacudió la cabeza y dijo:

—No hay que contrariar a los muertos. ¡El Padre era un santo! Quiere quedarse con nosotros: es un milagro. Sigue tu camino, Pancracio. Nosotros lo enterraremos en este lugar y velaremos por él.

Pancracio se retiró sin atreverse a decir su secreto. Al llegar al pueblo, visitó al cura, y le contó su historia. Cuando hubo terminado, el cura le puso la mano sobre el hombro.

—No nos pertenece, hijo mío, discutir la voluntad del Señor. El sólo juzga a sus criaturas.

—¡Pero fué impostor, asesino, sacrílego!

—Sin ser sacerdote, has recibido su confesión, su arrepentimiento. Me has transmitido ese depósito sagrado; ya no te pertenece. Mañana iremos en procesión al lugar del milagro y ahí levantaremos al Padre una tumba digna de sus obras.

Hablaba con autoridad. Sus palabras borraron del corazón de Pancracio el tremendo secreto...

... Y desde entonces, en ese sitio apartado de la Pampa, se levanta una capilla milagrosa, a la que acuden los peregrinos. Las muletas colgadas en las paredes, los innumerables ex votos, atestiguan la santidad del muerto y la misericordia divina.

MAX DAIREAUX

DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA



ESTACION HUMBERTO I. — Alumnos de la Escuela Nacional número 24, que asistieron al picnic con que fueron obsequiados por su director señor Amleto Ballone, premiando su aplicación y conducta.

RESULTADOS OBTENIDOS EN LOS PAÍSES EN QUE LAS MUJERES TIENEN DERECHO A VOTAR

"La venta del opio está absolutamente prohibida en Australia y en Nueva Zelandia.

"La venta de tabaco y de licores a los menores de diez y seis años está prohibida en el estado de Wyoming, en Australia y en Nueva Zelandia, y a los menores de diez y ocho, en Utah.

"Está absolutamente prohibido el que los niños tengan en su poder tabaco".

Para todo lo que se refiere a higiene, la solicitud de las mujeres se ha extendido muy especialmente a los niños. Así, en Nueva Zelandia está absolutamente prohibido poner en ama fuera de la casa paterna a los recién nacidos. En Utah y Colorado, los niños de todas las escuelas están sujetos a la inspección médica, y los médicos examinan escrupulosamente los ojos, los dientes y las orejas y la respiración de los alumnos.

En Utah, las comisiones de higiene están autorizadas a tomar todas las medidas que juzguen necesarias para evitar la propagación de las enfermedades venéreas.

La falsificación de las substancias alimenticias está severamente castigada dondequiera que las mujeres intervienen en el gobierno; además, en el Utah las mujeres investigan los mataderos y los sitios en que se preparan todos los productos que han de servir para el consumo.

En Denver (Colorado), las mujeres han hecho instalar en la vía públia fuentes de agua potable y cestos para depositar papeles sobrantes.



La Tinaja

por LUIS PIRANDELLO

Otro año famoso para los olivos, ése! Los árboles, ya muy cargados el año anterior, ostentaban todos abundante cosecha, a despecho de la helada que había caído sobre ellos en el momento de la floración.

Zirafa, que tenía una hermosa plantación de olivos en su propiedad de Primosole, previendo que las cinco viejas tinajas de greda esmaltada que tenía en la cueva, no bastarían para contener todo el aceite de la nueva cosecha, había pedido, oportunamente, a San Esteban de Camastra, que es donde las hacen, una sexta, más grande; alta hasta el pecho de un hombre, panzuda, majestuosa, que era delante de las cinco como su abadesa. No hay necesidad de decir que la compra había sido causa de una disputa con el tinajero. Mas, ¿con quién no tenía cuestiones don Lolo Zirafa? Por una nada, una piedra desprendida de un muro medianero, una brizna de paja, gritaba para que le ensillasen la mula y se dirigía a la ciudad a demandar. Así, en papel sellado y en honorarios de abogados, demandando al uno, demandando al otro, y siempre condenado en costas, se había medio arruinado.

Se contaba que su abogado titular, cansado de verle llegar dos o tres veces por semana, imaginó, para desembarazarse de él, obsequiarle un tomito precioso, menudo como un libro de misa: era un código, para que lo consultase libremente sobre todos los procesos que intentase iniciar.

Antes, aquellos con quienes tenía alguna litis pendiente le gritaban para burlarse de él: «¡Ensillen la mula!» Ahora gritaban: «¡Consultemos el librito!»

Y don Lolo contestaba: «¡Claro que sí, y voy a hundirlo, hijo de perra!»

Esa tinaja nueva, que había costado cincuenta liras, bien sonantes, fué alojada, bien o mal, en el galpón de herramientas, porque no se sabía qué sitio destinarle en el sótano. Jamás se había visto una tinaja semejante. Es poco decir que hacía doscientos litros. En ese rincón húmedo, hediendo a moho y al acre olor de los lugares sin aire ni luz, daba pena verla. Esa tinaja le dará muchas molestias a su dueño, decían todos, pero don Lolo se encogía de hombros.

Hacía dos días que se habían empezado a recoger las aceitunas. A Zirafa no se le pasaba la cólera por no poder partirse en dos, porque al mismo tiempo habían llegado con sus mulas cargadas los campesinos que traían el abono que debía darse al campo para las habas de la temporada próxima, y Zirafa había deseado asistir a la descarga de esa caravana; pero no quería dejar solos a los que recogían las aceitunas. Y juraba como un turco, amenazando fulminar a éste y a ése, si acaso le faltaba una sola aceituna digna de ese nombre, como si de antemano las hubiese contado todas en los árboles, una a una. Con su gran sombrero blanco en la cabeza, en mangas de camisa, la cara ardiente y goteando sudor por todas partes, corría en todos sentidos, girando furiosamente los ojos y frotándose las afeitadas mejillas, cubiertas de una barba indomable, que crecía aun bajo el filo de la navaja.

Ahora bien, al fin del tercer día, tres de los campesinos que trabajaban en los olivos, al entrar al galpón para depositar las herramientas, quedaron como tres palos, a la vista de la hermosa tinaja nueva rota en dos, en pleno medio. Le faltaba adelante un gran trozo, como si alguien hubiera dado un hachazo a cercén, abriendo el vientre hasta abajo.

—¡Ay, ay, ay! — exclamó casi sin voz uno de los campesinos, golpeándose el pecho.

—¿Quién ha hecho eso? — preguntó otro.

Y el tercero:

—¡Mama mía! ¡Habrá que oir a don Lolo! ¿Quién se anima a decírselo? ¡La tinaja nueva! ¡Ah, qué desgracia!

El primero, más espantado que los otros, propuso volver a cerrar la puerta e irse calladitos, dejando las herramientas apoyadas contra la pared exterior, pero el segundo se opuso enérgicamente.

—¡Estás loco! ¿Con don Lolo? Creería que nosotros la hemos roto. No nos movamos de aquí.

Salió del galpón y poniendo las manos como bocina, gritó:

—¡Don Lolo! ¡Ah, don Lolo!

Estaba en la pendiente del otro lado con los descargadores de guano y gesticulaba furiosamente como de costumbre, hundiéndose en la cabeza, de cuando en cuando, con las dos manos, su gran sombrero blanco. A fuerza de hundírselo así, a veces no lograba sacárselo de la nuca y de la frente. En el cielo se extinguían ya las últimas luces del crepúsculo, y en medio de la paz que descendía sobre el campo con las sombras y la frescura de la noche, los ademanes de ese hombre siempre furioso, parecían más extraños.

—¡Don Lolo! ¡Ah, don Lolo!

Cuando hubo subido y vió el desastre, pudo creerse que se volvía loco. Se echó primero sobre los tres desgraciados; tomó uno por la garganta y lo apretó contra la pared, gritando:

—¡Sangre de la Madona! ¡Tú me la pagarás!

Inmovilizado a su vez por los otros dos, volvió contra sí mismo su rabia furibunda, arrojó el sombrero al suelo, pateando y aullando como si llorase a un pariente muerto.

—¡La tinaja nueva! ¡Cincuenta liras de tinaja, y todavía sin estrenar!

Quería saber quién la había roto. No se había roto sola. Alguien debía haberla destruído por maldad o por envidia. Pero, ¿cuándo? pero, ¿cómo?

No había huellas de violencia. ¿Habría llegado trizada de la fábrica? Pero, si sonaba como una campana...

Cuando los campesinos vieron que el primer acceso de furor había pasado, le exhortaron a calmarse. La tinaja podía pegarse, pues la rotura no era sin remedio. No había desprendido sino un trozo. Un acomodador diestro podría dejarla como nueva. Precisamente, Dimas Licasi había inventado una cola milagrosa, cuyo secreto guardaba celosamente, una cola tan fuerte que el martillo mismo resultaba impotente contra ella una vez que había agarrado. Y bien, si don Lolo lo quería, mañana, al despuntar el alba, vendría Dimas Licasi y en dos tiem-

pos y tres movimientos, la tinaja quedaría en mejor estado que antes.

Don Lolo contestaba no a esas proposiciones; todo era inútil, no había nada que hacer; pero al fin se dejó convencer y al día siguiente, al alba, puntual, Dimas Licasi se presentó en Primosole, con el morral de útiles a la espalda.

II

Era un viejo chiquito, raquítico, nudoso como un tronco viejo de olivo sarraceno. Era necesario un tirabuzón para sacarle una palabra de la boca. Ese cuerpo deforme abrigaba otra tristeza: el desaliento de no ver apreciado su genio de inventor sin patentes. Dimas Licasi quería dejar hablar a los hechos. Y después, debía cuidarse mucho para no dejarse robar la receta de su maravillosa cola.

—¡Muéstremela! — fué lo primero que le dijo don Lolo, después de haberle contemplado largamente con desconfianza.

Dimas sacudió la cabeza lleno de dignidad.

— Debe ser juzgada por sus resultados.

— ¿Pero agarra?

Dimas puso el morral en el suelo; sacó un gran pañuelo hecho nudo, todo usado y desteñido; se puso a desatarlo lentamente, en medio de la atención y la curiosidad generales, y cuando concluyó por sacar un par de gafas con las patillas rotas y reemplazadas por piolines, todos se echaron a reir. Dimas no se preocupó mucho por ello; se enjugó los dedos antes de tocar los anteojos; se los puso en la nariz; después examinó gravemente la tinaja, que habían sacado afuera. Dijo:

— Quedará bien.

— Pero con la cola sola no basta — dijo Zirafa, poniendo condiciones. — Quiero que le ponga puntos de alambre también.

— Entonces me voy — respondió tranquilamente Dimas, echándose el morral a la espalda.

Don Lolo lo atrapó de un brazo.

— ¿Cómo es eso? ¿Así es como hace usted sus negocios, pedazo de puerco? ¡Miren, no más, esa figura de Carlo Magno! ¡Miserable estropajo, pegador inmundo de bacines, pedazo de burro, harás lo que te digo! En esa tinaja debo poner aceite y el aceite se rezuma, animal. ¿Quieres pegar únicamente con cola ese pedazo de una legua?... Necesito los puntos. Cola y puntos. Soy yo quien manda.

Dimas cerró los ojos, apretó los labios y movió la cabeza. Todos iguales. No le permitían hacer un trabajo decente, según todas las reglas del arte, para dar una prueba de las virtudes de su cola.

— Si la tinaja — dijo — no vuelve a sonar como una campana...

— Basta de palabras, basta de palabras — interrumpió don Lolo. — Los puntos; pago cola y puntos. ¿Cuánto costará?

— Si es con la cola sola...

— ¡Camello! ¡Qué cabeza! — rugió Zirafa. — ¿Qué es lo que te digo? Te repito que quiero los puntos. Conversaremos después del trabajo; ahora no tengo tiempo que perder contigo.

Y se fué a vigilar a sus trabajadores.

Dimas se puso a la tarea lleno de cólera y de despecho. Esos sentimientos aumentaban a cada agujero que su punzón abría en la tinaja y en el pedazo desprendido, para meter el alambre. Acompañaba el ruido de la herramienta con gruñidos cada vez más pronunciados; la cara se le ponía verde de bilis y los ojos le brillaban de rabia. Concluída la operación, tiró violentamente el punzón en el morral, aplicó a la tinaja el fragmento desprendido, para verificar si los agujeros correspondían bien entre sí; luego cortó tantos pedazos de alambre cuantos puntos tenía que dar, y llamó para que le ayudase a uno de los campesinos

— ¡Valor, Dimas! — le dijo éste, al verle en tal estado.

Dimas agitó la mano con cólera. Abrió la caja que contenía la cola y la levantó en alto, como para ofrendarla a Dios, puesto que los hombres no querían reconocer su eficacia, y se puso a extenderla cuidadosamente sobre los bordes de la rotura. Hecho eso, tomó las tenazas y los pedazos de alambre y se introdujo en el vientre de la tinaja. Su cuerpo delgado pasó fácilmente por la abertura.

— ¿Cómo, por adentro? — le preguntó el campesino, al cual le había dado el fragmento para que lo tuviera.

Dimas no contestó; le hizo señas para que aplicase el trozo en el lugar conveniente, como él mismo lo había hecho antes, y se quedó adentro. Antes de poner los puntos:

— ¡Tira! — dijo del interior de la tinaja, con voz lacrimosa, al campesino. — ¡Tira con todas tus fuerzas, a ver si la sacas! ¿Ves? ¡Malditos sean los que no quieren creer! ¡Golpea, golpea fuerte! ¿Ves cómo suena, aun conmigo adentro? ¡Anda a decírselo a tu lindo patrón.

— El patrón manda — suspiró el campesino — y el criado se condena. Vamos, ponga los puntos, Dimas, ponga los puntos.

Y Dimas hizo pasar los alambres por los agujeros, a cada lado de la soldadura; y con la tenaza retorcía los extremos. Fué menester una hora para concluír el trabajo. Sudaba como una fuente, en el fondo de la tinaja, sin cesar de lamentarse de su desgraciada suerte, y el campesino, de afuera, le consolaba lo mejor que podía.

— Ahora, ayúdame a salir — dijo por fin Dimas.

Y ocurrió que era más ancho de caderas que la boca de la tinaja. El campesino se lo había dicho, pero él, rabioso, no le había oído. Ahora, a pesar de todas sus contorsiones, no había manera de salir. Y el campesino, en vez de ayudarle, se reía a carcajadas. Dimas se hallaba preso, preso en la tinaja restaurada por sus cuidados y que ahora (imposible hacerlo de otra manera) era necesario romper de nuevo, sin remedio esta vez.

Los gritos y las risas atrajeron a don Lolo. Dimas, en la tinaja, se descoyuntaba como un gato rabioso.

— ¡Déjeme salir! — bramaba. — Quiero salir. ¡Vengan a ayudarme!

Al principio, Don Lolo quedó como aturdido; no creía a sus ojos:

— Pero ¿cómo? ¿Adentro? ¿Se ha pegado adentro?

Se acercó a la tinaja y gritó al viejo:

— ¿Ayudarte? ¿Qué puedo hacer yo? ¡Viejo imbécil! ¿Cómo ha sido eso? Vamos, intenta salir; saca un brazo, así, no, más abajo... Pero, ¿cómo has podido? ¿Y mi tinaja ahora?... ¡Calma, calma! — recomendaba en torno suyo, como si fuesen los otros los expuestos a perder su sangre fría. La cabeza me arde. ¡Calma! El caso es inaudito. ¡Mi mula!

Golpeó la tinaja con los dedos; era verdad que sonaba como una campana.

— Está bien, como nueva. Espera — le dijo al prisionero. — Anda a ensillar la mula — ordenó al campesino, y rascándose la cabeza con ambas manos, continuó murmurando para sí mismo: — ¡Qué cosas me suceden a mí! Eso no es una tinaja sino un instrumento del diablo. No te muevas, no te muevas, — y se precipitó para sostener la tinaja, en la cual Dimas, furibundo, se agitaba como una fiera cogida en la trampa.

— Un caso nuevo, un caso nuevo, que el abogado deberá resolver. No tengo confianza. ¡La mula, la mula! Voy y vuelvo; ten un poco de paciencia; es lo

que te conviene. Entretanto, calma. No defiendo sino lo que es mío. Ante todo, para salvaguardar mis derechos, hago lo que debo. Ve, te pago el trabajo y te pago el día. Tres liras, ¿está bien?

—Yo no quiero nada,—gritaba Dimas—quiero salir.

Y saldrás, pero mientras tanto, te pago. Ahí están las tres liras.

Las sacó del bolsillo del chaleco y las tiró a la tinaja. Después preguntó con interés:

— ¿Has almorzado? Pan y alguna cosa más, en seguida. ¿No quieres? Dénselo a los perros; me basta con habértelo ofrecido.

Ordenó que le diesen de comer; montó y se alejó al galope hacia la ciudad. Las gentes que le vieron pasar creyeron seguramente que iba él mismo a hacerse encerrar en el asilo, tanto y tan extrañamente gesticulaba.

III

Felizmente no tuvo que hacer antesala en casa del abogado; pero le fué preciso esperar un buen rato que acabase de reirse después de oír su relato.

— No es cosa para reir, doctor. Bien se ve que la tinaja no es suya.

Pero el abogado seguía riéndose y quería que le repitiese cómo había ocurrido la cosa, para empezar de nuevo con las carcajadas. «Dentro de la tinaja, ¿eh? Se había pegado a la tinaja. Y él, don Lolo, ¿qué quería? Conservarlo dentro... ¡Ji, ji, ji!... para no perder la tinaja».

— ¿Cómo? ¿Voy a perder la tinaja? — preguntó Zirafa, con los puños apretados. — El perjuicio y el ridículo...

— ¿Pero sabe usted cómo se llama lo que ha hecho usted? — le preguntó por fin el abogado. — Sencillamente, un secuestro de persona.

— ¿Secuestro?... ¿Y quién lo ha secuestrado? — exclamó Zirafa. — Se ha secuestrado él mismo. ¿Es culpa mía?

El abogado le explicó entonces los dos aspectos de la cuestión: por uno, don Lolo debía poner inmediatamente a su prisionero en libertad, para no tener que responder de un secuestro de persona; del otro, Dimas era responsable del daño causado por su incapacidad o por su aturdimiento.

— ¡Ah, — exclamó Zirafa, tranquilizado — tiene que pagarme la tinaja!

— ¡Poco a poco! No como si fuese nueva, naturalmente.

— Pero, ¿por qué?

— Porque estaba rota.

— ¿Rota? No, señor: ahora está en buen estado, vale más que antes, lo ha dicho el mismo Dimas. Y si ahora hay que romperla, ya no podrá componerse. Una tinaja perdida, señor doctor.

El abogado le aseguró que se tendría en cuenta el detalle; se haría pagar a Dimas el precio actual de la tinaja, compuesta.

— No sería malo — agregó — que el mismo Dimas la valuara antes.

— Le beso las manos — le replicó don Lolo, retirándose.

A su regreso por la tarde, encontró que los campesinos estaban de fiesta en torno de la tinaja habitada. El mastín, saltando y ladrando, participaba también de la alegría general. Y Dimas, no solamente estaba tranquilo, sino que le había tomado gusto a su curiosa aventura y se reía de ella con la mala alegría de las gentes tristes.

Zirafa apartó a todo el mundo y se acercó a la tinaja.

— Muy bien; al fresco — respondió Dimas. — Estoy mejor que en mi casa.

— ¡Ah! ¿Te hallas bien?

— Mucho me alegro. Sin embargo, te hago saber que esta tinaja me costó, nueva; cincuenta liras. ¿Cuánto crees que puede valer ahora?

— ¿Conmigo adentro?

Los campesinos se desternillaban de risa.

— ¡Silencio! — gritó don Lolo. — Una de dos: o tu cola es buena, o no vale nada. Si no vale nada, eres un pícaro; si es buena, la tinaja pegada con tu cola, debe valer algo. ¿Cuánto? Dilo tú mismo.

Dimas reflexionó un instante y dijo:

— Contesto: si me hubiese usted dejado arreglarla con mi cola solamente, como yo quería, no habría tenido para qué meterme dentro y no habría pasado nada, y luego la tinaja habría tenido más o menos el mismo valor que antes. Pero con esos horribles puntos de alambre, que no podía poner sino metiéndome dentro, ¿qué puede valer? Más o menos, la tercera parte de lo que valía nueva.

— ¿La tercera parte? — preguntó Zirafa. — Diez y seis liras.

— Quizás menos; seguramente no más.

— Bueno, me debes diez y seis liras.

— ¿Qué? — preguntó Dimas, como si no hubiese entendido.

— Voy a romper la tinaja para hacerte salir — respondió don Lolo — y el abogado dice que tú debes pagármela en lo que vale: diez y seis liras.

— ¿Pagar yo? — replicó burlonamente Dimas. — El señor se quiere reir. Si no quiero otra cosa que hacer huesos viejos en esta tinaja.

Y después de extraer trabajosamente del bolsillo una pequeña pipa muy curtida, la encendió y se puso a fumar.

Don Lolo se quedó perplejo. Ni él ni el abogado habían previsto que Dimas no quisiese salir de la tinaja. ¿Y qué hacer entonces? Estuvo a punto de pedir de nuevo la mula; pero se contuvo, pensando que era demasiado tarde.

— Cómo, — dijo — ¿quieres domiciliarte en mi tinaja? Todos ustedes son testigos; no quiere salir por no pagarla; pero yo estoy listo para romperla. Mañana le demandaré por habitación abusiva y porque me impide gozar de mi tinaja.

Dimas sopló otro hilo de humo y contestó sin emocionarse.

— No señor; yo no quiero privarle de nada. ¿Acaso me quedo aquí por mi gusto? Hágame salir y me iré encantado, pero pagar... ni en sueños, señor.

Don Lolo, en un arranque de rabia, levantó el pie sobre la tinaja; pero se contuvo: la tomó con ambas manos y la sacudió violentamente.

— ¿Ve como la cola es buena? — le dijo Dimas.

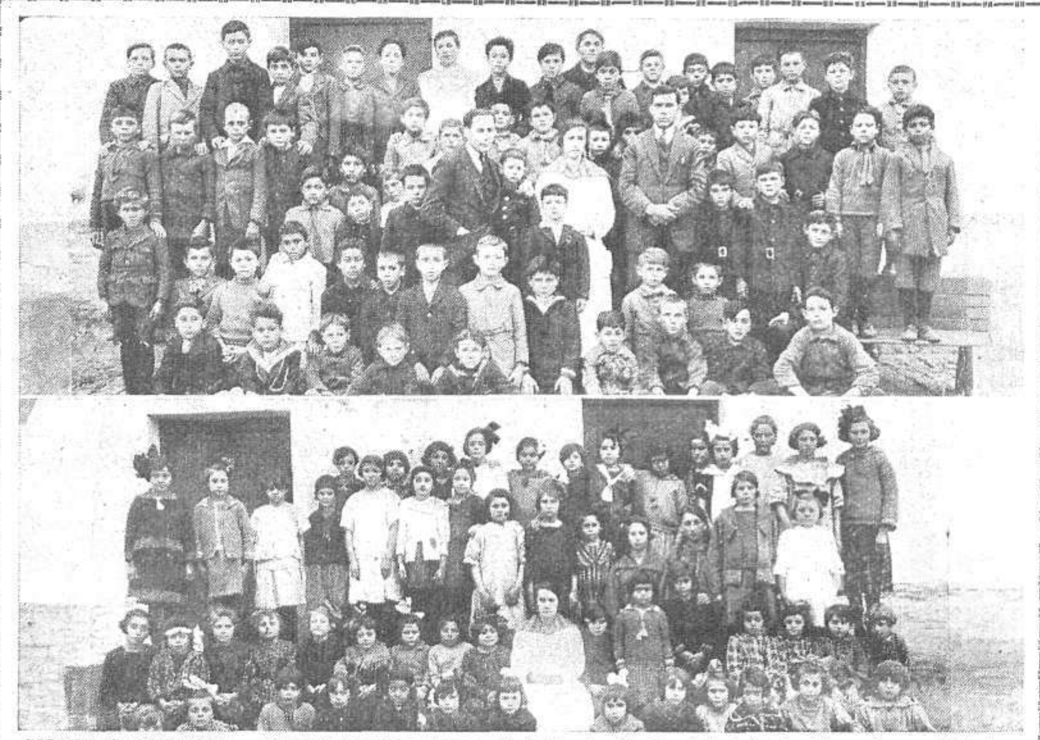
— ¡Racimo de horca! — rugió don Lolo. — ¿Quién es causa de esta desgracia, tú o yo? ¡Y soy yo quien debe pagar! Y bien, revienta de hambre en tu tinaja. Ya veremos cuál de los dos acaba por vencer.

Y se fué, olvidando las tres liras que en la mañana había tirado a la tinaja. Dimas las empleó en el acto en festejar a los campesinos que ya no tenían tiempo para regresar a sus casas y se quedaban a pasar la noche al aire libre. Uno de ellos fué a buscar de comer y beber a una taberna vecina. Como si fuese de propósito, había una luna tan hermosa, que se veía como si fuese de día.

Don Lolo fué despertado por un bullicio infernal. Corrió a su balcón y vió a la luz de la luna una ronda de demonios: los campesinos, borrachos, tomados de las manos, danzaban en torno de la tinaja. Y adentro, Dimas cantaba a voz en cuello. Esta vez, don Lolo no pudo más; se lanzó como un toro furioso, y antes de que alguien pudiese detenerlo, dió un empujón violento a la tinaja, que rodó por la pendiente abajo, en medio de las risas de los borrachos, y fué a romperse contra un olivo.

Dimas había vencido.

TRADUCCIÓN DE H. A.



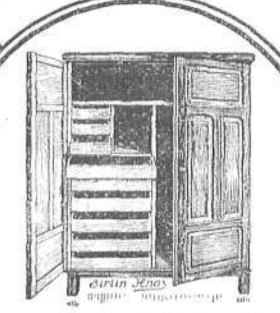
COLONIA PROVIDENCIA. — Personal docente y alumnos de la Escuela Fiscal y Colegio Provincial que fueron felicitados por el Inspector Escolar durante su reciente visita.

Sirlin Hnos Muebles

CORRIENTES 1172-80 BsAs.

En nuestros grandes almacenes de muebles encontrará Vd. todo cuanto de útil y elegante se ha creado hasta hoy para adorno y confort del hogar. **POR EDIFICACION DE NUESTRO NUEVO EDIFICIO** y falta de espacio, vendemos a precios por demás convenientes.

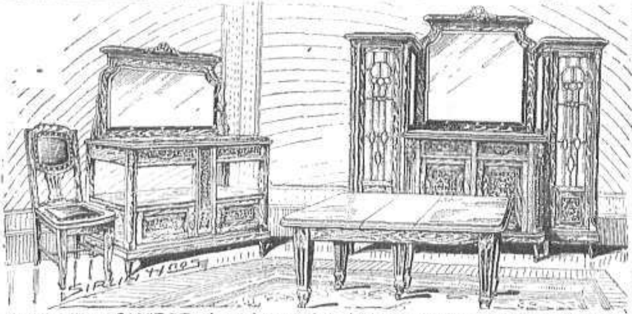
VISITENOS



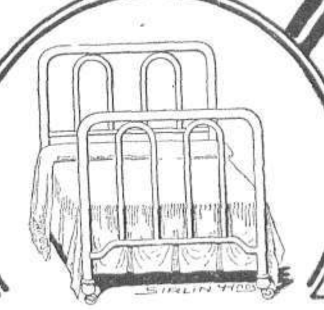
GUARDARROPA, *mod. ideal, construído* en imitación roble, cedro, caoba o nogal patinado, herrajes de bronce, rebajado a .... $ **130.-**



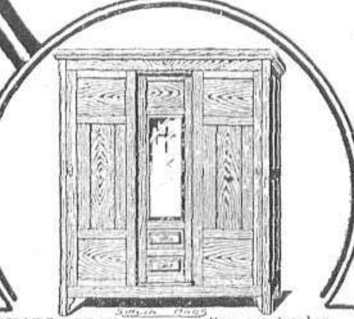
JUEGO DE DORMITORIO 3 cuerpos, gran formato, roble macizo, lustre claro *u obscuro, finamente tallado bajo relieve, lunas biseladas*, herrajes de bronce, mármoles seleccionados; compuesto de: 1 ropero, 1 cómoda «toilette», 1 cama 2 plazas, elástico patentado, 2 mesas de luz con espejo y 1 toallero... $ **485.-**



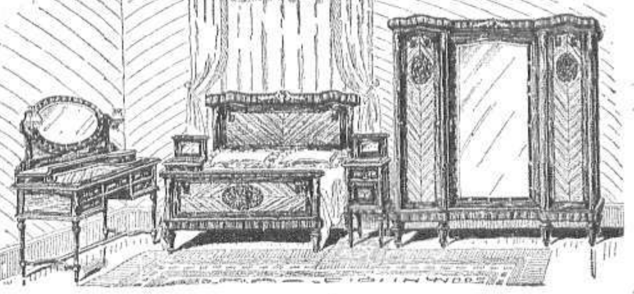
JUEGO DE COMEDOR, de cedro caoba, decorado con marquetería de raíz, y fileteado en palo de rosa, lustre a muñeca, espejos y cristales Saint Gobain, mármoles "Breche Violette", herrajes, aplicaciones y "vitraux" de bronce; compuesto de: 1 aparador amplias vitrinas laterales, 1 trinchante, *6 sillas cuero búfalo y mesa con tabla de extensión*, a.. $ **625.—**



CAMA DE HIERRO, esmaltada al «laqué», armada con elástico Imperial reforzado a doble tejido, con estiradores; 2 plazas, $ 45; *1½ plazas, $ 35, y 1 plaza*, pesos **25.-**



GUARDARROPA, de nogalina maciza, lustre imitación roble, *puertas corredizas* sobre rieles, luna biselada, herraj. bronce alto 215 cmts, ancho 143 cmts. Precio de gran reclame.... $ **95.-**



JUEGO de DORMITORIO, de cedro caoba, finamente decorado con marquetería y fileteado en palo de rosa, lustre a muñeca, aplicaciones de bronce cincelado y lunas Saint Gobain biseladas; compuesto de: 1 ropero, mt. 1:60, cuerpo central entrante o saliente, 1 "toilette" tapa fileteada, cama matrimonial, elástico reforzado, 2 mesas luz con espejo, 2 sillas $ **630.-**

PEDIDOS del INTERIOR
Los pedidos que recibimos por carta merecen toda nuestra atención y los atendemos con la misma preferencia como si nos fueran hechos personalmente.

Catálogos
Gral de Muebles ed Nº 9
Juegos de Mimbre " " 3
Camas de Hierro " " 1

PEDIDOS de CATALOGO
Al solicitar catálogo, rogamos mencionen el artículo que se desee, a fin de remitirle el catálogo correspondiente.

De Córdoba

RIO CUARTO. — La locomotora N.° 132 del F. C. C. A. que remolcó el tren que condujo a S. A. R. el Príncipe de Piamonte durante su visita a esta provincia.

NO ES PAGANDO CARO QUE USTED COMPRARA MEJOR:

Adquiera instrumentos de las renombradas marcas "AMERICA" y "PIEMONTE" y tendrá la seguridad de obtener lo más perfecto a los precios más reducidos.

LEA NUESTRAS OFERTAS ESPECIALES:

Guitarras AMERICA

las más famosas por su sonoridad y construcción artística.

N.° 3013. — Muy buena **Guitarra** de voces inmejorables, construida con maderas bien estacionadas... $ **14.-**

N.° 3015. — **Guitarra** *construída en madera extrafina* de nogal, cenefa alrededor de la tapa armónica y mosaico en la boca y cabeza........................ $ **19.-**

N.° 3004. — **Preciosa Guitarra** «BOCA DE ESTRELLA», construida en maderas especialmente elegidas. Doble filete alrededor de la tapa armónica.......... $ **30.-**

N.° 3005. — **Regia Guitarra VALENCIANA** legítima, en madera extrafina de los Pirineos, tapa armónica en abeto de los Alpes.......................... $ **39.-**

Con cada guitarra regalamos el método para aprender sin maestro. — El embalaje es gratis.

Cualquiera de estas guitarras puede llevar clavijero mecánico *aumentando su precio en* $ 3.—

Otros modelos de Guitarras Nacionales y Españolas, desde $ 12.— hasta $ 500.—

Solicite catálogo ilustrado N.° 23 enviando $ 0.20 en estampillas.

VIOLINES MODELOS de AUTENTICOS "STRADIVARIUS"

N.° 4100. — **Violín de Estudio**, barniz sombreado. Precio con arco y pez........................ $ **25.-**

N.° 4100 bis. — **Violín de Estudio**, terminación esmerada. Precio con estuche, arco y pez........ $ **33.-**

N.° 4101 bis. — **Violín tipo Conservatorio**, buen barniz ligeramente sombreado. Precio con estuche, arco y pez .... $ **38.-**

N.° 4102 bis. — **Muy buen Violín**, acabado perfecto. Precio con estuche, arco y pez................ $ **45.50**

N.° 4103 bis. — **Rico Violín**, lustre brillante. Voces melodiosas. Precio con sólido estuche, arco y pez $ **53.-**

N.° 4104 bis. — **Precioso Violín**, muy especial, barniz fino. Precio con elegante estuche, arco y pez.... $ **65.-**

Otros modelos hasta $ **2.500.** Solicite catálogo ilustrado N.° 24 enviándonos $ 0.20 en estampillas.

MANDOLINES "AMERICA"

MODELOS DE CATANIA (ITALIA)
Son los preferidos por su sonoridad y elegancia.

N.° 5613. — **Precioso Mandolín**, clase muy buena, voces melodiosas, escudo calado, filete alrededor de la tapa armonica, finas incrustaciones de nácar en la boca, lira imitación carey, clavijero mecánico. Precio, con método para aprender sin maestro............. $ **24.-**

Otros modelos desde $ 11.— hasta $ 400.—
Solicite catálogo N.° 25.

MAESTROPIANO

El piano moderno que reune en sí dos instrumentos perfectos, o sea un piano de primera clase para el estudio y ejecución, y un piano automático en el cual pueden deleitarse interpretando los mejores trozos clásicos y populares las personas que no han estudiado música.

Ofrecemos cinco modelos a $ 3.500.—, 2.500.—, 2.400.—, 2.200.— y....$.. **2.000.-**

ACORDAMOS FACILIDADES DE PAGO

Solicite catálogo N.° 31 de Maestropianos y Rollos de 88 notas.

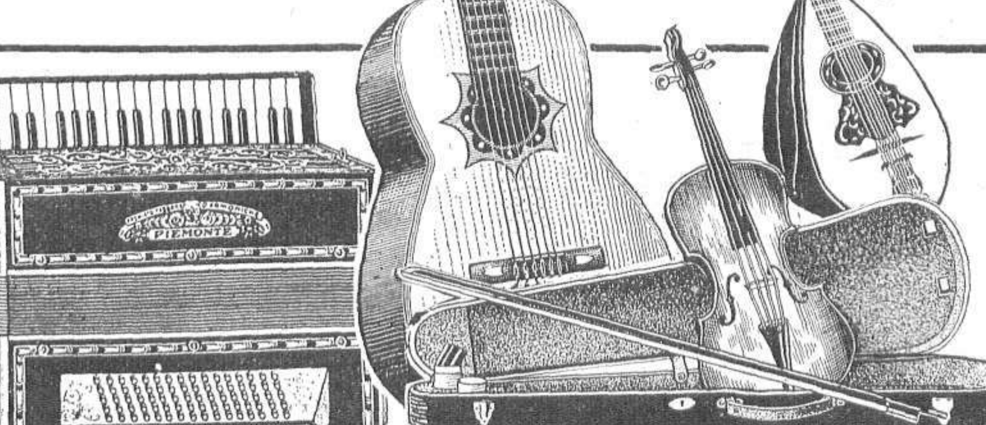
Acordeones PIEMONTE

Ofrecemos el más grandioso surtido en los tipos a **PIANO, SEMITONADOS, CROMATICOS Y DIATONICOS.**

Solicite catálogo ilustrado N.° 26 enviando pesos 0.20 en estampillas.

POR SOLO $ **21.-**

remitimos con embalaje gratis y método fácil para aprender sin maestro un hermoso **ACORDEON** de 8 bajos y 19 voces de construcción perfecta y sonido fuerte y armonioso.



CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

Avenida de Mayo, 979.
BUENOS AIRES

NO TENEMOS SUCURSALES
NO CERRAMOS LOS SABADOS

DIPLOMACIA



E había ordenado que la ejecución se verificase en el jardín del *yashiki*. Y el reo fué conducido allí, haciéndole arrodillarse en un espacio lleno de arena y cruzado por una gran fila de *tobi-ishi*, guardacantones, como los que aún pueden verse en los paisajes floridos del Japón. Ataron sus brazos a la espalda. Los sirvientes trajeron varios cubos de agua y sacos llenos de guijarros, colocándolos en torno del reo, quien de tal forma quedó acuñado, que le era imposible moverse. Llegó el señor, y observó los preparativos, hallándolos satisfactorios, por lo que no hizo objeción alguna.

De súbito, el sentenciado empezó a gritar:

—¡Honorable señor!: la falta por la cual me condenasteis no la cometí a sabiendas. Solamente mi gran estupidez es la culpable de esa falta. Como yo he nacido estúpido por razón de mi Karma, no puedo evitar el cometer equivocaciones. Pero el matar a un hombre por ser estúpido es un grave error, y este error debe repararse a tiempo. Y tan seguro como estoy de que ahora me vais a matar, lo estoy de que mi muerte será vengada. El resentimiento que provocáis traerá la venganza. Y por una injusticia se devolverá otra injusticia, y por un daño, otro daño...

Si alguna persona es muerta en el instante de hallarse poseída de un gran resentimiento, el espíritu de la persona ejecutada bajo estas condiciones puede fácilmente tomar venganza sobre el matador... Esto no lo ignoraba el samurai. Mas, con mucha gentileza y amabilidad, respondió:

—Te permitimos que nos asustes cuanto quieras, si esto te agrada... Después, te mataremos. Pero es difícil creer que intentes lo que dices. ¿Puedes probar a darnos una muestra de tu gran resentimiento luego que tu cabeza haya sido cortada?...

—¡Sí! —contestó el reo.

—Muy bien —dijo el samurai, arrastrando su larga espada. —Ahora voy a separar tu cabeza de tu cuerpo. Enfrente de ti hay un guardacantón. Cuando tu cabeza esté suelta, prueba a morder la piedra... Si tu colérico espíritu te ayuda a hacer eso, quizá alguno de nosotros quede aterrado...

—¡La morderé, la morderé, la morderé!—gritó con desesperación el pobre reo.

Hubo un relámpago, un silbido, un golpe seco, y el cuerpo del sentenciado cayó sobre los talegos de guijarros. Del cuello le brotaron dos grandes chorros de sangre y la cabeza rodó por el suelo. Y rodó, con lentitud, hacia el guardacantón. Al llegar a él, y de repente, saltó sobre la piedra, y aferrándose al extremo superior se adhirió a él durante un momento; después se despegó, y cayó inerte.

Nadie habló; pero los partidarios del samurai contemplaron con espanto a su señor. Este permaneció impasible. Se limitó a entregar su espada al que estaba más próximo, el cual, trayendo unos cubos de agua, echó varios sobre ella y la limpió cuidadosamente con hojas de papel fino...

Y así terminó la parte ceremonial de este suceso.

Desde entonces, y durante muchos meses, toda la servidumbre del samurai vivía en terror continuo, creyendo todos, guerreros y domésticos, que iban a recibir de un momento a otro la aparición del espíritu. Ninguno de ellos dudaba de que al fin llegaría la venganza anunciada, y su constante pavura les hacía ver y oir cosas que ni se veían ni existían. Se espantaban del sonido de los vientos y del silbar de los bambúes. Hasta se asustaban de las sombras que se movían en los jardines... Un día, después de celebrar una reunión entre ellos, decidieron pedir al señor que estableciera un servicio de *Ségaki* para aplacar al vengativo espíritu del muerto...

—Es completamente innecesario —contestó el samurai, cuando el jefe de sus partidarios le explicó el anhelo general. —Comprendo que el deseo de venganza de un moribundo puede ser una causa de terror. Pero en esta ocasión nada hay que temer.

El subordinado miró interrogativamente a su señor; pero no se atrevía a preguntar la razón de tan alarmante confianza.

—¡Oh! La razón es bastante sencilla —dijo el samurai al adivinar la duda que encerraba el silencio de su partidario. —Solamente es peligrosa la *última* intención de un moribundo, y cuando yo le desafié a darme una prueba de su cólera le desvié de toda otra venganza, porque *murió pensando en morder la piedra*, y esta intención sí pudo cumplirla; pero como fué la *última*, después ya no podía pasar más... El resto tuvo que olvidarlo...

Por lo tanto, no debéis sentir zozobra alguna sobre este asunto, pues se *terminó* entonces...

Y efectivamente fué así, porque el muerto no dió más pesadumbre. Nada, en absoluto, sucedió.

LAFCADIO HEARN



ha conseguido los perfumes de frescor tenaz y exhalación ondulante, que subyugan y penetran de manera persistente.

LOCION y EXTRACTO

IMPORTANTE: Cada caja de polvos MYRURGIA marca
GOYESCA
contiene un delicado obsequio.

DEPOSITARIOS:
GONZALEZ, GARCIA y Cía.
ALSINA, 1056-58 - Bs. AIRES

De Córdoba



HERNANDO. — Carro alegórico que encabezó la manifestación organizada por las colectividades italiana y española festejando la confraternidad de ambas patrias.

LOS JUDÍOS Y LOS BOLCHEVIQUES

Se ha publicado una estadística de la proporción en que las nacionalidades entran en la composición de la administración bolchevista en 1921.

De 503 altos funcionarios del Estado en Rusia, 406 son judíos; 24 solamente son rusos. Hay también 34 letones, 12 alemanes, 12 armenios y tres finlandeses.

La opinión pública informada por 41 periodistas, de los cuales 40 son judíos y el 41 es Máximo Gorki, que, según algunos merece serlo.

El consejo de comisarios del pueblo consta de 24 miembros, de los cuales 17 son judíos.

La comisaría del Interior, dirigida por el judío Appelbaum, más conocido con el nombre de Zinowief, comprende 64 miembros, de los cuales son rusos dos, 11 letones, tres armenios, dos alemanes y un polaco.

En la comisaría de Negocios Extranjeros, dirigida por Tchicherine, y que él solo representa al elemento ruso, hay 19 judíos, un armenio, un alemán y un polaco.

La comisaría de Justicia, con Trotsky, la forman 18 judíos y un armenio.

En Instrución Pública hay dos rusos y 44 judíos.





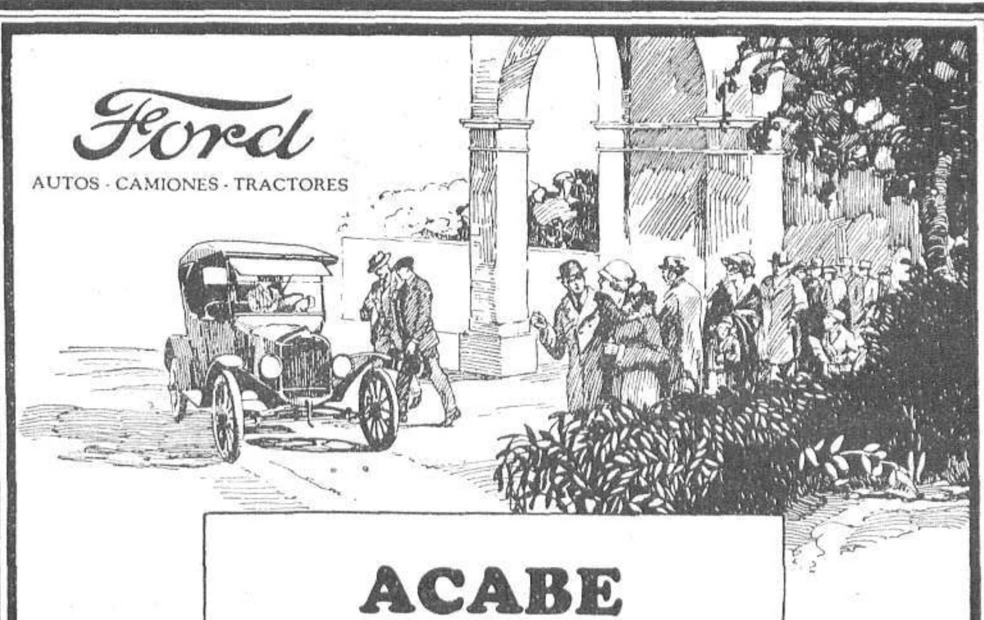
Aspecto de la sala del Teatro Novedades durante la asamblea universitaria realizada en pro de la reforma.

El Rector interino, doctor Clemente Lazcano.

La policía haciendo "circular" a un grupo de estudiantes.



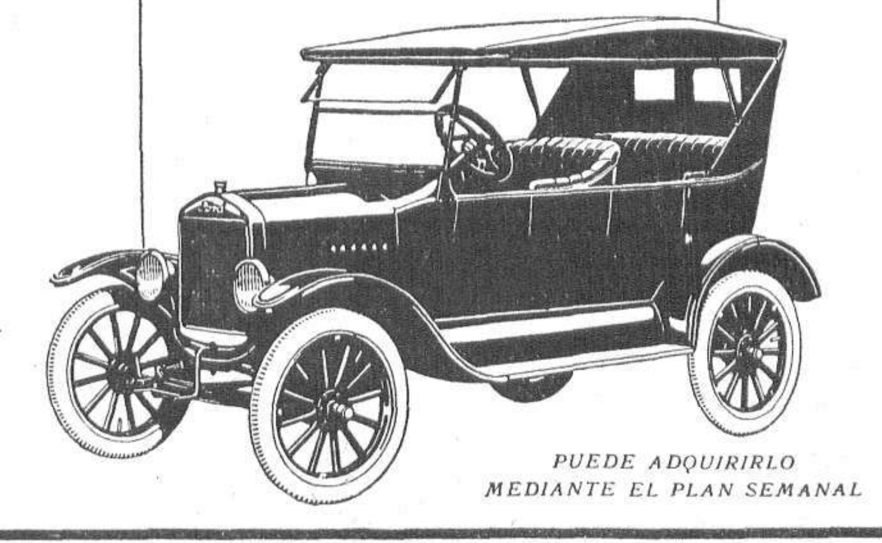




ACABE CON LOS HORARIOS

Ud. está obligado a esperar o a correr para tomar el tren o el tranvía, que sale lo mismo aunque Ud. no lo alcance. Si Ud. logra tomarlo, va colgado o apretado. Compre un Ford y acabe con todas esas molestias. — Imponga Ud. su horario. Vaya donde se le ocurra. Vuelva a la hora que quiera. Viaje con comodidad y rapidez hasta la misma puerta de su casa. — Ud. es ahora esclavo de la distancia y del tiempo. Ponga el tiempo y la distancia bajo sus órdenes.

Compre un Ford.



PUEDE ADQUIRIRLO MEDIANTE EL PLAN SEMANAL



SER madre es un sublime entretenimiento; mi hijo ha hecho que olvide todo el ayer. Paso las horas tan dulcemente en su compañía, que me pregunto cómo es posible belleza y entretenimiento, fuera de su presencia. Está tan ligado a mí ese ser, pequeño y débil, está tan identificado a *mi manera* de sentir, a mi manera de *ahora*, que me asombro si me preguntan: ¿Cuántos meses tiene? ¡Como si sería posible que mi hijo no hubiese vivido en mi pasado, a tal punto llena mi memoria toda!

Y a veces, recordando hechos *que fueron*, me sorprendo preguntándome. Yo era niña en aquella ocasión, recuerdo a todos los que cruzaron mi vida, pero mi nene, ¿dónde estaba? Porque hallo imposible que nada de mi pasado, pueda haber sucedido, sin estar ligado a él.

No soy de esas madres a quienes ciega la pasión, temo parecer la *lechuza* de La Fontaine, pero es imposible no reconocer que mi hijito no tiene rival.

Posee un jopo tupidísimo; ha echado ya dos dientes, lo que es mucho para cinco meses; da bofetones muy diestros y tira de los grises bigotes de su abuelo, como aventurando una opinión estética.

Y se me parece de una manera sorprendente.

Sus ojos son alargados, su color gris de ahora, ha de convertirse en el color azul de los míos; la boca *finita*, pequeña y de *muy* buen dibujo, típica de mi familia, la cabeza redondita y con una pequeña depresión occipital como la de papá y hasta en un muslo, idéntico lunar al que veo en mi brazo.

Del padre ha tomado la sonrisa burlona y la mirada enérgica.

Cuando se ríe se le forman dos hoyuelos, como a mí.

Papá y mamá *dicen* que es *mi* retrato de cuando yo era bebé.

Es indudable que mi nene no resulta un rorro vulgar; y *yo* amo en él a la vida que me permitió saberlo y a mi esposo que háme dado la dicha de ser madre de un tan admirable hijo.

La mamá.



LA MAMÁ. — Y SE ME PARECE DE UNA MANERA SORPRENDENTE.

MI LÓGICA ANALÍTICA

QUIERO a mi hijo, desde el momento en que lo vi sonreír. Nuestra primera entrevista no fué favorable para él; sólo recuerdo de ese momento un cuerpecillo congestionado del que me llamó la atención lo abombado del pecho, la madre absorbía, en esa primera unión de nuestra trilogía, toda mi atención. Al pasar los días, admiraba más a esa mujercita, casi una niña, que tan valerosamente supo ser madre y que tan sabiamente cuidaba y daba vida a su hijo. Y le agradecía a ese *montoncillo* de carne, el milagro de tornar en mujer a una muñeca.

Aprendí por él a amar más suavemente; es mi cariño de hoy a la novia del pasado, un respeto dulce y un suave agradecimiento. La pasión se ha hecho culto.

Una noche, al *mirar* en *su* cuna a mi hijito, tendría el nene tres meses, sonrió: Ni aun siendo padre, es posible explicar lo que sentí, pero basta ser padre para comprenderlo. Mi corazón apresuró sus latidos, nublóse mi vista, quizá se humedecieron mis ojos. Tras aquella confusa carita, en que las facciones no habían concluido *aún su gesta*, alentaba ya el germen de un espíritu; un hondo sentimiento de ternura nació al calor de esa sonrisa y anidó en mí para siempre. Y es que bien observado, el nene resulta magno; lo declaro así, «malgré» el saber que todo padre exagera.

Y se me parece de una manera sorprendente.

Sus ojos son grandes, redondos y aunque ahora *parecen grises, han de volverse, seguramente*, obscuros como los míos. La boca, aunque algo incorrecta en su dibujo, tiene los labios carnosos y el rasgo de firmeza característico a mi familia; su cabecita, con muy poco cabello, tiene idéntica forma que la mía, hasta con parecida pequeña depresión en el occipital, y un lunar de su muslo es idéntica reproducción del que marca mi cuello.

Reconozco que *sonríe* tan dulcemente como la madre y que tiene su manera mimosa de mirar, aunque en la carita del nene se forme al reirse, las mismas arrugas que triangulan mi boca en la sonrisa.

Mi madre, experta abuela, declara que el nene es mi retrato infantil.

Innecesario creo agregar que mi hijo es extraordinario y por ello doy gracias al destino, que unió dos vidas para que así fuera.

El padre.



EL PADRE. — Y SE ME PARECE DE UNA MANERA SORPRENDENTE.

MUCHO me temo el ha-

ber nacido de un par de personas raras o extraviadas.

Mi espíritu, que recién ha de volver a renacer lentamente, pasados dos años y después de la parcial anulación en que lo suma el rápido cambio celular, se indigna contra la exageración de lo que oye.

Estéticamente, mi nueva morada no puede ser más deplorable, aunque entusiasmaría a un fisiólogo. Sabido es que en la transmigración se pierde la memoria casi totalmente, pero queda lo innato y lo atávico; en mí, por ejemplo, el amor a lo bello.

¿Y cómo he de amar esta cara, con unos ojos, grandes sí, pero inexpresivos, acuosos; esta naricilla que parece papel mascado; esta boca que suele hacerme abrir el hambre y que muestra en unas saharianas encías, el discutible oasis de dos dientes?

He de hacer constar que ese oasis es visitado por todos los visitantes de mis padres; éstos no deben ser personas dignas de fe, ya que su afirmación de que poseo dientes, no basta y me meten el dedo en la boca.

Mi cara sonríe sin mi permiso, no tengo aún el dominio de las facies, y a más estoy ocupado en hallar entre las células que se renuevan con facilidad pasmosa, el rincón para refugiarme en mi ostracismo intelectual de quién sabe cuántos años, si es que no me resuelvo a ser un niño prodigio. He nacido en una casa donde tienen una gata con una cría pequeña; ayer la gata reñía a su pequeño y le endilgaba esta reprimenda:

Mirriamiamiau; no sé cómo sales tan feo; pareces el crío de los amos.

Me divirtió notar que el gatito le afectaba mucho la suposición. Pero ese placer ha sido turbado por una solterona que frecuenta esta casa y que se extasía ante los cuatro pelos como estos que comienzan a brotar en lo que será mi cuero cabelludo.

Se necesita tener tupé para exclamar ante esa flora rala: ¡qué bella cabellera!

¡Ay! Conozco ya la calidad de los elogios; en cambio mi padre es tan cándido que ayer atendía a un hombrecillo que comenzó por elogiarme los pies para concluir pidiendo dinero.

No dejan de serme simpáticos mis padres de esta encarnación, lo reconozco, pero creo que tienen un gusto estético pervertido y una idea muy rara y vaga de la belleza.

EL ESPÍRITU DEL NENE. — ESTOY OCUPADO EN HALLAR ENTRE LAS CÉLULAS...

El espíritu del nene.

POR LA TIRADA INTERPRETATIVA

V. FERNÁNDEZ MÉNDEZ

DIBUJOS DE PARPAGNOLI

El Sembrador

Con su punta de acero la reja ha desflorado
de la tierra el misterio de su virginidad;
la entraña palpitante descubierta ha quedado
por la herida del surco.
Con grave majestad,
como un rudo oficiante de un culto ya olvidado,
brillando en su mirada fulgor de santidad,
el sembrador avanza...
Su paso acompasado
hace vibrar la tierra de voluptuosidad,
— la siente estremecerse bajo sus dura planta. —
La lluvia de semilla canción de vida canta...

Y yendo en su tarea de un surco al otro en pos,
su gesto es tan sublime, su ademán tan rotundo,
que en su amplitud evoca la creación de un mundo.

Es el gesto del hombre que se transforma en dios!

Luis Castelló

Tucumán

SUNCHALES: ECOS DE LA VISITA DE S. A. R. EL PRINCIPE DE SABOYA. — Señoritas Sara L. Villagrán, *Concepción y Ana D' Lella y el niño Armando F. Bonaly Luna* que, en representación de la Escuela Profesional de Mujeres, ofrecieron al Príncipe Humberto una hermosa canasta de flores, pronunciando el niño Bonaly Luna una poesía alusiva al acto.

¿Y QUÉ TAL?

Los hombres, que somos bastante sueltos de lengua, carecemos, sin embargo, la mayor de las veces, de "novedades".

No es raro que dejemos de vernos con un amigo una semana, un mes, un año. Y, a lo mejor, le crucemos al azar en la primera esquina.

Después de una de esas salutaciones escandalosas que solemos gastarnos, insinuamos la charla.

— ¡Hombre! ¡Felices los ojos que te ven!

Nuestro amigo permanece mudo y entonces cambiamos la expresión admirativa por una frase interrogante:

— ¿Qué tienes de nuevo?

— Nada, chico; la misma barca atravesando el río.

Y nuestro amigo no calla por egoísmo, no; realmente, a través de su vida no ha apuntado nada extraordinario. Para que el encuentro no resulte desabrido, lo bautizamos con una cervecita en la botillería más cercana.

Entre las mujeres ocurre diametralmente lo contrario. De tiendas en el Pasaje se encuentran muy de mañana dos chicas que apenas se vieron dos días antes.

— ¡Qué hay, chica! ¿Qué tienes de nuevo?

— ¿De nuevo? ¡Bah! ¡La mar de cosas! Y precipitadamente, en un desenfrenado galope lingüístico, se refieren el pleito de Mechita con su novio, el chisme de Lila, los padecimientos gastrálgicos de doña Clara y cambian impresiones acerca de lo bellas que son las telas venidas de París.

Sin embargo, al instante de la despedida, se dirán, irremediablemente:

— Bueno, chica; ¿cuándo vas por casa?

— Déjame ver si tengo tiempo mañana.

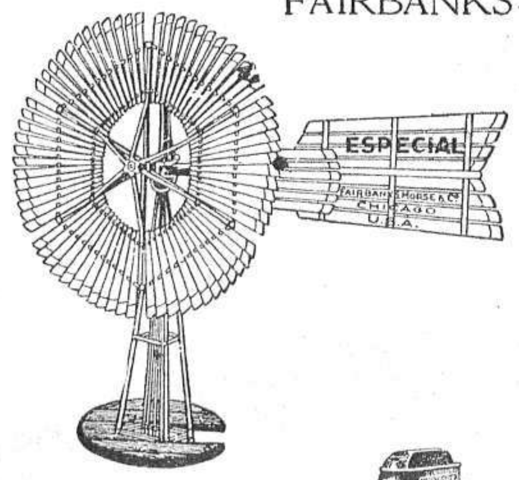
— Pero no dejes de ir... ¡Mira que tengo "muchas cosas" que decirte!

— ¡Dios mío! ¿Y de dónde sacarán las mujeres ese arsenal perenne de "novedades"?

MOLINOS A VIENTO
FAIRBANKS-MORSE "ESPECIAL"



SIN ENGRANAJES

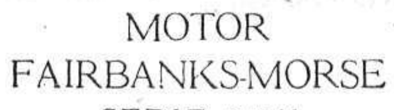


La mejor garantía de su duración y perfecto funcionamiento, la constituyen los molinos "ESPECIAL", que fueron instalados en el país hace más de 35 años y que funcionan actualmente.

DESNATADORAS
TUBULAR
"SHARPLES"
SIN DISCOS NI PLATILLOS

Por su sistema de succión, no pierden crema en el suero. Su costo, muy reducido, se recupera en poco tiempo con el mayor rendimiento de crema.

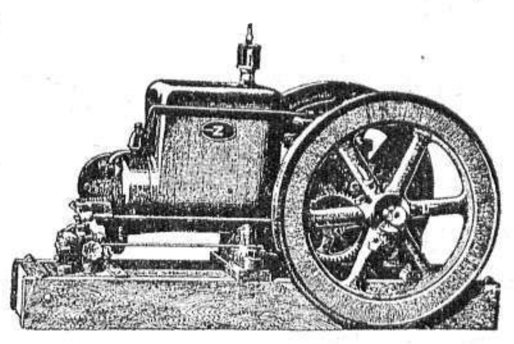
MOTOR



FAIRBANKS-MORSE
SERIE "Z"
CON MAGNETO "BOSCH"
A NAFTA O KEROSENE

Se recomienda especialmente para accionar desnatadoras, desgranadoras, bombas, equipos de luz, etc.

Tamaños disponibles de 1-½, 3, 6, 10 H. P.



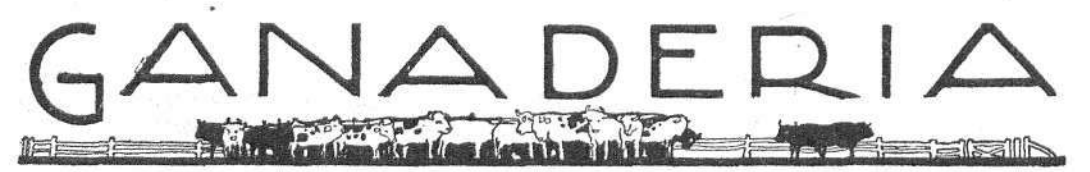
PIDAN CATALOGOS Y PRECIOS

HENRY W. PEABODY & Cía.
1746 - BARTOLOME MITRE - 1758 BUENOS AIRES

De Tucumán



Grupo de tiradores que resultaron premiados en el interesante torneo organizado por Tiro Suizo.



XIX EXPOSICION NACIONAL DE GANADERIA EN URUGUAY

CONCURRENCIA Y ENTUSIASMO - VENTAS FLOJAS

Un reciente censo levantado por el gobierno de la República hermana de Uruguay, demuestra claramente el desarrollo habido durante los cinco años últimos en las cantidades de hacienda existentes en el país, especialmente en materia de vacunos, y también en la cantidad y calidad de la lana. Estos hechos unidos al creciente interés, demostrado por el Gobierno Uruguayo durante los últimos años en lo que se refiere al progreso de la industria ganadera, deben haber contribuido considerablemente a que el público acudiera en gran número a la reciente exhibición anual inaugurada por la Asociación Rural de Uruguay en el Prado de Montevideo el 25 de agosto. Hacía mucho tiempo que no acudía una muchedumbre tal a recorrer las distintas secciones; fué, por lo tanto, un verdadero éxito social. El único aspecto frustrado de la Exposición de 1924, fué la indolencia demostrada por los criadores en general en las ventas, pues con pocas excepciones los precios alcanzados por los animales vendidos no coincidieron en manera alguna con la animación desplegada por el público concurrente. Es notable observar que la raza Hereford, que fué siempre la más popular y la más propia al clima y pasto del país, no estuvo este año muy numerosamente representada ni hubo gran número de animales sobresalientes. Sin embargo, vimos un número considerable de muy buenos reproductores.

Los campeones macho y hembra, fueron reservados por su criador, pero ello no fué una justificación razonable por el poco interés demostrado por los compradores para muchos de los buenos animales incluídos en las ventas. Los precios, en general, fueron muy bajos, teniendo que retirarse algunos buenos toros premiados porque las ofertas eran insuficientes a juicio de sus propietarios.

Por otra parte, el gran éxito de la venta por subasta pública de toros Hereford, importados, de pedigrée, se sostuvo algunos días anteriores a la exhibición: Trece ejemplares de propiedad de P. y G. Hughes, fueron vendidos con un término medio de $ 3.670 oro, y $ 17.300, $ 17.055, $ 13.899 y $ 12.670, como precios particulares. Estos precios debieron animar a los criadores uruguayos a esperar una buena competencia para la buena calidad de sus sementales; pero debo mencionar que muchas personas, al dar sus opiniones al autor, piensan que los campeones no incluídos en las ventas, disminuyen el éxito de las ventas en general.

En consideración al número y calidad de los Shorthorns, es interesante, para los defensores de esta raza, hacer notar que en ambas cosas, número y calidad, eran mucho superiores a lo que se vió en otras ocasiones, exceptuando, claro está, los años en que los criadores argentinos, participaron en la competencia de precios. Sin embargo, como en el caso de los Herefords, el gran campeón y otros ejemplares sobresalientes fueron reservados por sus criadores con el objeto de enviarlos a la exhibición internacional de Palermo; y en la opinión del autor, no es imposible que estos Shorthorns uruguayos se lleven algunos de los premios ofrecidos por la Sociedad Rural Argentina.

En algunos años anteriores, los jueces visitantes de Gran Bretaña, nombrados para Palermo, juzgaron en la Exposición Uruguaya, pero el arribo de este año, no coincidió con la fecha de la Exposición. Sin embargo, la Sociedad Rural Argentina, confió este trabajo a algunos expertos, y el ingeniero Pedro T. Pagés y el señor Francisco Imaz, fueron competentes y cuidadosos jurados en la sección de vacunos Shorthorn y Carlos Olivera y Francisco Imaz en la de los ovinos. En cada caso sus veredictos fueron dados a entera satisfacción de los exhibidores y el público. El señor Ricardo Quesada juzgó la raza Hereford, pero aunque también él trabajó cuidadosa y concienzudamente, algunos de sus veredictos no tuvieron la aprobación unánime.

Hablando de la Exposición en general, puede decirse que fué una de las organizadas con más éxito en la República hermana, y los campeones y ganadores de premios principales en todas las razas, reflejaron el crédito de los criadores y el progreso de la industria ganadera en aquella República.

El campeón Hereford fué un digno descendiente de un padre adquirido por José Elorza e hijo, en la última Exposición de Palermo, y además de ganar algunos premios especiales, formó en uno de los grupos que obtuvo la medalla de la Sociedad Rural Argentina y el premio conjunto. Los señores Elorza criaron y exhibieron también la campeona Hereford, y fueron los criadores de «Caras Blancas» de más éxito.

El macho campeón reservado fué criado por la estancia «La Concordia Lda.» y los mismos criadores ganaron otros premios con sus Herefords. La vaquillona campeona «junior» fué criada y expuesta por el señor Luis Puig, y el premio para las mejores tres hembras Herefords fué adjudicado a los señores C. H. Walcker y Cia., quien también exhibió el campeón macho «junior» y obtuvo, además, otros premios. Otros criadores de éxito en la sección Hereford fueron: Compañía Rural «Los Cerros», en San Juan de Cochico, Hilario Helguera (hijo), José Parietti, Felipe Morton, S. A. Cabaña y Estancias «La Victoria Lda,», y H. C. Cobham.

Como ya he dicho, la sección Shorthorn fué valiosa e interesante. La competencia fué mucho más acentuada que en ocasiones anteriores, y entre los ganadores de premios principales estaban: el doctor Alejandro Gallinal, Juan C. y Federico F. Vidiella, Luis F. Bares, Santos L. Uriostc e hijos, «La Concordia Lda.», estancia San Juan de Cochico, José Villamil y Casas, Luis J. Supervielle, y A. L. Urtubey. Los dos primeros criadores han sido siempre reconocidos como los más decididos defensores del colorado, blanco y rosillo en Uruguay; e indudablemente han gastado mucho dinero en rehacer sus rebaños. No era sorprendente, pues, que lo que exhibieron de sus ganados obtuvieran los más codiciados premios.

El campeón macho de los señores Vidiela, es un toro excepcionalmente bueno, poseedor de mucho carácter racial y masculino, de gran substancia, lomo derecho y ancho y espléndido costillar. Este toro concurrirá a Palermo. Los señores Vidiella exhibieron también el grupo campeón de machos, dos de los cuales son hijos del importado «Doune Majestic», por «Doune Monarch», un celebrado semental.

El doctor Gallinal tuvo el honor de exhibir el campeón macho «junior», un excelente colorado por el importado «Bridgebank Magnate», semental criado e importado por A. J. Marshall de la cabaña «Stranraer»; este mismo toro es el padre de la vaquillona campeona y de las tres vaquillonas que ganaron el premio conjunto, también del doctor Gallinal. La vaca campeona fué un ejemplar de mucho cuerpo, con espléndido carácter femenino y racial, criada asimismo por el doctor Gallinal, hija de «Cudham Max», toro seleccionado en Gran Bretaña e importado por el señor José Shepherd.

En la sección vacunos Aberdeen Angus, los únicos exhibidores fueron R. y P. Díaz, y a ellos se le acordó los campeonatos y otros premios por los hijos e hijas de los toros «Dandalcith Erule» y «Jerome of Wakefield».

En la sección ovinos, las únicas razas representadas fueron la Merino y la Romney Marsh con excelentes ejemplares. Los exhibidores de más éxito en la primera de las razas nombradas fueron José Elorza e hijos, y la viuda de Nozabal, y Eduardo C. Cobham en la Romney Marsh.

En la sección porcinos hubo solamente un número limitado de ejemplares, los mejores de los cuales fueron los de las raza Berkshire, Poland China y Middle White Yorkshire.

En la sección equinos la mayoría era de raza criolla.

Por último, hubo una excelente exposición de aves.

Guillermo St. Peters

EXPOSICION REAL DE INGLATERRA 1924

Del total de lanares exhibidos **93%**
fueron bañados con **"COOPER"**

Del total de los expositores de lanares **91%**
usaron **"COOPER"**

Del total de los lanares premiados **92%**
fueron bañados con **"COOPER"**

Demostrando, una vez más, la popularidad, siempre aumentada de **"Los Polvos de COOPER"**.

WILLIAM COOPER & NEPHEWS Ltd. — Maipú, 87 — Buenos Aires.

AHORA TODAS PUEDEN SER HERMOSAS

Aunque lo que antecede parezca, a simple vista, una quimérica ilusión, no es así si usted tiene la precaución de emplear la siguiente receta, cuya preparación está al alcance de todas las damas. Sólo se requiere mezclar en un pocillo la mitad del contenido de un frasco de Crema Lechuga con una cucharadita de tintura de benjuí. Hecha la mezcla, se aplica en el rostro, escote y manos al acostarse y al levantarse, pudiendo, si se quiere, ponerse en seguida los polvos de tocador.

Usando metódicamente esta receta, el cutis se torna deliciosamente terso y suave, quitando las arrugas, pecas y manchas si las hubiere.

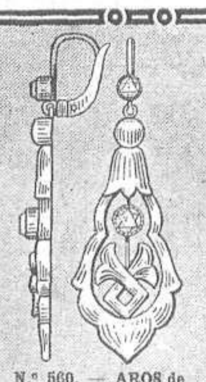


DESAGUADERO. — Vista del nuevo puente construído sobre el rio Desaguadero, importante obra que constituye un gran adelanto en la vialidad provincial.

LA PAZ. — El Gobernador, doctor W. Lencinas, rodeado por un núcleo de caracterizados vecinos y por los dos pobladores más ancianos de esta localidad, después del banquete que le fuera ofrecido durante su reciente visita.

ESPLENDIDA OFERTA PARA NOVIOS

UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS
de oro 18 kilates verdosos, de 6 gramos c/uno con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 kil. con 5 brillantitos, todo por sólo **$ 30.-**
El mismo juego, con el cintillo de oro 18 kilates, sellado, macizo, como reclame .... **$ 45.-**



N.º 560. — AROS de oro garantido, y brillantes químicos, rereclame, pesos **15.00**

N.º 559. — BONITOS aros, plata vieja, marquesitas y centro de color, a pesos **5.90**



PRECIO ESPECIAL

N.º 557. — BONITA pulsera de moaré fino con reloj forma de moda, plaqué de oro 18 k., máq. fina con 15 rubíes y gar. por 5 años **$35**

$ 45.-

$ 15-



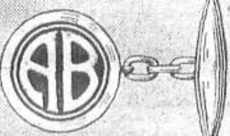
N.º 558. — BONITO prendedor enchapado en oro 18 kilates con 15 brillantitos químicos a........ $ **2.50**

N.º 556. — RELOJ 3 tapas, plaqué 18 K. inalterable, áncora, con 15 rubíes, garantía 5 años, con cadena y cortaplumas ench. en oro, pesos **45.00**

N.º 83. — CINTILLO ench. 18 k., *con símili.* $ **4.50**
De oro 18 k., $ 15.—

N.º 510.—PLATA 900 para señorita, con el nombre en esmalte, a $ **3.90**
De oro 18 kilates, macizo, a...... $ 16.—

N.º 561. — RELOJ con tres tapas de acero, máquina Suiza, garantido 3 años, con escudo de oro y monograma grabado...... $ **15.00**



N.º 550.— GEMELOS plata 900, con iniciales en esmalte, el par a............ $ **4.50**
DE ORO 18 k., a. $ 24.



PULSERA para señora o señorita, con cinta de moaré fino y de plata 900, con iniciales o nombre que se desee en esmalte........................ $ **5.—**
La misma, de oro 18 kilates, garantido .... $ 15.—



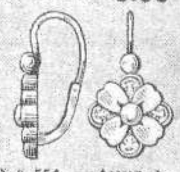
N.º 141. — PLATA 900 liso, con iniciales que se deseen en esmalte, a pesos **5.00**

N.º 555. — ABRIDORES de orejas, de oro 18 k., macizo, a presión, precio increíble, el par, a pesos **5.90**



¡OFERTA EXCEPCIONAL!

RELOJ de plata 900, máqu. Suiza, áncora, 15 rubíes, con pulsera de *gamuza fina, para cab.* $ **23.00**
EL MISMO enchapado en oro 18 kil., garantido 10 años. Precio nunca visto hasta ahora..... $ **25.00**
Con cada reloj regalamos un vidrio de repuesto.



N.º 554. — AROS de oro para señora, señorita, con perlitas, a.... $ **5.90**

N.º 548. — ANILLO de oro 18 k. fix, cincelado a mano con un brillante químico fino, $ **14.00**



N.º 136. — ANILLO de oro 18 Fix, pulido, liso, forma herradura, $ **11.00**

Los giros postales dirigirlos a nombre de P. SEITLER.

LA SUIZA AMERICANA
RELOJERIA P. SEITLER JOYERIA
BERNARDO DE IRIGOYEN 540, BUENOS AIRES

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a 2 centavos c u.

De San Luis



Diversos aspectos del homenaje popular tributado a la memoria del ilustre hijo de esta provincia, don Juan Crisóstomo Lafinur, el día del centenario de su muerte. En la plaza que lleva su nombre fué inaugurada una artística placa de bronce.

DELCO-LUZ

Es el equipo que ha adquirido el justo renombre de que hoy goza, debido a que los servicios que presta son constantes y duraderos por muchos años, por lo tanto, todo dueño de uno de estos equipos puede depositar en él la confianza más absoluta como lo comprueban más de 3.000 DELCO-LUZ en uso en la Argentina desde hace más de 7 años.

Todos los equipos DELCO-LUZ, son construídos con válvulas en la parte superior de la cabeza del cilindro, siendo su enfriamiento por aire. Su arranque es automático y se pone en acción con sólo apretar una palanquita. Una sola abertura para su alimentación. Funciona con kerosene o nafta.

El DELCO-LUZ no sólo le iluminará su casa de campo y demás dependencias, sino que también le suministrará energía eléctrica para hacer funcionar: frigoríficos, bombas para agua, desnatadoras, planchas, etc., etc.

Solicítenos folletos explicativos y la nómina de poseedores que enviamos gratis.

AGENTES EXCLUSIVOS:

Pratt & Cía.

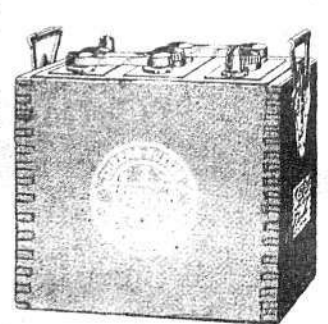
626, SARMIENTO, 636 — BUENOS AIRES

Maipú esq. Córdoba
ROSARIO

San Martín, 89
CORDOBA

Agentes en las principales localidades del interior.





GULISTAN O EL JARDIN DE LAS ROSAS

POR EL POETA PERSA SAADI

NOTICIAS BREVES SOBRE SU VIDA Y OBRA

POR EL EMIR EMIN ARSLAN

CUENTOS DE LOS REYES

Saadi es uno de los más grandes poetas del Oriente, y es uno de los raros cuya reputación ha atravesado la frontera de su país.

Sus famosos cuentos conocidos bajo el título de Gulistán, es decir, el jardín de las rosas, es lo más celebrado de su obra.

Gulistán fué traducido a casi todos los idiomas europeos, al latín, al francés, al alemán, al inglés, etc., etc. Pero no se conoce traducción alguna en lengua castellana — así me lo han asegurado muchos.

Debo decir, al pasar, que todas aquellas traducciones deben ser deficientes. Pues si es difícil poder traducir e interpretar fielmente las ideas y los sentimientos de un idioma a otro, aun de la misma raíz, es casi imposible hacerlo cuando los genios de los idiomas son completamente diferentes, como el latín y el oriental...

Así el Corán, por ejemplo, que es considerado en árabe como un modelo de elocuencia sublime, es completamente monótono y chato en cualquier traducción. Por consiguiente, los cuentos que van a leerse no son traducción literaria, malgrado haber dejado las hipérboles y el estilo figurado del autor.

Además, he hecho una doble selección de ellos. Muchos cuentos son tan sutiles, que resultan obscuros e incomprensibles en castellano, y otros no eran aptos para una revista selecta como CARAS Y CARETAS.

Hecha esta salvedad, diré una palabra sobre el autor.

Moslehedin Saadi nació en Chiraz (Persia) en el año 589 de la Hégira que corresponde al año 1193 de J. C.

Dicen que el nombre de Saadi le fué dado porque su padre estaba agregado al servicio del príncipe persa Saad Ben Zanghi.

Una vez que terminó sus estudios en el colegio fundado en Bagdad por Nizam-ul-Mulk, Saadi hizo su peregrinaje a la Meca.

Y a pesar de que el Corán dice que todo buen musulmán debe cumplir este acto de devoción una sola vez en su vida, se asegura que Saadi lo hizo cuatro veces, y siempre a pie...

Saadi consagró treinta años al estudio, otros treinta al viaje, y los últimos treinta a la vida de retiro y al ejercicio de la piedad y la devoción.

Saadi tenía sesenta años cuando escribió sus principales obras: "Bastan" que quiere decir en persa, turco y árabe, "jardín", y Gulistán, o el "jardín de las rosas", pues la palabra "Gul" quiere decir, en turco y persa, "rosa" y en árabe "nardo".

La piedad de Saadi le impulsó a hacer la guerra santa, "al Dgihad", contra los infieles.

Fué a combatir en las Indias y en el Asia Menor, cayó prisionero de los Cruzados, que le hicieron trabajar en la excavación de las trincheras ante la ciudad de Trípoli de Siria.

Un rico comerciante de Alepo pagó su rescate, y le casó después con su hija... Pero esta unión no fué feliz...

En los últimos años de su vida Saadi se retiró a un ermitaje, que se hizo edificar cerca de Chiraz, y donde vivió hasta el término de su vida.

Falleció en el año 691 de la Hégira (1295 de J. C.) a la edad de ciento dos años. Su cadáver fué inhumado en su misma ermita, y su tumba subsiste hasta nuestros días.

LOS HIJOS DE UN REY

Un rey tenía muchos hijos, todos ellos hermosos, salvo uno que era feo y pequeño...

Un día, su padre, en presencia de sus hermanos, lo miró con desdén y conmiseración.

El joven príncipe, hombre de espíritu y de inteligencia despierta, se percató de eso y le dijo:

«Oh, padre mío, un enano culto vale más que un gigante ignorante.

«No es por el volumen, sino por el valor que se debe juzgar las cosas...

«Sinaí es la montaña más pequeña, y, no obstante, sobre ella fué que Dios operó su más grande prodigio.

«No se debe desdeñar ni despreciar a nadie basándose solamente en su exterior, pues en el más pequeño manojo de arbustos se puede ocultar un león o un tigre.»

El rey sonrió, pero un odio violento se encendió en los corazones de sus hermanos.

Un día el rey fué atacado por un enemigo fuerte y poderoso. Cuando los dos ejércitos rivales estuvieron frente a frente, el joven y maltrecho príncipe se lanzó el primero, y de un golpe derribó al más valiente del ejército enemigo. Volvióse después inmediatamente hacia su padre, y, besándole los pies, le dijo:

— He aquí ante vuestra majestad este hijo que la naturaleza no favoreció, y que va a demostraros que el valor no es patrimonio de la hermosura de los hombres, y que en un día de batalla es más necesario un caballo vigoroso que un buey gordo.

Y volvió al combate.

Como el ejército enemigo era más numeroso, obligó a los soldados del rey a batirse en retirada.

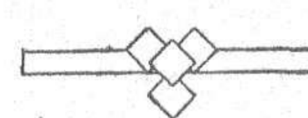
El joven y feo príncipe, entonces, se plantó delante de ellos y los arengó así:

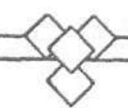
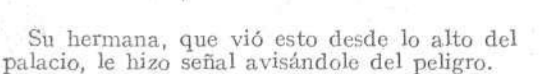
— Si ustedes son hombres de verdad, vuelvan a pelear conmigo, y no hagan creer al enemigo que son mujeres disfrazadas de hombres...

Animados por esta arenga, los soldados volvieron al combate y consiguieron la victoria.

El rey, entonces, besó cariñosamente la cabeza de su hijo, y le dió participación en el gobierno del imperio.

Sus hermanos, irritados contra esos favores, decidieron envenenarlo. Y un día colocaron en sus alimentos un veneno poderoso.



Su hermana, que vió esto desde lo alto del palacio, le hizo señal avisándole del peligro.

El, habiendo comprendido el riesgo, rechazó la comida, diciendo:

— Los hombres de corazón no deben dejar el camino libre a los cobardes, no permitirles tomar la delantera... pues aunque el águila deje de existir, los pájaros no irían jamás a ponerse bajo la protección de los mochuelos...

El rey, informado del complot, quiso castigar a los culpables, y los desterró a distintos lugares lejanos del país, con la esperanza de que los odios de sus hijos se apaciguaran con el alejamiento y la distancia.

Un sabio dijo: «diez pobres pueden vivir en un mismo lugar, pero dos reyes jamás pueden estar en un mismo país por más grande que sea; y un hombre caritativo, aunque no tenga más que un pedazo de pan, ofrece la mitad a su hermano pobre; pero cuando un rey se apodera de un país, no piensa en otra cosa que conquistar el país vecino»...

II

EL ESCLAVO Y EL VISIR

Un esclavo de Amro, que se había escapado, fué arrestado y traído ante el rey. El visir aconsejó ejecutarlo a fin de dar un ejemplo.

El esclavo, entonces, se arrodilló ante el rey y le dijo:

— Todo te lo es permitido. Tú eres poderoso, y nadie puede desobedecer tus órdenes. Yo he sido criado en este palacio, y no quiero que en el día de la resurrección de mi sangre se levante contra ti. Si estás decidido a matar a tu esclavo, toma, por lo menos, algunas apariencias de derecho, a fin de que no seas obligado a responder de mi sangre en el día del Juicio.

— ¿Y qué entiendes tú — preguntó el rey — por apariencia de derecho?

— ¡Oh, rey sublime! — contestó. — Déjeme matar a este visir, y mátame tú luego. Así tendrás derecho de vengar su muerte con la mía.

El rey no pudo contener la risa; miró al visir y le preguntó:

— ¿Qué te parece este expediente?

— Os conjuro por los manes de tus antepasados — gritó el visir — de libertar a este malvado, de miedo que me lleve con él al otro mundo, y sería yo el culpable de mi pérdida, por no haber seguido el consejo de los sabios que dicen: «cuando tú tires una flecha contra tu enemigo, guárdate a tu turno de servirle de blanco»...

III

LOS DOS CORTESANOS

Un rey había condenado a muerte a un prisionero de guerra, y cuando iba a dar la señal de la ejecución, el desdichado vió que no había más esperanza de salvarse la vida, y comenzó a lanzar en su idioma todas las injurias que se pueden imaginar.

«La desesperación no guarda medida; pues el gato acosado arranca los ojos del tigre... y cuando a un hombre no le queda más recurso para la huída, se prende de la espada de su enemigo.»

Habiendo preguntado el rey lo que decía el prisionero:

— ¡Oh príncipe! — le contestó un cortesano. — Este infortunado exclama que el paraíso es para los que perdonan. Seguramente, él espera que sus palabras sean las velas que le conduzcan hasta el puerto de vuestra clemencia...

El rey, conmovido, perdonó la vida al primero. Pero, entonces, otro cortesano enemigo del primero gritó:

— ¡Es indigno de gente de confianza como nosotros mentir al rey. — Y agregó: — ¡Oh, príncipe! Este prisionero acaba de pronunciar contra vuestra majestad los ultrajes más sangrientos.

El rey lo miró con indignación y le dijo:

— La mentira, en este caso, es humana, y tu verdad es cruel. Aquél quiso salvar a un desdichado de la muerte y tú quisiste perderlo. — Y después agregó: — La mentira que trae la salvación vale más que la verdad que trae el daño; caiga la maldición sobre todo favorito que no aconseje nada más que para hacer el mal.

IV

EL FAVORITO Y LOS BANDIDOS

Una gavilla de bandidos se atrincheró un día sobre la cumbre de una montaña alta y escarpada, sembrándose el terror en toda la vecindad.

Los gobernadores, alarmados, se reunieron para tomar las medidas necesarias a fin de librar al país de sus fechorías. Estuvieron de acuerdo en que era preciso obrar enérgicamente, y cuanto antes, contra ellos, pues decían:

— Un arbusto recién plantado puede ser fácilmente arrancado por un niño. Pero si se le deja echar raíces, muchos hombres no podrán hacerlo.

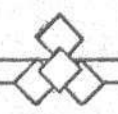
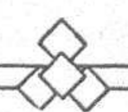
«A veces, una mano bastará para tapar la boca de una fuente, mientras que si se deja correr el agua, un elefante no podrá atravesar su corriente.»

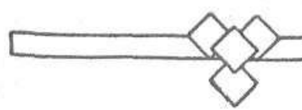
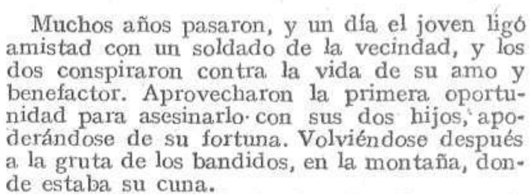
Los gobernadores resolvieron, entonces, mandar espías, para examinar las salidas de la montaña y decidir el momento propicio para sorprenderlos.

Eligieron después soldados valientes y expertos, y se les mandaron en emboscada.

Una noche, los brigantes volvieron cargados de botín, pero extenuados de fatiga y cansancio.

Los soldados, sin perder tiempo, cayeron sobre ellos; los encadenaron, llevándolos ante el rey, quien ordenó ejecutarlos sin reparo ni misericordia.

Entre ellos se encontró un muchacho de buena figura y de dulce mirada.

Un cortesano ingenuo y de buen corazón se arrodilló delante del rey, y besando el suelo, entre sus manos, le dijo suplicándole:

— ¡Oh, príncipe! Este pequeñuelo no ha tenido tiempo todavía para gozar de la vida. Su juventud es como un tierno botón que va a secarse sin haber jamás dado fruto.

«Pongo mi esperanza en tu clemencia, y te pido te dignes salvarle del suplicio, y entregármelo para rehacer su educación.

—Te haces ilusiones — respondió el rey. — Y estás trabajando contra tu propio interés. Pues las muestras de bondades y de virtudes son sin eficacia alguna en la gente mala y perversa.

«No es bastante cortar la mala hierba desde el tronco; hay que arrancarla con las raíces.

«¿Acaso sería prudente apagar el fuego dejando unas chispas?...

«¿Matar a una serpiente y conservar a su cría?

«Las nubes pueden verter sus aguas beneficiosas sin que jamás un sauce dé fruto alguno.

«No pierdas, pues, tu tiempo en reformar a un hombre que ha nacido corrompido...

«Una caña común no producirá jamás azúcar a pesar de todos los cuidados.»

Malgrado todas estas verdades, dichas por el rey, el cortesano quiso, sin embargo, enternecerlo, y le dijo:

— Yo reconozco, señor, estas verdades vertidas por tus labios, y a pesar de que este muchacho hubiera tomado la herrumbre en la perversidad, habiendo vivido con malhechores, yo persisto en creer que, viviendo en el porvenir entre buenas gentes, no tardará en cambiar de sentimientos y de instintos. Pues es todavía demasiado joven para que el germen del vicio haga raíces en su alma.

«La mujer de Loth, mezclándose a la sociedad de hombres perversos, perdió el don de la profecía, que era hereditaria en su casta; y el perro de los siete dormidos encerrados con ellos terminó por ser un hombre...»

Los amigos del cortesano apoyaron su pedido, y el rey accedió a su solicitud, perdonó al joven la vida y dijo a su favorito:

— Quédate en guardia, y no olvides el precepto de Zal a su hijo Rustem: «Cualquiera que sea la humildad de tu enemigo, siempre será un hombre temible.»

El cortesano agradeció al rey por esta muestra de favor; llevó al joven a su casa, empeñándose en educarlo con celo y cariño.

El éxito parecía responder a sus cuidados; y todo el mundo admiraba sus virtudes, y su amo no cesaba de festejar este cambio radical y prodigioso.

Como un día se jactaba de ello ante el rey, éste sonrió y le dijo:

— No olvides que el lobezno no dejará, tarde o temprano, de volver a ser lobo, aunque hubiera vivido entre los hombres toda su vida.

Muchos años pasaron, y un día el joven ligó amistad con un soldado de la vecindad, y los dos conspiraron contra la vida de su amo y benefactor. Aprovecharon la primera oportunidad para asesinarlo con sus dos hijos, apoderándose de su fortuna. Volviéndose después a la gruta de los bandidos, en la montaña, donde estaba su cuna.

Otros bandidos se juntaron a ellos, y volvieron a sus fechorías. El rey, enterado de esto, exclamó:

— Todo esto estaba previsto, pues no se puede hacer de un vulgar hierro una cimitarra de acero puro, y la instrucción sola no bastará para reformar a un hombre.

«La lluvia cae sobre un mismo suelo, y, no obstante, hace crecer en él uva y espinas.

«Por consiguiente, hay que saber elegir el terreno antes de sembrar las semillas, de otra manera se perderá el tiempo y el dinero.

«Pretender reformar a los malos es, a veces, hacer daño a los buenos.»

V

EL PAJE Y EL MIEDO DEL MAR

Un rey viajaba un día con su séquito. Un paje que jamás había visto el mar fué sobrecogido de terror ante la inmensidad y la profundidad del agua, y su pavor fué tal que incomodó a todo el mundo con sus gemidos y gritos.

Trataron de calmarlo por todos los medios; pero todo fué en vano.

El rey mismo no pudo imponerle el silencio.

Un hombre experto en la vida le dijo al rey:

— Si vuestra majestad me permite, yo le haré callar en el acto.

El rey accedió a su pedido. Entonces el hombre tomó al muchacho y lo tiró al mar teniéndolo un rato por los cabellos debajo del agua. Lo retiró después y lo puso en el barco.

El chiquilín corrió a agacharse en un rincón del navío, guardando un silencio absoluto.

El rey, asombrado del resultado, preguntó al hombre cuál era el secreto de su procedimiento.

— Es muy sencillo — le contestó. — Este chiquilín era inexperto en los viajes e ignoraba lo que era un náufrago. Pero ahora que vió de cerca el peligro, ya conoce la felicidad de la salvación.

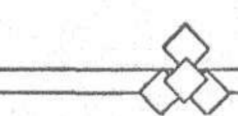
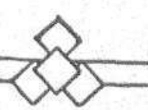
«Pues para poder apreciar el bien hay que probar el mal.

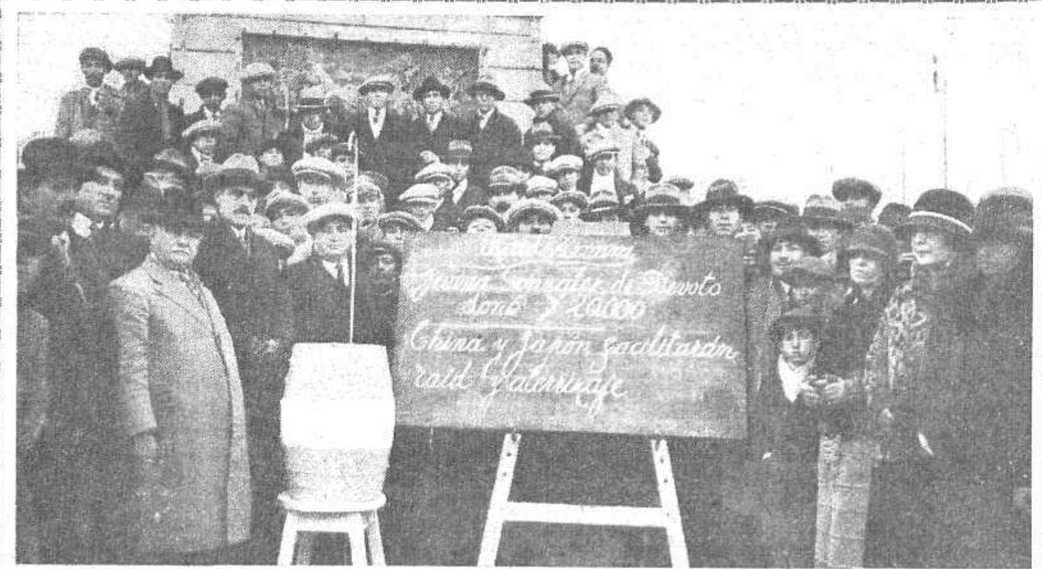
«Un hombre que no tiene hambre desprecia el pan de afrecho, que es un festín para un hambriento.

«Para las vírgenes del paraíso el purgatorio es un infierno, mientras que los condenados del infierno consideran al purgatorio como un paraíso.

«Hay diferencia grande entre un hombre que estrecha a su bien amada entre sus brazos y otro que la espera en la puerta.»

(CONTINUARÁ)

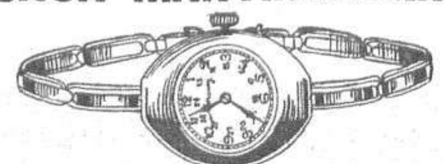





MERCEDES. — Tonel puesto en la Plaza Inchapiende, para recolectar fondos con que poder costear un nuevo avión al intrépido aviador argentino Zanni que, venciendo todos los obstáculos, regresará trayendo un lauro de gloria para su patria.





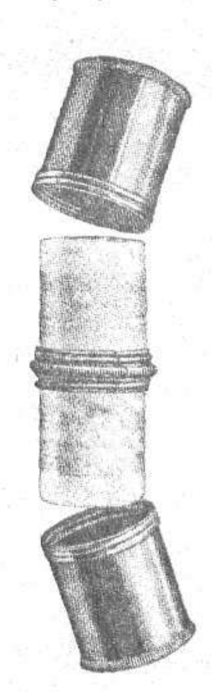












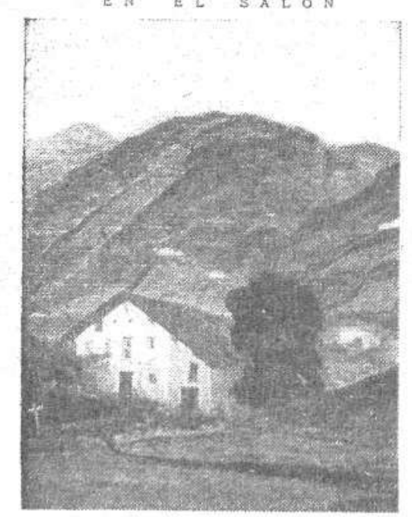
El Ministro de Gobierno y autoridades del Moto Club, en el acto de la inauguración del nuevo local social de esta entidad.

Miembros de la Juventud Patriótica durante la tarea del recuento de fondos obtenidos en la colecta popular pro-avión Zanni.

NOTAS DE ARTE

EXPOSICIÓN CABANA OTEIZA

EN EL SALÓN WITCOMB



Campiña (pa's vasco).

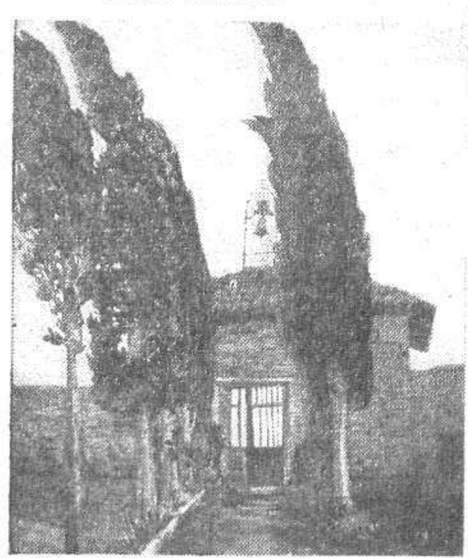


Cabanas Oteiza.

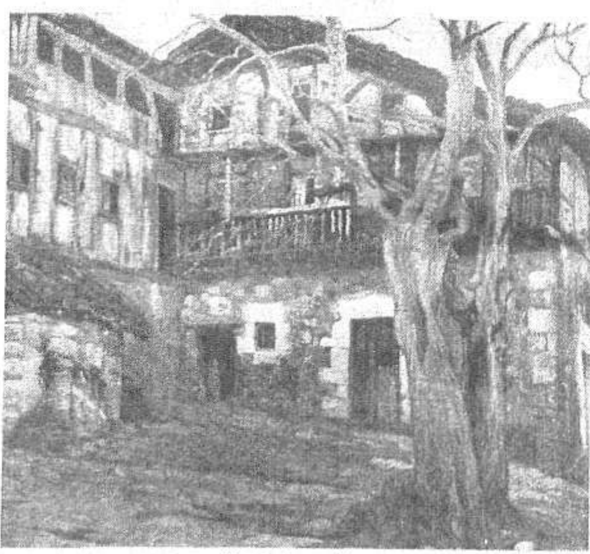
El pintor español, señor Cabana Oteiza, ha entregado al juicio de la crítica y del público una serie de cuadros que intitula paisajes vascos. Su obra le revela como un artista seguro de sí mismo, que sabe manejar el color con maestría.



Sol de mañana.



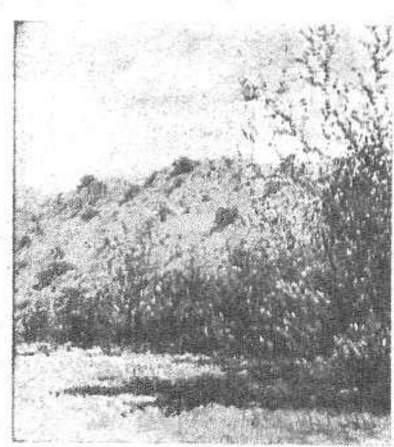
Los viejos cipreses.



Rincón de pueblo.

EXPOSICIÓN CELERY

EN EL SALÓN CHANDLER



Sinfonía.



Emiliano Celery.

El artista argentino, señor Emiliano Celery (hijo) ha inaugurado una exposición de telas suyas, casi todos paisajes ejecutados en el valle de los Potrerillos (Mendoza.) El pintor ha sabido traducir con felicidad la emoción que se desprende de aquellas naturalezas.



Baño de luz.



VALOR INTRINSECO

Buenos productos son el resultado de buenos principios.

El automóvil DODGE BROTHERS es el producto de una institución con normas de conducta que han sido siempre reconocidas como prominentemente juiciosas.

Buen método de fabricación que da infinitamente mayor importancia a la buena calidad que a la mera cantidad.

Buen estado financiero, que permite un desarrollo incesante y la adhesión a la regla del constante perfeccionamiento.

Buen método de seleccionar agentes con los que ha crecido una organización que goza de la completa confianza de los compradores.

Buen plan de ventas y servicios con el se aseguran los clientes para obtener el máximo valor intrínseco de su inversión.

Estos principios básicos son buenos; y en consecuencia lógica el automóvil DODGE BROTHERS es una muestra de valor intrínseco.

DODGE BROTHERS

PRECIO:
Completamente equipado, con su quinta goma .... $ **4.800**
(puesto sobre vagón Buenos Aires)

Julio Févre y Cia
AV. LEANDRO N. ALEM Nº 1620-40
BUENOS AIRES

Sucursal Rosario:
Calle Entre Ríos, 579.





Señora María Rossi de Damartini. — Est. Gerin.



Señor Juan Peschiera. — San Isidro.



Capitán Enrique Díaz. — Lomas de Zamora.



Señor José Macarrone. — Haedo.



Señor Padro Causa.—Capital.



Señor Artemio Repetto.— Puerto La Plata.



Señor Domingo Stratico. — Capital.



Señor Francisco Barderi. — Capital.

Una tentación a la cual
no puede sustraerse ningún niño

He aquí algo delicioso para los niños. Algo necesario para el mantenimiento de la buena salud. Un bocado de gran fuerza alimenticia, que deleita y nutre: Galletitas **DIGESTIVA** de Bagley.

Digestiva es una galletita completa hecha con harina de avena y trigo entero, sin excluír la película o cáscara del cereal, que contiene en proporciones excepcionales las vitaminas y sales naturales que requiere el organismo.

Tanto en el desayuno como de tarde o de noche, las Galletitas **DIGESTIVA** acompañadas de una copa de leche, constituyen un alimento delicioso, que las personas mayores también gustan paladear.



Galletitas DIGESTIVA

de BAGLEY

En venta en todas las buenas Despensas y Almacenes.

VICTORIA (Pampa).—Diversos aspectos del hermoso acto escolar realizado en homenaje a la memora de los héroes de Cochicó el día del 42.° aniversario de este combate.

El director del periódico "El Heraldo", señor Juan Jiménez, pronunciando un elocuente discurso alusivo al acto.

Abanderados escolares haciendo guardia de honor al pie del monumento elevado a los "Héroes de Cochicó".

LO QUE DICEN LAS EMINENCIAS MEDICAS

acerca de las bondades del exquisito Aceite de Olivas

"CONDAL"

Dr. ELISEO CANTON

A los fines que se desean:
Certifico haber usado con muy buenos resultados el aceite marca **CONDAL**, tanto como substancia alimenticia cuanto por su acción favorable en el tratamiento de determinados procesos hepáticos.

Firmado: E. CANTON.
Noviembre 5 de 1919.

Dr. LOPEZ BANCALARI.

Director del Hospital Durand.
Certifico que el aceite **CONDAL** es un excelente depurativo para las afecciones del hígado, siendo su uso recomendable para los constipados.
Noviembre 5 de 1919.

Dr. ARTURO AMUCHASTEGUI.

Certifico que el aceite **CONDAL** por su extraordinaria refinación, es sumamente agradable al paladar y de resultados prácticos para *los enfermos del estómago e* hígado.
Octubre 30 de 1919.

Dr. ANTONIO MARE

Jefe de Servicio del Hospital Muñiz.
Certifico que el aceite **CONDAL** es sumamente agradable al paladar y de resultados maravillosos para las personas que lo toman con fines curativos.
Octubre 30 de 1919.

Dr. ERCILIO RODRIGUEZ

El aceite **CONDAL** es un alimento de primer orden, particularmente recomendable por su pureza y fácil digestión a los enfermos del *aparato digestivo.*

Dr. MARIO FUSCHINI

Del Hospital Muñiz.
La refinación extraordinaria del *aceite de Oliva* **CONDAL** es beneficioso por su agradable paladar a todas aquellas personas que lo usan para fines intestinales.

Dr. DAMASO MOREIRA

Certifico que de todos los aceites que encontré en plaza para usar en inyecciones hipodérmicas, en inoculaciones de sueros, una vez lavados, decolorados y esterilizados, el que ha merecido y sigue mereciendo mi predilección, por su pureza, es el de la marca **CONDAL.**
Octubre 25 de 1919.

AGUSTIN C. REBUFO

Certifico que el aceite **CONDAL** por su extraordinaria refinación es sumamente agradable al paladar y de resultados prácticos en los enfermos hepáticos.

Dr. F. MARCOVECCHIO

El aceite **CONDAL** es perfectamente tolerado en todos los padecimientos gastro-intestinales, crónicos y de inestimable valor en las afecciones del hígado de origen calculoso.
Octubre 27 de 1919.

Dr. ARTURO SCHOWEDER

Certifico que el aceite **CONDAL** por su extraordinaria refinación es sumamente agradable al paladar y de resultados prácticos para los que sufren afecciones estomacales.
Octubre 30 de 1919.



UNICO IMPORTADOR:

FERNANDO SANJURJO

ALSINA, 1000 — Buenos Aires.

U. T. 4862, Libertad - Coop. 230, Central

Dr. LUIS DORRUCCI

Médico de la Asistencia Pública y Departamento de Policía.
El médico que subscribe certifica que el aceite de Oliva **CONDAL**, indicado a su clientela particular, le ha dado siempre óptimos resultados en enfermos del estómago, debido a su perfecta tolerancia.

Dr. HORACIO GONZALEZ DEL SOLAR

El aceite **CONDAL**, por la pureza de su composición, es perfectamente apto para los usos medicinales a la vez que por su agradable sabor es muy recomendable como alimento.
Noviembre 20 de 1919.

Dr. PABLO PILATE

(Médico de Policía.)
El *médico que subscribe certifica* haber prescripto el aceite **CONDAL** en ciertas afecciones hepáticas, con resultado satisfactorio. Además, lo usa con el mismo *resultado particularmente.*
Marzo 16 de 1919.

Dr. LUIS U. RABUFFETTI

Del servicio de Clínica Médica del Hospital Alvear.
El aceite de Oliva **CONDAL** no encierra, según su análisis químico, productos nocivos, y es un producto útil en la dietética de diversas afecciones.
Octubre 23 de 1919.

Dr. M. SOBRE CASAS

Certifico que el aceite **CONDAL** no contiene substancias nocivas: según resultado de su análisis químico, puede ser empleado en la alimentación.
Octubre 24 de 1919.

Dr. LUIS O. FIRPO

Certifico que el aceite **CONDAL** puro de Oliva, prescripto a los *pacientes de afecciones al hígado* y gastrointestinales, en su alimento ha dado excelentes resultados.
Noviembre de 1919.

Dr. MOISES PORCEL ITURRALDE.

Prosector del Hospital Alvear.
Certifico haber usado con fin *terapéutico el aceite* **CONDAL**, que por su análisis químico intachable y su delicado sabor lo han hecho un eficaz coadyuvante en el tratamiento de varias afecciones *internas:* especialmente hepáticas e intestinales.

Dr. JUAN BOTTINELLI

El médico que subscribe certifica que receta a sus enfermos afectados de litiasis biliar y colitis, el aceite de Oliva **CONDAL**, con buen resultado, y que por su gusto agradable y su pureza lo toman sin repugnancia.
Noviembre 1.º de 1919.

Dr. RAFAEL F. GRIGERA

Me es grato manifestarle que el aceite de Oliva **CONDAL**, del cual es usted introductor, por su pureza y agradable sabor está perfectamente indicado en las personas que sufren de constipaciones crónicas y pereza funcional del hígado.

Dr. FELIPE F. CARRANZA

Cirujano de los Hospitales Rawson y Alvear.
Certifico que el aceite **CONDAL** reune altas cualidades nutritivas y úsole siempre en aquellas curas que este producto está indicado.
Octubre 24 de 1919.

Dr. ERNESTO A. LOMBARDI

Médico del Hospital Alvear
Certifico que he utilizado el aceite de Oliva **CONDAL**, y en vista de las condiciones intachables del análisis químico, lo hace apto para la alimentación.

Dr. HECTOR GALCERAN ESPINOSA.

Certifico que el aceite **CONDAL** me ha dado resultados satisfactorios en los enfermos que padecen de estreñimiento.
Octubre 27 de 1919.



El Hombre del Haschisch

(Propiedad de la Editorial Calpe. Reproducción por convenio especial).



El otro día asistí a una comida en Londres. Las señoras se habían retirado al piso de arriba, y nadie se sentaba a mi derecha; a mi izquierda tenía a un hombre a quien no conocía, pero que evidentemente sabía mi nombre, porque al cabo de un rato se volvió hacia mí y me dijo:

— He leído en una revista un cuento suyo sobre Bethmoora.

Por supuesto, recordé el cuento. Era el cuento de una hermosa ciudad oriental súbitamente abandonada en un día, nadie sabe por qué. Respondí:

— ¡Oh, sí! — y busqué con calma en mi mente alguna fórmula de reconocimiento más adecuada al encomio que me había dedicado su memoria.

Pero quedé asombrado cuando me dijo: «Está usted en un error respecto a la enfermedad del *gnousar;* no fué nada de eso».

Yo repuse: «¿Cómo? ¿Ha estado usted allí?»

Y él dijo: «Sí: voy a veces con el haschisch. Conozco Bethmoora bastante bien.» Y sacó del bolsillo una cajita llena de una substancia negra parecida a la brea, pero con un olor extraño. Me advirtió que no la tocara con los dedos, porque me quedaría la mancha para muchos días. «Me la regaló un gitano», dijo. «Tenía cierta cantidad, porque era lo que había terminado por matar a su padre.» Mas le interrumpí, pues anhelaba conocer de cierto por qué había sido abandonada Bethmoora, la hermosa ciudad, y por qué súbitamente huyeron de ella todos sus habitantes en un día. «¿Fué por la maldición del Desierto?». pregunté. Y él dijo: «En parte fué la cólera del Desierto y en parte el aviso del emperador Thuba Mleen, porque esta espantosa bestia estaba en cierto modo emparentada con el Desierto por línea de madre».

Y me contó esta extraña historia: «Usted recuerda al marinero de la negra cicatriz que estaba en Bethmoora el día descrito por usted, cuando los tres mensajeros llegaron jinetes en sendas mulas a la puerta de la ciudad y huyó toda la gente. Encontré a este hombre en una taberna bebiendo ron y me contó el éxodo de Bethmoora, pero tampoco sabía en qué consistiera el mensaje ni quién lo había enviado. Sin embargo, dijo que quería ver de nuevo a Bethmoora, otra vez que tocase en puerto de oriente, aunque tuviera que habérselas con el mismo diablo. Decía con frecuencia que quería encontrarse cara a cara con el diablo para descubrir el misterio que vació en un solo día a Bethmoora. Y al fin acabó por verse con Thuba Mleen cuya refinada ferocidad no había él imaginado. Pero un día me dijo el marinero que había encontrado barco, y no volví a hallarle en la taberna bebiendo ron. Fué por entonces cuando el gitano me regaló el haschisch, del que guardaba una cantidad sobrante. Literalmente, le saca a uno de sí mismo. Es como unas alas. Vuela usted a distantes países y entra en otros mundos. Una vez descubrí el secreto del universo. He olvidado lo que era, pero sé que el Creador no toma en serio la Creación, porque recuerdo que Él se sentaba en el Espacio frente a toda su Obra y reía. He visto cosas increíbles en espantosos mundos. De la misma suerte que su imaginación le lleva a usted allá, sólo por la imaginación puede usted volver. Una vez encontré en el éter un espíritu fatigado y vagabundo que había pertenecido a un hombre a quien las drogas habían matado cien años antes, y me llevó a regiones que jamás había yo imaginado; nos separamos coléricos más allá de las Siete Cabrillas, y no pude imaginar mi camino de retorno. Y hallé una enorme forma gris que era el espíritu de un gran pueblo, tal vez de una estrella entera, y le supliqué me indicara el camino de mi casa, y se detuvo a mi lado como un viento súbito y señaló, y hablando muy quedo, me preguntó si distinguía allí cierta lucecilla, y yo veía una débil y lejana estrella, y entonces me dijo: «Es el Sistema Solar», y se alejó a tremendas zancadas. Imaginé como pude mi camino de retorno, y a tiempo justo, porque mi cuerpo estaba a punto de quedarse tieso sobre una silla en mi cuarto; el fuego se había extinguido y todo estaba frío, y tuve que mover todos mis dedos uno por uno, y había en ellos alfileres y agujas, y terribles dolores en las uñas, que empezaban a deshelarse. Al fin logré mover un brazo y alcanzar la campanilla, y nadie vino en un largo rato, porque todos estaban acostados; pero al cabo un hombre apareció, y trajeron un médico; y él dijo que era una intoxicación de haschisch; pero todo hubiera ocurrido a pedir de boca si no hubiera topado con el cansado espíritu vagabundo.

»Podría contarle a usted cosas sorprendentes que he visto; pero usted quiere saber quién envió el mensaje a Bethmoora. Pues bien, fué Thuba Mleen.

»He aquí cómo lo he sabido. Yo iba a menudo a la ciudad después de aquel día que usted describió (yo acostumbraba a tomar el haschisch todas las tardes en mi casa), y siempre la encontré deshabitada. Las arenas del desierto habían invadido la ciudad, y las calles estaban amarillas y llanas, y en las abiertas puertas, que batía el aire, se amontonaba la arena.

»Una tarde monté una guardia junto al fuego, y, acomodado en una silla, mastiqué mi haschisch; y la primera cosa que vi



al llegar a Bethmoora fué el marinero de la negra cicatriz, que paseaba calle abajo, dejando las huellas de sus pies en la amarilla arena. Y entonces comprendí que iba a ver el secreto poder que mantenía despoblada a Bethmoora.

»Vi que el desierto había montado en cólera, porque nubes tempestuosas se hinchaban en el horizonte y se oía el mugido de la arena.

»Bajaba el marinero por las calles escudriñando las casas vacías; unas veces gritaba y otras cantaba, o escribía su nombre en una pared de mármol. Luego se sentó en un peldaño y comió su ración. Al cabo de algún tiempo se aburrió de la ciudad y volvió calle arriba. Cuando llegaba a la puerta de cobre verde aparecieron tres hombres montados en camellos.

»Yo no podía hacer nada. Yo no era más que una conciencia invisible, vagabunda; mi cuerpo estaba en Europa. El marinero se defendió bien con sus puños; pero al fin fué reducido y amarrado con cuerdas e internado en el Desierto.

»Le seguí cuanto pude, y vi que se dirigían por el camino del Desierto, rodeando las montañas de Hap, hacia Utnar Véhi, y entonces conocí que los hombres de los camellos pertenecían a Thuba Mleen.

»Yo trabajo todo el día en una oficina de seguros, y espero que no me olvidará si desea hacer algún seguro de vida, contra incendio o de automóviles; pero esto nada tiene que ver con mi historia.

»Estaba impaciente, ansioso por volver a mi casa, aunque no es saludable tomar haschisch dos días seguidos; mas anhelaba ver lo que harían con el pobre hombre, porque a mi oído habían llegado malos rumores acerca de Thuba Mleen. Cuando por fin me vi libre, tuve que escribir una carta; llamé luego a mi criado y le di orden de que nadie me molestase; pero dejé la puerta abierta en previsión de un accidente. Después aticé un buen fuego, me senté y tomé una ración del tarro de los sueños. Me dirigía al palacio de Thuba Mleen.

»Detuviéronme más que de costumbre los ruidos de la calle, pero de súbito me sentí elevado sobre la ciudad; los países europeos volaban raudos por debajo de mí, y a lo lejos aparecieron las finas y blancas agujas del palacio de Thuba Mleen. Le encontré en seguida al extremo de una reducida y estrecha cámara. Una cortina de rojo cuero pendía a su espalda, y en ella estaban bordados con hilo de oro todos los nombres de Dios escritos en yannés. Tres ventanitas había en lo alto. El Emperador podría tener hasta veinte años, y era pequeño y flaco. Nunca la sonrisa asomaba a su rostro amarillo y sucio, aunque sonreía entre dientes de continuo. Cuando recorrí con la vista desde la deprimida frente al trémulo labio inferior, me di cuenta de que algo horrible había en él, aunque no pude percibir qué era. Luego me percaté: aquel hombre nunca pestañeaba; y aunque después observé atentamente aquellos ojos para sorprender un parpadeo, jamás pude advertirlo.

»Luego seguí la absorta mirada del Emperador y vi tendido en el suelo al marinero, que estaba vivo, pero horriblemente desgarrado, y los reales torturadores cumplían su obra en torno de él. Habían arrancado de su cuerpo largas túrdigas de pellejo, pero sin acabar de desprenderlas, y atormentaban los extremos de ellas a bastante distancia del marinero.»

El hombre que encontré en la comida me contó muchas cosas que debo omitir. «El marinero gemía suavemente y a cada gemido Thuba Mleen sonreía. Yo no tenía olfato, mas oía y veía, y no sé qué era lo más indignante, si la terrible condición del marinero, o el feliz rostro sin pestañeo del horrible Thuba Mleen.

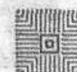
»Yo quería huir, pero no había llegado el momento y hube de permanecer donde estaba.

»De pronto comenzó a contraerse, con violencia la faz del Emperador y su labio a temblar rápidamente, y llorando de rabia, gritó en yannés con desgarrada voz al capitán de los torturadores que había un espíritu en la cámara. Yo no temía, porque los vivos no pueden poner sus manos sobre un espíritu, pero todos los torturadores espantáronse de su cólera y suspendieron la tarea, porque sus manos temblaban de horror. Luego salieron de la cámara dos lanceros, y a poco volvieron con sendos cuencos de oro rebosantes de haschisch; los cuencos eran tan grandes, que podrían flotar cabezas en ellos si hubieran estado llenos de sangre. Y los dos hombres se abalanzaron rápidamente sobre ellos y empezaron a comer grandes cucharadas, cada cucharada hubiera dado para soñar a un centenar de hombres. Pronto cayeron en el estado del haschisch, y sus espíritus, suspensos en el aire, preparábanse a volar libremente, mientras yo estaba horriblemente espantado; pero de cuando en cuando retornaban a su cuerpo, llamado por algún ruido de la estancia. Todavía seguían comiendo, pero ya perezosamente y sin avidez. Por fin las grandes cucharas cayeron de sus mano, y se elevaron sus espíritus y los abandonaron. Mas yo no podía huir. Y los espíritus eran aún más horribles que los hombres, porque éstos eran jóvenes y todavía no habían tenido tiempo de moldearse a sus almas espantosas. Aun gemía blandamente el marinero, suscitando leves temblores en el Emperador Thuba Mleen. Entonces los dos espíritus se abalanzaron sobre mí y me arrastraron como las ráfagas del viento arrastran a las mariposas, y nos alejamos del pequeño hombre pálido y odioso. No era posible escapar a la fiera insistencia de los espíritus. La energía de mi terrón minúsculo de droga era vencida por la enorme cucharada llena que aquellos hombres habían comido con ambas manos. Pasé como un torbellino sobre Arvle Woondery, y fuí llevado a las tierras de Snith, y arrastrado sobre ellas hasta llegar a Kragua, y aun más allá, a las tierras pálidas casi ignoradas de la fantasía. Llegamos al cabo a aquellas montañas de Marfil que se llamaban los Montes de la Locura. E intenté luchar contra los espíritus de los súbditos de aquel espantoso Emperador, porque oí al otro lado de los montes de marfil las pisadas de las bestias feroces que hacen presa en el demente, paseando sin cesar arriba y abajo. No era culpa mía que mi pequeño terrón de haschisch no pudiera luchar con su horrible cuchara...»

Alguien sacudió la campanilla de la puerta. En aquel momento entró un criado y dijo a nuestro anfitrión que un policía estaba en el vestíbulo y quería hablarle al punto. Nos pidió licencia, salió y oímos que un hombre de pesadas botas le hablaba en voz baja. Mi amigo se levantó, se acercó a la ventana, la abrió y miró al exterior. «Debí pensar que haría una hermosa noche», dijo. Luego saltó afuera. Cuando asomamos por la ventana nuestras cabezas asombradas, ya se había perdido de vista.



LORD DUNSANY



BERNASCONI (Pampa). — Vista parcial de la concurrencia que asistió al baile organizado por los miembros de la "Unión Vecinal" festejando su reciente triunfo electoral.



J. DE CARO   Orq. Tip. FRESEDO.

DISCOS VICTOR

Novedades correspondientes al mes de SEPTIEMBRE

Discos Dobles Victor de Sello rojo, 25 cm., $ 5.80 m/n.

1007	**Scordame** (Fucito) Napolitano. Enrico Caruso. **Senza nisciuno** (De Curtis). Enrico Caruso.
965	**Barbiere di Seviglia. Ecco ridente in Cielo** (Rossini). Tito Schippa. **Barbiere di Seviglia. Se il Mio Nome** (Rossini). Tito Schipa.
952	**Napulitanata** (Di Giacomo-Costa). Tito Schipa. **Chi se ne scorda chiu!** (Marvasi-Barthelemy) Tito Schipa.

REPERORIO NACIONAL

Discos Dobles Victor de 25 cm. a $ 3.00 m/n

PARA BAILE

77564	**Mujercita.** Tango (M. Serrano-C. González) Orq. Típica Fresedo. **Desde las nubes.** Tango (O. N. Fresedo). Orq. Típica Fresedo.
77562	**My love.** Shimmy (A. Cipolla). Fresedo y su Orquesta. **Los domingos de Torrijos.** Paso Doble (J. Feliú). Fresedo y su orquesta.
77565	**Eliana.** Tango (J. S. Garrido). Orq. Típica Fresedo. **Todo corazón.** Tango (J. de Caro). Orq. Típica Fresedo.

CANTADOS

Discos Dobles Victor de 25 cm. a $ 3.00 m/n

77561	**Alma de milonga.** Tango (F. Alvarez). Rosa Quiroga (Solo). **Dolor eterno.** Tonada (F. Alvarez). Quiroga-Del Carril (Dúo).
77563	**Preludiando.** Cifra (R. Quiroga). Rosa Quiroga (Solo). **No sé qué tienen tus ojos.** Zamba (Rosa Pérez). Quiroga-Del Carril (Dúo).

BAILABLES POR FAMOSAS ORQUESTAS INTERNACIONALES

Discos Dobles Victor de 25 cm. a $ 3.00 m/n

19332	**Tengo celos.** Fox-Trot (Jealous). Orq. Intern. **Esperando inquieto** (Waitin' Around.) Fox-Trot. Orquesta Internacional.
19334	**El que persevera alcanza** Fox-Trot. (Bringing Home the Bacon). Orq. The Virginians. **Claridad** (Shine). Fox-Trot. Orq. The Virginians.
19344	**Muchachón.** Fox-Trot (Big Boy). Orq. Ted Weems. **Blues de Georgia.** Fox-Trot (Savannah). Orq. Ted Weems.
19346	**Anadeando.** Fox-Trot (Wa-Wa-Waddle Walk). Orq. Waring de Pensilvania. **Sin amores en el mundo.** Fox-Trot (Nobody's Sweethear). Orq. Dornberger.
19341	**Estrellas fugaces de Dixie.** Fox-Trot (When Dixie Stars are Playimg Peek-a-Boo). Orq Barney Rapp. **Me hacen falta tus caricias.** Fox-Trot (I Need Some Pettin) Orq. Barney Rapp.
19337	**No me culpes así.** Fox-Trot. (Dont' Blame it all on me). Orq. Internacional. **Me abandonaste en la lluvia.** Fox-Trot (You Left me Out in the Rain). Orq. Benson.
19330	**España.** Tango Fox-Trot. Orq. Witheman. **Invocación infantil por el radio.** Fox-Trot (Mr. Radio Man). Orq. Whiteman.
19339	**Tenias que ser tú.** Fox-Trot (It Had to be You). **Mala sombra.** Fox-Trot (The Hoodoo Man). Orq. Whiteman.
19345	**Fox-Trot clásico.** Fox-Trot (Fox-Trot Classique). Jean Goldkette y su Orquesta. **Pálida luna.** Fox-Trot. (Pale Moon). Orquesta Whitemaan.

Discos Dobles Victor de 30 cm. a $ 4.60 m/n

57434	(1) **Donde está mi viejo amor.** Fox-Trot. (Where is That Old Girl of Mine?). Paul Whiteman. (2) **Flotando.** Fox-Trot (Driftwood). " " (3) **Mandalay.** Fox-Trot. Paul " " (4) **Asómate Enriqueta.** Fox-Trot (Step Henrietta) Paul Whiteman y su Orquesta.

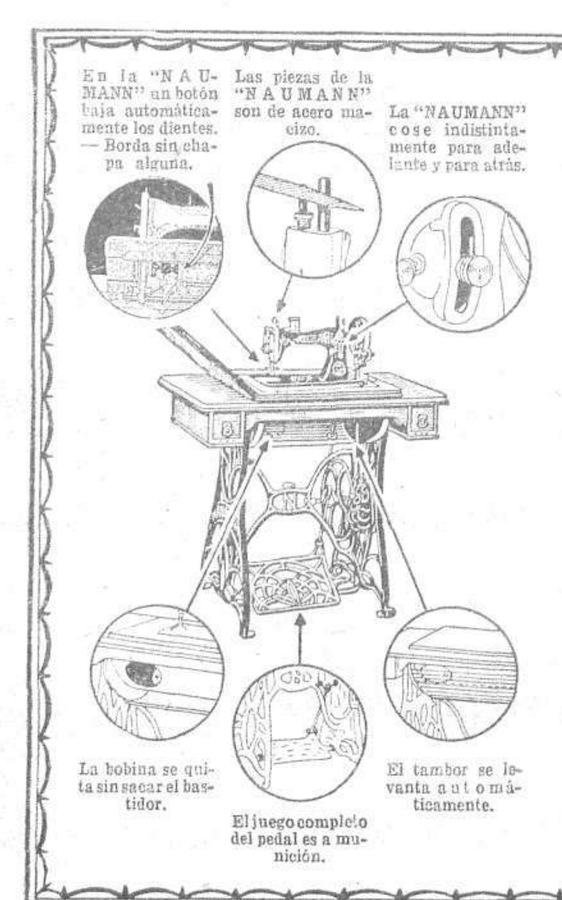


Estas marcas de fábrica de la Victor aparecen en la tapa de los instrumentos y en la etiqueta de los discos

Victor Talking Machine Company, Camden, N.J. E.U. de A.

Revendedores Victor en todas las ciudades importantes de la Argentina y Uruguay.

Distribuidores: TOMAS y Cía., Bmé. MITRE, 1976 — Buenos Aires — VENTAS UNICAMENTE AL POR MAYOR



Resistencia, Seguridad y Rendimiento

Estas ventajas se hallan reunidas en una



Tendríamos el mayor agrado de demostrarle prácticamente todos los adelantos de la "NAUMANN" sin que ello resulte un compromiso para usted.

Esperamos visite y pida demostración a cualquiera de nuestras sucursales. Será atendido perfectamente.

En Buenos Aires: Carlos Pellegrini, 326; San Juan, 3653; Asamblea, 338; Avenida Sáenz, 1123; Corrientes, 4615; Triunvirato, 875; Montes de Oca, 819; Mendoza, 2468; Rivadavia, 8326; **Avellaneda:** Mitre, 933; **Piñeyro:** Rivadavia, 851; **Lanús:** J. C. Paz, 263; **Lomas:** Laprida, 257; **Quilmes:** Rivadavia, 311; **Bernal:** 9 de Julio, 17; **San Isidro:** Centenario y Alsina; **Tigre:** «La Numancia»; **La Plata:** Calle 6, N.º 876; **Ensenada:** La Merced, 453.

Unicos Introductores: **Kirschbaum y Cía.**

Independencia, 401-37 - U. T. 0293, Avenida

1

Para calmar un dolor de cabeza basta solo un cachet

FUCUS

por eso se envasan en cajitas individuales de uno solo que se encuentran en todas las farmacias

al precio de **0,20** la cajita

SUFRIA de DOLORES de ESPINAZO y PIERNA que me QUITABA la FUERZA

HOY CURADO. — LEA COMO:

Estación Casablanca (F. C. C. N. A.), agosto 4 de 1924.

Compañía Sanden. — Carlos Pellegrini, 105. Buenos Aires.

Muy señor mío: Con la presente certifico que habiendo usado su ponderada Faja Eléctrica me he compuesto bien de varias dolencias que padecía, que como usted sabe era el dolor del espinazo y de la pierna derecha que me quitaba toda la fuerza, y no podía hacer nada; hoy gracias a Dios, a usted y a su Faja hago todo mi trabajo sin sentir ninguna fatiga.

Si alguno sufre como he sufrido yo, puede informarse dirigiéndose a mí.

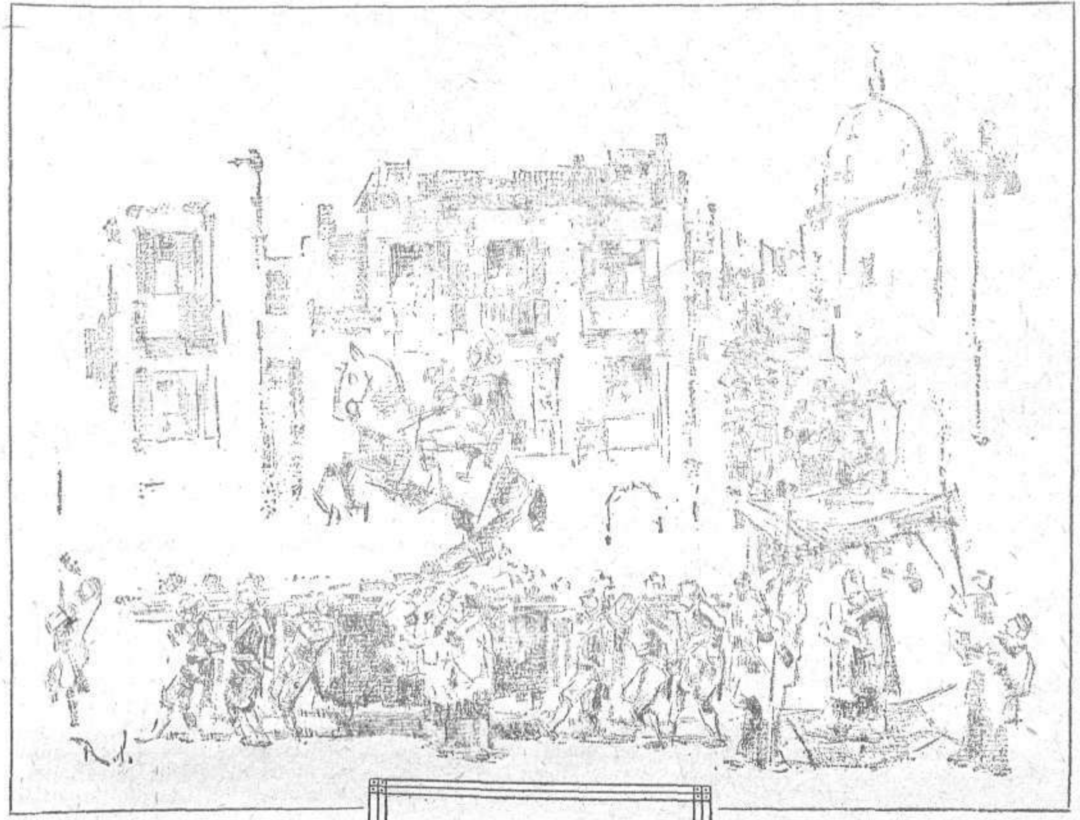
En reconocimiento, puede usted publicar esta carta si lo cree conveniente; me es grato saludar a usted muy atentamente. S. S. S.

Firmado: CLORINDA V. de MOLINARI.

DIA POR DIA AUMENTAN LOS "HECHOS"

Pida hoy mismo SALUD EN LA NATURALEZA que esplica cómo usted también puede obtener un resultado igual. Este libro es gratis y porte pago para todos los enfermos.

Cía. "SANDEN" - C. Pellegrini, 105. - Buenos Aires. — Horas de Oficina: de 9 a 18.



Las andas de la Virgen eran llevadas por doce lacayos.

La LEYENDA *de* SANTA HILDA

POR

SANTIAGO NORMAND

En aquel país, tierra rica, fértil y hermosa, todos prestaban completo crédito a la leyenda de Santa Hilda. En todas partes, sea en el interior de las casas o en las esquinas de las calles, se exhibían las sagradas imágenes representando la benemérita santa, revestida de su brillante armadura, montada en un corcel negro y arreando ante ella los aterrorizados enemigos.

Era una bella y dulce historia la de la Santa. Los niños se maravillaban al oirla contar y los viejos tomaban placer en hacerlo. Y esa historia, tenía más de un punto de contacto con la de la gloriosa Juana de Arco. Lo mismo que ella, Hilda, humilde pastora, había abandonado la choza paternal para correr a ponerse al frente de los ejércitos de su país; como aquélla, había conseguido que todo un pueblo la siguiera; como aquélla había sido tomada prisionera por sus enemigos y quemada viva. Hilda era la verdadera hermana de Juana. Ambas habían sido copiadas sobre el mismo modelo.

Hacía más de tres siglos que el culto de Hilda había florecido. Cada mes de Mayo era de holgorio y de festejos en toda la región. Inmensas procesiones recorrían las calles engalanadas de las ciudades; las campanas repicaban alegremente; verdaderos ejércitos de peregrinos acudían de todas partes para arrodillarse ante el camarín donde se conservaban las veneradas cenizas. Santa Hilda era adorada por todos: grandes y chicos; poderosos y humildes. Era la santa de la Patria. Bajo su protección, se ponían los recién nacidos; los enamorados confiábanle sus esperanzas o sus penas rogándole ayuda; los enfermos suplicábanle su curación; su pura imagen era fuente inagotable de inspiración para artistas y poetas. A nadie hubiera podido ocurrírsele de que su santidad pudiera ser puesta en duda. Ciegamente, se confiaba en ella y esa creencia, grande y noble, contribuía a llevar a buen término nobles y grandes causas.

En medio de esa fe y confianza universal, un solo hombre permanecía escéptico e incrédulo.

Maestre Uchatius, sabio universalmente estimado, profesor de la Universidad histórica, se rebelaba con todas sus fuerzas contra esa creencia popular que no vacilaba en calificar de infantil y de retrógrada. Alimentaba, contra esas mistificaciones, como él las llamaba, un odio que quedaba sin eco.

¡Ah! Qué gozo habría sido el suyo, al poder destruír esa ridícula leyenda, indigna de un pueblo libre. Con qué alegría hubiera derribado ese edificio de gloria, levantado indebidamente en honor de una mujer, de una simple y sencilla mujer. ¿Una santa, esa Hilda? Estaba íntimamente seguro de que no lo era. ¿Que

había prestado grandes servicios a su país? ¿Que derribó a innumerables enemigos con tremendos golpes de espada? ¿Que había alcanzado grandes victorias? Podía ser cierto, ¿pero dónde estaban los textos que daban fe de todos esos relatos?

En puridad de verdad e interpretándolos en cierto sentido, esos maravillosos cuentos podían presentar algo de veracidad, pero sólo se poseían documentos muy imprecisos sobre aquella época. Sabíase que existía un solo manuscrito, auténtico, escrito de puño y letra de Hilda, relatando los principales acontecimientos de su vida, una especie de diario llevado casi regularmente. Pero ese manuscrito, del cual algunas obras posteriores hacían mención, permanecía oculto. Debía haberse perdido.

Uchatius lo lamentaba sinceramente. Tenía la convicción de que ese documento redactado por la propia Hilda, revelaría hechos inesperados que pondrían las cosas en su lugar y reduciría a sus exactas proporciones esa inverosímil leyenda. Soñaba con el dichoso manuscrito y hubiera dado sin vacilar buena parte de lo que le restaba de vida para tenerlo a su disposición. ¡Qué triunfo sería para él, si hallara lo que estaba seguro de encontrar, es decir, la prueba irrefutable de que esa joven palurda sin ideal, sin ninguna de las virtudes que se le atribuían, debía sólo a diversas circunstancias la aureola de gloria con que la envolvían!

¡De inmediato daría a luz el manuscrito, convenientemente anotado por él, y entonces; adiós leyenda, adiós la santa, adiós esos cuentos de hadas, buenos únicamente para acunar niños o pueblos en la infancia!

La Ciencia, con su luminosa antorcha, disiparía todas esas tinieblas, y sería él, Uchatius, quien habría tenido el honor de alumbrar al mundo.

¡Ah! pero ese manuscrito, ¿dónde hallarlo?

◘

Después de más de veinte años de continuas búsquedas y cuando ya desesperaba de llegar a sus fines, un día lo halló.

Lo encontró, por una de esas casualidades inconcebibles, inverosímiles, dentro de los estantes de una vieja biblioteca de un pueblecito de provincia, que nunca hubiera imaginado tener que ir a revisar.

Lo halló, bajo un montón de documentos y papeles amarillentos y sin ningún valor, cubriendo con su peso inútil y polvoriento esa incomparable maravilla.

¡Qué alegría la suya!

En un principio, rehusábase a creer en su buena suerte; mas luego de un detenido examen, tuvo que rendirse a la evidencia. Era el manuscrito, tal cual se lo presumía. Doscientas páginas cubiertas por una escritura inhábil, casi indescifrable. Pero, tenaz, juróse a sí mismo, que aunque le costara la vida, llegaría a descifrarlo.

Sin mentar a nadie su inesperada suerte, lleva el manuscrito a su casa y en su gran estudio de sabio, lleno hasta el techo de libros y pergaminos, púsose a trabajar.

Larga y paciente tarea que duraría dos, tres o cuatro años. ¿Pero qué le importaba? A pesar de tener más de sesenta años siéntese todavía fuerte y activo. ¡El final será la gloria de toda su existencia! Después, podrá morirse con la seguridad de haber levantado un imperecedero monumento, de haber destruído para siempre esa maldita leyenda.

Para no ser molestado, renuncia a sus cátedras, interrumpe todos sus trabajos, clausura herméticamente su puerta para toda clase de visitas y se jura no salir de su estudio sino terminada su obra.

Cada mañana, al aclarar el día, siéntase frente a su mesa de trabajo, lo más cerca posible de la chimenea, y delante del gran ventanal, donde se encuadra un lejano horizonte de llanura y sólo se interrumpe cuando llega la noche y que sus enrojecidos ojos niéganse a continuar sirviéndole.

Al cabo de un año, había descifrado la cuarta parte del documento y a los dos años, un poco más de la mitad. Poco a poco, iba acostumbrándose a esos caracteres irregulares, que tenían mezcla de rasgos infantiles y atrevidos y que se conocían haber sido trazados apresuradamente, después de un día de batalla, por la mano de una palurda inexperta.

A medida que avanzaba en su lectura, la figura de Hilda — ¡qué triunfo! — aparecía más nitidamente como él se la había imaginado y no como la leyenda la describía. Era bien como se la había figurado: una mujer valiente, pero vulgar, una militarota brutal, libre en palabras y modales, amante de la promiscuidad de los campamentos y cumpliendo su misión sin siquiera tener conciencia de ella.

En cada línea descifrada — y con cuánta pena a veces — comprobaba cómo sus suposiciones eran justas y cuán poco fundadas era esa gloria que la credulidad popular se complacía en ensalzar.

Al finalizar el tercer año, un inesperado descubrimiento hízole saltar de alegría. Alimentábase la creencia de que Hilda había muerto virgen y estrangulada en la prisión donde los enemigos la habían encerrado. Decíase que nunca había amado y que había llevado su inocencia ante Dios. Toda esa leyenda era falsa. Hilda había conseguido escapar de su encierro y al terminar la guerra había vuelto a su pueblo, donde habíase casado y llegado a ser madre de tres criaturas.

¡No podía caber ninguna duda! El diario estaba ahí, lleno de detalles positivos, dando el nombre del esposo, la fecha del matrimonio, abundando en miles de detalles de una vida tranquila, mencionando hechos nimios de una existencia plácida y burguesa: una comida, un paseo, una compra; todo, absolutamente todo, hasta los menudos gastos de cocina. ¡Santa Hilda, mujer de su casa! ¡La virgen sagrada atendiendo el puchero y zurciendo medias! ¡No! ¡Nunca, jamás, hubiera podido soñar un éxito tan completo! ¡Era el aniquilamiento absoluto de la leyenda, el triunfo definitivo de la historia!...

Daba la casualidad de que se estaba en el mes de mayo y celebrábase la fiesta de Santa Hilda. Las campanas repiqueteando alegraban con sus tañidos la ciudad en plegaria y la procesión anual, cumpliendo su acostumbrado recorrido pasaba por bajo las ventanas de Uchatius.

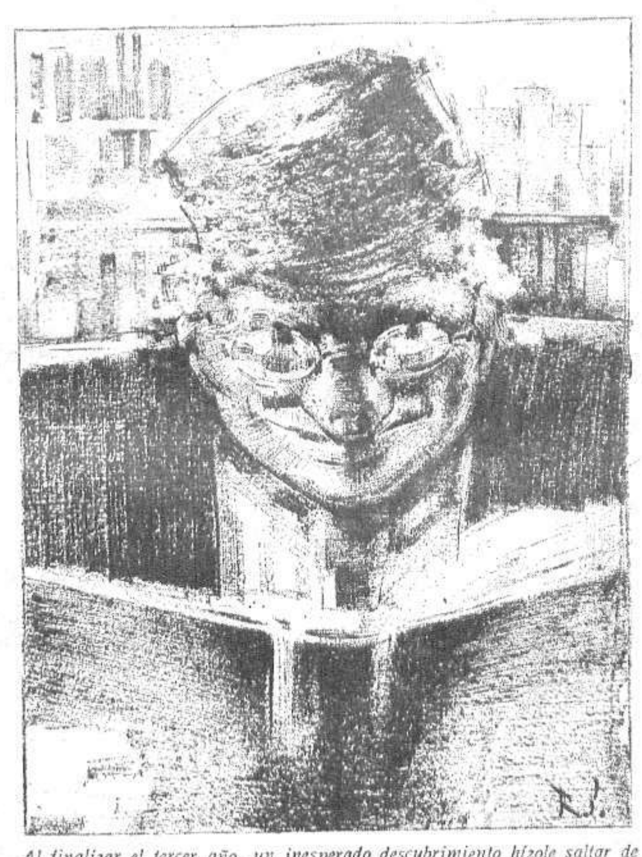
Las andas de la virgen eran llevadas por doce lacayos revestidos de trajes purpúreos con ribetes dorados, y avanzaba solemnemente en medio de una nube de incienso. Seguíala todo el clero mayor: obispos, clérigos, curas y prelados engalanados con sus sagrados ornamentos; luego, los dignatarios de la región; luego, sol-

dados en uniforme de parada; luego, heraldos de armas y, para terminar, la muchedumbre: hombres, mujeres y niños; la muchedumbre innumerable, impregnada toda de misticismo, fe y éxtasis.

Uchatius, de pie tras de su ancha ventana, contemplaba irónicamente el desfile de esa muchedumbre humana. Reflexionaba que dentro de poco y gracias a él ese fanatismo se volatilizaría como humo; que esa santa y venerada mujer se trocaría en objeto de risa y menosprecio para todos esos débiles de espíritu que hoy la adoraban.

◘

El sabio púsose con tanto ardor a su obra que año y medio después había terminado la lectura del manuscrito. Ahora, que el texto estaba bien establecido, sólo quedábale redactar el prefacio, las notas y el glosario. Ese largo trabajo, meticulosamente hecho, costóle otro año de tareas. Al fin, todo estuvo terminado; Maestre Uchatius pudo salir de su encierro y efectuar, por la primera vez después de tantos años, un largo paseo.


Al finalizar el tercer año, un inesperado descubrimiento hízole saltar de alegría...

Como habitaba una de las últimas casas del pueblo, hallóse pronto en las afueras sembradas de quintas y de chozas. Era una tarde muy apacible. La bruma matinal no habíase disipado del todo, y el sol, como estrella opalina, plateábala de tímidos rayos. Estábase en la época de la siembra. Negros en la atmósfera gris, los campesinos regulaban la marcha del arado mientras las mujeres iban detrás, lanzando el grano en los surcos.

Uchatius entró en una choza, cuyos habitantes conocía. Fué acogido con un grito de sorpresa, lanzado por una anciana que levantóse penosamente de su sillón para venir a su encuentro. Uchatius era bueno y quería a los humildes. La vieja le narró sus desgracias. En los últimos tres años había perdido a su marido y a sus dos hijos, víctimas de una misma epidemia. Daba pena ver su desconsuelo. Una sola cosa le sostenía y era su inquebrantable fe para Santa Hilda. Cada día y cada noche elevábale oraciones pidiéndole que cuando le llegara la hora de la muerte, le permitiera poder reunirse con sus queridos desaparecidos.

—¡Oh! ¡Me reuniré con ellos, afirmaba convencida, pues la Santa me lo ha prometido! Y levantaba sus temblorosas y descarnadas manos hacia la tosca imagen clavada en la pared.

Uchatius, rióse para sus adentros y retiróse.

Un poco más allá, entró en una casa. Un joven y una niña salieron a su encuentro. El sabio no los reconocía, pues los había dejado niños y en cuatro años habíanse transformado. Pero ellos, lo reconocieron y se adelantaron hacia él.

Los dos jóvenes eran prometidos y faltaban pocos días para que se realizara el matrimonio. Pero, cuántas emociones, cuántas desgracias habían pasado. La niña había estado enferma, muy enferma; luego el joven había partido para la guerra, donde lo hirieron y dejáronlo por muerto en el campo de batalla.

Y como Uchatius los felicitara por haber salido vencedores de todas esas pruebas, ambos jóvenes alzaron la vista llena ya de los resplandores de la futura felicidad, hacia la imagen de la santa.

—Es ella quien me ha salvado, dijo la niña. Mientras estaba enferma, no dejé de dirigirme a ella, pidiéndole me conservara para mi bien amado.

— Le debo la vida, dijo el joven. Cuando sentía que la vida se me escapaba junto con la sangre de mis heridas, la rogué con tanto fervor para que me concediera la gracia de volver a ver a mi adorada prometida, que me atendió; y la vi, que desde el cielo me sonreía.

Uchatius alzóse de hombros y salió.

El azar de sus pasos hízolo volver hacia la ciudad. Al pasar entró en casa de uno de los más célebres artistas del país. Este apresuróse a venir hacia él, con las manos tendidas, y radiante la cara. Cambiados los primeros cumplidos, hízolo pasar a su taller, a fin de mostrarle la obra que acababa de terminar y en la cual había trabajado con todo ahinco durante largo tiempo. Era una admirable estatua de Santa Hilda, tal cual la describía la leyenda y que debía figurar en una de las principales iglesias del país.

Y como Uchatius, incómodo, formulaba al-

gunos vagos cumplidos, el artista le dijo:

—¿Cómo no tener inspiración tratándose de esa gran figura?

Uchatius no contestó y salió.

Antes de entrar en su casa pasó a visitar al hombre más rico de la comarca, pero también el más avariento. Hallóle en su jardín, sentado en un banco de la terraza que dominaba toda la calle. Su hija, una preciosa criatura de cinco años, jugaba a sus pies, con un perrito.

Uchatius avanzó hacia el rico y saludólo. En ese mismo instante un mendigo, desarrapado y de aspecto lamentable, pasaba por frente a la terraza e imploraba con su mano tendida, una limosna. El avaro apartólo con el gesto.

—¡En nombre de Santa Hilda! gimió el pordiosero.

—¡Oh, padre! —exclamó la niña.— En nombre de Santa Hilda, no puedes negarte...

El rico mercader tomó algunas monedas y las arrojó al mendigo.

UCHATIUS volvió a su casa soñador. La noche caía. Sentóse ante el fuego que ardía en la chimenea. Y, apoyando la frente entre ambas manos, púsose a reflexionar largamente.

¡Poder extraño el de ese nombre de Santa Hilda! A las ancianas, les daba la esperanza de volver a hallar a sus queridos seres desaparecidos; a la niña, le había inspirado el coraje necesario para soportar su cruel enfermedad; al joven, valor en el momento de morir; exaltó al artista e hizo salir la limosna del bolsillo del avaro.



La benemérita santa, revestida de su brillante armadura.

Esperanza, amor, patriotismo, genio, caridad; esos eran los sentimientos que esa creencia infiltraba en el ánimo de las personas.

Y sin embargo, esa creencia era falsa. Esa mujer vulgar en cuya intimidad había vivido durante tantos años no merecía semejante culto. ¿Pero si ese culto era noble, si llevaba a cometer acciones lisonjeras, si elevaba o simplemente si consolaba? ¿Hallarían alguna ventaja, todos esos fervientes, en ver derrumbar su ídolo? Y esa primera ilusión, en sus corazones incontaminados, ¿no acarrearía otras?

Era seguro de que sí; pero él, Uchatius, era un servidor de la Ciencia. Sólo por ella había vivido. A esa ciencia, a veces cruel, debíasele sacrificar todo, sin tener en cuenta las consecuencias que traería la descubierta del mal. Luego, ¿no había trabajado cuatro años de su vida en descubrir esas verdades?

Para llegar a ese resultado, ¿no renunció a todas sus distracciones, a todas sus alegrías? ¡No, no era equitativo de que tanta abnegación no fuera compensada por un átomo de gloria!

¡Ay! ¡Pero qué efímera es la gloria! Se siente anciano, muy acabado. El trabajo y la reclusión han encorvado su frente hacia la tierra. Por una reputación de que poco tiempo le resta gozar, ¿debe destruír una leyenda que educa, consuela y ennoblece a todo un pueblo desde hace siglos? ¿Es acaso prestar un servicio a la humanidad el arrancarle sus ensueños? ¿No sería mejor dejarla embobada en sus locuras, si esas locuras están llamadas a arrullarla deliciosamente?

Pasan las horas y Uchatius continúa sumido en sus reflexiones. La noche va a terminar. El alba fría empalidece poco a poco los vidrios de la ventana. Ante su vista, ofrécese el espectáculo de la fría campaña que se despierta. Un día va a comenzar igual a los demás, trayendo su liviano fardo de felicidad y su pesada carga de tristezas. Los hombres van a proseguir la diaria tarea, pobres seres inválidos, que nada ni nadie puede aliviar de las duras necesidades de la existencia. Para ellos, la felicidad completa es inaccesible. Penosamente y tanto como pueden acércanse a ella, pero jamás verán apagada su sed de ideal. Uchatius no cree en el ideal, pero otros sí y hasta encuentran en ello un derivativo para sus penas. ¿Debe arrancarles esa creencia? De seguro que semejante revelación ilustrará su nombre, pero, ¿hará que su apellido sea bendecido?

Con temblorosa mano Uchatius ha tomado el manuscrito de Santa Hilda y lo contempla largamente. Vuelve a leer los principales párrafos.

Las pruebas están ahí, irrefutables, luminosas. La verdad surge, sin ninguna clase de dudas, ¿pero es su deber hacerla conocer? ¿Hasta dónde alcanza su deber? ¿Obrará como un sabio insensible o procederá como un hombre compadecido de las debilidades de la humanidad?

Uchatius reflexiona un largo rato todavía. De pronto, en el día que aumenta, se levanta, acércase a la alta chimenea y fuerte de su conciencia y con el deseo de ahorrarse tentaciones futuras, arroja a las llamas decididamente el manuscrito de Santa Hilda.

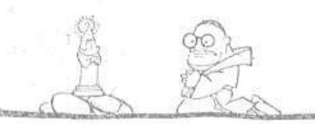
TRADUCIDO PARA "CARAS Y CARETAS"
POR LUIS BOUCHÉE

DIBUJOS DE PARPAGNOLI

Comentarios

Fíjese usted en esta
«colección» de preguntas sin respuesta.

* * *



—¿Quién ante el hecho insólito
de que alguien no respete a don Hipólito,
no saca consecuencias muy amargas?
¿Quién se queda tranquilo
al ver tan solo a José Luis Cantilo?
Averígüelo Vargas.

* * *

—¿A qué se debe el malestar profundo
que siente todo el mundo?
(El mundo radical, naturalmente.)
¿Por qué, si aquél protesta furibundo,
el otro macanea sordamente,
y, aunque con vario acento,
en ambos es igual el descontento?
¿A qué tanto barullo y tanta intriga?
Quien conozca la causa que la diga.

* * *

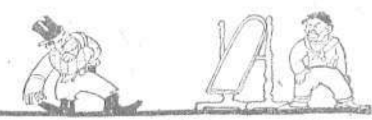


—¿Por qué un partido, un día tan unido,
es hoy, más que partido, repartido?
¿Por qué motivo crece
la confusión y el malestar impera?
¿Por qué manda cualquiera
y ninguno obedece?
De división tan honda,
¿quién ha sido el culpable?
Aquél que pueda *responder*, responda.

* * *

—Elpidio, siempre atento y siempre amable,
¿por qué razón se convirtió en erizo?
¿Le han dado un bebedizo?
¿Alguna brujería
le transformó en un día?
¿Es víctima, quizás, de algún hechizo?
¿Por qué sabe hasta el último ordenanza
que ha abandonado ya toda esperanza?
¿Por qué el gran estadista y gran sociólogo,
en perpetuo monólogo,
dice siempre: «¡No importa! ¡No renuncio»!
¡Que lo averigüe el Nuncio!

* * *



—¿Cómo explicarse que el feroz caudillo,
temible por su lengua y su cuchillo,
finja ser circunspecto,
culto, fino y correcto?
¿Y por qué es tan sencillo
su lenguaje, antes duro e injurioso?
¿Por qué se ha vuelto afable y obsequioso?
¿Por qué razón no increpa,
ni calumnia, ni grita,
y a don Marcelo imita?
Lo ignoramos. Quizás alguien lo sepa.

* * *

—¿Por qué causa el activo don Marcelo
vive tranquilamente y sin recelo,
y ya lo que suceda,
igual que lo pasado
le tiene sin cuidado?
Que conteste el que pueda.

* * *



—¿Por qué el uno destruye,
lo que hicieron los otros? ¿Por qué obstruye?
¿Por qué con torpe lentitud perora
y se expone a la burla y a la crítica?
¿Por qué resulta ahora
que es el perder el tiempo una política?
¿Qué inspira tan chocante faramalla?
Eso lo sabe Guido y se lo calla.

* * *

—De las mil discusiones,
de los mil cabildeos,
de las idas, venidas y paseos,
de las contradicciones,
de las conversaciones
y de las confidencias
en todos los rincones,
¿cuáles serán, al fin, las consecuencias!
Lo mismo que otras veces,
¿no será más el ruido que las nueces?
¿Se encontró ya el camino
y premiado será tanto desvelo?
Que conteste Torino
o que conteste Melo.

MONOS DE MACAYA

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: *La inaccesible Toledo*, por **Arturo Capdevila.** Revelaciones íntimas de Rubén Darío, por **M. Soto Hall.** La visita del patrón, por **Luis Castelló.** El galeote, por **Manuel Aznar.** El adoquín envuelto, por **Enrique M. Amorim.** El Hilacata, por **Josermo Murillo.** Guandacol, por **César Carrizo.** Su abolengo, por **Félix Esteban Cichero.** Primavera, por **Conrado Nalé Roxlo.** *Posesión absurda*, por **Alberto J. Mazza.** La vieja casa, por **Guillermo J. Weler.** El piano, por **Leopoldo Torres Ríos.** Perfumes en la noche, por **Adrián de Corbeau.** El ejemplo, por **Federico Boutet.** Los escarabajos, por **Godofredo Rancel.** Un método leonino, por **Arnold Bennet.** La noche, por **Agustín Costusa Aravond.** Páginas humorísticas del dibujante norteamericano **Hersfield.**



Concurso Nº 28 de Caras y Caretas

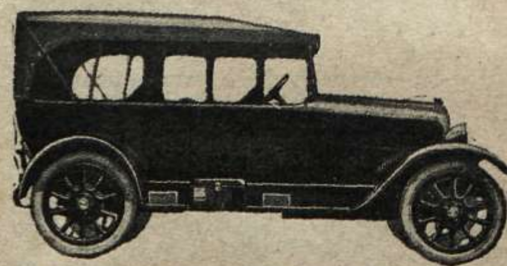


1.º — Desde la fecha y hasta el 8 de Noviembre queda abierto el concurso 28 de CARAS Y CARETAS.

2.º — Para tomar parte en este concurso es indispensable llenar el cupón que va al pie de estas páginas, escribiendo con claridad el nombre completo, apellido y dirección del remitente y la cantidad de granos de maíz que éste calcule contiene la botella del aperitivo Quinado **"Kalisay"**, que se ha llenado hasta la parte superior de la etiqueta amarilla, y se ha depositado en la escribanía de los señores Leopoldo Frigoni y José Roberto del Río debidamente lacrada y sellada con todas las formalidades de práctica y cuyo facsímile publicamos.

3.º — Pueden también enviarse las soluciones escritas al dorso de las etiquetas amarillas de las botellas de aperitivo Quinado **"Kalisay"**.

4.º — Se adjudicarán los trescientos premios siguientes:



Primer Gran Premio: Valor $ 5.750 m/n. — Un magnífico automóvil Fiat Colonial Torpedo, nuevo modelo de lujo 501, motor 10-15 H.P., arranque y alumbrado eléctrico. Coche dotado de todos los adelantos modernos, con capacidad para cinco pasajeros, adquirido en la casa FIAT, en cuyas vidrieras se exhibe.

LISTA DE PREMIOS

Primer premio: Un automóvil Fiat Colonial Torpedo, para cinco pasajeros, motor 4 cilindros 10-15H.P., arranque y alumbrado eléctrico, completamente equipado, valor.................................... **$ 5.750.—**

Segundo premio: Un regio dormitorio de la conocida casa **Lorenzini y Peretti**, de roble y raíz de olmo, compuesto de 9 piezas, valor.................. **$ 1.700.—**

Tercer premio: Un soberbio piano de la célebre marca alemana Goers y Kalmann adquirido en la casa **Lottermoser**, valor........................ **$ 1.300.—**

Cuarto premio: Un piano **Lottermoser**, de la casa del mismo nombre, valor.................... **$ 1.200.—**

Quinto premio: Un precioso pendantif de brillantes, engarzado sobre platino, adquirido en la conocida casa **El Trust Joyero Relojero**, valor......... **$ 1.000.—**

Sexto premio: Un sulky «Eureka» N.º 120, color natural, ruedas de 52 pulgadas, con guardabarros, y elástico de pinceta, de la firma **Juan y José Drysdale y Cía.**, valor.. **$ 340.—**

Séptimo premio: Un magnífico reloj-pulsera para señora, de oro, platino y brillantes, adquirido en **El Trust Joyero Relojero**, valor................ **$ 300.—**

Octavo premio: Un magnífico reloj-pulsera para caballero, de oro, adquirido en **El Trust Joyero Relojero**, valor.. **$ 300.—**

Noveno premio: Un juego de cubiertos de alpaca sellada insuperable, de la marca **Anezin**; en estuche de roble forrado de seda, compuesto de 106 piezas, de la casa **Anezin**, valor.. **$ 257.60**

10.º premio: Una concertola de salón, N.º 5, de la casa **América**, modelo 1924, valor............. **$ 250.—**

11.º premio: Una máquina de coser y bordar de la casa **Singer**, valor.......................... **$ 220.—**

12.º premio: Un anillo de oro 18 k. y brillantes para caballero, de **El Trust Joyero Relojero**, valor.. **$ 200.—**

13.º premio: Un anillo de platino y brillantes para señorita, de **El Trust Joyero Relojero**, valor.. **$ 200.—**

14.º premio: Un par de aros brillantes y diamantes, de **El Trust Joyero Relojero**, valor.......... **$ 180.—**

15.º premio: Un juego de frascos para «toilette», compuesto de 9 piezas de cristal Bacarat, cortado, rosado, de la casa **Anezin**, valor.................. **$ 172.60**

16.º premio: 1 bicicleta de la famosa marca **Peugeot**, de la casa **Lehman y Cía.**, para señoritas, valor.. **$ 160.—**

17.º premio: Una bicicleta íd., para niño, valor **$ 160.—**

18.º y 19.º premios: 2 juegos para servir helados, de metal plateado e interior dorado y cristal, compuesto de ocho piezas de la **Orfebrería Anezin**, a **$ 125.90** c/u., valor.. **$ 251.80**

20.º al 23.º premios: 4 juegos para servir te y café, metal plateado, marca **Anezin**, compuesto de 5 piezas, a $ 140.— c/u., de la casa **Anezin**, valor.... **$ 560.—**

24.º al 26.º premios: 3 alfileres de corbata a **$ 100.—**c/u. de **El Trust Joyero Relojero**, valor........ **$ 300.—**

27.º y 28.º premios: juegos para «toilette» compuesta: de 3 cepillos, 1 espejo, 1 peine, en un artístico estuche, de la casa **Anezin**, a **$ 90.—** c/u., valor.... **$ 180.—**

29.º al 36.º premios: 8 juegos de escritorio de cristal negro y bronce, compuestos de tintero roble, portacartas, secador, regla, cortapapel y limpia plumas, de la casa **Tamburini Lda.**, a **$ 62.50** cada uno, valor **$ 500.—**

37.º, 38.º y 39.º premios: 3 colecciones de 25 volúmenes encuadernados en tela de las conocidas ediciones de **La Cultura Argentina**, a **$ 50.—** c/u., valor.... **$ 150.—**

40.º premio: Un gemelo especial para campo, de la renombrada marca **Busch, del Instituto Optico Oculístico Suvá**, valor.......................... **$ 42.—**

41.º premio: Una guitarra **América** N.º 3021, de la **Casa América**, valor...................... **$ 42.—**

42.º al 46.º premios: 5 aparatos de radiotelefonía a galena, con selector de onda, del **Instituto Optico Oculístico Suvá**, a **$ 40.—** c/u., valor...... **$ 200.—**

47.º premio: Una guitarra valenciana legítima N.º 3005, de la **Casa América**, valor................ **$ 39.—**

48.º al 52.º premios: 5 aparatos fotográficos KODAK, de la casa **Suvá**, a **$ 33.-** c/u. valor . . **$ 165.—**

53.º premio: 1 estuche «necessaire» de 14 piezas de marfil de **A la Ciudad de México**, valor . .. **$ 29.90**

54.º premio: Un estuche «necessaire» de 12 piezas de



Quinto premio, valor de $ 1.000 m/n. Un precioso pendantif de brillantes engarzado sobre montura de platino adquirido en la acreditada casa: EL TRUST JOYERO RELOJERO.